



Mónica Ojeda

MANDÍBULA

CANDAYA

Mónica Ojeda



Mónica Ojeda (Guayaquil, Ecuador, 1988). Máster en Creación Literaria y en Teoría y Crítica de la Cultura, dio clases de Literatura en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Actualmente vive en Madrid donde cursa un Doctorado en Humanidades sobre literatura pornoerótica.

Ha publicado las novelas *Nefando* (Candaya, 2016) que tuvo una espectacular recepción crítica y *La desfiguración Silva* (Premio Alba Narrativa 2014). En 2017 publicó el relato *Caninos* y otros de sus cuentos fue antologado en *Emergencias. Doce cuentos iberoamericanos* (Candaya, 2013). Con *El ciclo de las piedras*, su primer libro de poemas, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Desembarco 2015.

Forma parte de la prestigiosa lista de Bogotá 39-2017, que recoge a los 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años con más talento y proyección de la década.

MANDÍBULA

© Mónica Ojeda, 2018
C/O Agencia Literaria CBQ SL
info@agencialiterariacbq.com
Primera edición impresa: febrero de 2018

© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:

Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:

Francesc Fernández

BIC: FA

ISBN: 978-84-15934-60-8

Depósito Legal: B 2376-2018

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre.
Lacan

*... la mandíbula de la muerte
de la mandíbula canibal de la muerte.*
Leopoldo María Panero

*Todo lo que escribo se reduce a dos o tres palabras.
Madre Hija Hermana
Es una trilogía no prevista por el Psicoanálisis.*
Victoria Guerrero

Hay una alegría en el miedo.
Joanna Baillie

El horror ligado a la vida como un árbol a la luz.
George Bataille

Todo ejercicio de la palabra es un lenguaje del miedo.
Julia Kristeva

Y el tinte de la piel de la figura tenía la perfecta blancura de la nieve.
Edgar Allan Poe

*Era la blancura de la ballena lo que me horrorizaba
por encima de todas las cosas.*
Herman Melville

*...más allá se alzaba la cumbre blanca y fantasmal del monte del Terror, de diez mil
novecientos pies de altura y ahora extinto como volcán.*
H. P. Lovecraft

Aquí yace, con la blancura y la frialdad de la muerte.
Mary Shelley

Índice

[1](#) [2](#) [3](#) [4](#) [5](#) [6](#) [7](#) [8](#) [9](#) [10](#) [11](#) [12](#) [13](#) [14](#) [15](#) [16](#) [17](#) [18](#) [19](#) [20](#) [21](#) [22](#) [23](#) [24](#) [25](#) [26](#) [27](#) [28](#) [29](#) [30](#)
[31](#) [32](#)

Abrió los párpados y le entraron todas las sombras del día que se quebraba. Eran manchas voluminosas –“La opacidad es el espíritu de los objetos”, decía su psicoanalista– que le permitieron adivinar unos muebles maltrechos y, más allá, un cuerpo afantasmado fregando el suelo con un trapeador para hobbits. “Mierda”, escupió sobre la madera contra la que se aplastaba el lado más feo de su cara de *Twiggy-face-of-1966*. “Mierda”, y su voz sonó como la de un dibujo animado en blanco y negro un sábado por la noche. Se imaginó a sí misma donde estaba, en el suelo, pero con la cara de Twiggy, que era en realidad la suya salvo por el color-pato-clásico de las cejas de la modelo inglesa; cejas-pato-de-bañera que no se parecían en nada a la paja quemada sin depilar sobre sus ojos. Aunque no podía verse sabía la forma exacta en la que yacía su cuerpo y la poco grácil expresión que debía tener en ese brevísimo instante de lucidez. Aquella completa conciencia de su imagen le dio una falsa sensación de control, pero no la tranquilizó del todo porque, lamentablemente, el autoconocimiento no hacía a nadie una Wonder Woman, que era lo que ella necesitaba ser para soltarse de las cuerdas que le ataban las manos y las piernas, igual que a las actrices más glamurosas en sus *thrillers* favoritos.

Según Hollywood, el 90% de los secuestros terminan bien, pensó sorprendida de que su mente no asumiera una actitud más seria en un momento así.

Estoy atada. ¡Qué increíble que sonaba esa declaración en su cabeza! Hasta entonces “estar atada” había sido una metáfora sin esqueleto. “Estoy atada de manos”, solía decir su madre con las manos libres. En cambio ahora, gracias al espacio desconocido y el dolor en sus extremidades, estaba segura de que le estaba ocurriendo algo muy malo; algo similar a lo que ocurría en las películas que a veces miraba para escuchar, mientras se acariciaba, una voz como la de Johnny Depp diciendo: “*With this candle, I will light your way into darkness*” –según su psicoanalista, aquella excitación que la acompañaba desde los seis años, cuando empezó a masturbarse sobre la tapa del váter repitiendo líneas de películas, respondía a un comportamiento sexual precoz que tenían que explorar conjuntamente–. Siempre imaginó la violencia como una consecución de olas que escondían piedras hasta que se estrellaban contra la carne de algo vivo, pero nunca como ese teatro de sombras ni como la quietud interrumpida por los pasos de una silueta encorvada. En clases, la profesora de Inglés les hizo leer un poema igual de oscuro y confuso. Sin embargo, memorizó dos versos que, de pronto, en esa posible cabaña o habitáculo de madera crujiente, empezaron a tener sentido:

*There, the eyes are
sunlight on a broken column.*

Sus ojos tenían que ser eso ahora: luz de sol en una columna rota –la columna rota era, por supuesto, el lugar de su secuestro; un espacio desconocido y arácnido que parecía el reverso de su casa–. Había abierto los ojos por error, sin pensar en lo difícil que sería alumbrar aquel rectángulo sombrío y a la secuestradora que lo limpiaba como una ama de casa cualquiera. Quiso no tener que preguntarse por asuntos inútiles, pero ya estaba afuera de sí misma, en la maraña de lo ajeno,

obligada a enfrentar lo que no podía resolver. Mirar las cosas del mundo, lo oscuro y lo luminoso cosiéndose y descosiéndose, el cúmulo de lo que existe y ocupa un lugar dentro de la histriónica composición del Dios *drag-queen* de su amiga Anne –¿qué diría ella cuando se enterara de su desaparición? ¿Y la Fiore? ¿Y Natalia? ¿Y Analía? ¿Y la Xime?–; todo en los ojos ardiéndole más que ninguna otra fiebre era siempre un accidente. Ella no quería ver y dañarse con las cosas del mundo, pero ¿qué tan grave era la situación en la que se encontraba? La respuesta anunciaba una nueva incomodidad: un levantamiento en la llanura de su garganta.

El cuerpo fregador del suelo se detuvo y la miró, o eso creyó ella que hizo, aunque a contraluz no pudo ver más que una figura parecida a la noche.

–Si ya te despertaste, siéntate.

Fernanda, con el perfil derecho aplastado contra la madera, soltó una risa corta e involuntaria de la que se arrepintió poco después, cuando se escuchó y pudo comparar el ruido de sus instintos con el llanto de una comadreja. Cada segundo que pasaba entendía mejor lo que le estaba ocurriendo y su angustia subía y se extendía por el espacio a media penumbra como si escalara el aire. Intentó sentarse, pero sus escasos movimientos fueron los de un pez convulsionando sobre sus propios terrores. Ese último fracaso la obligó a reconocer el patetismo de su cuerpo ahora agusanado y le provocó un ataque de risa que fue incapaz de controlar.

–¿De qué te ríes? –preguntó, aunque sin verdadero interés, la sombra viva mientras exprimía el trapeador para hobbits en la silueta de un cubo.

Fernanda hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para detener la risa de encías que la colmaba y, cuando por fin pudo recobrar el sentido de sí, avergonzada por el poco dominio que tenía sobre sus reacciones, recordó que había estado imaginándose en el suelo con un vestido azul eléctrico, como una versión moderna de Twiggy secuestrada, *top-model-always-diva* hasta en situaciones límite, y no con el uniforme del colegio que en realidad usaba: caliente, arrugado y oloroso a suavizante.

La decepción tenía la forma de una falda a cuadros y una blusa blanca manchada de ketchup.

–*Sorry*, Miss Clara. Es que no puedo moverme.

El cuerpo arrimó el trapeador a una pared y, limpiándose las manos sobre la ropa de aspirante a monja, caminó hacia ella emergiendo de las sombras afiladas a una luz dura que le descubrió la carne rosa de pelícano desplumado. Fernanda mantuvo la mirada fija en el rostro ovíparo de su profesora como si fuese vital ese instante de lupa en el que pudo verle unas venas moradas, nunca antes identificadas, en las mejillas. *¿No que esas vergas solo salían en las piernas?*, se preguntó cuando unas manos demasiado largas la levantaron del suelo y la sentaron. Pero por más que intentó aprovechar la cercanía con *Latin* Madame Bovary no pudo verle ninguna palabra atorada en los gestos. Había personas que pensaban con el rostro y bastaba aprender a leerles los músculos de la frente para saber de qué inundaciones procedían, pero no cualquiera tenía la habilidad de dilucidar los mensajes de la carne. Fernanda creía que Miss Clara hablaba un idioma facial primigenio; un lenguaje a veces inaccesible, a veces desnudo como un páramo o un desierto. No se atrevió a decir nada cuando la profesora volvió a alejarse y las sombras cambiaron de lugar. Así, sentada, pudo estirar sus piernas atadas con una cuerda de color verde –la misma que usaba en el colegio para saltar durante las clases de educación física– y ver los mocasines limpios que la Charo, su nana, le había limpiado el día anterior. Al fondo, dos ventanales que ocupaban la parte superior de la pared le permitieron ver un follaje exuberante y una montaña o un volcán de cima nevada que le hizo

saber que estaban fuera de su ciudad natal.

–¿En dónde estamos?

Pero esa no era la pregunta que más importaba: *¿Por qué me ha secuestrado, Miss Clara? ¿Por qué me ha atado y sacado de la ciudad de los charcos de agua puerca, zorra-mal-cogida-hija-de-la-gran-puta? ¿Eh, puta de mierda?* En cambio aguantó el silencio con la resignación de a quien se le cae el techo encima y empezó a llorar. No porque estuviera asustada, sino porque otra vez su cuerpo hacía cosas sin sentido y ella no podía soportar tanto caos destruyéndole la conciencia. El autoconocimiento se le había resquebrajado y ahora era una desconocida a la que podía imaginar por fuera pero no por dentro. Temblando, observó con odio el cuerpo de su profesora moverse como una rama sin hojas mientras fregaba el suelo. Trozos de cabello negro le rozaban la mandíbula ancha –el único rasgo de esa cara de diario que era poco común–. A veces, cuando sonreía, Miss Clara parecía un tiburón o un lagarto. Una apariencia así, decía su psicoanalista, era discreta en su agresividad.

–Quiero irme a casa.

Fernanda esperó alguna respuesta que aliviara su ansiedad pero Miss Clara López Valverde, de treinta años, 1,68 metros de estatura, 57 kilos, pelo a la altura de las tetas, ojos de artrópodo y voz de pájaro a las seis de la mañana, la ignoró como cuando en clases le preguntaba cuánto faltaba para que sonara el timbre y pudiera salir al recreo, sentarse en el suelo con las piernas abiertas, decir palabras obscenas o mirar las cosas del mundo –que en el colegio eran siempre más reducidas y miserables que en ninguna otra parte–. Debió haber preguntado: *¿hasta cuándo estaré aquí, estúpida perra de orto sangrante?* Pero las preguntas importantes no le salían de las entrañas con la misma facilidad que el llanto y la ira pelándole las muelas tan distintas a las de Miss Clara y a las que pintaba Francis Bacon, el único artista que recordaba de su clase de Apreciación al Arte y que, además, le hacía pensar en películas de terror viejas con la dentadura rabiosa de Jack Nicholson, Michael Rooker y Christopher Lee. Dientes rechinando y mandíbulas: esa fuerza guardada en los huesos no habitaba en su boca; llorar como lo hacía, con vergüenza y odio, era igual que desnudarse en la nieve de la mente de Miss Clara. O casi.

Paseó los ojos por el lugar que la encerraba y comprobó que la cabaña era pequeña y lóbrega; el hogar ideal para el gusano que ahora era, la guarida donde tendría que aprender a desvertebrarse para sobrevivir. De repente, el frío empezó a temblarle las manos y comprendió que estar fuera de Guayaquil era flotar dentro de un vacío suspendido en el que no podía proyectarse. Ese vacío, además, se suspendía en la respiración de Miss Clara y carecía de futuro. ¿Y si la muy zorra me sacó del país?, se preguntó aunque pronto desechó aquella posibilidad –no podía ser tan fácil sacar a una adolescente sin documentos, completamente dormida y maniatada, al extranjero–. Entonces intentó reconocer aquella montaña o volcán que se veía por la ventana, pero su conocimiento de las jorobas terrestres de su país-pulga-de-América-del-Sur se reducía a unos cuantos nombres rimbombantes y a unas pequeñas imágenes incluidas en su libro de geografía. La costa de orillas ocres, el calor y un río corriendo con el dramatismo del rímel sobre un rostro que llora, era lo único que su cuerpo identificaba como hogar, aunque lo odiara más que a ningún otro paisaje. “El puerto es una piel de elefante”, decía un poema que Miss Clara les había hecho leer en clase y con el que todas hicieron aviones que impactaron contra el pizarrón. Lo que veía a través de la ventana, sin embargo, era otro tipo de bestia. *Maldito trozo de tierra en las nubes*, pensó endureciéndose como una roca, y luego miró a su profesora con todo el desprecio que se había forzado a ahogar bajo las pestañas.

–Usted va a joderse por esto.

La silueta dejó de fregar y, durante varios segundos, pareció una pieza de arte contemporáneo en medio de la estancia. Fernanda esperó con paciencia alguna reacción que iniciara un diálogo, una voz que desequilibrara el silencio, pero ninguna palabra ocurrió. En cambio, Miss Clara atravesó la penumbra y salió por una puerta que, al abrirse, se tragó toda la luz de la tarde e iluminó el interior de la cabaña. Fernanda escuchó agua salpicando contra alguna firmeza, el ruido del viento despeinando los árboles y pasos que se agrandaban, pero antes de que la luz volviera a desaparecer vio un revólver brillando como un cráneo en el centro de una mesa larga.

Y su rabia reculó.

–No –dijo Miss Clara cuando ya era de nuevo una sombra–. Eres tú quien va a tener que joderse ahora.

Fernanda la vio acercarse y cerró los ojos. Algo estaba haciendo ese cuerpo de rama detrás del suyo. Un aliento vaporoso se derramó sobre su nuca y, después, sintió las cuerdas aflojándose alrededor de sus muñecas. El dolor de la libertad llegó con una tibieza que le recorrió los brazos en el preciso instante en el que pudo dejarlos caer a ambos lados de sí misma. Intentó desatar la cuerda que le amarraba los tobillos, pero sus manos respondieron con una rigidez y una torpeza similares a la de una máquina oxidada. El exterior, mientras tanto, se dilataba ensanchando sus ojos dolorosamente. ¿Por qué?, se preguntó cuando la cuerda cedió y pudo separar sus piernas hasta que la falda del colegio se le abrió como un abanico. *¿Por qué mierda estoy aquí?*

Frente a ella, Miss Clara la miraba con la autoridad que le daba el revólver a sus espaldas.

–Levántate.

Pero Fernanda-liberada se mantuvo quieta en su lugar. Sabía que no tenía sentido negarse, sin embargo, no pudo evitar reaccionar del mismo modo que cuando Miss Clara o Mister Alan o Miss Ángela la expulsaban del aula y ella, sin moverse de su silla, los miraba a los ojos esperando a que se atrevieran a tocarla porque sabía muy bien que nunca lo harían. Esa seguridad, ahora que había sido secuestrada, ya no existía. Por primera vez no era invulnerable o, mejor dicho, por primera vez tenía conciencia de su propia vulnerabilidad. Su mente parecía un barco llenándose de agua, pero el hundimiento podía ser una nueva forma de pensar.

–Levántate. No me hagas volver a repetirlo.

Obedecer. Su pecho era un roedor huyendo hacia las alcantarillas durante el día. Aún le resultaba incómodo flexionar los dedos de las manos, pero esta vez pudo apoyarlos en el suelo y ponerse de pie con torpeza. Evitó mirar el revólver que reposaba detrás de su profesora. *Tal vez, reflexionó, si no lo miro ella creerá que no me he dado cuenta.*

Pero Miss Clara señaló con su mentón la silla a un extremo de la mesa.

–Tú y yo vamos a tener que hablar sobre lo que hiciste.

II

–Hola, mi nombre es Anne y mi Dios es una luciérnaga escarchada –cantó Annelise meneándose con una mano en la cintura–. Dice que es mi amante y usa tacones altos de aguja. Se pinta los labios para besarme en la garganta y bailarme una lambada roja cuando estoy triste. Su traje brilla en las madrugadas: sus uñas arrastran los cadáveres de los insectos estrellados que sacó de mi cabeza. Si necesitan saberlo, lo conocí una noche sobre el escenario chico de mi habitación. Cruzó sus piernas y me lamió la axila con sus pestañas. Su vestido soltaba leche y diamantes negros mientras arañaba los insectos más profundos de mi cráneo. Me llamó “hija” y yo lo llamé “madre” por su sonrisa vaginal abierta de ojos. Me dijo: “Sólo las caderas anchas pueden parir las dimensiones del universo”. Sus pestañas levantaron toda la tierra mojada de mi corazón. “Aprende”, dijo. “El padre de la creación es una madre que usa una peluca y huele a Dior”.

Fiorella y Natalia aplaudieron al ver a su amiga recitando de puntitas, levantando círculos de polvo blancuzco del cemento, de espaldas a una ventana sin cristales donde se acurrucaban las palomas que Analía espantaba, sin querer, con su mano regordeta y sudorosa.

–Déjalas en paz –dijo Fernanda mientras agitaba una lata de aerosol que le recordaba al *spray* Schwarzkopf-fijación-extra-fuerte que su madre se echaba en el pelo.

–Es que no puedo. Quiero tocarlas.

–¡Analía, para ya! ¡No seas bestia! –gritó Natalia.

–¡Deja de asustarlas! –gritó Fiorella.

–Hago lo que me sale del culo.

–¿Y qué te sale? Levántate la falda y déjanos ver.

–Muy graciosa.

–Seguro que tienes un culo horrible.

–No tanto como el tuyo.

–¡Ay! ¡Me hago pis!

El eco de sus voces contra las paredes inquietaba a las salamanquesas. “¿Son reptiles o anfibios?”, preguntó Natalia. “Son lagartos que parecen sapos”, le respondió Fiorella mientras se trenzaba el cabello. Allí gritaban más alto que en ninguna otra parte porque, con el tiempo, habían descubierto un placer enigmático en hablarse violentamente cuando nadie las escuchaba, como si en el fondo estuvieran cansadas de las buenas maneras y como si la amistad descarnada solo pudiera ocurrir entre chillidos esplendorosos a las cuatro de la tarde. Fue Annelise la que encontró el lugar. “Quiero enseñarles algo”, les dijo, y desde entonces lo visitaban a escondidas, después del colegio, para pintar en las paredes, cantar, bailar o no hacer nada, solo habitarlo durante unas cuantas horas vacías con la sensación a veces frustrante, a veces excitante, de que alguna cosa tendrían que estar haciendo allí adentro; algo que presentían en las articulaciones pero que aún eran incapaces de dilucidar. Era un edificio inacabado de tres pisos, una estructura grisácea con escaleras irregulares, arcos de medio punto y cimientos a la vista que, según les había dicho el padre de Fernanda, ahora le pertenecía a un banco que todavía no tomaba la decisión final de terminarlo o demolerlo. A todas les

atrajo el espíritu de ruinas que flotaba sobre la construcción desnuda. “Nuestra guarida”, dijo Annelise. “Me gusta. Suena animal”, dijo Fernanda. Muy pronto se convirtió en su sede antipadres, antiprofes, antinanas; un espacio de sonidos fantasmales que tenía algo de tétrico y de romántico a la vez. Su belleza descansaba, en palabras de Annelise, en sus horrores insinuados, en lo fácil que era desembocar en abismos o hallar culebras marrones, cadáveres de iguanas y cascarones rotos por el suelo. A Fernanda le gustaba ver cómo la naturaleza iba cubriendo de vida lo que estaba muerto. “El caos divino se come al orden humano”, les dijo. “La naturaleza viva se come a la naturaleza muerta”, tradujo Annelise mientras veía cómo la hiedra se abría paso por las paredes del primer piso y los insectos se afincaban en sus esquinas. Había tardes en las que el edificio parecía un templo bombardeado, otras, un jardín colgante, pero cuando la luz empezaba a menguar y las paredes se ensombrecían, la estructura adoptaba el aspecto de un calabozo infinito –o de un castillo gótico, según Analía– que las inquietaba y las enviaba de vuelta a sus casas. Del grupo, Fernanda y Annelise fueron las primeras en saltar la cerca que rodeaba el terreno. Las demás las siguieron, aunque menos convencidas, para no quedar mal y porque “ser cobarde nunca ha estado de moda”, dijo Natalia aquella vez envolviendo el dedo índice con uno de sus rizos. Al principio les asustó la idea de entrar a la fuerza en una propiedad privada, pero tardaron poco en contagiarse del entusiasmo y de la curiosidad de Fernanda y Annelise –las inseparables, las hermanas sucias de conciencia; siempre desnudas de temores y dispuestas a inventarse aventuras con tal de no aburrirse–. Esa tarde, ya en zona prohibida, las seis se sintieron temerarias y rebeldes, con vidas dignas de ser filmadas y comentadas en un *reality show* o retratadas en una serie de televisión. De repente –lo supieron al instante– tenían un secreto de verdad. No como aquellos otros por los que no valía la pena bajar la voz y que, sin embargo, durante mucho tiempo las mantuvieron hablando bajo, murmurando la receta de mamá, formando caracolas sobre los oídos de alguien porque susurrar de vez en cuando era *chic* y porque todas, a esa edad, querían sentir que eran dueñas de algo preciado que ocultar, algo que solo pudiera ser compartido con un número reducido de personas: un mundo privado, complejo, lleno de matices y de giros argumentales abruptos. Por eso, cuando traspasaron la cerca y sintieron la adrenalina empapándoles los ojos y las rodillas, estuvieron seguras de que la riqueza de su secreto-de-verdad residía en lo interesantes que las haría: ya nunca más serían solo estudiantes *elite* de un colegio Opus Dei, sino también exploradoras, violadoras de lo ajeno, *enfants terribles*, como les decía la madre de Ximena desde que se había apuntado a unos cursos de francés que recibía, bebiendo mojitos y caipiriñas, en el jardín de una de sus amigas del club de bádminton. A partir de ese mismo día intuyeron que adueñarse del lugar era el prólogo de un asunto mayor, pero no lo discutieron entre ellas porque no tenían claro para qué lo utilizarían. Se dedicaron, en cambio, a recorrer todos los rincones y fueron encontrando zapatos, jeringuillas y pedazos de sábanas de mendigos que alguna vez hicieron del edificio una casa improvisada. Durante los días siguientes tuvieron miedo de que alguien viviera allí –“una persona de la calle”, decía Fiorella como si hablase de un ratón debajo de su almohada–, pero tras varias semanas de visitar y recorrer hasta el último rincón del edificio concluyeron que eran las nuevas y únicas inquilinas.

–El lugar es nuestro, *bitches* –dijo Fernanda después de lanzarles un beso que rebotó contra todas las paredes.

Los pisos no tenían nada aparte de plantas trepadoras, polvo, insectos, caca de palomas gordas y grises –“ratas aéreas”, las llamaba Ximena, “cucarachas de cielo”, “sapos de las nubes”–, pequeños lagartos que provenían del manglar y ladrillos. Las escaleras eran peligrosas, inexactas y torcidas,

con depresiones inesperadas en los descansos, pero el último piso tenía una terraza con columnas y alambres en donde se podía ver la caída del sol. Durante el primer mes se dedicaron a hacer lo mismo que hacían en cualquier lado, solo que allí adentro; rodeadas de la fauna y la flora que crecía sus jardines. “No vamos a adoptar este lugar, vamos a ser parte de su abandono”, dijo Annelise, resuelta a encontrar una trama espectacular que combinara con el espíritu de su nuevo escenario-castillo de *The Rocky Horror Picture Show*. Por eso conversaban, jugaban con los insectos, las salamandras, los huevos que disfrutaban de estrellar contra las paredes, se olían los cabellos, veían el atardecer con las pestañas pesadas por el sudor y luego se iban a sus casas a dormir la noche. Les gustaba entregar sus tardes a la nada que el edificio les ofrecía: al silencio que en realidad estaba plagado de ruidos animales, al ambiente postapocalíptico que respiraba residuos en cada piso-ruina-del-mundo; pero con el paso de los días, atardeceres y lagartos, reconocieron una frustración escamosa restregándose contra sus estómagos, una insatisfacción que respondía a no haber encontrado el clímax de su aventura. Era como si sus mentes titubearan ante lo impreciso y su deseo engordara sin que pudieran encontrar la forma concreta de complacerlo. Poco después del primer mes de imprecisiones y devaneos empezaron a explorar otras posibilidades: experimentos torpes destinados a no cuajar, pero que abrieron paso a una indagación conjunta que pretendía estirar los límites de lo que podía hacerse en un lugar sin adultos y sin reglas. Fue así como dejaron de compartir las mismas estancias para adueñarse de espacios que reclamaron como individuales. El juego empezó con la delimitación del territorio: Fernanda se tomó el último piso, Annelise el salón del primero y las demás, las habitaciones del segundo. Durante dos o tres horas se separaban y, solas en sus respectivos espacios, hablaban para sí mismas. Fernanda propuso el ejercicio, aunque no todas fueron capaces de ejecutarlo. Fiorella y Natalia terminaron cansándose y reuniéndose a escondidas a partir del cuarto día, mientras que Analía, en lugar de hablar en voz alta consigo misma –actividad que le parecía de locos–, decidió cantarse canciones del último disco de Taylor Swift –Ximena, desde una habitación cercana, cantaba de vez en cuando canciones de Calle 13–. “No me gusta escucharme. Me asusta”, le confesó a Fernanda. “A mí no me asusta, pero no tengo nada que decirme y me aburro”, comentó Fiorella. “Yo, en cambio, tengo cosas terribles que decirme y me las digo”, dijo Annelise con la intención de animar a su amiga.

–Mi psicoanalista dice que cuando te hablas en voz alta sin parar, durante mucho tiempo, y te escuchas de verdad, acaban saliendo los misterios de las enredaderas de tu subconsciente –explicó Fernanda un día antes de cambiar el ejercicio.

Fernanda se hablaba en voz alta cada vez que podía: cuando se duchaba, cuando se acostaba a dormir, cuando el chofer de su padre la llevaba al colegio, cuando almorzaba sola en la mesa de ocho sillas, cuando la Charo le ponía las medias y los zapatos por las mañanas, cuando se encerraba en su habitación, cuando se peinaba, cuando se cortaba su largo vello púbico con la tijera de uñas de su madre, cuando iba al baño del colegio y se quedaba sentada mirando los azulejos y la puerta número cinco plagada de testimonios Hugo-&Lucía-4ever, Salsa-is-not-dead, Daniela-Gómez-es-lesbiana, Te-amaré-X-siempre-Ramón, Bea-&Vivi-BF, We-don't-need-no-education, Dios-nos-ama-pero-a-ti-no, Miss-Amparo-zorra, Mister-Alan-cabrón, cuando fingía hacer los deberes, cuando ensuciaba a propósito su ropa para que la Charo tuviera que limpiarla, cuando nadaba en la piscina y se orinaba en ella justo antes de salir, cuando veía películas sola o acompañada –sus padres, que nunca veían películas con ella, no tenían ningún inconveniente con su parloteo solipsista porque creían que se trataba de un ejercicio propuesto por el Dr. Aguilar, el psicoanalista que Fernanda

visitaba desde que era una niña y que tenía un ojovago, casi ciego, que cubría con un parche pirata por razones estéticas—. Se hablaba a sí misma porque quería y, aunque no era parte de su terapia, había descubierto que existía alguien más maledicente habitándola y compartiendo sus pensamientos; una chica que era ella y, a la vez, no. “Lo importante es que ese alguien siempre tiene cosas que decirme”, dijo. “Mi psicoanalista me aseguró que todas las personas tenemos una voz así columpiándose en nuestras cabezas”. Fernanda quería que sus amigas se escucharan por primera vez para saber si lo que se decían era similar a lo que ella se decía. Se preguntaba si sus voces ocultas serían más o menos iguales a la de ella, esa que le pedía a gritos cosas como golpear a la madre, besar al padre, o tocar los calzones de Annelise y morderle la lengua. El edificio le parecía un sitio ideal para hacer una terapia conjunta, pero Annelise no estaba convencida de que eso fuera lo que necesitaran hacer. De todos modos, para complacer a Fernanda, compraron aerosoles, brochas y pintura de distintos colores con el fin de escribir en las paredes. “Mi psicoanalista dice que la escritura es un lugar de revelaciones”, les dijo. “Odio escribir. Yo voy a dibujar”, dijo Analía poco antes de hacer una versión extraña de Sakura Card Captor en la pared. Ximena, Fiorella y Natalia escribieron sus deseos en forma de epigramas y Annelise dibujó a su Dios *drag-queen* en el primer piso: una muñeca de pelo en pecho, cejas búmeran, vestido canacán y barba ensortijada. De todas, Annelise era la única que compartía la búsqueda de Fernanda, aunque no sus métodos. El edificio les proponía el desentrañamiento de una revelación que latía adentro de ellas. “Aquí tenemos que ser otras personas, es decir, las que somos en verdad”, les explicó Annelise. Y durante varias semanas no volvieron a hablar del tema, quizás porque, aunque entendieron que para sacarle el jugo a la experiencia debían desnudar y abrir sus mentes, no tenían la menor idea de cómo hacerlo, ni mucho menos de cómo lidiar con la vergüenza de hacer cosas que no harían frente a otras personas. “Tampoco se trata de hacer cualquier cosa”, decía Fernanda mientras Annelise asentía a cada una de sus palabras. “Tenemos que hacer algo que no podemos hacer en ninguna otra esquina de este mundo”. Sabían que, fuera lo que fuera, tenía que tratarse de algo que tuviera sentido, algo que las removiera por dentro y que les provocara lo más parecido a una fiebre, pero también que las conectara y las uniera de forma especial. Un asunto poco sencillo que durante meses no supieron cómo resolver, pero que las hizo persistir a pesar de lo difícil que fue ocultarle a los adultos en dónde pasaban las tardes. Las excusas tenían que cambiar, forzosamente, cada cierto tiempo, y con ello tuvieron que reducir las visitas al edificio a tres días por semana. “Sus padres son unos pesados”, les dijo Ximena a Fiorella y Natalia, cuyos padres habían preguntado demasiado a pesar de que casi nunca estaban en casa porque eran dueños de una agencia de publicidad que todos los años estaba a punto de ganar El Ojo de Iberoamérica. “¿Y si dedicamos cada piso, y cada habitación, a alguna actividad?”, sugirió un día Analía. “Ya, pero ¿a qué actividades, mensa?”, le dijo Natalia. “¡Contemos historias de terror!”, soltó Fernanda inspirada por ¿Le temes a la oscuridad?, de Nickelodeon, un programa de los noventa que había visto en un video de Playground en donde un grupo de jóvenes se reunían alrededor de una fogata para narrar historias de horror. “Está bien, podemos intentarlo”, dijo Annelise. “Pero necesitamos algunas reglas”. La primera consistió en que las historias tendrían que contarse en el segundo piso, en una habitación sin ventanas que Fernanda había pintado de blanco; la segunda, que las narraciones fueran una vez por semana; la tercera, que en cada reunión solo se contara una historia; la cuarta, que los turnos se definirían al azar; y la quinta—quizás la más importante—, que quien relatara una historia que no le diera miedo a las demás tendría que cumplir un reto elegido por el grupo. La actividad inició con una cierta apatía de parte de

Annelise, quien no confiaba en las habilidades de cuentería oral de sus amigas. Analía fue la primera en relatar su historia y, por supuesto, la primera en verse obligada a cumplir el reto. Las demás debatieron con intensidad antes de asignarle la tarea de levantarse la falda y enseñarle el culo a Miss Clara, alias *Latin Madame Bovary* –porque se parecía al dibujo de la portada del libro de Flaubert–. “No voy a hacerlo, ¿están locas? ¡Llamará a mis padres!”, chilló Analía. “Tienes que hacerlo sin que te vea”, le explicó Annelise. “Si triunfas, nadie llamará a tus padres. Si lo haces mal, pues te lo merecerás por tonta”. Esa tarde discutieron, se insultaron, y Analía volvió a su casa antes de tiempo, llorando de rabia. “Tal vez debamos cambiarle el reto”, dijo Fiorella, pero Annelise se negó rotundamente: “Si lo hacemos, esto ya nunca más será divertido”. Fernanda estuvo de acuerdo y le propuso a las demás no hablarle a Analía hasta que cumpliera su castigo.

–Me está empezando a gustar este juego –dijo Ximena.

Dos días después de la ley del hielo, Analía aprovechó un momento en el que Miss *Latin Madame Bovary* escribía en la pizarra algo sobre géneros literarios para levantarse la falda y menear el culo a sus espaldas. La clase contuvo la risa y, aunque el murmullo hizo que Miss Clara se volteara, no le dio tiempo a ver lo que había sucedido. Pronto, las tardes de contar historias de terror se convirtieron en una excusa para idear retos que, al principio, tenían la finalidad de entretenerlas y de hacerlas reír, pero poco a poco fueron cambiando hasta establecerse como lo que Fernanda llamó “ejercicios funambulistas”. Se trataba, al fin y al cabo, de realizar pequeñas hazañas: cosas que tuvieran un determinado grado de dificultad para quien las ejecutara, casi siempre a nivel corporal – el primer ejercicio consistió en un duelo de manos calientes entre Annelise y Fernanda, en el que ambas usaron anillos de sus madres y soportaron, durante una hora, los golpes; el segundo, en que Fiorella lanzara alaridos en la habitación de los gritos hasta quedarse sin voz; el tercero, en que Natalia saltara del segundo piso al primero sin usar las escaleras–. Había algo en aquellas actividades infantiles de resistencia que llenaba al grupo de una emoción difícil de disimular, una sensación de poder y de control que pesaba por encima del dolor físico. Eran juegos que todas habían jugado –o visto a otros jugar– en algún momento de sus vidas, como la ruleta rusa, o el juego de las bofetadas, y que a sus quince años jamás admitirían estar practicando por el simple hecho de que eran infantiles y de una fisicidad desconcertante, pero que allí adentro parecían haberse redimensionado para convertirse en eventos singulares, roturas en el tiempo que las hacían sentirse extrañamente encendidas. En poco más de un mes optaron por independizar los ejercicios funambulistas de las tardes que dedicaban a contar historias de terror e instituyeron el juego como un paso más hacia lo que buscaban: un sentido nuevo y unificador, un exceso de experiencia. “Creo que deberíamos tener otros nombres aquí”, dijo Fernanda unos días antes de que Mister Alan, alias Culo Cósmico, encontrara en el cuaderno de Ximena un boceto del Dios *drag-queen* de Annelise. El escándalo fue inmediato: no solo llamó a sus padres, sino que llevó el asunto al rectorado del colegio. “Me imagino que sabes lo grave que es jugar con el nombre y la imagen de Dios, y encima de esta manera, travistiéndolo, como si fuera un monstruo”, le dijeron. “Explícanos qué era lo que pasaba por tu mente cuando decidiste dibujar semejante cosa”. Frentes arrugadas, labios contraídos, la voz chillona de la madre de Ximena elevándose en todas las íes, la rectora taconeando el suelo, la Biblia sobre la mesa, Jesús crucificado sangrando junto a una falsificación de Guayasamín y Mister Alan, alias Culo Cósmico, mirándola como la oveja perdida del rebaño que era. Ximena, por supuesto, no resistió la presión y acabó delatando a Annelise. “¡Yo ni siquiera sé dibujar!”, dijo. Desde entonces se había distanciado del grupo, incapaz de dar la cara, y Annelise se expuso a

numerosos sermones y al castigo de recibir clases extra, todos los viernes, de Lengua y Literatura.

–Algún día tendrá que volver con nosotras –dijo Fernanda mientras grafiteaba una pared.

–¿Quién? ¿Ximena? –preguntó Natalia.

–¿Quién más? –continuó–. Necesitamos nuevos nombres. Y un manifiesto o algo así.

–¿Por qué? –preguntó Fiorella.

–Porque sí. Leí que eso es lo que se hace.

–¿Ah? ¿Y dónde leíste eso?

–¿A ti qué te importa?

Y, en efecto, un día Ximena volvió. Apareció en el edificio con la mirada fresca y el uniforme manchado de cuando por la mañana, en la clase de educación física, Fernanda la hizo tropezar y caer sobre la tierra mojada. Menos avergonzada que resignada, se disculpó y prometió que nunca más volvería a ser una soplona. “De ahora en adelante preferiré cortarme la lengua antes que contar cosas que son nuestras”, dijo, y Annelise la miró sin decirle nada durante algún tiempo que a todas les resultó agobiante porque, a pesar de que el sentido nuevo y unificador que habían estado buscando se entretejía en ese mismo momento bajo sus lenguas, esperaban que fuera otra la que diera el paso, ese que el grupo necesitaba para cerrar el periodo de titubeos y empezar el tiempo de verdadera experimentación. Por eso, cuando Annelise dijo lo que dijo, además de excitarse, el grupo se sintió aliviado, liberado de la carga de verbalizar lo que pensaba cada una de sus cabezas, incluso Ximena, quien pareció anticipar y desear lo que ocurriría, y quien tuvo que enfrentar el primer reto real –el que hizo que todo comenzara– con admirable estoicismo.

Esa tarde todas fueron ellas mismas y ninguna sintió vergüenza.

III

Si tuviera que ser honesta durante su entrevista laboral, Clara López Valverde se vería en la incómoda situación de tener que admitir que era una maestra de Lengua y Literatura sin vocación alguna por la enseñanza. No es que hiciera mal su trabajo, al menos no mucho peor que aquellos que demostraban verdadero entusiasmo por la educación y que se sumergían en profundas diatribas sobre aprendizaje significativo, metodologías pedagógicas, cognitivismo y demás problemas en las salas de profesores o en los pasillos, sino que carecía de una inclinación particular –eso que otros llamaban “pasión”, a falta de una palabra más sincera– por la actividad dentro de un aula con adolescentes. Su madre, muerta hacía cinco años pero más viva que nunca en sus pensamientos –sobre todo cuando estaba nerviosa y sudaba y se pellizcaba la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda–, le había advertido que para enseñar una tenía que creérselo; que la educación era algo así como una religión en la que el maestro era el sacerdote, el ministro, el pastor, y que sin fe no había sentido y sin sentido no existía nada que mereciera ser aprendido –a la madre le gustaba ser sentenciosa y rimar porque el sonido de la repetición, especialmente el de la rima consonante, la hacía sentirse como una médium por la que hablaba una especie de inmortal sabiduría clásica–. Se lo dijo de forma muy enérgica, rimando en un sillón de estampado de tigre mientras se fumaba su porro terapéutico del día, cuando Clara apenas había empezado a prepararse para el magisterio y ya usaba faldas y vestidos por debajo de la rodilla, laca para el cabello y blusas con botones en forma de perla –no por pudor, recato o alguna de esas mojigaterías inapropiadas para alguien con las piernas parecidas a las patas de un pelícano, los senos como dos limones atrofiados y el pelo áspero de un gorila, sino porque la hacían verse igual que su madre en la década de los ochenta, es decir, muy *vintage*, y sentirse más profesora que si usara cualquier otra cosa–. Las sentencias maternas –recordó mientras se cambiaba de asiento para esquivar el chorro del aire acondicionado que le empujaba tres pelos sueltos sobre la nariz– tenían, usualmente, la intención de desanimarla. Después de todo, eso era lo mejor que le salía a su madre del papel de madre, además de sacar a relucir –siempre en tono condescendiente– lo incómoda que se sentía con el 90% de las decisiones que tomaba su hija-becerra –“Becerrita de Oro” la llamó hasta los diez años, y después, con las desavenencias, ya solo “Becerra”; alargando las erres si estaba enfadada, acortándolas si estaba de buen humor–. Elena Valverde, es decir, la madre en la que ahora Clara pensaba como consecuencia de los casi cuarenta y cinco minutos de aburrimiento en la sala de recepción del Colegio Bilingüe Delta, fue profesora de EGB durante treinta años hasta que el estado de su escoliosis neuromuscular le impidió continuar con la profesión que, a regañadientes –porque qué iba a saber su hija lo que era realmente enseñar si era una mocosa egoísta, poco creativa y enferma de la cabeza–, le tuvo que ceder a Clara, la muchacha más agobiante del universo –así se lo dijo poco antes de morir: “Eres la muchacha más agobiante del universo”–. También le dijo en otro momento, cuando todavía creía que era posible convencerla de dejar de usurparle la vida, que la enseñanza no había sido pensada para nihilistas tropicales. Pero Clara, la hija-becerra, no se consideraba nihilista, sino una mujer del trópico con creencias flexibles y certezas plurales, como los políticos –o como aquellas personas con baja autoestima que nunca

estaban del todo seguras de lo que pensaban—, y a lo único que oponía una real resistencia era a las creencias de la madre. De modo que, después de varios años de preparación, se convirtió en una profesora de Lengua y Literatura sin fe, aunque atraída por las etimologías, las aliteraciones, la gramática, los poemas en verso libre —las rimas le parecían tan artificiosas como el maquillaje natural o las medias de nailon color carne—, la ortografía, los volcanes y las novelas de horror gótico —algo de lo que se sentía especialmente orgullosa, pero que se abstendría de comentar durante su entrevista porque no veía cómo podría ayudarle a alcanzar su objetivo principal, que era ser contratada (más pronto que tarde) en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*—.

Su madre, recordó mientras se espantaba de la rodilla un mosquito gordo de sangre ajena, solía reprocharle a menudo el haber elegido una profesión que consideraba propia, marchitándose con su columna en forma de S apenas corregida por un corsé dorsolumbar que había bautizado con el nombre de “Frida Khalo” —de todas las cosas que la hija le arrebató de su identidad era esa, la profesión perdida, la que consolidó su resentimiento filial—. Clara no sabía con exactitud, ni siquiera en ese momento, viendo a las secretarias-azafatas del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, ofrecer a los visitantes té en tazas de porcelana y galletas de animalitos —osos panda crujían, elefantes crujían—, cuándo había empezado su obsesión por convertirse en una réplica exacta de su madre. Esa imitación imperfecta, sin embargo, había escindido la tierra entre ambas hasta el final, de modo que solo ahora —pellizcándose la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda mientras a su lado derecho cebras crujían, rinocerontes crujían— Clara era capaz de reconocer en su actitud una violencia taimada que impuso, de forma inconsciente pero prolongada, sobre alguien —la madre— a quien no le había quedado otra opción que irse muriendo mientras ella —la hija— crecía como un árbol encima de su muerte —porque los hijos acentuaban la mortalidad de los padres, había llegado a concluir, convirtiéndolos en abono y encarnando la calavera de Yorick meciéndose de risa todas las mañanas (cosa que, sin embargo, Clara jamás diría durante su entrevista porque podría parecer que le disgustaban las relaciones paternofiliales)—. Ser una hija, entendió en su momento, la había convertido en la muerte de su madre —todos engendraban a sus asesinos, pensó, pero solo las mujeres los daban a luz—, muerte que llevaba como una semilla en su profesión, su peinado, su vestimenta y hasta en sus gestos, pero no en sus creencias ni en su forma de hablar —“vocación”, por ejemplo, era una palabra que encontraba desagradable, como un zapato viejo y maloliente junto a la cama, pero que sin duda repetiría varias veces durante su entrevista porque era un término que a las rectoras-de-colegio les encantaba escuchar (tanto o más que a su madre)—.

Había cosas que no podía decir si quería que la contrataran en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, y que repasaba en su mente al mismo tiempo que las secretarias-azafatas de la recepción respondían los teléfonos, hablaban con algunos padres de familia que crujían caballos y camellos, recibían a sus posibles competidoras y las hacían sentarse muy cerca de ella. Cosas anodinas, aunque potencialmente irritantes para las rectoras de colegio, como sus verdaderos intereses, *hobbies* o prospectivas de vida —“La atenderán en un momento”, le dijo una secretaria que tenía la voz de una nena de cinco años mientras una señora-madre-de-familia le mordía la cabeza a una jirafa—. Lo que en realidad le llamaba la atención de la docencia —y que tenía claro que no podría decir durante su entrevista— era lo que ocurría fuera del horario de clases. Se reconocía a sí misma como una aficionada a la lectura y a los asuntos lingüísticos y ortotipográficos o, como ella solía llamar, asuntos “de forma”; disfrutaba de tradiciones literarias varias y dispares —de Esquilo a Parra, de Woolf a Dante... (aunque, por el momento, estaba ocupada en un ejercicio de traducción que la

mantenía leyendo únicamente en inglés)–, y de detectar erratas en los periódicos, revistas, libros, anuncios, grafitis, etc. –lo había aprendido de su madre, quien solía utilizar para casi todo la famosa frase de Flaubert (o de Warburg, o de Voltaire, o seguramente de Van der Rohe), “Dios está en los detalles”, a pesar de ser atea y de haberle escupido una vez a un testigo de Jehová que llamó a la puerta cuando aún no se había fumado su porro terapéutico del día (importantísimo para aliviar el dolor insoportable de su escoliosis neuromuscular avanzada)–. Quizás, y para ser justa con su labor, Clara tendría que admitir que lo único que le gustaba de la docencia era corregir los textos de sus estudiantes –aunque eso jamás lo diría durante la entrevista porque, además de ser poco favorecedor, le traía recuerdos de cuando su madre le reprochaba su nula visión pedagógica para no tener que reprocharle otros asuntos (como haber escogido su profesión y vestirse y hablar exactamente igual que ella, pero con veintiocho años menos y sin una Frida Kahlo abrazándole la columna vertebral)–. Al final de cada curso, Clara siempre conseguía que unos cuantos chicos mejoraran su redacción. Profesores menos jóvenes que ella, en cambio, dejaban pasar los problemas de expresión escrita de sus estudiantes como si se tratara de un asunto menor –o como si no pudieran identificarlos, llegaba a pensar algunas veces–. En varias ocasiones se entretuvo detectando erratas en los exámenes diseñados por sus colegas que, en su mayoría, eran discípulos de Paulo Freire –durante las discusiones sobre pedagogías del oprimido y métodos de la cultura popular, ellos eran Sarmiento y ella, que prefería hablar del adecuado uso de la ortografía y de la gramática, discípula de Bello y de su propia madre–. Muchos de los profesores que había conocido en sus cuatro años de ejercicio docente eran desprolijos y defendían su falta de cuidado, su poco gusto por el detalle, restándole importancia a los aspectos formales de la escritura. “Lo que importa no es el cómo, sino el qué”, decían, pero Clara era incapaz de entenderlos, menos aún cuando hablaban del poder de la oralidad en la tradición ancestral de los países andinos, relegando la escritura a una tecnología de colonización epistemológica –postura que a su madre (la implacable maestra de EGB) siempre le pareció reduccionista y contra la que protestó pintándole la cara de azul a Walter Mignolo y escondiendo en una caja de cartón a Cornejo Polar–. Clara, por su parte, estaba convencida de que era posible conocer a una persona a través de su redacción. Le gustaba pensar que, en el fondo, su trabajo ayudaba a que otros pudieran descubrir y mostrar su verdadero carácter –el de su madre, por ejemplo, era rítmico, definitivo, sibilino; el de ella, desordenado, digresivo, poblado de oraciones subordinadas y de incisos–. Una vez, a causa de la lección de un estudiante que ella calificó con un “Insuficiente” –seis puntos sobre diez– por sus evidentes problemas textuales, se desató un debate entre profesores a tiempo completo: un grupo, el más amplio, defendió que la nota debía ser de siete sobre diez –“Suficiente”, “Aceptable”, “Alcanza los aprendizajes requeridos”– porque el contenido desarrollado en los folios estaba creativamente argumentado, mientras que un grupo pequeño, en el que ella se encontraba, arguyó que contenido y forma eran indisolubles y que los argumentos, al no estar bien expresados, perdían su efecto y redundaban en falacias –además de carecer de lógica–. El debate –que discurrió, en realidad, sobre las precisiones del lenguaje de la evaluación estandarizada– terminó con ambos bandos enemistados –cosa común en ese tipo de discusiones, pues todos creían tener la última palabra sobre la verdadera educación y estar en la *avant-garde* pedagógica (aunque esa opinión sobre los egos de sus colegas no la diría, bajo ningún concepto, durante su entrevista, porque la rectora del Colegio Delta, *High-School-for-Girls*, podría interpretarlo como una animadversión injustificada y poco recomendable para el ambiente de trabajo y de aprendizaje)–.

Su madre –antes de que supiera que la columna vertebral se le estaba convirtiendo en una serpiente– disfrutaba mucho de acercar a sus estudiantes a la lectura y casi nada de la enseñanza del correcto uso del idioma –“Lo único que importa es el arte, Becerra. El arte nos hace ser gente”, le dijo una vez, cuando ya había empezado a exagerar el estado de su miopía para sentirse más oracular a la hora de soltar sus sentencias con rima consonante–. A Clara, en cambio, le irritaba el poco amor que los colegios le tenían a Rimbaud –*Una temporada en el infierno*, por razones poco contemporáneas, solía disgustarle a las rectoras de colegios–, y frente a la escasa libertad de la que disponía para elegir la literatura de su curso –y lo nada comprometida que se sentía como motivadora de lectura (convencer a sus estudiantes de que leer era placentero le parecía igual de absurdo que no amar a Rimbaud)–, decidió concentrarse en impulsar el desarrollo de la escritura de sus pupilos. Era algo que la satisfacía: encerrar en círculos las palabras mal utilizadas, en triángulos los errores de ortografía y en rectángulos los de sintaxis; llenar el papel de rojo y luego pedir la reescritura del ensayo para volver a llenarlo de rojo, aunque en menor cantidad, hasta que por fin la hoja estuviera limpia de su propia geometría. No lo conseguía con todos, pero dos o tres de sus alumnos aprendían a escribir mejor después de sus clases. Construir amantes de la literatura, por el contrario, le parecía una entelequia –no para su madre, sino para maestras como ella misma–: después de todo, nunca había sido buena contagiando a los demás con sus propias pasiones –aunque eso, definitivamente, no lo diría durante la entrevista, porque si algo le erizaba los vellos del brazo (a veces largos y pintados de rubio) a las rectoras de colegios era que los profesores fueran contagiosos y apasionados (pero con el currículo)–.

En resumidas cuentas, no estaba convencida de ser una profesora que inculcara a sus estudiantes el interés por las artes literarias, pero al menos era una decente correctora de textos.

“Eres una decente correctora de textos y una profesora indecente”, le dijo su madre dos días antes de que fueran al hospital y vieran, por primera vez, la radiografía de su columna serpenteándole la carne, curvándola, torciéndola como un monstruo de caza del que Clara habría de comer. Conservaba la radiografía gris colgando de la pared del salón como el retrato de un feto –su madre la puso allí para observarla en los momentos en los que se le olvidaba fingir su simbólica ceguera oracular–. Era el testimonio de la criatura de huesos que consiguió doblegar a la única persona que ella en verdad había amado –cuando Elena Valverde murió, Clara adoptó todas sus cosas, incluso su ropa interior (que ahora usaba para dormir porque, lamentablemente, le quedaba demasiado grande para llevarla durante el día bajo sus faldas de talle alto y sus blusas satinadas estilo-materno-de-los-noventa)–. Aun en ese instante, rodeada de desconocidos que no tenían la menor idea de que su diadema era del mismo modelo que la de su madre en los ochenta, recordaba cómo los pocos familiares que asistieron al velatorio –y que notaron que llevaba puesta a Frida Kahlo debajo de la blusa negra estilo-materno-del-dos-mil-diez– la miraron con la misma displicencia y repugnancia con la que Elena lo había hecho hasta el último momento, cuando ya no podía ni siquiera levantarse de la cama y Clara le daba de comer, la bañaba, la peinaba y le limpiaba la bacinilla mientras, en sus ratos libres, perfeccionaba el arte de caminar con la columna levemente torcida hacia la izquierda. Clara había aprendido que, por alguna razón del todo incomprensible para ella, los demás encontraban obscena la imitación que hacía de la apariencia física de su madre, como si en su mimesis amorosa hubiese algo abyecto que obligara a los demás a encoger sus rostros y a dedicarle miradas de desconfianza –algunas veces notó, por parte de los pocos familiares vivos que le quedaban (y con quienes ya no mantenía ningún tipo de contacto), un abierto desprecio a causa de la incomodidad que

sentían cuando ella no solo fingía ser su madre, sino que llegaba a serlo (en esas ocasiones en las que su interpretación alcanzaba su cenit, Clara se veía a sí misma diluyéndose en el personaje materno igual que una gota de sangre sobre otra gota de sangre)–. Pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda, por ejemplo, era algo que le salía de forma natural cuando estaba ansiosa, pero que le había costado casi siete meses adoptar de la gestualidad de su madre –dos años le había tomado sudar como ella; un año y medio ir al baño las mismas veces al día que ella–. Todo esto irritaba a Elena Valverde, quien lloraba, gritaba y se halaba de los cabellos, pero nunca se atrevió a hablar con su hija del tema; nunca le preguntó “¿Por qué eres mi siniestra?”, ni le confesó que estaba asustada de verse en otra como un reflejo dañado o un *doppelgänger* a punto de desaparecer para que su doble existiera. Solo después, cuando la madre empezó a hablar mirando hacia la nada y a concluir que su ceguera fingida le permitía ver con claridad asuntos metafísicos –y a usar como bastón el palo de una escoba vieja con el fin de parecerse al Tiresias de Martha Graham–, Clara entendió que detrás de la ira materna había un horror arcano y un rechazo indisimulable hacia una imitación que, quizás, había sido percibida desde siempre como un desafío o una burla, y no como lo que en realidad era: un acto de amor. Sin embargo, y contrario a lo que Elena Valverde creyó hasta su mismísimo final, Clara no había decidido convertirse en una profesora de Lengua y Literatura solo para imitarla, sino también porque era el tipo de trabajo que mejor se adecuaba a la que quería que fuera su personalidad. No se sentía culpable –y lo reconocía mientras leía en la cartelera, a veces eclipsada por el pelo de zorrillo de un padre-de-familia, una frase de Gabriela Mistral: “El peor maestro es el maestro con miedo”– de haber elegido una profesión cargada con un discurso cuasi religioso de abnegación, sacrificio y recompensa en las ganancias del otro, por comodidad personal –no monetaria, sino actitudinal–. Después de todo, y tras cuatro años trabajando en un colegio público lo había comprobado con sus propios ojos, la mayoría de los maestros-formadores-del-mañana se complacían con la imagen de mártires que proyectaban al mundo –su agotamiento y dedicación eran el emblema por el que sacaban pecho, pero Clara percibía que tras ese orgullo había un esfuerzo descomunal por ocultarse a sí mismos, y a los otros, que eran maestros con miedo (su madre, aunque jamás lo hubiese admitido, fue también una profesora con miedo, igual que ella [pero la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls* con bachillerato internacional, no tenía por qué saberlo])–. El sector de la enseñanza –se lo decía su experiencia y la de su madre-espalda-de-armadillo– era el vertedero de la mediocridad sobreestimada: todos se creían esenciales e indescriptiblemente valiosos, pero casi nadie lo era en realidad. Clara se admitía a sí misma –aunque no a las rectoras de colegios– que tenía poco que aportar y que para ella dar clases significaba solo una excusa para leer y resolver problemas de redacción como crucigramas dominicales. Si lo veía desde esa perspectiva –pensó mientras a su lado vacas y venados crujían– su falta de vocación no afectaba a nadie. Sus alumnos, salvo excepciones, la respetaban –y esto lo dejaría caer con sutileza durante la entrevista porque a las rectoras de colegios les encantaban las maestras que infundían respeto–. Además, todavía no conocía a una profesora de Lengua y Literatura de BGU que se desarrollara en los contenidos del área mejor que ella –de su madre había heredado (o quizás adoptado) la voracidad lectora que los profesores de cincuenta años en adelante, decepcionados y cansados (“los dinosaurios”, los llamaba ella contra la almohada), habían perdido desde el pleistoceno–. A pesar de ser tan joven, Clara había conseguido, a su entender, dos cosas imprescindibles para una maestra: el dominio de los contenidos y el dominio del aula. Sin lo primero, una profesora podía durar en su puesto hasta el final de los tiempos, pero

sin lo segundo, difícilmente podría mantener la confianza de los directivos en sus capacidades – pensó sentada, con las rodillas unidas y la piel de entre los dedos de la mano izquierda de un magenta oscuro–.

La educación, había tenido que aprender muy pronto, era un asunto de fuerza.

“A nadie le gusta contarlo, Becerra, pero el sistema educativo está hecho para domadores de leones, no para maestros”, le dijo alguna vez su madre, sosegada por su porro terapéutico del día, cuando aún no había bautizado a su corsé dorsolumbar como Frida Kahlo –y cuando aún creía que los dolores serían temporales–. Pero el verdadero reto, pensó, era ser una domadora de domadores, que fue en lo que se convirtió al quitarle la identidad a su arrinconada madre, fría en el tiempo como un molusco, durante años esculpida por la enfermedad en el mismo sillón de estampado de tigre donde luego –cincuenta y siete meses después, para ser exactos– dos estudiantes ataron a Clara con el objetivo de robarle los exámenes de fin de curso –el recuerdo de ese día se le escapó de detrás de los ojos y le hizo rasguñarse, sin querer, la delicada piel de entre el dedo índice y pulgar de su mano izquierda–. Su secuestro –o como otros preferían llamarlo: “el suceso del robo de los exámenes”– era uno de los muchos temas que había decidido evitar durante su entrevista de trabajo –aunque, por supuesto, contemplaba el posible escenario de que la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, con una sala de teatro de 250 butacas y telón rojo aterciopelado, le preguntara por su recuperación y le pidiera, además de un informe médico, uno psicológico (y ella, que había heredado [o adoptado] de su madre el talento de la prevención, llevaba ambos informes en su bolso azul modelo-materno-del-año-setenta-y-seis)–. Ensayó frente al espejo, además –sólo en caso de que la rectora se lo preguntara–, su versión de lo ocurrido durante las trece horas con cincuenta y siete minutos en las que sus estudiantes la mantuvieron atada al sillón de estampado de tigre –diría: “Fue una experiencia muy dura que, sin embargo, ha reafirmado mi vocación por la enseñanza”, y pronunciaría muy bien la palabra “vocación” para satisfacer los oídos pedagógico-institucionales de la rectora del colegio con la biblioteca más grande de la ciudad–. También podría darse la situación –y este era el escenario que a Clara más le convenía– de que la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, no estuviera interesada en preguntarle sobre algo ocurrido hace tres meses, dos días y once horas porque, a pesar de tratarse de un caso que apareció en todos los diarios del país –e incluso en algunos de la región– y de ser el motivo de su alejamiento temporal de las aulas de clases –así como de su asistencia obligatoria a audiencias con personas que usaban costosos relojes de muñeca–, era un incidente que no tenía nada que ver con su desempeño profesional. Clara quería ser positiva y pensar que era posible –aunque poco probable– que la rectora del único colegio del país con piscina olímpica techada no tuviera interés en conocer los detalles de su experiencia con Malena Goya y Michelle Gomezcoello –alias las *M&M's* según sus compañeros de clase, alias *Las Hard Candies* según la prensa amarilla, alias Las Niñas Esas según los directivos del colegio en donde antes trabajaba y al que había renunciado sin pesar alguno–. Pero lo cierto era que existían pocas personas que, enteradas de lo ocurrido hace tres meses, dos días y once horas, no quisieran escuchar de la boca de la víctima una historia que prometía ser trepidante –aunque quizás un poco morbosa–, así que Clara veía difícil poder escaparse de un “¿Y cómo se siente usted luego de lo sucedido con Las Niñas Esas?”, pregunta que –ahora que lo pensaba mejor mientras dos madres-de-familia de dientes sobrenaturalmente blancos se saludaban con un beso al viento– no había ensayado responder, sino eludir, porque la elaboración narrativa de las trece horas con cincuenta y siete minutos en las que estuvo atada al sillón de estampado de tigre de la madre –con sus alumnas

recorriendo su casa, comiéndose su comida, jugando con sus cosas y, sobre todo, mofándose de su miedo— era demasiado compleja incluso para ella misma. Y tal vez por eso —pensó mientras miraba un horrible retrato de Josemaría Escrivá de Balaguer (a veces oculto tras la prominente joroba de un abuelo-de-familia)—, es decir, porque se había rehusado a contar con detalles lo que en realidad pasó, los profesores y directivos del colegio en el que antes trabajaba —y que al principio le expresaron su incondicional apoyo frente a la actitud “bárbara” y “salvaje” de Las Niñas Esas— terminaron creyendo que algo tenía que haber hecho ella como profesora —y ser humano— para que dos chicas de catorce quisieran secuestrarla en su propia casa. No era que justificaran lo que Las Niñas Esas le hicieron —concluyó Clara alisándose la falda mientras que, a su izquierda, una madre-de-familia ganaba una partida de *Candy Crush*—, sino que, al entender de sus compañeros y superiores, tenían que existir motivos tras un acto tan violento y desconcertante; motivos como el entorno familiar de las chicas, sus amistades fuera del colegio, su consumo de estupefacientes y, por supuesto, el tipo de relación que tenían con Clara —pues lo que hicieron se lo hicieron a ella, no a otra profesora del instituto, y aquello tenía que significar algo como que Clara era, en realidad, una mala profesora (una déspota o una pusilánime) que se había ganado su odio—. Nunca le dijeron que era eso lo que pensaban, pero resultaba evidente —tanto en sus miradas como en sus gestos— que en parte la culpaban de lo ocurrido con las *M&M's* y que, a la vez, se avergonzaban de hacerlo porque aquella terrible experiencia les pudo haber sucedido a ellos —y porque, en el fondo, estaban rabiosamente felices de que no hubiese sido así—.

Clara entendía ese tipo de felicidad que se sostenía sobre la desgracia de los que estaban muy cerca. Era un sentimiento culposo, pero fuerte, que la mayoría intentaba esconder cuando se les encendía por dentro en forma de “¡Qué bueno que no me ha pasado a mí!” —*¡Qué bueno que fui tu hija y no tu madre!*, pensó ella cuando enterró a Elena Valverde en una tumba sin epitafio—. Estaba segura de que sus colegas habían sentido ese regocijo mezquino y no se lo echaba en cara, pero algunas veces —como, por ejemplo, en ese instante, con lobos marinos crujiendo y un padre-de-familia sonándose la nariz con un *kleenex*— se preguntaba si no estaría malinterpretándolos y si en realidad no se habían sentido felices y culpables, sino asustados —“El peor maestro es el maestro con miedo”, volvió a leer mientras la secretaria-azafata que olía a esmalte de uñas rellenaba los platos con nuevos animales—. Para Clara, el miedo tenía un olor muy específico, tan reconocible como el de aquella sala y el de cada una de las personas que esperaban en ella —su madre, por ejemplo (recordó tomando una ballena del plato y quebrándola con sus muelas), olía al antitranspirante que usaba para evitar el profuso sudor de sus pies (“Me gusta cómo huele”, decía Elena echándose el *spray*-antitranspirante-para-pies en el cuello como si fuera un perfume)—. El miedo olía a cuerpo: a orina caliente mojando una pijama de lunas y estrellas. Clara sabía que ninguno de los adultos que la rodeaban en aquella sala de recepción —mitad capilla, mitad zoológico— usaban pijamas infantiles ni se orinaban encima, pero alguna vez lo habían hecho y, aunque lo ignoraran, podrían volverlo a hacer; porque si algo había aprendido siendo una hija-becerra —y obstinado calco de su madre— era que a cualquier edad uno podía mearse de miedo —lo hizo Elena Valverde, acostada en su cama de hospital mientras agonizaba; y lo hizo ella, tres meses, dos días y once horas antes, atada al sillón de estampado de tigre—. Quizás —pensó mirando el espacio luminoso y decorado con plantas de interior— sus excolegas temieron asumir que lo ocurrido con las *M&M's* había sido arbitrario —igual que todo lo que realmente atemorizaba a las personas—, y para evitar el vértigo —y porque al menos así existía una certeza, una explicación razonable imponiéndose sobre lo desconocido— prefirieron concluir que

parte de la culpa del incidente la había tenido ella, la secuestrada, pero, por encima de todo, la única adulta del triángulo; la que no tenía permitido orinarse encima y que, a pesar de ello, amenazaba con mojar la pijama de lunas y estrellas de sus mentes. Clara creía que entonces –cuando no quiso abundar en los detalles de lo que ocurrió durante las trece horas con cincuenta y siete minutos en las que estuvo atada al sillón de estampado de tigre– sus excompañeros se protegieron del miedo de la incertidumbre como lo hacían los adultos: a través de la razón, y por eso –porque esa sensatez aparente, ese fantasma de sentido común, pudo haberles impedido aceptar que no hubiera existido otra causa para la violencia que la violencia– terminaba perdonándolos varias veces a la semana, incluso en momentos como ese, mientras le mordía el caparazón a una tortuga y hacía el ejercicio de inventarse razones que explicaran el entusiasmo con el que las *M&M's* le pellizcaban el vientre. Ese excesivo e involuntario análisis que Clara hacía de situaciones incómodas –además de fortalecer los innegables síntomas de su trastorno de ansiedad– le ayudaba a ser consciente de todo lo que sucedía en su entorno inmediato, y también a crear una falsa –pero necesaria– ilusión de control. Tenía una enorme capacidad –y así se lo había dicho su madre cuando era pequeña– para barajar las posibles reacciones de las personas y para deducir, a grandes rasgos, lo que sentían y pensaban sobre ella y sobre otros –“Las niñas que imaginan demasiado terminan enfermas de la mente”, le dijo su madre cuando escuchó, por primera vez, lo que Clara creía que sus maestros pensaban sobre la forma en la que escribía, dibujaba, corría, deletreaba, masticaba y estornudaba–. Era un hábito insano y, a la vez, un talento que le servía para calmar sus propias inquietudes, pero que –a pesar de no sentirse avergonzada– había resuelto esconder durante la entrevista porque a la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, podría disgustarle lo que ella interpretaba –o sobreinterpretaba– que sus excompañeros sintieron o pensaron a partir de un incidente que no la definía como persona –ni como profesora de BGU–.

“Tu cerebro es un nido de cucarachas”, le dijo su madre cuando ella le explicó lo que creía que sus maestros pensaban sobre la forma en la que pronunciaba las erres y se limpiaba obsesivamente las manos durante los recreos.

Para Clara, su mayor problema eran los pensamientos que no pedía y que –igual que cucarachas– depositaban huevos en el interior de su cabeza. Pero la ansiedad que le escalaba por sus talones como una tarántula de aire mientras leones crujían, gaviotas crujían –y mientras se chupaba disimuladamente una gota de sangre de la delicada piel de entre el dedo índice y pulgar de la mano izquierda–, no solo se debía al inevitable repaso mental de lo que podía decir durante su entrevista, sino a que nunca había estado en un colegio privado, mucho menos en el más costoso –y por lo tanto exclusivo– de una ciudad subdesarrollada, aunque de creciente espíritu aristocrático –su madre, quien trabajó toda su vida en el sector de educación pública, la habría llamado “vendida” si la hubiera visto allí, a punto de beber de una taza de porcelana en el único colegio de la ciudad con club de ajedrez y salón de gimnasia artística–. La puesta en escena de la recepción también incrementaba su angustia porque la forzaba a revisar una situación que ya había estudiado de forma exhaustiva en su casa –sola y frente al espejo–, pero que ahora –con nuevos elementos en el paisaje– se volvía mucho más densa. Por ejemplo –concluyó acariciándose los codos–, los padres de las chicas de ese colegio pagaban una pensión mensual que duplicaba su sueldo anterior y que se hacía evidente en cada detalle del mobiliario, en la infraestructura, en los bellísimos uniformes y en las pequeñas cámaras de seguridad, aunque no en la calidad de la escritura –a lo largo de su espera había detectado ocho erratas en los trípticos, carteleros y textos que colgaban de las paredes y

descansaban sobre la mesa central de la recepción (su ansiedad [corroboró en ese instante] tenía un importante componente ortográfico)–. Elena Valverde, la implacable maestra de EGB, habría tirado la toalla frente a la parafernalia sin fondo del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls* –que en sus folletos informativos se definía como “un centro de vanguardia” cuyo objetivo era “preparar mujeres capaces de responder a las necesidades políticas, económicas y sociales de su entorno”–. Pero ella no era su madre –aunque anhelara serlo– y había algo seductor en el perfume floral de las plantas de interior, el sonido de los tacones, las voces en bajos decibeles, dóciles, y la frescura del aire acondicionado que le hacía olvidarse de que estaba rodeada de manglares.

Aquí, pensó, no voy a sudar, y arrugó la nariz al ver cómo una mosca penetraba la selva capilar de una madre-de-familia que bostezaba con la boca cerrada.

Clara había decidido –y se reiteró en ello al descubrir un nuevo retrato de Josemaría Escrivá de Balaguer asomándose por la puerta entreabierta de la oficina de la rectora– que no haría alusión a temas religiosos durante la entrevista y sí, en cambio, a asuntos que los suplieran, como la crisis de las humanidades –que (en opinión de la madre que habitaba en su mente) era el tema preferido de las rectoras de colegios–. Por eso, en sus planes meticulosamente ensayados –y reinventados– frente al espejo, mientras la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, golpeará el escritorio de madera barnizada con sus enormes anillos, Clara mostraría interés por el devenir de las disciplinas humanísticas en la educación media –sobre todo por aquellas que le importaban a la rectora– para evitar hablar, por ejemplo, de la traducción que estaba haciendo de algunos poemas sobre volcanes –ejercicio que poco le ayudaría a conseguir el puesto deseado de maestra de Lengua y Literatura, a pesar de que (en su opinión) decía mucho de su personalidad y resaltaba su vena creativa (rasgo imprescindible para una buena profesora, según la sabiduría popular de la pedagogía moderna)–. “Mi columna parece la chimenea de un volcán de hielo”, le dijo su madre una noche, mirando la radiografía de sus vértebras como un paisaje petrificado en la pared. Clara no creía que a las rectoras de colegios les gustaran los volcanes, pero tampoco la literatura –ya que no amaban a Rimbaud–, de modo que, según su plan meticulosamente diseñado –ensayado y reinventado– frente al espejo, hablaría dos minutos –máximo tres– sobre resultados de aprendizaje y metodologías pedagógicas –incluso si la rectora no se lo pedía porque, desde su punto de vista (y desde el de la madre que habitaba en su mente) era eso lo que la haría más contratable que cualquiera de sus competidoras–. También intentaría no distraerse demasiado con los títulos, medallas, certificados, diplomas, entre otros reconocimientos que sin duda llenarían la oficina de la rectora del colegio con la plantilla docente más numerosa del país –“Esos son los títulos nobiliarios de la enseñanza: el sistema de castas de la episteme de Occidente”, diría su madre si estuviera viva–. Porque la educación, había aprendido muy pronto, era un asunto de estatus; aunque a nadie le gustara decirlo en voz alta, ni siquiera a ella –que se sentía repelida por la actitud de resistencia docente frente a cosas que no podían cambiarse (como que ellos eran [lo quisieran o no] parte de una élite)–. En los colegios Opus Dei, ese estatus se sostenía sobre la base de la autoridad y el orden –al que Clara se sumaba con alivio, no por afinidad religiosa, sino psicológica (una vida ordenada, que respondía a un determinado sistema, era lo único que calmaba a las cucarachas de su mente)–, pero sabía que para obtener el puesto de profesora de Lengua y Literatura en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, tendría que evitar pronunciar esas palabras. Si lograba reservarse sus interpretaciones –o sobreinterpretaciones– y controlaba los síntomas a veces desbocados de su trastorno de ansiedad, era muy probable que consiguiera que la contrataran; después de todo –

comenzó a convencerse a sí misma al ver a una madre-de-familia salir del rectorado— era joven, tenía el perfil, la experiencia y una recomendación directa de la rectora del colegio en donde trabajó hasta lo ocurrido con las *M&M's*. Sus preocupaciones acerca de lo que le costaría adaptarse a un nuevo —y desconocido— entorno carecían de fundamento, pensó: su trabajo en aulas grandes con un máximo de veinte estudiantes sería el mismo que venía realizando en aulas pequeñas con cuarenta chicos sudorosos y sobreexcitados, solo que en condiciones cómodas y propicias para un aprendizaje que —según los folletos informativos del único colegio de la ciudad con oratorio privado— “aspiraba a educar mujeres competentes y con afectividad madura a través del cultivo de las enseñanzas doctrinales de la Iglesia” —objetivo que para ella era irrelevante porque su asignatura tenía aspiraciones menos grandilocuentes—. Por lo tanto —pensó mientras contaba doce plantas de interior, ocho pares de tacones y quince tipos de animales de galletas dulces— ni la puesta en escena de la sala de recepción, ni la de la oficina de la rectora del colegio con más de cinco medallas nacionales de debate juvenil —ni el recuerdo de los ojos muertos de su madre como dos medusas hundiéndose en el agua—, le podrían hacer olvidar sus líneas tantas veces practicadas frente al espejo: “Me gustaría trabajar aquí porque es uno de los pocos lugares que cuentan con todo lo que una maestra necesita para hacer una labor excepcional”, le diría a la rectora. Y aunque la luz que entraba por las ventanas le daba un extraño aire de irrealidad al espacio —mitad salón de té, mitad agencia de viajes—, y eso la intranquilizaba y le producía unas inmensas ganas de huir, no huiría; no diría nada sobre las tildes y diéresis ausentes, las comas mal puestas o el equivocado uso de las mayúsculas —tampoco sobre lo mucho que su madre odiaba las plantas de interior porque respiraban por la noche (igual que los ladrones o los asesinos en serie)—. Controlaría su lengua: sometería su músculo más bárbaro como debió haberlo hecho antes, cuando intentó entrar —sin permiso— en la boca de su madre con un beso que ella rechazó golpeándola con los nudillos en la frente. Mantendría sus piernas quietas, sus rodillas unidas, sus hombros relajados y diría —decidió mientras una secretaria-azafata colgaba el teléfono y la miraba con una sonrisa sin dientes— que una maestra-de-vocación se adaptaba a todo tipo de situaciones, y lo haría sin pensar en el sabor de las pestañas que arrancó del cadáver de su madre como un ramo de flores, ni en el padre-de-familia que en ese momento se ponía de pie y se quitaba la tela del pantalón de en medio de las nalgas, ni en el verde pálido de las plantas de interior que temblaban de forma casi imperceptible por la brisa del aire acondicionado, ni en la insufrible mancha de cloro en la falda de la secretaria-azafata que ahora caminaba hacia ella.

“Seamos escrupulosos con la documentación”, leyó en un aviso junto a un cristal empañado; “Dios es FILOSOFIA”, leyó en otro junto al dispensador de agua. “Que una palabra se escriba entera en mayúsculas no la exime de tildarse”, les había explicado cientos de veces a sus estudiantes pobres —o “humildes”, como preferían decir los que, además de escrupulosos con la documentación, eran escrupulosos con el lenguaje—. Si la contrataban tendría estudiantes adineradas y les explicaría lo mismo porque era lo único que se sentía capaz de enseñar: dónde y cuándo ubicar las tildes, los puntos y las comas, cómo leer un poema, cómo comentar una lectura, de qué manera escribir distintos tipos de documentos, el Romanticismo, los géneros literarios, Shakespeare, la ciencia ficción, Cervantes... Les explicaría —canibalizando a su madre— que las normas existían para ser respetadas, al menos las de la lengua y las de su clase —porque la educación, aprendió muy pronto, era un asunto de forma—.

A dos pasos de su asiento, la secretaria-azafata le mostró sus dientes.

Todas las plantas de interior eran de plástico.

IV

A: Quiero contarte la historia del día en el que maté a mi amigo imaginario.

F: Esa es mi historia.

A: Se llamaba Martín, como mi hermano muerto.

F: Martín es mi hermano muerto.

A: Habíamos ido a la playa, pero no había sol.

F: Había sol. Estábamos en la piscina del hotel y hacía mucho calor.

A: Empezamos a construir una casa parecida a la nuestra junto a las olas.

F: Mi psicoanalista dice que es normal que mi amigo imaginario se llamara Martín.

A: Era imposible ver el cielo y la cara de Martín se puso gris.

F: Martín era un niño feo.

A: Martín era un niño muy feo.

F: Mi psicoanalista dice que es normal que mi amigo imaginario se llamara Martín.

A: Le pregunté qué le pasaba, pero no pudo responderme porque los seres imaginarios no hablan.

F: Me respondió que estaba muerto.

A: Estaba tan gris que parecía un muerto.

F: Mi psicoanalista dice que es normal que mi amigo imaginario se llamara Martín.

A: Entonces supe que quería que estuviera muerto.

F: Entonces supe que quería enseñarle lo que era estar muerto.

A: Lo tomé del pelo y lo arrastré hacia las olas.

F: Y me dije: “Voy a regalarme un muerto”.

A: Le dije: “Voy a regalarte un muerto”, y hundí su cabeza en la corriente.

F: Su cabeza era tan pequeña como un mango y la estrellé contra el borde de la piscina para que su dulzura se regara.

A: Como no dejaba de moverse apreté su cuello bajo el agua.

F: Mi psicoanalista dice que es normal.

A: Clavé las uñas de mis pulgares en su garganta de algodón. Su garganta de melocotón.

F: Mi psicoanalista dice que es muy normal.

Fernanda despertó con el cuello de ganso endurecido y su saliva creciendo un charco salado sobre la mesa. ¿Ya era mañana, hoy, el futuro-presente? ¿Por qué seguía allí? ¿Por qué no la habían rescatado todavía? Se movió con lentitud para que no le estallaran los músculos ni las articulaciones entumecidas tras horas de hacer el papel calmo de bella durmiente, pero su cuerpo se llenó de temblores y de pesares mucho peores que cualquier enfermedad. Peores que la estomatitis que tuvo hace años y le llenó la boca de ampollas. Peores que la fiebre de la estomatitis y la sangre que le corrió por las comisuras de los labios cuando intentaba comer lo que le hacía la Charo. Sus padres habían estado muy preocupados entonces –sus padres tenían que estar muriéndose de la preocupación ahora–. Sintió asco de sí misma porque la saliva parecía caérsele cada vez que cerraba los ojos, una baba hedionda a huevo y a atún –lo último que comió en la cafetería del colegio antes de su secuestro–. ¿Cuántas horas habían pasado desde que comió o bebió algo? *Muchas*, se respondió, y estaba muriéndose de hambre igual que el coyote cuando perseguía al correccaminos y en la habitación de al lado su madre lloraba –su madre debía estar llorando ahora–. Se irguió con dolor y pegó su espalda al respaldar de la silla. Necesitaba orinar, cepillarse los dientes, lavarse el cabello. Parecía absurdo que la higiene personal, algo aparentemente irrelevante en esa situación, siguiera teniendo la misma prioridad que antes. Restregarse dentífrico en las encías, escupir el mal aliento en un lavabo, dejar que el agua y las tuberías se llevaran la grasa de su pelo-Mia-Farrow-en-Rosemary's-baby; habría dado cualquier cosa con tal de limpiarse la cárcel del alma, como decía Mister Alan, su profesor de Teología. Cualquier cosa menos su cerebro de liebre. Su libertad sí, pero no su cerebro. Con su cerebro podía conseguir otras libertades y hasta recuperar las perdidas. Por eso Mister Alan era un idiota cuya única distinción real consistía en tener un culo grande: porque hablaba del alma y no de la mente y porque, como Descartes, pero sin su agudeza, creía que el ser humano estaba compuesto por dos sustancias intervenidas por Dios. “El cuerpo es la cárcel del alma”, decía él. “El alma es la cárcel del cuerpo”, le había dicho ella alguna vez solo para verlo hincharse como un pez globo. “¿Por qué Dios prefirió la ofrenda de Abel si Caín había trabajado tanto como su hermano? ¿Cuál es el sentido de esa injusticia?”, “Dios se arrepiente de sus amenazas; es inestable. Jonás lo sabe y por eso no quiere ir a Nínive”, “Si gracias a Cristo Dios pudo saber lo que es ser un hombre, sufrir como nosotros sufrimos y perdonarnos, entonces no es verdad que lo conociera todo desde el principio. Dios fue, alguna vez, ignorante”. La mente es corporal y el cuerpo es mental, por eso necesitaba limpiarse hasta el alma, sacarse de encima la sensación a desastre, volver a sentirse clara. Habría dado cualquier cosa, menos su conciencia, para reírse otra vez con sus amigas de Mister Alan, alias Culo Cósmico; de sus pantalones a la cintura, de sus camisas de leñador, de sus medias-tablero-de-ajedrez. Hasta había leído partes de un libro de Hume, *Historia natural de la religión*, solo para poder contradecirlo en clases y verlo inflamarse y enrojecer como un incendio forestal. “Hume dice que no debemos acudir a la religión para establecer la moral, sino a la sociedad y a nosotros mismos, porque de lo contrario la moral se sostendría sobre el dogma y la superstición, y no sobre la razón”, “Dios no quiere que Adán y Eva sepan la diferencia entre el bien y

el mal; no quiere que salgan de su ignorancia”, “¿No cree usted que Dios es machista?”. Quería limpiar su cuerpo para limpiar su mente, pero estaba secuestrada y el conocimiento de Dios era más oscuro que ese revólver que respiraba a un metro de ella. *Estoy segura de que Culo Cósmico jamás ha visto un arma de verdad*, pensó con una extraña satisfacción. *Si estuviera aquí estaría meándose encima*.

La luz blanqueaba el interior de la cabaña: dos muebles, una mesa, un revólver, dos sillas, una estufa y una encimera de piedra. Había algo siniestro en la blancura transparente que le dejaba ver, mejor que antes, el espacio semivacío, amplio y hondo como debía ser el interior de una ballena. Miss Clara les había hecho leer el capítulo “*The whiteness of the whale*” de *Moby Dick* y, aunque recordaba poco de su contenido, tenía claro el sentido del texto: decir que había algo innombrable e inquietante en lo blanco —era eso, después de todo, lo que había inspirado a Annelise a diseñar su historia de la edad blanca y el Dios Blanco—. Fernanda, por supuesto, estaba de acuerdo; por eso aquella luz de mañana espumada que decoloraba los objetos la mortificaba y la hacía replegarse contra la silla. Afuera se multiplicaban los cantos de picos y de antenas mientras que adentro todo parecía cubierto por una membrana de pez y nada se movía. La estancia era un paisaje de bodegón que odió al instante porque le hizo pensar en la muerte. *Me encontrarán pronto, sin duda*, se dijo golpeando rítmicamente sus talones en el suelo como síntoma de su vejiga llena. En el cine nadie moría sin sentido: todo estaba dispuesto para que sirviera, de algún modo, al desarrollo de un argumento. Por eso nunca había pensado en la muerte con seriedad, conteniendo la respiración en su pecho reducido de Kiera Knightley. “Todos hemos soñado que matamos a alguien o que morimos alguna vez”, le dijo su psicoanalista. “Yo no”, le respondió ella, pero mentía. La habitación de sus padres era el único lugar de la casa que poseía fotografías de Martín, su hermano menor al que apenas recordaba y que había vivido solo un año. “Vivir un año es ridículo”, le dijo a su psicoanalista. “Para eso hubiera sido mejor no haber nacido nunca”. Sus labios estaban secos y ella comenzó a morderlos con fruición. “¿Cómo te sientes cuando piensas de esa forma?”. “Normal, *why?* ¿Debería sentirme de alguna manera en especial?”. Un sabor metálico le hizo saber que se había hecho daño y maldijo en voz baja. “No, Fernanda. Lo importante es que sepas que lo que pasó con Martín no fue tu culpa”. Y ella lo escuchaba y experimentaba una extraña incomodidad ante su mentira, porque sí había sido su culpa, aunque sus padres se lo hubieran explicado de otro modo, agarrados de la mano, mirándola con compasión y, luego, agendando citas semanales con un experto en el comportamiento humano que se sentaba como una chica y usaba tirantes para sostenerse el pantalón. Ella tenía cinco años cuando pasó lo de Martín. Tendría que poder recordarlo y, sin embargo, sus recuerdos eran eso: fondo de blanco, fondo de leche.

¿Por qué pienso en Martín *ahora?*, se preguntó mientras miraba sus muñecas amoratadas. *Yo no voy a morirme, de eso ni hablar*. Estaba decidido. Respiró hondo con la intención de serenarse, pero solo consiguió echarse hacia adentro todos los mocos del frío. Suspiró. Así se sentía dormir esposada a una mesa: como si los huesos y la carne fueran dos criaturas luchando a fauces abiertas para herirse los paladares. La elegancia en la imaginación se le había acabado ayer cuando Miss Clara, en lugar de conversar con ella —que era lo que le había dicho que haría—, la esposó a una mesa atornillada al suelo y subió las escaleras de caracol para no volver. ¿Estará durmiendo, *tranquila, abrazada a la almohada, la muy trozo de mierda?* A través de las ventanas se veía el follaje y, a lo lejos, el volcán —ahora estaba segura de que no era una montaña y de que ella no era Twiggy, sino Mia Farrow protagonizando un filme de horror serie B—. La cabaña tenía que estar dentro de un

bosque porque le era imposible escuchar el sonido de una carretera o de alguna otra cosa que no fueran criaturas arrastrándose o revoloteando entre los árboles. Aquel silencio natural también era de color blanco y le ponía los pelos de punta, sobre todo desde que ayer, tras gritar durante horas a la nada, pudo comprobar que la cabaña de su secuestro estaba lejos de cualquier poblado. Miss Clara, *la muy puta de esquina*, ni siquiera se molestó en impedir que continuara lanzando alaridos bestiales durante horas, arrugándose la garganta y lanzándose sobre la mesa para intentar agarrar con los dientes un revólver que parecía una luciérnaga en la mitad de la noche. Solo algunos animales respondieron a su voz desgarrada chillando o aullando y, aunque no tuviera sentido creerlo, sintió como si ellos también estuvieran desesperados, desprovistos de futuro en sus propios mundos de caos, y que al menos en eso no estaba sola.

Zorra demente, pensó. *Lunática de mierda*. ¿Por qué a ella? ¿Para qué la había llevado hasta allí? ¿Para pedirle dinero a su familia? ¿Lo habría hecho por venganza? ¿No sabía, acaso, que la policía la encerraría? ¿O creía que le permitirían huir después de hacerle eso a ella, Fernanda Montero Oliva, hija de un ministro y de una reconocida abogada y activista provida? Sus caras, la suya y la de su profesora, debían estar corriendo por todas las redes sociales, la televisión nacional e internacional, los medios de comunicación *online* e impresos... ¿*En qué estaba pensando esta loca cuando decidió arruinarse la vida secuestrando a una de sus alumnas?*, pensó. Sus talones golpeaban el piso con fuerza debido al frío y a sus intensas ganas de orinar. Trató de estirar las piernas, ponerse de pie, pero le temblaban las rodillas como si sus rótulas fueran a desencajarse de repente –la fragilidad del cuerpo: “La verdadera humillación solo existe en la carne”, decía su psicoanalista–. Volvió a luchar contra la mesa, pero era imposible separarla del suelo: sus patas tenían unas bases oscurecidas atornilladas a la madera. Cada vez que hacía algún movimiento, sus muñecas terminaban rozando el metal de las esposas y su piel ardía y amenazaba con sangrar. El revólver, completamente fuera de su alcance, la apuntaba como el dedo de su madre en las pesadillas que desmenuzaba a menudo con el Dr. Aguilar, alias Interpretante de Sueños, alias Decodificador de Mentes, alias Seminario Z de Lacan. Miss Clara había dejado allí ese revólver con el evidente motivo de intimidarla. *O tal vez solo quiere jugar conmigo*, reflexionó. Nada podía ser descartado, pero tenía que tranquilizarse antes de que las intenciones de su maestra fueran objeto de fabulaciones cada vez más pantanosas.

Putas de mierda.

Su vejiga ensanchada empezó a dolerle como un rayo que pendulaba hacia abajo. Necesitaba distraerse, pensar en otra cosa. Podría pensar, mejor, en el cómic de *exploitation fiction* que había empezado, pero no terminado, con Annelise. Se trataba de un proyecto titulado *Sor Juana: zombies, vampiros y lesbianas*, que tenía como protagonista a la poeta y, como escenario, a un convento de monjas lesbianas *dominatrix* en donde se expandía, gracias a un *chac mool* y un ritual ancestral, un virus zombie-náhuatl. Esta historia era narrada desde el futuro por un investigador árabe de la UNAM que, indagando en la verdadera historia del Fénix de América, había encontrado un aleph en un mingitorio inhabilitado por un conserje ciego y amante de las etimologías. Gracias a ese aleph, el investigador conseguía articular sus visiones a los datos históricos sueltos recopilados hasta la fecha, revelación que le permitía, a su vez, narrar la verdadera historia de Sor Juana Inés de la Cruz. El cómic había surgido como una idea suya y de Annelise durante una clase de Lengua y Literatura. Las vampiresas, en su cómic, aparecían en el segundo capítulo a través de un personaje físicamente similar a Miss Clara y basado en Sor Gertrudis de San Idelfonso, monja quiteña y escritora de *La*

perla mística escondida en la concha de la humildad –título que les pareció sexual cuando Mister Alan lo anotó en el pizarrón, entusiasmado, durante una clase dedicada a las monjas escritoras del Ecuador–. Annelise y ella tenían la ambición de ganar fama con ese proyecto. El reconocimiento, después de todo, era lo único que el dinero de sus padres no podía comprar.

Lo está haciendo por dinero, pensó. Nada me va a pasar. El sonido de sus esposas le recordó al tintinar de las pulseras de su madre. Mis padres pagarán lo que sea. Nada serio me puede pasar.

Su mente se apaciguó recordando el cómic, los personajes y las pecas de Annelise, pero la puerta se abrió seguida de un golpe y el viento le mordió las vértebras por unos brevísimos segundos. Miss Clara, a quien había creído durmiendo en el piso de arriba, avanzó hacia la encimera de la cocina y arrojó sobre la piedra un conejo grande y gris –tal vez una liebre–, con los ojos desorbitados e inyectados de sangre, que hizo que Fernanda girara el rostro hacia el lado contrario: hacia la ventana, hacia el volcán. ¿Y si no quiere dinero?, se preguntó otra vez alterada. Todo a su alrededor empezó a oler a hierbas y a sudor, pero ella se mantuvo en silencio y con el mentón en dirección a la luz. Había niebla detrás de los cristales; una espesura blanca y cortada como el vómito de un bebé. La claridad: el velo de gracia. Experimentó una especial desazón cuando una gota incontrolable de moco le resbaló sobre los labios. Su cuerpo desnudado de limpieza se parecía, de un modo que no alcanzaba a entender, al conejo de la encimera.

Un enigma natural.

Un paisaje de garras.

Quería preguntarle a su profesora cosas como por qué ella y no Annelise, Fiorella, Natalia, Ximena, Analía o cualquier otra, pero había algo extraño que la detenía, algo similar al miedo, pero también a la certeza de que lo sabría tarde o temprano y que no tenía sentido apurar el momento. Mientras tanto escuchaba, sin atreverse a despegar la mirada del afuera, el sonido del conejo siendo despellejado. No tenía claro en qué momento su indignación había desaparecido para darle paso a ese temblor interior que le retorció las entrañas. Tal vez era el revólver, el animal muerto y el silencio: metáforas de la incertidumbre, escenarios enigmáticos de Polanski.

Se limpió la boca sobre el hombro de la blusa antes de decir:

–Necesito ir al baño.

Miss Clara detuvo lo que estaba haciendo y ella escuchó unos cuantos graznidos cerca de la cabaña, pero ningún movimiento, ningún intento de acortar la distancia para liberarla, al menos momentáneamente, ponerle un cubo o solucionar de algún modo su necesidad. Ahora su mirada estaba clavada en las escaleras, pero podía imaginar a su maestra observándola como en cualquier clase común y corriente, cuando les hablaba de literatura ecuatoriana, latinoamericana y universal saltándose el orden de los contenidos del libro de estudios o escribiendo cosas ininteligibles en la pizarra.

De repente, el sonido de un cuchillo afilándose contra algo y el golpe de este contra la carne le hizo saber que, en esta ocasión, no obtendría un “Vaya al baño, pero regrese pronto”. Miss Clara, como si no le hubiese dicho nada, había retomado su actividad, dejándole un conocimiento invisible: lo que dijera o deseara carecía de importancia de ahora en adelante y no la recobraría hasta que ella, su secuestradora, decidiera sentarse, mirarla y hablarle. Solo entonces le sería devuelto el don de la palabra –ese erizo tan blando, tan negro de púas– y podría tener alguna idea de la intención que se escondía tras la roca de noche que su maestra tenía por cara.

Apretó los muslos y tensó los músculos de su vagina. En *Sor Juana: zombies, vampiros y*

lesbianas, Sor Gertrudis seducía a las monjas del convento para convertirlas en vampiresas *dominatrix* y lo hacía susurrándoles al oído poemas en náhuatl. Moría en el capítulo número ocho, cuando una de sus monjas le clavaba una estaca en el pecho igual que Nina Dodrev en *The Vampire Diaries*. “Lacan tenía razón al afirmar que la verdad tiene, siempre, estructura de ficción”, le dijo su psicoanalista una tarde cuando hablaban sobre la memoria. Con cuidado miró a Miss Clara, despeinada y cubierta en sudor, cortando y abriendo a un animal que no dejaba de soltar sangre. *Alguien debería decirle a esta pendeja que necesita ir a terapia.*

VI

Arrastraron las sillas. Miss Ángela, alias Baldomera, les pidió que las levantaran, pero ellas arrastraron las sillas sobre su voz áurea de Angelus Novus; voz de ángel-dormido-de-la-historia dictando el pasado, aunque inevitablemente empujado por el presente –como las sillas– hacia una promesa de futuro de veintitrés faldas, cinco sonrisas con *brackets*, tres relojes Tory Burch, veintiún iPhones, trece iPads y un rosario. La jauría de metal ladrando las baldosas despertó a Ivanna Romero, alias la Becada, quien se puso de pie de un salto para llevar la suya hacia adelante. Fernanda empujó su silla contra la de Annelise Van Isschot, alias la Pecas. Hacía mucho tiempo que no había carros chocones en la ciudad. *Qué divertido es chocarse contra todo lo que importa*, pensó recordando la infancia que le agitaba los caninos. Fiorella y Natalia Barcos se colocaron al fondo del aula, detrás de Ximena Sandoval y Analía Raad, sus *best-friends-4ever-nunca-cambies-bebé*, y les halaron las coletas sonriendo sus incisivos. Ximena y Analía se voltearon: les sacaron sus lenguas-clítoris hasta la barbilla. Las sillas de las otras pajarearon el suelo mientras Baldomera volvía a pedir, esta vez más enérgicamente, que las levantaran, pero nadie le hizo caso. Entonces golpeó la mesa con su puño de Mohamed Alí y el ruido del metal decreció para ser reemplazado por el de las sillas al caer. Una ola de diminutas risas e intercambios de miradas hicieron que Baldomera se arrepintiera de haber roto las filas, la disposición de auditorio, por una de anfiteatro: un bello medio círculo pedagógico que pusiera a las chicas en situación de igualdad respecto a ella. Equidad. Democracia. Paridad. *Mocosas infames*. ¿Cómo iban a parecerse esas ratonas hambrientas de deseo? Lucía Otero se abrió los primeros botones de la blusa. María Aguayo se acomodó la falda que, ajustada a sus medidas por alguna costurera, le marcaba sus nalgas-Nicki-Minaj. Renata Medina se las apretó con las manos abiertas como paraguas. Carcajadas a cascadas. No tenían compañeros varones, pero las más populares eran invitadas a fiestas de universitarios. A Fernanda y Annelise las invitaban. A veces iban; a veces llevaban a las hermanas Barcos, a Ximena y a Analía. Eran el grupo más perfecto del aula. Así pensaban: *somos el grupo más perfecto del aula*, y unieron sus sillas al fondo. Miss Baldomera las miró con escepticismo, como si fueran ranas a punto de saltar en un charco de lodo y mojar a las demás. Valeria Méndez extrajo de su cartuchera una lima de uñas de Hello Kitty. La Becada le sacó punta a su lápiz encima de la cara de Bolívar. Raquel Castro la miró con desprecio y luego se burló de su nariz con Blanca Mackenzie. *Nariz de garfio. Nariz de guacamayo*. Más que un medio círculo, el dibujo formado por las sillas parecía un pentágono irregular. Miss Angelus Novus abrió el libro en la página cincuenta y seis: “Hoy vamos a hablar sobre la abolición de la esclavitud en Ecuador”, dijo. Fernanda acarició el codo de Annelise y ella le lanzó un beso con los ojos cerrados. Analía y Ximena sonrieron mientras abrían sus cuadernos. Las hermanas Barcos bostezaron. La Becada tomaba apuntes a pesar de que todo lo que decía Miss Ángel Dormido de la Historia estaba en el libro. Escribía, sabían todas, para no ver a Raquel Castro y a Blanca Mackenzie burlándose de su nariz. Fernanda se llevó un chicle a la boca. No estaba permitido mascar chicles en clase. Tampoco estaba permitido pintarse el pelo de azul, o llevar tatuajes. “Sus cuerpos son templos para honrar a Dios”, decía Mister Alan. Habían hablado de

muchas cosas en las clases de Historia, pero nunca de por qué era importante el pasado. “¿Por qué es importante el pasado?”, preguntó ella después de pegarse el chicle al paladar. María Aguayo descruzó las piernas y se le vieron los calzones manchados de sangre. Las hermanas Barcos arrugaron los labios. “Porque es esencial que todos aprendamos de nuestros errores y aciertos y, también, porque así entendemos lo que somos hoy”, le respondió Miss Baldomera. El rojo es un color que huele. Fernanda no entendía de qué manera le incumbía a ella el pasado, las ruinas, los caídos que nunca conoció ni amó. La profesora hablaba de la segregación racial mientras Analía le pasaba un papel a Ximena, y Ximena se lo pasaba a las hermanas Barcos, y las hermanas Barcos se lo pasaban a Annelise, y Annelise se lo pasaba a Fernanda. En el colegio no había indígenas ni negras, salvo por Miss Ángel Negro de la Historia y las muchachas que limpiaban los baños. Fernanda escribió en su cuaderno: “¿Por qué es importante el pasado?”. Miss Clara, alias *Latin Madame Bovary*, entró en el aula y detuvo el histrionismo de Miss Baldomera. Las hermanas Barcos la miraron con las cejas casi rozándose. En su último trabajo les había puesto, a ambas, un cinco. “Pésima redacción”, les escribió la Bovary con un marcador de tinta roja. “Es como si calificara con su menstruación”, había dicho Ximena. Miss *Latin Madame Bovary* usaba siempre faldas por debajo de la rodilla o pantalones de tela. “Es el Anti-culo Cósmico”, dijo Annelise cuando Miss Clara se inclinó para decirle algo al oído a Miss Angelus Novus. “Así es como se pasan el aburrimiento: de oreja a oreja”, le dijo a Fernanda y las dos juntaron sus hombros. “¿Qué es el aburrimiento?”. Las manos de Miss *Latin Madame Bovary* temblaban; las cejas de Miss Angelote se arrugaron. “Es el conocimiento del mundo y de todo lo que existe”. Fernanda tomó la mano de Annelise y escupió el chicle en el centro de su palma blanquísima. “Yo quiero ser sabia. Odiaría ser ignorante como la mayoría de la gente”, dijo Ximena. Annelise se llevó el chicle humedecido y azul, como un cerebro de pitufo, a la boca. “Si fueras ignorante tendrías que dedicarte a trabajos que no necesitaran cabeza y ser pobre”, dijo Analía. Las hermanas Barcos se estremecieron. La pobreza era la fea y ellas amaban la belleza. “La historia de la estética es la historia de la lucha de clases”, había dicho la voz en *off* de un documental que vieron en *Apreciación al Arte*. Fernanda pensó, mientras observaba a las profesoras hablar en voz muy baja, que el conocimiento del mundo y de todo lo que existe no podía estar dentro de un aula, sino afuera, en el día a día de los jardines, o en la experiencia de lo intenso ardiendo tan rápido como una cerilla o su corazón, quemándose de hienas cuando un universitario parecido a Johnny Depp de joven la tocaba bajo los calzones. Lo sublime: el vértigo de lo no explorado, esa pulsión de sensaciones que lanzaba su deseo hacia la oscuridad. “¿Cómo se sentirá matar a alguien?”, preguntó Annelise de repente. Demasiadas preguntas por vivir: ¿cómo se sentirá morir?, ¿dolerá mucho la primera vez?, ¿qué haremos cuando mueran nuestros padres?, ¿cómo será dañar la vida de los otros?, ¿y la propia vida?, ¿será gozosa o asfixiante?, ¿se romperán las montañas antes que nuestro espíritu?, ¿le tendremos miedo a los caballos? *Sí, le tendremos miedo a los caballos*, pensó Fernanda. “Iré qué importa/ caballo sea la/ noche”, decían los versos de Roy Sigüenza –“poeta-maricón”, le llamó Mister Alan– que habían leído en las clases de *Latin Madame Bovary*. “Aquí, el caballo simboliza el deseo: el desbocamiento, lo dionisiaco”, les había dicho estrangulando la semántica de su imaginación. Miss Lidia, alias Medusa de Caravaggio, les mostró *La pesadilla* de Füssli en una de sus clases, un cuadro en donde aparecía una mujer dormida o desfallecida sobre una cama, con un diablo-gárgola encima y la cabeza de un caballo fantasmal emergiendo de un telón rojo. ¿Era el deseo algo así como estar poseído por una pesadilla? A la Becada se le cayeron los lápices al suelo y Raquel Castro y Blanca Mackenzie se rieron tocándose

las narices. *Nariz de gancho. Nariz de pene flácido.* “A Miss Clara siempre le tiemblan las manos, ¿se han dado cuenta?”, dijo Fiorella. “Discúlpenme, chicas, ya vengo”, dijo Miss Baldomera poniéndose de pie y saliendo con la Bovary. Annelise saltó fuera de su silla y se pegó a la ventana. Fernanda la siguió y luego las Barcos, Analía, Ximena, la Becada, todas las pajaritas con sus faldas bailando y las pantorrillas tensas, paradas de puntillas, atisbando por encima de otras cabezas. Junto a la zona de recreo estaba la rectora hablándole con severidad a una chica de sexto curso. Miss Baldomera, Miss Bovary y otros tres profesores más guardaban silencio. “¿Qué habrá hecho?”, preguntó Ximena. ¿Robó algo? ¿Plagió su tarea? ¿Golpeó a alguien? ¿Insultó a los maestros? ¿Puso una bomba de olor en el aula? Las posibilidades eran infinitas, pero gritaban lo mismo: desacato. “Seguro tiró el libro de la materia al tacho de la basura, como Diana Rodríguez”, dijo Analía. “Seguro está embarazada, como Sofía Bueno”, dijo Natalia. Sofía Bueno había abandonado el colegio y el país. “Su futuro es ser madres para, en el cuidado de sus familias, encontrar a Dios”, dijo Culo Cósmico la semana pasada. “Ser una madre es entregarte a tu hija y ser una hija es entregarte a tu madre”, dijo Miss Bovary cuando se lo contaron, pero pareció arrepentirse. *Nadie debería estar obligado a cuidar de nadie*, pensó Fernanda entonces, imaginando a una mujer monstruo con su vientre expandiéndose como el universo. La chica de afuera lloraba: tenía las manos abrazadas colgando a la altura de su pelvis. A todos los rostros de las ventanas les interesaba saber qué era lo que había hecho. A Fernanda le interesaba entender por qué sentía en ese momento una profunda rabia hacia los profesores y la rectora, alias Penacho de Moctezuma, que, arremolinados en torno a la chica, parecían un grupo de morsas estúpidas cercando a una lobezna. *Podría morderlos*, pensó, *¿por qué no los muerde?* Lo que fuera que hubiese hecho estaba justificado si lo que querían era arrancarle los dientes. “Ya lo pensé mejor”, dijo Annelise. “El aburrimiento es el conocimiento del mundo a través de una pizarra”. Natalia le empujó el hombro: “O a través de un libro”. *O a través de las palabras*, pensó Fernanda. “El mundo se conoce con el cuerpo”. Mister Alan apareció bajando las escaleras del edificio contrario junto a una chica enrojecida. “Ahí viene otra”, dijeron por la derecha. “¿Qué fue lo que hicieron esas dos?”, dijeron por la izquierda. “Tal vez se pegaron”, dijo Natalia. “Tal vez las encontraron besándose”, dijo Fiorella con socarronería. Annelise escupió el chicle, disimuladamente, sobre el pelo de Raquel Castro y le lamió la mejilla a Fernanda. “¿Ya somos lo suficientemente lesbianas para ser castigadas?”. Las Barcos se rieron. Al otro lado, la Becada miraba el bolso de Miss Baldomera con los ojos muy quietos. Fernanda se lamió los dientes. “Cuidado, que muerde”, dijo Annelise, excitada. “Parece la boca de un cocodrilo”, dijo Analía corriendo hacia el bolso. “En cualquier rato ¡BAM!, y te arranca el brazo”. Maquillaje, bolígrafos, marcadores de pizarra, un cuaderno, una billetera, un celular. Bostezo. “¡Escribámosle algo en el cuaderno!”, dijo Ximena. Fernanda lo abrió, pero Annelise se lo quitó de las manos y salió corriendo hacia el otro extremo del aula. “¡Tienes un chicle en el pelo!”, gritó Valeria Méndez. Todas voltearon hacia la cabeza de Raquel Castro y ella empezó a chillar. Annelise escribió, apoyada en la mesa de Blanca Mackenzie, algo desconocido en la última página del cuaderno de Miss Baldomera. Fernanda la observó de lejos y pensó en lo hermoso que era su pelo de pantera. “Fuiste tú, ¿verdad?”, le dijo Raquel Castro a la Becada. “Te vas a acordar de mí durante toda tu asquerosa vida”. Fernanda pensó, también, en lo mucho que le habría gustado ser Annelise. “Algún día me pedirás trabajo de rodillas”. No como Annelise, sino Annelise. “Porque eso es lo que harás: trabajar para gente como nosotras”. Levantarse todas las mañanas y verse las pecas de los pómulos en el espejo salpicado de pasta dental, hablar con una voz salvaje, tener un hermano menor al que amar.

“¡Ahí viene!”, gritó Ximena corriendo hacia su asiento. Todas se lanzaron hacia sus sillas y Annelise guardó el cuaderno en el bolso de Angelus Novus. Oler a juguetes nuevos en la nuca, bailar con los ojos cerrados sobre los colchones ajenos, creer en un Dios *drag-queen* y dibujarlo en las esquinas de la Biblia. “¿Qué le escribiste?”, preguntó Analía cuando Miss Baldomera entró al aula como si nada. “¿Qué fue lo que le escribiste?”, preguntó Fiorella. Tener las uñas de los pies lo más bellas posibles. “Es un secreto”, dijo Annelise, y luego le guiñó un ojo a Fernanda.

Y la clase volvió a empezar.

VII

Clara empezó a trabajar en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, un mes antes del inicio de clases. Le dieron un cubículo en la sala de profesores, la llave para el cajón de su escritorio, una clave para iniciar sesión en una Mac, la contraseña del wifi, una tarjeta para retirar libros de la biblioteca, cuadernos y bolígrafos con el nombre de la institución –además de una taza con el logo del colegio– y un control de acceso al parqueadero privado. El primer día recorrió las instalaciones acompañada por la inspectora, una mujer de sesenta años que tenía el pelo amarillo verdoso y la expresión tensa, como si acabara de probar algo amargo. “Me llamo Patricia, pero todos me dicen Patty”, le dijo sin ganas, y Clara supo que era de esas personas que estaban acostumbradas a hablar por obligación. Le simpatizó su aire policial y el orden, pulcro y minimalista, que notó en el área de inspectoría cuando fueron a recoger su horario de clases y las listas de los paralelos con los nombres de sus futuras alumnas. Sin embargo, encontró incoherente la organización extrema del lugar frente a la ropa que Patricia usaba esa tarde, excesivamente suelta y con apariencia de pijama, y lo poco cuidados que tenía los pies –su madre habría dicho, si estuviera viva y pudiera verlo, que mostrar los pies con las uñas largas y sucias era cosa de animales, de gente que no tenía vergüenza de su propia fealdad (quizás, pensó Clara, envejecer era perder el pudor hacia lo desagradable de uno mismo)–. Semanas más tarde, cuando las estudiantes empezaron a llegar, Patricia Flores –nunca pudo llamarla Patty– cambió la pijama por el uniforme de inspectora, pero no dejó de ponerse las sandalias ortopédicas que hacían que los dedos largos de sus pies rozaran el suelo, y eso –aunque le costó admitírselo a sí misma (no quería ser una persona superficial)– molestó profundamente a Clara, al punto de hacerla sentirse incómoda cada vez que estaba cerca de ella pues tenía que esforzarse demasiado para no mirarle los pies y, a pesar de sus intentos, siempre acababa mirándoselos y sintiendo una mezcla de asco y de rabia hacia esa mujer de rostro avinagrado que no sabía cómo limpiarse bien las uñas ni los talones.

Su aversión hacia Patricia-la-inspectora fue uno de los primeros disgustos que experimentó en el colegio –le parecía inverosímil que la misma persona que ordenaba los marcadores de pizarra por colores escogiera un tinte de cabello a lo Beetlejuice–, pero eso ocurrió después. El primer día, Clara ignoró la pijama y las sandalias de Patricia y, en cambio, se concentró en lo que colgaba de su cuello: una cadena fina que sostenía un pito rojo meciéndose entre sus ubres caídas y anchas. Fue ese pito, y el tamaño desproporcionado de los senos, lo que le hizo pensar que Patricia –a pesar de su descuido aseo personal– sería una buena inspectora; que vigilaría con responsabilidad a las estudiantes y que la apoyaría controlándolas duramente, si era necesario, cada vez que ella se lo pidiera. Por eso agradeció, casi con alivio, que fuera Patricia-la-inspectora quien la paseara por el colegio y le mostrara las aulas, la biblioteca, el comedor, la cafetería, la piscina olímpica, el teatro, la mediateca, el oratorio, el salón de gimnasia artística, el gimnasio, el auditorio, las canchas de fútbol, básquet y voleibol, la enfermería, el laboratorio, las salas de informática, la cocina, el huerto y la pista de patinaje, ya que era una mujer vieja que hablaba solo cuando tenía que hacerlo y no se molestaba iniciando conversaciones casuales –su madre también había sido una mujer de pocas

(aunque sentenciosas) palabras, y Clara (que sabía que su cada vez más acuciado trastorno de ansiedad tendía a recrudecerse ante situaciones sociales impuestas) prefería seguir su ejemplo—.

Ese día, mientras paseaban en silencio, Clara se sintió contenta, o quizás demasiado excitada ante la perspectiva de retomar su vida previa al suceso con las *M&M's*. Su ánimo febril —“¡Quédate quieta, Becerra!”, le decía su madre cuando tenía seis años y se acaloraba tanto que la abrazaba con una insistencia agobiante— le provocó ligeros temblores y cubrió su cuerpo con una delgada capa de sudor que ella adjudicó a su buen estado de ánimo, y no a sus nervios, durante la toma de las medidas para el uniforme —los profesores del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, estaban obligados por el reglamento a usar la camisa, el pantalón y la chaqueta institucional los días en los que se celebraba alguna actividad de cara al público externo—. Colaboró de buena gana con la modista, que tuvo la delicadeza de tocarla lo menos posible, y se sorprendió a sí misma aceptando el hecho de que dos o tres días al mes no podría vestirse como su madre. El resto del tiempo, en cambio, llevaría sus faldas largas modelo-materno-del-ochenta-y-nueve y sus blusas con botones en forma de perla.

Dos o tres días al mes no son nada, se dijo para consolarse, y aunque el uniforme la despersonalizaba y la alejaba peligrosamente de su madre muerta, pensó que sería capaz de soportarlo.

En algún momento del recorrido hizo el intento de imaginar el colegio —en ese entonces casi vacío— repleto de chicas con faldas y lazos y acné y dientes nuevos, y se sintió mal, al borde de una taquicardia —la anticipación a un posible ataque de pánico la frenó en seco, como en todas aquellas ocasiones en las que el miedo a tener miedo desataba sus peores crisis (“Tienes cucarachas en la mente, muchacha enferma”, le decía su madre sentada en el sillón de estampado de tigre cada vez que Clara le pedía ayuda para respirar)—. Patricia, como si no sintiera nada de lo que salía de su boca, le preguntó si quería sentarse, pero Clara se negó y logró recobrar la calma humedeciéndose la frente con el chorro de agua de un bebedero cercano.

La inspectora no le hizo más preguntas.

Si bien desde lo ocurrido con las *M&M's* su trastorno de ansiedad se había intensificado —ya ni siquiera las pastillas lograban calmar todos los síntomas que la aquejaban—, Clara le temía poco al dolor de la delicada piel de entre los dedos de su mano izquierda, o a su talón golpeando el suelo como un martillo durante horas, o a sus uñas carcomidas, o a su excesiva transpiración, o al orden de las frutas y los vegetales en la cocina, o a la inacabable limpieza del baño, o a la irritación de sus muslos cuando se rascaba por las noches hasta sangrar, y mucho a la recurrencia de sus ataques de pánico; esos que habían reaparecido con fuerza en los últimos meses y que le agarrotaban los músculos y le ponían el corazón en carrera sin que ella pudiera relajarlo. Antes de su primera entrevista con la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, Clara se convenció de que sus ataques de pánico estaban menguando —no había tenido uno desde hacía varias semanas—, y de que el trauma que le dejó lo ocurrido con Malena Goya y Michelle Gomezcoello iría desapareciendo a medida que su vida fuera regresando a la normalidad. Volver a las aulas era su única escapatoria: la mejor forma de recuperar lo poco que le quedaba de dignidad.

Nunca soportó la indisciplina y el caos de los colegios públicos, por eso le complació corroborar que el Delta funcionaba como un reloj. El calendario anual se había hecho meses antes del inicio del periodo y, cuando ella llegó, los profesores ya estaban manteniendo reuniones por área del conocimiento y por niveles, así como puliendo los diseños curriculares y las actividades

trimestrales. El reparto de las labores era equitativo y justo: todos los maestros tenían los mismos turnos de vigilancia durante los recreos y la hora de salida, también disponían de tiempo suficiente para la preparación de contenidos, elaboración de informes y de proyectos porque ninguno podía impartir más de diez horas de clase a la semana. Había manuales y folletos informativos para todo, desde cómo crear un ambiente propicio de colaboración entre “compañeros defensores de la enseñanza”, hasta de qué modo hacer que las materias respondieran a la misión institucional y a las doctrinas del Opus Dei –la misión, visión y los objetivos educativos estaban pegados en las carteleras de cada salón, aula y oficina–.

La religión tenía un peso fundamental en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, que contaba con una agenda especial para los eventos espirituales a los que los estudiantes y profesores estaban obligados a asistir. Quien organizaba dichas actividades –y los horarios de uso del oratorio– era Alan Cabrera, el profesor de Teología, un hombre de aspecto enfermizo que usaba el pantalón casi a la cintura y que tenía el culo de una mujer de caderas anchas. Clara habló con él en su segundo día de trabajo y le pareció, entre otras cosas, una persona que se esforzaba en exceso por agradar a los demás –sonreía cuando no había que sonreír y abría lunáticamente los ojos para hacerse el gracioso–. Se dio cuenta de que cada vez que Alan Cabrera hacía un chiste los profesores se reían por compromiso, y que eso a él le bastaba. Igual que Patricia, Alan no tenía familiares vivos, de modo que su familia, decía, eran sus alumnas y sus compañeros de trabajo –idea que (en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente) era propia de una persona lastimera–. La única profesora que no se reía de sus bromas –a menudo racistas, aunque él parecía no darse cuenta de ello– era la de Historia, Ángela Caicedo, una mujer de cuarenta y tantos, alta, que tenía una voz grave, casi masculina, y que hablaba aún menos que Clara –apenas se la escuchaba saludar por las mañanas y despedirse por las tardes (de vez en cuando también se la oía preguntar por el papel A4 para la impresora)–. Sin saberlo, Ángela hizo que Clara se sintiera menos obligada a intimar con sus colegas –pronto desechó el plan que había diseñado y que consistía en comentar algo de forma casual tres veces al día (número ideal para ser considerada razonablemente sociable)–, pues si los demás aceptaban el silencio de la profesora de Historia eso significaba que no hallaban descortés el suyo propio.

En general, la idea que se llevó durante los primeros días de trabajo fue que en la sala de maestros reinaba un ambiente de cordialidad que todos se esmeraban por mantener intacto. Se hablaban entre ellos, se sonreían, se comentaban algunas cosas y hasta se hacían bromas, pero las charlas no duraban más de dos minutos y, al final, cada quien volvía a sumergirse en sus propias labores, sin ningún tipo de interés real en la vida del otro. Por eso, durante algunos días, Clara pensó que lograría salvarse de que le sacaran el tema de las *M&M's*; de que le preguntaran cómo estaba tras haber sido secuestrada en su propia casa y agredida por dos de sus estudiantes cuando, en realidad, lo que querían era conocer los detalles sórdidos del caso: cuánto y de qué forma la torturaron, si tuvo o no miedo de morir, si sintió o no mucho dolor...

Sin embargo, fue Amparo Gutiérrez, la profesora de Educación Física, quien le habló de ello en la segunda semana, justo al final de una reunión sobre disciplina y protocolo.

–Tuvo que ser bastante desagradable, pobrecilla –le dijo, y al notar que Clara no agregaba nada continuó–. Pero acá no debes preocuparte. Nuestras chicas son un poco difíciles, según qué grupo, pero son de buenas familias. No son unas yegüitas desbocadas ni unas criminales, no. Es importante mantener el orden y la disciplina con chicas tan jóvenes, de eso se trata lo que hacemos aquí: les

enseñamos a comportarse, o por lo menos lo intentamos –Se quedó pensando unos minutos y luego pestañeó muy rápido–. Pero ¿estás bien?

Por fortuna, Ángela Caicedo llegó a su rescate. Las interrumpió de tal modo que su entrada no se sintió abrupta ni grosera –había personas, decía su madre, que tenían la habilidad de hacer cualquier cosa sin que la gente se lo tomara a pecho– y le preguntó a Clara una cuestión sobre novelas históricas y sus adaptaciones cinematográficas. A los pocos minutos Amparo Gutiérrez desistió y se marchó conversando con Carmen Mendoza, la maestra de Ciencias Naturales.

–¿Quieres un café? Tengo ganas de uno bien cargado –le dijo poniéndose de pie y, por primera vez, Clara se dio cuenta de que Ángela era alta porque usaba unos tacones a los que les faltaba poco para parecer zancos. Ese día iba vestida de celeste, con una falda a la altura de la rodilla y una blusa de algodón que tenía el cierre en la espalda. Hubo algo en el tono de su voz, un quemeimportismo genuino, que le hizo saber que no le haría preguntas personales.

Esa fue la primera y única vez que se tomó algo con una de sus colegas.

La mayoría de los profesores del Delta llevaban más de cinco años trabajando en la institución. Ángela tenía siete; Alan, veinte; Carmen, once; Amparo, nueve; Patricia, veinticinco. Sabía que la persona que antes ocupaba su puesto se acababa de jubilar y que gracias a eso ella había podido integrarse a la plantilla. Todos hablaban maravillas de Marta Alvarado –la exprofesora de Lengua y Literatura–, pero Clara no los sentía sinceros porque utilizaban lugares comunes para describir su labor en la institución, muletillas que podían haber servido para hablar de cualquier otro profesional que le hubiese dedicado su vida a cualquier otro trabajo. Por lo demás, las impresiones que tuvo sobre sus nuevos compañeros fueron parecidas a las que tenía de sus excolegas: las caras y el escenario de trabajo habían cambiado, pero no las personalidades de quienes se decantaban por enseñar. Amparo Gutiérrez, por ejemplo, era una mujer musculosa, con unas marcadas patas de gallo junto a sus ojos, que consideraba que debían incrementarse las horas semanales obligatorias de Educación Física y que aprovechaba, cada vez que podía, para ensayar su discurso de “*Mens sana in corpore sano*” en la sala de profesores. Era el tipo de persona a la que –en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente– le gustaba escucharse y por eso hablaba sin importarle que los otros estuvieran interesados. Al contrario de Alan Cabrera, quien se desvivía por agradarle a todos –varias veces a la semana llevaba chocolates o dulces para poner en el centro de la sala de profesores, hacía sus chistes racistas, hablaba un poco de la Obra y se ofrecía a ayudar en cualquier asunto (aunque se escapara de sus competencias)–, Amparo decía lo que se le venía a la cabeza sin preocuparse por cómo sería recibido. Los maestros la escuchaban sin contradecirla, no porque estuvieran de acuerdo con ella, sino porque querían huir de su intensidad. Solo Carmen Mendoza –la profesora de Ciencias Naturales que siempre se santiguaba al encender su computadora– se atrevía a enzarzarse en debates con ella.

Clara entendió, tiempo después, que lo hacía porque eran amigas.

A la tercera semana, ya sin ningún asomo de nuevos ataques de pánico, Clara concluyó que había tomado la mejor decisión al asistir a la entrevista para la vacante de Lengua y Literatura. El Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, parecía tener todo bajo control y ella también. Su ansiedad no desapareció, pero volvió a ser soportable durante esas semanas. Y si bien sus pesadillas y visiones sobre las *M&M's* entrando a su casa por la fuerza no se detuvieron, al menos mientras trabajaba conseguía olvidarse de ellas y del miedo que le flotaba igual que un globo bajo las costillas. Para entonces se dio cuenta de que la única persona cuya compañía toleraba de entre sus

colegas era Ángela Caicedo. Clara sentía que podía contar con ella para escabullirse de situaciones en las que su ansiedad la delataba como una persona nerviosa y obsesiva. Entre las dos se había instalado un pacto tácito en el que se dirigían únicamente la una a la otra cuando necesitaban alguna información o ayuda especial –tal vez porque sabían que ninguna intentaría empezar una conversación o pedir algo a cambio–. Había notado, con admiración, cómo los demás profesores no juzgaban extraña ni agresiva la actitud distante de su compañera, sino que la aceptaban porque era amable en su lejanía, en su forma de no conectar con los demás –Patricia-la-inspectora también era parca y distante, pero hosca y sin un ápice de la elegancia de Ángela–. Por eso Clara empezó a imitar su modo de integración: saludaba gentilmente a todos al llegar a la sala de profesores, respondía a las preguntas que se le hacían, ayudaba a otros cuando se lo solicitaban y se despedía siempre con una sonrisa. Fue esa conducta la que le permitió desprenderse de su propia técnica. Ya no tenía que hacer comentarios o iniciar conversaciones triviales tres veces al día para ser cordial porque nadie se lo pedía ni lo extrañaba. Pronto se dio cuenta de que –a diferencia del colegio en donde solía trabajar– los profesores del Delta no intentaban conocerla, sino trabajar con ella.

A pesar de ese ambiente casi perfecto, a veces se escuchaban alusiones a conflictos pasados, situaciones que habían sido, en opinión de la mayoría, generadas por las alumnas. Una vez, supo, una estudiante que quedó embarazada y que estaba a punto de abandonar el colegio –los padres querían obligarla a tener al niño y llevarla a vivir a otro país–, se lanzó del primer piso del edificio de BGU. Tanto la chica como el feto sobrevivieron, pero una profesora que ya no trabajaba allí denunció en rectorado que Alan Cabrera se había dedicado a discutir con la alumna y sus compañeras sobre el pecado del aborto. La chica embarazada salió tan consternada de una de las clases de Teología que poco después se lanzó del primer piso. La profesora que denunció el hecho se quejó también por redes sociales de las políticas institucionales del Delta y los acusó de perpetuar la violencia contra las mujeres. Aquella profesora, por supuesto, fue despedida, pero algunas maestras resintieron la beligerancia del discurso de Alan Cabrera en sus clases, aunque nunca se atrevieron a comentarlo más allá de los pasillos del colegio. En casos así, pensaba Clara, no se podía hacer nada: los padres de las estudiantes apoyaban el tipo de educación que allí se recibía y por eso, año a año, pagaban ingentes cantidades de dinero para la celebración de ceremonias y actividades del Opus Dei. “Este es un lugar ideal para trabajar”, le dijo Ángela el día en el que tomaron café juntas. “Siempre y cuando sepas hacerte la sorda, la ciega y la muda de vez en cuando”.

En otra ocasión, se enteró Clara, Carmen Mendoza discutió con Lidia Fuentes, la profesora de Apreciación al Arte, porque una estudiante le había comentado que ella negó la credibilidad de la teoría de la evolución darwiniana en clases. Por tratarse de un tema religioso, Alan Cabrera intervino y logró apaciguar los ánimos, aunque Clara creía notar que Carmen Mendoza evitaba tanto a Lidia Fuentes como a Alan Cabrera en la sala de profesores.

“Las peleas entre maestros aquí duran muy poco”, le dijo Ángela una vez mientras hacían la fila para el almuerzo. “Y las chicas siempre suelen estar metidas. Por eso duran poco. Son tonterías”.

Pero mientras se acercaba el inicio de clases, Clara volvió a temblar inesperadamente y también a agitarse, a pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda, a rascarse los muslos por las noches y, sobre todo, a verlas a ellas: a Malena Goya y a Michelle Gomezcoello, dos sombras cortas paseándose por su casa en las madrugadas, aruñando las paredes, mordiendo todas las patas de las mesas. El insomnio –lo único que habría querido no heredar de su madre– la obligaba a asegurar la puerta de su cuarto y a ignorar las pisadas y las risas que escuchaba a pesar de

que sabía que provenían de su cabeza. Clara le tenía pavor a las noches de la madre. Cuando estaba viva, Elena Valverde caminaba por la casa en medio de la oscuridad asegurando puertas y ventanas para que nadie entrara. Alguna vez Clara tuvo una amiga, pero su madre no le permitió nunca invitarla a una pijamada. “¿A ti te parece que es seguro dejar que una extraña entre aquí y duerma con nosotras?”, le preguntaba ofendida, y como Clara quería parecersele en todo comenzó a detestar la idea de recibir visitas en su casa. Cuando alguien tocaba el timbre, Elena siempre abría la puerta pero nunca dejaba entrar a nadie. “No me gusta que la gente vea mis cosas, Becerra”. “Cuidado con meter a una de tus amigas, porque te reviento”. En las noches de insomnio, su madre arrastraba los pies por las habitaciones y ella intentaba no quedarse dormida, pero lo hacía, y era terrible porque los fines de semana se despertaba con su madre dormida recién, y a veces sonaba el timbre y no había nadie que abriera la puerta.

“Te ves terrible”, le comentó Amparo en una reunión convocada por la rectora, dos días antes del inicio de clases, en la que se les recordó a los profesores la necesidad de que se ajustaran a la lista de libros recomendados por la institución y de que, si deseaban trabajar con alguno nuevo, se lo comunicaran a su respectivo coordinador de área para someterlo al examen de los directivos. Habló también de lo importante que era incentivar a las alumnas “talentosas” a inscribirse en los cursos en donde pudieran desarrollar sus habilidades a nivel competitivo –al Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, le interesaba ganar la mayor cantidad de campeonatos y concursos posibles porque (en palabras de la rectora) las estudiantes tenían que estar en el escaparate–. Además, le pidió a los maestros que intentaran trabajar la disciplina en el aula sin expulsar a las alumnas. “Ese tiene que ser uno de los últimos recursos, lo ideal es que se consiga modificar el comportamiento de nuestras niñas de otras maneras menos excluyentes”, dijo. “Cuando las expulsamos estamos diciéndoles que no podemos con ellas y esa es una señal de debilidad”.

Algunos padres de familia se habían quejado el año pasado por las expulsiones reiteradas de sus hijas, le contó Ángela a Clara por lo bajo, y la rectora, una mujer complaciente con sus clientes, no estaba dispuesta a disgustarlos.

–Disculpe –dijo Rodrigo Zúñiga, el profesor de Matemáticas–, pero creo que ninguno de nosotros expulsamos de clase a las estudiantes de forma irresponsable. Estas chicas... bueno, algunos grupos, están fuera de control. Nos tratan como sus empleados, no nos respetan. La humillación en ciertos casos ha llegado a niveles intolerables, en donde incluso habría sido correcto imponer una sanción especial o la expulsión definitiva del colegio. Todos sabemos lo que ocurrió con la profesora Marta. ¡Situaciones así no pueden permitirse!

Fue entonces cuando Clara se enteró de que Marta Álvarez, su predecesora, había sufrido un preinfarto en medio de una broma perpetrada por un grupo que Ángela definió como “especialmente complicado”. Las chicas se habían puesto de acuerdo para hacer su propia versión del asesinato de la familia Clutter en *A sangre fría* de Truman Capote –lectura obligatoria de aquel trimestre–, el mismo día en el que se les iba a tomar una lección sobre el libro. Cuando esa tarde Marta Álvarez, de sesenta años, entró al aula, encontró a todas las alumnas con sus cuerpos lánguidos en las bancas y con almohadas ensangrentadas bajo sus cabezas. Dos estudiantes permanecieron de pie en el centro del salón, una de ellas con un revólver, y fue en ese momento cuando sucedió.

“La pobre no pudo ni siquiera gritar y se desplomó en el umbral de la puerta”, le contó Ángela. “No le pasó nada, pero todos sabemos que se jubiló por eso”.

Una de las dos estudiantes que fingió haber asesinado a sus compañeras había tomado, sin

permiso, un revólver de la colección de su padre para que la broma fuera más realista. Incluso, le explicó Ángela, compraron sangre artificial en una tienda de disfraces.

–Pero... las sancionaron, ¿no? –preguntó Clara pellizcándose la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda.

–Por supuesto, a esas chicas las expulsaron una semana.

–¿Una semana?

Ángela, que había notado la incredulidad de Clara ante la debilidad del castigo, sacudió su mano en el aire restándole importancia.

–Tienes que entender que esto es un colegio, sí, pero también es una empresa. Hay niñas que vienen de familias importantes.

El revólver no había estado cargado, dijo.

Fue una broma de muy mal gusto a manos de dos chicas que no sabían medir las consecuencias de sus actos, dijo.

Al salir de la reunión, Clara se atrevió a hacerle una última pregunta.

–¿Esas dos estudiantes estarán en alguno de los cursos que me asignaron?

Y Ángela asintió.

VIII

A: Miss Clara, ¿por qué cree usted que las chicas van siempre al baño en pareja?

C: No lo sé.

A: Piénselo un poco. ¿Por qué las chicas hacen cosas privadas acompañadas, no por tres o cuatro o cinco, sino por una, su igual?

C: Esa es una pregunta diferente.

A: No, Miss Clara. Es la misma.

C: Esto no tiene nada que ver con el tema de la sesión, Annelise.

A: Pero respóndame, por favor. ¿Por qué las chicas se van siempre a la cama de dos en dos en las pijamadas?

C: Quiero que abras tu libro en la página 148.

A: ¿Por qué las chicas se duchan con sus mejores amigas?

C: ¡Annelise!

A: ¿Por qué las celan?

C: ¡Señorita Van Isschot!

A: ¿Por qué las aman tanto que preferirían verlas muertas?

IX

Dr. Aguilar:

Fernanda: No maté a mi hermano muerto Martín. No maté a mi hermano muerto Martín. No maté a mi hermano muerto Martín. No maté a mi hermano muerto Martín. Ya está, ¿ve? Lo escribí un montón de veces. De verdad me lo creo. Sé perfectamente que fue un accidente aunque no lo recuerde porque era muuuy pequeña, *you know?* Además, da igual si lo hice o no, porque si lo hice y no lo recuerdo es como si no lo hubiera hecho. Y yo era muuuy niña así que si lo dejé ahogarse no fue por mala sino por tonta e ignorante. Porque ¿a qué edad los niños aprenden que matar es algo malo? ¿Usted sabe eso o...?

Dr. Aguilar:

Fernanda: No, no estoy enojada, es solo que... Ufff. Estoy aburrida de hablar de Martín. Tengo muuuchos otros problemas más interesantes, *you know?*, porque estoy en la edad de que me pasen cosas. ¡Podríamos hablar de taaanto! Tengo preocupaciones, traumas y demás que le sorprenderían. Aunque ¿por qué llaman a la adolescencia la edad del burro? ¿Por qué no la del guacamayo o la del tapir?

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Wrooong*. Lo que yo dije ese día fue que me sentía culpable de que mi mamá no me quisiera, no de la muerte de Martín.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Of course*. La culpa es aburrida, por eso la evito, pero... Sé que mi mamá no me quiere. De hecho, sé que me tiene miedo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es difícil de contar, *I guess*. Pienso mucho en mi madre. Nunca la veo porque está muuuy ocupada, pero pienso un montón en ella. Por ejemplo, hace poco me di cuenta de que no me quiere. Nunca me quiso. Y no crea que lo digo con resentimiento, porque no. La verdad es que me da igual porque ya soy grande, o casi grande, *you know?* *Anyway*, creo que es por Martín. Porque ella sabe que pude haberlo visto ahogarse y no haber hecho nada para salvarlo, o que pude haberlo empujado, yo qué sé. Es una posibilidad, y no diga que no porque soy inteligente y he pensado en todas las posibilidades y esa es una posibilidad. Cualquier cosa pudo haber pasado. Por eso cada vez que en la iglesia se habla de Caín y Abel, ella llora. Me doy cuenta, *you know?* Nunca hemos tenido una relación normal. *I mean*, como otras madres e hijas. Con mi padre tampoco la he tenido, pero se supone que con mi mamá tendría que ser... no sé, distinto, porque no hay nada más grande que el amor de una madre y bla, bla, bla, ¿verdad? Siempre que vengo aquí pienso: ¿qué le voy a contar al Doc hoy? Pero esta vez pensé muy poco. *Anyway*, creo que ella ha intentado quererme y ese es el problema. No se supone que debería ser algo forzado, *you know?*, amar a tu propia hija. Y es extraño porque ella siempre habla con sus amigas sobre lo importante que es ser una buena madre y de cómo nosotras, las mujeres, *I mean*, venimos al mundo para eso y de lo precioso que es cuidar de alguien y bla, bla, bla. Pero lo hace porque es la presidenta de la Asociación Nacional de Defensa de

la Familia y, como usted sabe, organiza muuuchas manifestaciones en contra del aborto y el matrimonio gay y cosas así. *Anyway*, desde que era muuuy pequeña he visto carteles y folletos de eso en mi casa. A veces mamá invita a cenar a sus amigos de la asociación y a mí no me gusta porque vienen con camisetas de fetos y cenan y sonrían y hacen chistes mientras me toca ver los fetos ensangrentados de sus camisetas y, *of course*, me da asco. ¿Usted piensa que los que están a favor del aborto son promuerte?

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Ok*. Una vez le pregunté eso mismo a mi mamá y ella se rio de mí, pero yo sé que piensa que sí, que son promuerte. Por eso ella se llama a sí misma provida, *you know*? Yo sé muchas más cosas de mi madre que sus amigas de la asociación. Cosas que ellas no podrían ni imaginar.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé, cosas como que ella es, digamos, un poco hipócrita. *Just a little bit. I mean*, me parece raro que defienda a los bebés de ese modo cuando está claro que no quiere ser una madre, o al menos no la mía. Durante muuucho tiempo me hice la tonta porque encarar algo así es difícil, *you know*? Pero creo que lo supe siempre: que para ella soy, no sé, un deber. Una obligación. *Something like that*. Todos nos damos cuenta cuando nos rechazan o cuando no quieren estar con nosotros, y yo siento eso con mi madre toodo el tiempo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Porque nunca quiere estar a solas conmigo y, cuando no puede evitarlo, me mira de una forma muuuy fea, como si mirara a una rata o algo que da miedo. Ella intenta ocultarlo, *of course*, y cualquier persona que nos espiera diría que me lo invento, que no me mira así o que exagero, pero nadie la conoce como yo. Delante de sus amigas es muuuy cariñosa conmigo, pero en casa jamás es así. Tampoco es que me trate mal, simplemente que he pasado más tiempo con la Charo que con ella a lo largo de mi vida. Y eso no es normal, ¿verdad?

Dr. Aguilar:

Fernanda: Antes, cuando salíamos los tres, *I mean*, papá, mamá y yo, ella estaba sieceempre en otra parte. *Like, I mean*, no sé. Sentía que se aburría con nosotros. Que no quería estar ahí. *Of course*, en otros momentos ha sido buena conmigo, sobre todo cuando yo era pequeña, pero siempre regresaba a esa actitud... rara. Como si no quisiera que me le acercara demasiado. Por ejemplo, si le insisto en que hagamos algo juntas, ella huye. Literalmente: mi mamá huye de mí. Se encierra en su cuarto o se va de casa cada vez que trato de acercarme o hablar con ella. A veces me pongo a pensar en lo horrible que es que te rechace tu propia madre. *I mean*, si desde el principio no te quiere ni ella, ¿quién podría hacerlo en el futuro?

Dr. Aguilar:

Fernanda: *I know, I know*. Sé que hay gente que me quiere, no soy tan drama *queen*. Anne me quiere, por ejemplo. Y mucho. Mis amigas también me quieren. Papá también, aunque casi no tiene tiempo para estar conmigo porque trabaja un montón. Pero mamá... A veces pienso que no le gusta que yo esté con papá. *I mean*, ha habido días en los que papá tiene el día libre y quiere llevarme con él a pescar o algo, y mamá le dice que mejor no. Y siempre encuentra una excusa como que tengo que hacer las tareas, o estudiar, o ir a la iglesia, yo qué sé. Para ella siempre hay un motivo para que no estemos juntos los tres.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es que no digo que ella me odie, sino que me tiene miedo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Porque cree que soy mala. Que maté a Martín. O que pude matarlo haberlo matado, *you know?* Que eso pudo haber pasado. Y yo me siento culpable porque quizás no soy buena y no me doy cuenta. *Maybe*, soy mala. No sé. O al menos *not good enough*. Míreme, ¿le parezco mala?

Dr. Aguilar:

Fernanda: Pues las apariencias engañan, Doc.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es que además de verme como una posible asesina, también me ve como una perversa... Ya sabe, por lo de que yo me tocaba allí abajo de pequeña... *I mean*, lo de las masturbaciones. Nunca hemos hablado de eso ella y yo. No es algo que ella hablaría con alguien. Le parece horrible. Es verdad que vino a decírselo a usted, pero no lo habló conmigo. Es un tema que no se menciona en casa. Y ella lo ve como un pecado, como algo muuuy malo. *Maybe*, ella piensa que soy mala desde que nací. Como la madre de Anne, que siempre la critica. Al menos la mía no me critica. No dice nada de mí, *true*, pero no me critica. Por eso Anne dice que preferiría que su madre le tuviera miedo antes que tenerle miedo a su madre. Esa señora sí que da miedo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Mi mamá y su mamá fueron un tiempo compañeras del club de bádmiton. No eran muy amigas ni nada de eso. Solo jugaban juntas. Y hace unos años se juntaron para ir al cole a reclamar lo de una chica que se quedó embarazada. Fueron a pedir que la expulsaran porque daba mala imagen al colegio, *you know?* Una cosa así.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No, *I mean*, yo sí quiero a mi mamá. La quiero muuucho. Y supongo que ella me quiere a veces, aunque eso es casi nunca. Pero si mi mamá fuera la de Annelise, por ejemplo, yo no la querría. *I mean*, esa señora se la pasa metida en la casa, pero ignora a Anne. Y cuando le presta atención, siempre es para criticarla por cosas que no tienen sentido. Le dice que es tonta, pero Anne no es tonta: es muuuy lista. Y a veces le pega. Mi mamá no me pega. Si las comparo, yo tengo la mejor madre, *I guess*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No, y jamás se lo diré porque yo no puedo hablar de las cosas que pienso con mamá. No me sale. *I mean*, es un poco triste, pero ella no sabe nada de mí. Y a veces me doy cuenta de otra cosa: que yo tampoco sé nada de ella. Y eso me da, no sé, miedo. No de ella, *of course*, sino de cómo las personas más cercanas a ti pueden ser completos extraños. *Like*, ni siquiera sé las cosas que le gustan o si tiene un color favorito. O si desea alguna cosa en el mundo aparte de que la gente no aborte o que los gays no se casen. ¿Usted qué piensa que mamá me haría si yo fuera lesbiana?

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Maybe*, pero una vez Anne me dijo algo que creo que es verdad y por eso me da mucho miedo: que algún día seremos como nuestras madres. Y yo no quiero ser así. Yo quiero ser como soy ahora para siempre.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Si yo fuera lesbiana, ¿qué cree usted que pasaría?

—¡Hay un cocodrilo! ¡Un cocodrilo en la orilla del manglar! —gritó Fiorella varias veces, empapada de sudor y corriendo hacia el interior del edificio donde su voz se expandió como una alarma de huesos.

Las primeras en asomarse fueron Analía, Ximena y Natalia, pero Fernanda y Annelise las empujaron para abrirse paso entre sus cuerpos olorosos a cebolla y vegetales hervidos. “No veo nada”. “¡Auch!”. “¡Quítate de en medio!”. Los zapatos de caucho de Fiorella rebotaron contra las escaleras igual que las bofetadas de Ximena y Analía cuando el reto era pegarse con las manos abiertas sin gritar. “¡Ahí!”, exclamaron al unísono, pero solo alcanzaron a ver una cola sauria hundiéndose como si fuera la extremidad más antigua de la Tierra. “Era enorme y arrastraba su barriga”, describió la Fiore jadeando toda la humedad de la tarde. “Tenía los dientes de una sierra y las escamas muy pálidas”. “Era igual que un caballo aplastado”. “Era igual que todo el musgo incendiado”. Mientras hablaba, Annelise se mordía los labios rosa como cuando el reto era hacerse un corte en el vientre para que Fernanda lo lamiera. “Tenía los ojos de un gato que quiere cazar”. “Tenía la lengua tan larga que caía y aplastaba las flores”. Con el inicio de las lluvias y la subida de la marea, el edificio se había convertido en el lugar de paso de serpientes grandes y de colores vivos, murciélagos, grillos y más ranas y lagartos que nunca. “Hay tener cuidado con las serpientes”, dijo Ximena, pero a Annelise le gustaban los reptiles. “Me gustan los reptiles”, dijo cuando el reto era que Fernanda se acostara en el suelo donde zigzagueaba la serpiente de rayas amarillas. A veces la lluvia formaba pequeñas cascadas en las escaleras que Natalia rodaba cuando el reto era caer dramáticamente del segundo al primer piso, pero ellas sabían cómo lidiar con el agua salvaje y hablar por encima del zumbido de los insectos. “¡Vampiros!”, gritaba Analía huyendo de las nubes de mosquitos que les llenaban las piernas de relieves rojos y calientes. “No se rasquen: clávense la uña así”, recomendaba Ximena haciendo una equis con la uña del pulgar sobre sus ronchas humedecidas en saliva. “Mi baba huele a cerdo”. “Mi baba huele a regaliz”. El clima de relámpagos y de musarañas las alimentaba durante las tardes en las que contaban historias de terror cada vez más efectistas. La aparición del cocodrilo, sin embargo, fue especial porque abrió una nueva obsesión para Annelise, quien pronto deseó verlo de frente y de cerca, y con eso superar cualquier reto jamás vencido por ninguna de sus amigas. “¿Sabías que la mordida de un cocodrilo es más poderosa que la de un león?”, le comentó a Fernanda-princesa-de-los-ejercicios-funambulistas mientras se metían juntas en la piscina de su casa. “¿Sabías que los cocodrilos son los reptiles más grandes sobre la tierra?”. A Fiorella le asustaba la posibilidad de volverlo a ver o de que entrara al edificio igual que las serpientes, los murciélagos y las salamanquesas. “De eso se trata todo esto: de superar el miedo”, le dijo Anne mientras caminaba por el borde del tercer piso cuando el reto era simplemente no morir. “Creo que Anne se está pasando un poco”, se atrevió a decir Ximena y Fernanda la escuchó. “Si vas a ser una *baby*, entonces lárgate”, le lanzó con la voz repleta de espuelas y los ojos achinados. A veces los retos eran dolorosos, como cuando debían aguantar un golpe en la boca del estómago sin caer al suelo, pero casi siempre eran solo humillantes, como cuando Analía tuvo que ser la perra de

Annelise durante cuatro horas seguidas y hacer guau guau y lamerle los nudillos y orinar en las raíces de un árbol; o como cuando Fiorella tuvo que fingir que daba a luz un huevo de lagarto para luego estrellarlo contra la pared; o como cuando Ximena fue la esclava de Fernanda y tuvo que arrodillarse frente a ella y besarle la punta de los zapatos y dejar que ella le pisara el pelo. “No deberíamos hacer cosas tan peligrosas”, dijo Natalia al ver a Fernanda con los pies colgando en el aire, sentada al filo de la ventana, tarareando megustanlosavionesmegustastú, con su falda abriéndose como un pétalo poco antes de secarse. “No se hagan las que no saben que esto les gusta”, dijo Annelise una tarde en la que Analía se asustó mucho porque Fernanda se desmayó durante el juego del estrangulamiento. “Sólo si es peligroso tiene sentido”, les dijo. “Sólo si es peligroso es divertido”. A Fiorella le incomodaba tener que ver cómo Fernanda y Annelise jugaban a estrangularse, pero no le incomodaba ver a su hermana rodando por las escaleras igual que la doble de Scarlett Johansson en una escena de alto riesgo o a Analía recibiendo las bofetadas de Ximena. En sus casas todas se sentaban muy bien e iban a la iglesia y comían con cuatro cubiertos y dos tipos diferentes de copas y usaban servilletas de tela y jamás decían malas palabras y sonreían con recato y se mantenían secas y limpias y rezaban antes de dormir y antes de comer y, en silencio, pensaban en historias de terror que de verdad asustaran porque asustarse era emocionante hasta cierto punto, pero nunca hasta el punto de Annelise, que quería mirarse de frente con el cocodrilo del manglar aunque Fiorella le hubiese dicho que tenía la lengua como el cadáver de un cóndor en los roquedales. “¿A qué le olerá el aliento a un cocodrilo?”, le preguntó Annelise a Fernanda durante una clase de matemáticas. “A cangrejos, monos y tortugas”. “A garzas, anémonas y caracoles”. En el colegio las seis se comportaban como antes del descubrimiento del edificio, incluso si estaban solas y nadie las veía ni las escuchaba, porque afuera todo seguía igual a pesar de que entre ellas nada era lo mismo y de que el croac croac de los sapos y de las ranas era ya una sinfonía que les entraba en el cuerpo cada vez que jugaban a lo que no alcanzaban a comprender, pero sentían mejor que ninguna otra cosa. “¡Anne, no hagas eso!”, gritaba Ximena siempre que la veía caminando por el borde de algún precipicio. “Nada me va a pasar. Hoy estoy poseída por Dios”, le respondía Annelise con los brazos abiertos en forma de avioneta desde el filo del tercer piso. Jamás conversaban sobre cómo los ejercicios funambulistas las habían convertido en un grupo aún más perfecto, redondo e impenetrable. “Entonces, ¿crees que si te enfrentas al cocodrilo tu Dios *drag-queen* te protegerá?”, le preguntó Fiorella con las cejas muy juntas. “Tal vez sí, tal vez no”, le respondió. “Al Dios Blanco no le importa”. Ximena, la más despistada del grupo, creyó durante varias semanas que el Dios *drag-queen* y el Dios Blanco eran lo mismo, pero Fernanda la desmintió: “El Dios Blanco es nuevo”. “El Dios Blanco es lo que somos cuando estamos aquí”, le explicó Annelise al grupo una tarde en la que se dedicó a mirar la orilla. “¿Sabías que los cocodrilos no pueden masticar?” “¿Sabías que los cocodrilos tienen más de setenta dientes?”. A las demás no les gustaba que Fernanda y Annelise se estrangularan o caminaran por los bordes porque les parecía más serio y más grave que golpearse, cortarse o lanzarse por las escaleras. Tampoco les gustaban las serpientes de colores que entraban al edificio, pero en ocasiones fingían cazarlas y domesticarlas en los pisos en donde se arrastraban. “Es demasiado arriesgado acercarse a un cocodrilo”, comentó Fiorella mientras Annelise esperaba ver la cola sauria emergiendo del agua. “Se te van a cansar los ojos”, le dijo después, observándola con el sol cayéndole como un rayo sobre la frente. “Se te van a quemar los labios”. “Se te van a quemar los párpados”. En el edificio también entraban iguanas bebé e iguanas madre que latigueaban sus colas cuando Ximena se acercaba para pisarlas porque no le gustaban los reptiles. “No me gustan los

reptiles”, dijo la semana en la que contó una historia de horror sobre brujería y camaleones. Las historias de los miércoles empezaron a perfeccionarse con la repentina inclusión del Dios Blanco como una inquietud conjunta; como la atmósfera de lo indecible en la cabeza de Annelise produciéndoles vértigos lunares. “¿Qué es lo que pasa cuando vemos algo blanco?”, le preguntó Annelise a Fernanda sin esperar una respuesta. “Que sabemos que se va a manchar”, le dijo sonriendo blanquecinamente. Cuando dormían juntas enlazaban las piernas y unían las narices y, en medio de la oscuridad, Annelise le pedía con ternura que la estrangulara. “¿Sabías que a un cocodrilo le pueden crecer hasta tres mil dientes?”. “¿Sabías que a un cocodrilo le duele la boca cuando muerde?”. Entonces Fernanda le abrazaba el cuello con sus manos suaves-como-la-seda, suaves-como-el-algodón, y apretaba un poco, y un poco más, y luego soltaba y masajeaba con sus pulgares lisos, con sus pulgares tersísimos, el cartílago que brotaba como una manzana de Eva bajo sus dedos mientras Anne entreabría los labios. A Fernanda no le disgustaba complacer los deseos de su *best-friend-4ever-nunca-cambies-bebé*, pero tampoco sentía aquello que veía anidado en el rostro de Annelise cuando se contorneaba en la cama y le pedía que apretara más fuerte. “Tienes el cuello como una medusa”, le decía acariciando la geografía líquida de venas y arterias a través de su piel de Blancanieves, su piel de Bette Davis. De vez en cuando quedaban pequeños hematomas que las dos fotografiaban y subían a sus cuentas privadas de Instagram. “Este es verde. Este es morado. Este es azul”. 288 likes. 375 likes. 431 likes. Luego los cubrían con el maquillaje-de-mamá gracias a los infalibles pasos de los tutoriales en YouTube que, además, les enseñaban a delinear el párpado superior igual que Lana del Rey. “¿Sabías que los cocodrilos se aparean bajo el agua?”. “¿Sabías que los cocodrilos guardan a sus bebés adentro de sus mandíbulas?”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia envidiaban la amistad de Fernanda y Annelise, pero sabían que todas las chicas de la clase también las envidiaban a ellas por ser parte de un grupo tan perfecto, por eso fingían que no les molestaba cuando las dos se susurraban cosas o se reían mirándose los labios o se acariciaban el lóbulo de la oreja la una a la otra durante los recreos. “Yo quisiera que me guardaras en tus mandíbulas”, le susurró Annelise a Fernanda una madrugada de sábado en la cama, y le confesó, sin más, lo que realmente quería que le hiciera. “Será como todo, solo que diferente”, le dijo. Sus ojos brillaban igual que los focos de un árbol de navidad. “Se me ocurrió en un sueño”. “Se me ocurrió en un pestañeo”. Una vez, Fernanda soñó que Annelise se acostaba en el primer piso y que, apoyándose sobre sus codos, miraba de frente a un cocodrilo gigante que avanzaba hacia ella desde el otro lado de la estancia. Entonces Annelise abría las piernas y echaba la cabeza hacia atrás mientras el cocodrilo, como un hijo que retorna al charco de su origen, penetraba en ella hasta desaparecer. “¿Por qué el Dios Blanco es blanco?”, preguntó Natalia justo antes de contar su propia historia de horror. “Porque el blanco es el silencio perfecto”, respondió Annelise con aparente solemnidad. “Y Dios es el horrible silencio de todo”. Esa tarde Fernanda pensó en su próxima historia: una madre con depresión posparto y un bebé haciéndole sangrar los pezones. Leche cortada. Leche con sangre. “El amor empieza con una mordida y un dejarse morder”, decía Annelise. Al final, el bebé se comería a su madre porque así era el amor. *Mi pequeño caimán*, le diría a su hijito. *Mi tiburoncito enamorado*. “He leído que algunas madres se excitan cuando le dan de lactar a sus hijos”, dijo Analía, asqueada, mirándose los pezones color ardilla, color kiwi, bajo la blusa arrugada del colegio. Fernanda y Annelise contaban historias sobre la maternidad y el canibalismo que asustaban mucho a Analía y a Ximena y les dificultaban beber leche en el desayuno. “¿Sabían que Miss Clara se viste exactamente igual que su madre muerta?”, dijo Annelise cuando ya había empezado a recibir

clases extra de Lengua y Literatura los viernes por la tarde. “Creo que Miss Clara nos tiene miedo”. “Creo que Miss Clara nos quiere lejos”. El cocodrilo no volvió a aparecer en la orilla, pero Annelise lo dibujaba en sus cuadernos y en las paredes del edificio. *Yo quisiera que me guardaras en tus mandíbulas*, se repetía Fernanda en su mente antes de ceder a la propuesta de su *best-friend-4ever-nunca-cambies-bebé*. “Pero si te hago eso las demás no lo pueden saber”, le dijo a Annelise a pesar de que ella ya le había dicho que, si se lo hacía, las demás no lo podían saber. Fernanda creía que Miss Clara era una persona fácil de asustar porque pestañeaba poco y recogía los brazos durante los recreos. “Todos hemos mordido a nuestras madres”. Annelise pensaba que sería divertido asustarla. “Todos hemos comido de nuestras madres”.

Clara no pudo dormir esa noche. Se mantuvo, sin embargo, inmóvil en el viejo catre, decidida a no hacerlo crujir ni con el más breve pestañeo. Quería escuchar la madrugada del bosque: el canto de los seres lunares que se arrastraban bajo la mirada de un ojo blanco. Creyó que le serviría de sosiego el sonido de lo que no puede verse. Creyó que, si no se movía, Fernanda dejaría de gritar. Esos gritos acallaban al bosque, pero Clara no pestañeaba. El catre no crujía. Afuera, los animales cazaban. *Los animales nunca dejan de cazar*, pensó después, cuando los gritos se detuvieron. El ruido de las criaturas de noche fue vasto y distante como los pies de la muerte. No era la primera vez que se imponía a sí misma el reto de dejar de existir para que todo lo demás existiera. Su mente trabajaba mejor en esas condiciones: cuando no movía ni un músculo. Durante su adolescencia los doctores le dijeron que sus ejercicios materiales eran, en realidad, un estado catatónico desencadenado por factores psicológicos. Nadie entendía que se trataba de una condición voluntaria; una decisión que requería de una disciplina extrema. El cuerpo vivo reclamaba acción y detenerlo era lo más parecido a luchar contra esa vida, pero para pensar algunas cosas había que estar muy quieto, como un cadáver o un volcán que duerme.

“Trastorno de ansiedad”, le diagnosticaron cuando cumplió los dieciséis años. “Trastorno de pánico”, agregaron después a la sentencia.

“Disculpe, doctor, pero ¿qué se supone que es eso?” preguntó su madre y, aunque se lo explicaron, no consiguió entenderlo. Mucho había cambiado desde entonces. Ahora, por ejemplo, podía pensar sin palabras. Su cuerpo encarnaba un logos inmoldado: un lenguaje en donde el verbo no podía erguirse. Había sido duro asumir, después de tanto tiempo intentando comunicarse, que nada de lo que decía era parecido a lo que ocurría en su cabeza. La sintomatología del miedo era muda, pero jadeante. “Quítate esas cucarachas de la mente, Becerra. A ver, dime ¿qué es lo que te da tanto pánico?”, le preguntó su madre antes de que sus vértebras se volvieran contra ella y lo supiera. “El pánico es el pánico”, hubiera querido explicarle: las palabras eran una ficción melindrosa y mezquina, una trampa que ocultaba el caos orgánico con una falsa dramaturgia de orden. Tal vez por eso le gustaba corregir los textos de sus estudiantes y trabajar en una escritura pulcra y normada: porque era mejor poner los pies sobre el cemento de la lógica verbal que yacer desnuda en el océano de la propia mente.

Pero el miedo –hubiera querido decirle a su madre antes de que muriera– era biológico y tenía una lengua sin hombres.

Ahora Clara sabía que el pensamiento no necesitaba de palabras.
 Ahora Clara sabía que había cosas que solo podían pensarse sin palabras.

Antes de que amaneciera se levantó del catre y bajó las escaleras. Fernanda dormía sobre la mesa con los ojos asomándosele por las pestañas como dos huevos de codorniz. Tuvo ganas de lamerlos, pero se horrorizó de su deseo. En silencio, con el pulso royéndole las mandíbulas, se expulsó a sí misma de la cabaña y la oscuridad absoluta entró en sus oídos como una canción de cuna. Pensar con

el cuerpo era una sensación desconcertante: asumir las marcas, los dobleces, la historia de los huesos tremolándole fieras en la garganta. “Toda mujer y todo hombre lleva por dentro un nuevo *round* de la mítica pelea entre la lógica de la mente y la lógica de los sentidos”, les dijo alguna vez a sus alumnas, pero en ese entonces todavía no comprendía el verdadero alcance de la experiencia material. Para entenderlo tuvo que verse reducida a su carne, como los torturados; esos seres de arterias, huesos, baba, sangre... Tan llenos de sí mismos y, sin embargo, tan incompletos ante los ojos de los demás. Ella, a pesar de conocer la tortura, no sentía su conciencia mutilada ni desmembrada, sino henchida en cada uno de sus órganos. Así caminaba entre los árboles como una ciega, desbordada por un pensamiento físico que no podía ni debía ser articulado y que tenía que ver con ese horror que experimentaba cuando cerraba los ojos y veía trenzas y lunares. Imágenes y no palabras. Sensaciones y no significados. “La poesía es un intento de crear la experiencia de lo que no puede decirse”, les dijo a sus alumnas muchas veces. La afirmación de lo humano en la bruma mientras, al otro lado, los animales cazan.

“¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?”, le preguntó su madre-esfinge-de-los-manglares mirando hacia ningún lugar y bastoneando el suelo para apagar el profundo silencio de Clara.

Un bosque es más grande por dentro que por fuera, pensó para evitar anclarse en el acertijo materno.

Caminaba arañando troncos y tropezándose con raíces gruesas que le herían los pies desnudos. Por un momento sintió como si estuviera huyendo de lo que había hecho y, repugnada ante la idea de esa debilidad, se dejó caer sobre una roca que parecía un hombre ovillado. Hacía tanto frío que empezaron a dolerle los dientes como si fueran pequeños corazones palpitando en sus encías. Su respiración era errática y un hormigueo familiar empezó a extenderse desde la palma abierta hasta el cuello. Sabía que podía controlar el miedo a la muerte que, igual que un péndulo, se mecía sobre su lengua cuando los síntomas de su ansiedad se recrudecían. Tenía experiencia pensando con sus músculos y, además, esta vez era diferente: esta vez no tendría que preocuparse por algo tan simple como morir. Lo que en realidad le quitaba el sueño, lo que la asfixiaba y le provocaba mareos diarios, no era la muerte, sino la posibilidad de volver a tener miedo a morir; esa sensación de ansiedad extrema, esa presencia de cada una de sus células disparándose en sentidos opuestos –igual que cuando las *M&M's* le metieron un calcetín en la boca para que no gritara–, era insoportable. Nunca fue capaz de explicar lo que sentía cuando empezaban las palpitaciones, la sudoración, el hormigueo en los brazos, los temblores. Nunca pudo decirle a su madre, muriendo con la columna hecha una boa en una camilla de hospital, que tener miedo a morir era peor que morir.

“Un ataque de pánico es como ahogarse en el aire”, intentó describirle alguna vez y, quizás porque parecía incomprensible, era la mejor descripción de su mal que había conseguido hacer hasta el momento.

Un ataque de pánico es como quemarse en el agua, caerse hacia arriba, helarse en el fuego, caminar en contra de ti misma con la carne sólida y los huesos líquidos, pensó. Ninguna palabra, sin embargo, podía describir la taquicardia que en ese instante le transformaba el pecho en una piedra porosa. Tenía el cráneo pesado, lleno de agujones y de mochilas, pero más allá de su cabeza se asomaba el volcán. *También los volcanes son más grandes por dentro que por fuera*, se dijo mirando el espectáculo del cielo púrpura amaneciéndose mientras a sus labios regresaban como agua los versos de uno de sus poetas favoritos: “La belleza es la primera manifestación de lo terrible”.

Tal vez porque lo bello anticipaba el horror dejó sin terminar su libro de los volcanes: para acabar allí, al otro lado de la niebla que a veces le cubría la visión de una cima nevada; cazando junto a los cazadores.

“Vivimos en una caldera: este país tiene casi un centenar de volcanes y más de veinte están activos”, le dijo una vez su madre, quien siempre se había sentido atraída por los paisajes que insinuaban su propia destrucción. “No hay nada más sublime que una montaña que arde”, le decía cuando miraba su colección de fotografías del Cotopaxi, Antisana, Tungurahua, Chimborazo, Pichincha, Sangay y Reventador. “Parece mentira, Becerra, que detrás de estos glaciares esté el infierno”. A veces, la belleza y el potencial aniquilador de los cráteres helados le provocaban a Clara inmensas ganas de llorar, pero también la hacían sentirse menos sola, como si su enfermedad fuera parte del magma que hervía bajo el cielo helado de la cordillera.

El miedo –hubiera querido decirle a su madre– era telúrico: por eso, mientras el bosque se comía los primeros rayos del sol, el estremecimiento de Clara iba aumentando en intensidad como un terremoto de carne.

La cabaña y el bosque, a pocos kilómetros del volcán, eran el escenario perfecto para ser valiente por primera vez. Después de todo, se necesitaba de la misma fortaleza para caminar hacia la vida que para caminar hacia la muerte: el mismo coraje, las mismas uñas rotas. Ella tenía que poder limpiarse de la confusión del frío y el calor que se encontraban en el río vertical de su torso. Tenía que entender que un horror perpetuo, repetitivamente distanciando a su víctima del orden de su mundo, podía hacer que cualquiera perdiera la voluntad de hablar. Un horror como el de ahora, sudándole árboles de agua sobre la espalda, era inenarrable y se ensanchaba adentro del cuerpo como una explosión milenaria en la garganta de Dios. Quiso convertir su libro de volcanes en un poema suyo sobre ese sentimiento que conocía bien; escribir unos versos de su interior lleno de pelos y voces púberes con los versos de otros, pero ni ella, en lo más hondo de sí, sabía para qué había empezado una tarea tan inútil. Tenía claro, en cambio, por qué había llevado a Fernanda hasta ese bosque elevado, suspendido en el cielo frente a un volcán dormido, y lo que necesitaba de ella antes de que todo terminara. Porque, aunque estuviera dándole largas al asunto, sabía que el tiempo no se había detenido y que en cualquier momento podrían encontrarlas, y su plan no era ese. Su plan era que la policía no las hallara demasiado pronto.

Había traspasado, a conciencia, una frontera misteriosa en donde creyó que se encontraría cara a cara con sus propios límites. Pero más allá de la borrasca solo estaba la borrasca y una mordida fresca todavía esperándola.

Sentada en medio del amanecer, con los pulmones replegándose como tímidos murciélagos hacia el fondo del tórax, volvió a recordar el acertijo: “¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbró a su madre?”. *La poesía, el universo, la muerte, Dios.* “¿Me hubieras amado si lo hubiese resuelto?”, le preguntó a Elena mientras agonizaba. Sus tías y sus tíos le dijeron, cuando tenía diez años, que no podía vestirse como la madre ni desearla de una forma tan absoluta. “La poesía da a luz a la poesía que la engendra”, intentó resolver a sus veinticuatro, pero esa no era la respuesta ni la verdad. “La muerte le da de lactar a la muerte que la hace nacer”. Poco antes sus abuelos le explicaron que un amor de cordón umbilical era patológico. “Mamá, ¿me hubieses odiado menos si te hubiese dicho que ese animal único éramos nosotras?”, le susurró al cuerpo inerte de su madre cubierto por una sábana en su imaginación. Las palabras de los demás eran suaves mandíbulas peinándola durante las madrugadas de insomnio, pero durante algún tiempo buscó en ellas un lugar

calmo donde pastar; una construcción narrativa que dotara de sentido a su mundo ahogado de nombres.

“¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?”, le preguntó hace un mes a Annelise. “Dios”, le respondió de inmediato. “Porque mi Dios es una histérica de útero deambulante”.

Clara creía en la idea del Dios de Annelise: una presencia que era como un sueño en donde el sol salía del cráter de un volcán, igual que en ese instante. Una niebla blanca se hizo visible y, muy cerca de sí, vio un conejo gris merodeando por las toscas raíces de un árbol. No había llevado comida, pero ahora tenía hambre. El automóvil quedó vacío a un kilómetro de la cabaña: un viejo cacharro que perteneció a su madre y que, contra todo pronóstico, había logrado llevarlas hasta allí, al viejo refugio de su abuela muerta. ¿Qué diría Elena si estuviera viéndola en ese instante? *Nada*, pensó: golpearía el suelo con su bastón improvisado de Tiresias de Martha Graham y lloraría como una plañidera o como Edipo antes de arrancarse los ojos. “¡Sabía que ibas a hacer que me arrepintiera de haberte parido!”, le diría. “¡Eres una muchacha enferma”. Todavía recordaba con acritud el primer pensamiento que le vino a la cabeza cuando la vio morir. Tenía veinticinco años y, mientras observaba la piel escamada del rostro de su madre descomponiéndose ya, muriéndose ya, pensó en el coche. *Ahora será mío*, pensó. *Lo retapizaré, le daré mantenimiento, lo pintaré con un color que me guste, un rosa chillón, le renovaré la matrícula, pagaré su seguro... Ahora que el coche será mío, concluyó, la vida será mía. Viajaré, me mudaré, cambiaré.* Pero luego del sepelio, las deudas, los estudios, el trabajo. Y el coche no fue retapizado y no se pintó de rosa chillón, pero se le dio mantenimiento, se le renovó la matrícula, se le pagó el seguro. Clara hizo lo que tenía que hacer, pero ahora hacía lo que quería. Y lo que quería era enseñarle algo importante a Fernanda, darle una verdadera lección. Ser una buena maestra y no pasarle la palabra, sino la llaga: el conocimiento mayor que solo podía darse en la carne.

Un silencio vegetal de sentidos.
Un nuevo estado de la conciencia.

Clara sabía que había amarrado el cuello de su madre con su amor umbilical.

Ahora amarraba a Fernanda porque una buena maestra era una madre y una alumna era una hija.

“A veces me gusta imaginar que el universo es el cadáver de Dios descomponiéndose”, le dijo Annelise durante una tarde de clases extra. “Imagine, Miss Clara, que fuéramos solo eso: la enorme y flotante carroña de Dios”.

Creyó que todo acabaría antes de que pudiera llegar a sentir hambre, pero se equivocó. Todavía necesitaba tiempo para ser una buena maestra. Aunque tenía frío y los temblores no cesaban, se mantuvo en su lugar con los ojos en el conejo que se acercaba despreocupadamente, hurgando entre las hojas secas y la tierra, como si Clara fuera parte del paisaje y no una potencial depredadora. *Pero el paisaje es siempre un potencial depredador*, pensó mientras escuchaba el sonido de su respiración cada vez más parecido al de una lavadora. En su vida, el problema había sido esa lucha absurda y agotadora que mantuvo durante años contra lo que ella era y que se suponía que no debía ser. *Las mujeres no se hacen a sí mismas*, pensó. *A las mujeres las hacen sus hijas y sus madres.* Pelear contra su esqueleto era una guerra imposible de ganar. La naturaleza podía ser transformada solo hasta cierto punto y su centro era indomesticable, pero en ese momento Clara aceptaba lo indomesticable de ella misma porque, cuando no intentaba controlar los síntomas de su miedo –como

en ese instante en el que la taquicardia comenzaba a ceder y su corazón nadaba y se distendía—, los ataques de pánico resultaban menos terribles. Sus pensamientos corporales eran pequeñas flores creciendo en el cactus de su mente: lo más delicado, lo más suave y vivo sobre la tierra, igual que el conejo que rozaba los dedos de sus pies y respiraba el olor de su sangre.

“Fernanda y yo ya no somos amigas”, le dijo Annelise después de halarle el cabello a Fernanda y de que Fernanda le partiera el labio superior de un puñetazo. “La odio y creo que quiero vomitar”.

Había secuestrado a una de sus estudiantes para educarla en lo único que era importante, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Parte del trabajo estaba en marcha, pero sin ningún rumbo ni expectativa. Y mientras los síntomas menguaban a un ritmo desesperante, ella se entregaba a ese horror de las células desarmando sus extremidades y al vértigo de la pelvis.

“¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó Annelise.

El cuerpo era la única realidad para una mente que se alimentaba de los desiertos, pero el suyo no podía ofrecerle más que ese mundo de sensaciones insoportables y la venganza que escondía su último deseo.

“Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”.

XII

A: ¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?

F: ¿Ah?

A: Es un acertijo.

F: ¿Y dónde lo escuchaste?

A: Lo escuché de Miss Clara-de-huevo.

F: Miss Clara-como-el-agua, Miss Clara-como-el-cristal.

A: Lo escuché y dije que Dios. Pero esa no era la respuesta correcta.

F: *It's so creepy.*

A: Miss Clara dice que la respuesta correcta existe.

F: *It's so fucking creepy.*

XIII

“¡Shhh!” hizo Annelise colocándose el dedo sobre los labios pintados cuando Ximena tropezó con el tapete de piel de oso del padre de Fernanda. “Nos va a oír”. “Nos va a descubrir”. Todas las luces estaban apagadas y ellas caminaban de puntitas, descalzas, con los tacones en las manos, por una sala llena de trampas en forma de muebles, jarrones y esculturas muy costosas. “¡Ay, me meo!” soltó Analía. “¡Shhh!” hicieron Fiorella y Natalia al unísono. Era la una de la madrugada y la Charo dormía. El chofer se había ido de vacaciones. Los padres de Fernanda estaban de viaje. Tic, tac, sonaba el reloj antiguo de péndulo que reposaba junto a la pared del piano que nadie sabía tocar. “Podemos hacer la pijamada en mi casa”, les sugirió Fernanda el fin de semana pasado. “Nadie nos vigilará”. “Nadie se dará cuenta”. El universitario de los ojos verdes y el tatuaje en la muñeca las esperaba en su descapotable-negro-Batman junto al parque central de la urbanización. Llevaban diez minutos de retraso porque Fiorella y Natalia llamaron a su madre para darle las buenas noches. “Diviértanse con sus amigas, mis chiquitas, y no se acuesten muy tarde”. “Es viernes, mamá”. “Nos estamos pintando las uñas”. “Jugaremos a la Playstation”. “Nos peinaremos como Lady Gaga”. “Nos maquillaremos como Amy Whinehouse”. “Modelaremos como Kate Moss”. “Cantaremos como Lorde”. Ninguno de sus padres sabían que desde hacía años usaban la excusa de la pijamada para beber el vino de la madre de Ximena, tocar la colección de revólveres del padre de Annelise, fumar los cigarrillos de la Charo y ver hentai en XVideos y PornTube. “¿Por qué le echa el semen en la cara?”. “¡Qué asco!”. “Mi vagina no es así”. “¡Cuántas venas!”. “¿Eso es un pezón?”. A veces, también usaban la excusa de la pijamada para escaparse a fiestas de universitarios que tenían permiso de conducir y rasgos similares a actores de Hollywood, pero nunca les contaban nada del edificio ni de lo que hacían allí. “¿Ustedes creen que nuestros ejercicios funambulistas son como las mortificaciones de las que habla Mister Alan?”, preguntó Analía cuando su reto fue soportar que Fiorella le pisara las manos. “¿Estás loca?”, le respondió Annelise. “A menos que sean mortificaciones para el Dios Blanco, entonces sí”. “Entonces hacemos esto para el éxtasis”. La noche de la pijamada se vistieron como creían que se vestían las chicas mayores que iban a fiestas y bebían y bailaban y hacían todo lo que Mister Alan decía que era propio de mujeres a las que luego violaban o mataban en la calle. “¿Cómo se pone esto?”. Se maquillaron los hematomas. “Ah, así”. Se perfumaron las clavículas. Ximena usó mal el delineador de ojos y se manchó la cara de negro. Era la menos bonita del grupo: la menos graciosa, la menos inteligente, la que se rellenaba el sostén con trozos de papel higiénico e imitaba los peinados de Annelise y Fernanda aunque no le quedaran bien. “¿Me queda bien?”, les preguntó antes, en la habitación. “Uy, sí. Te ves preciosa”, le dijeron las gemelas. “Pareces de diecinueve”. “Yo te creería de veinte”. Mientras escapaban, Analía, Fiorella y Natalia contenían la risa que les daba el lazo escarchado en el flequillo de Ximena. Había cosas ridículas que solo dejaban de serlo en determinados cráneos, pensaban. Fernanda, por ejemplo, llevaba una cinta con lentejuelas en el suyo, pero ella era elegante y hasta el pelo corto de hombre, a lo Emma Watson o lo Kristen Stewart, iba de acuerdo a su rostro de diamante y a su cuello de flamenco rosa. “Píntate los labios de rojo”, le pidió a Annelise una hora antes. “¿Te gusta?”. “Me

encanta”. A Fernanda le gustaban los labios de Annelise, las pecas de Annelise, el cabello negro de Annelise. “Wow, te queda hermoso el vestido”. Todas sabían que alguien como Anne no necesitaba más que ese color de lápiz de labios. “¡Shhh!”. “¡Chucha, cállense!”. En el edificio, Annelise era siempre la primera en vencer los retos verdaderamente peligrosos. “Fer, ¿cómo se abre la puerta?”. La primera en matar a una serpiente. “Ya está”. La primera en caminar por los bordes del tercer piso. “¡Lo logramos!”. La primera en nadar en el manglar a pesar de que sabía que había un cocodrilo. “Caminen rápido o no llegaremos nunca al parque”. Fernanda también era la primera, pero solo a veces. “¿Cómo era que se llamaba él?”, preguntó Natalia, la gemela coqueta. “Hugo”, le respondió Fiorella, la gemela tímida. Ximena no podía andar en tacones y se tambaleaba intentando seguir al grupo por la calle silenciosa de la urbanización privada con piscina, club deportivo, centro comercial, iglesia y seguridad armada las veinticuatro horas. “Son zapatos, no zancos”, le dijo Analía, riéndose y grabándola con su teléfono. Analía era la más graciosa del grupo y se burlaba mucho de Ximena porque creía que así nadie haría bromas sobre su ligero sobrepeso. “Usa mi blusa, es más bonita”, le dijo Fernanda media hora antes sin darse cuenta de que Analía era M y ella XS. “No, gracias, me gusta esta”, dijo sacando la suya de su maleta-Sailor-Moon. En el colegio decían que Analía era otaku, pero sus amigas sabían que solo era fan de cuatro animes y que jamás había leído un manga. “¡Deja de grabarme!”, le gritó Ximena. “¡Shhh!”. “¡Pero si ya estamos fuera de la casa!”. “¿Y? ¿Crees que la gente de aquí no duerme o qué?”. “¡Es viernes!”. El universitario llamado Hugo las esperaba fuera del descapotable-negro-Batman, fumando. “Ufff, qué guapo”, soltó Ximena mordiendo el labio inferior. “Ni lo sueñes”, le dijo Natalia, echándose el pelo hacia atrás. Las hermanas Barcos eran indistinguibles salvo por un lunar en el hombro de Fiorella. Practicaban ballet clásico desde los seis años, pero en el edificio contaban historias de horror sobre objetos raros y cuerpos enfermos escondidos en rincones de casas de alquiler. “Hola, chicas, ¿qué tal?”, las saludó, pisando lo que quedaba de su cigarrillo en la vereda. “*Sorry* por la tardanza, es que mis amigas son idiotas”, dijo Annelise mirando a Fiorella y a Natalia mientras ellas le hacían una mueca. “*Nice!*”. Se subieron al coche elogiando el color del cuero de los asientos. “Gracias, gracias”. A Fernanda no le gustó tener que sentarse atrás, lejos de Annelise. “¿Quieren que les ponga música?”. Era la primera vez que iban a una fiesta de universitarios con el universitario de los ojos verdes y el tatuaje en la muñeca llamado Hugo. “*Obviously!*” Solían ir con chicos que estudiaban derecho en la Universidad Espíritu Santo, pero Hugo estudiaba medicina en la Católica y era uno de los más recientes seguidores de Annelise en Instagram. “¿Estás segura de que no es un psicópata?”, le preguntó Fernanda dos días antes. “Tranqui, es el primo de uno de los mejores amigos de mi hermano”, le respondió. “Lo conozco”, le dijo. “Sé que no está loco”. Fuera de la urbanización privada, en el primer semáforo, un hombre con el brazo amputado se acercó para pedir monedas y Hugo decidió aplastar el botón que desplegab el techo de lona. “Mejor: así no nos despeinamos”, dijo Fiorella pasándose los dedos por el cabello rubio. Su hermana tenía los ojos clavados en el retrovisor y, cuando se encontraba con la mirada del universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca y el mentón partido, sonreía. “¿Alguien trajo una peinilla?”. Ni Fiorella ni Natalia habían tenido nunca un novio. “¿Nadie?”. Tampoco habían besado a un chico, aunque estuvieron muy cerca de hacerlo en la última fiesta. “¡Si no le hubieras dicho eso seguro que me habría besado!”, le gritó Natalia a su hermana después. “¡No le gustabas tú, le gustábamos las dos!”, la corrigió Fiorella. “¡Quería besarnos porque somos gemelas!”. “¡Quería besarnos porque somos idénticas!”. Ningún profesor podía distinguir las, pero Fiorella se sentía más fea que Natalia a pesar de que su única diferencia era

un lunar. “¿Nadie?”. Por eso las fiestas de universitarios minaban su autoestima, no como las tardes en el edificio cuando le tocaba bailar con los pies descalzos en donde se acumulaban las serpientes de colores. “¡Auch!”, soltó Natalia cuando Fiorella le dio con el codo en las costillas para que dejara de pestañearle al retrovisor. “¿Les gusta el reguetón?”. “¿Les gusta el hip hop?”. A Fernanda no le hacía gracia que Annelise fuese adelante, sola, ni que Hugo —el universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido y el cabello ondulado— le mirara tanto los labios. La última vez que fueron a una fiesta, un pelirrojo con rastras besó a Annelise. “¿Y? ¿Cómo fue? ¿Qué se sintió”, le preguntó en casa. “Asqueroso”, dijo. “Tenía mal aliento”, dijo. En el edificio, cuando caminaban con los brazos abiertos por los bordes de la tercera planta, jamás miraban hacia abajo. “Se siente increíble, ¿no?”, decía Annelise. “Sentir que te puedes morir y sin embargo no morirte”. Solo ellas hacían esa acrobacia porque a las demás les daba miedo caerse. “Cobardes”, les decía Fernanda, y luego observaba el cielo y ponía, con cuidado, un pie por delante de otro. “¿Habrá mucha gente?”, le preguntó al universitario de la chaqueta negra llamado Hugo. “Mucha, sí”. Los perfumes se mezclaban. “Es igualito al de *Crepúsculo*”, le susurró Ximena a Analía, y las gemelas la escucharon. “Por acá dicen que te pareces a Robert Pattinson”. “¿Crees que te pareces a Robert Pattinson?”. El rojo resaltaba las pecas de Annelise que Fernanda vigilaba desde el espejo lateral derecho. “Me lo dicen bastante”. Ximena y Analía eran fans de la saga de *Twilight*, aunque solo habían visto las películas porque leerse los libros les parecía aburridísimo. “*Harry Potter* es cien veces mejor”, opinaba Fernanda. “Avada Kedavra”, decía Annelise usando su lápiz como si fuera una varita en dirección a Mister Alan. “Qué asco de trabajo”, dijo Analía cuando dos guardias con fusiles tomaron sus nombres y el número de placa del descapotable-negro-Batman antes de permitirles entrar a otra urbanización con piscina, club deportivo, centro comercial, iglesia y seguridad armada las veinticuatro horas. “¿Habrá cerveza?”, preguntó Ximena a pesar de que no le gustaba la cerveza. El universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules rio. “Claro”, le dijo mientras le abría la puerta del coche a Annelise. “Qué tonta”, murmuró Natalia, sintiendo vergüenza ajena. Fernanda ignoró la mano extendida de Hugo y bajó sin su ayuda, arreglándose la falda que se le había subido varios centímetros por encima de los muslos. “Te pareces a la de *Stranger Things*”, le dijo él, señalando su cabello corto y su cinta de lentejuelas. “¿Ah? ¿Quién es esa?”, preguntó Ximena. “Millie Bobby Brown”, explicó Analía con agotamiento. “Googléala”. Annelise sonrió el rojo de sus labios. “Sí, es verdad que te le pareces”. En el edificio, todas se hicieron un corte bajo la nalga izquierda conforme fueron aceptando al Dios Blanco de las historias de Annelise. “Esta es tu iniciación, Fiorella Barcos Gilbert”, le dijo en voz alta antes de cortarle la piel. “Porque en edad blanca estás y blancos son tus pensamientos”. “Porque viste al animal blanco emergiendo del agua, porque te abres al Dios-madre-de-útero-deambulante”. Ni siquiera Fernanda tenía claro a qué se estaban iniciando con esas cicatrices, pero el juego era interesante por su enigma y por la sensación que les daba de pertenecer a algo especial. “La historia de hoy no es igual a ninguna otra: lo que les voy a contar es la primera y la más abominable aparición del Dios Blanco a una joven en edad blanca”, contó Annelise la tarde del miércoles mientras las demás, asustadas desde el principio, la oían sentadas en un círculo perfecto. “Nunca se supo qué pasó con ella, y su nombre se mantuvo impronunciable hasta que dos terribles asesinatos conmocionaron a pueblos muy pequeños de Europa del Este”. Cuando escuchaban los relatos sobre el Dios Blanco de Annelise, a todas les daba miedo y volvían a sus hogares sintiendo que alguien o algo las acechaba; que un poder divino y monstruoso

podría revelárseles por la noche, en la madrugada, sin que ninguna pudiera cerrar los ojos para protegerse. “Esas historias no son ciertas, ¿verdad?”, preguntó Ximena alguna vez. “Por supuesto que son ciertas”, le dijo Annelise, de pie junto a una ventana del edificio. “¿O es que estás dudando del Dios Blanco adentro de su templo?”. Ximena no creía que fuera seguro dudar de un dios en el interior de su territorio. “Entremos”, les dijo Hugo sacando un nuevo cigarrillo de su chaqueta. “Todos los terremotos son Él”, aseguraba Annelise cuando la tierra temblaba y el edificio se mecía igual que el mar. Sismos de 4.2. Sismos de 6.5. “¿Estoy despeinada?”, preguntó Fiorella, pero su hermana la ignoró. La fiesta era en una casa grande de la que salían luces de colores, gritos y reguetón. “Cool”, dijo Ximena bailando antes de tiempo. El volumen estaba tan alto que Fernanda lo sintió retumbar en sus órganos de un modo desagradable. “En las películas de terror las cosas siempre empiezan a ir mal en una fiesta”, le dijo a Annelise en el oído y ella la agarró de la mano dulcemente. “Veremos”. La gente bailaba en el jardín, pero adentro bebían e intercambiaban alaridos, humo y latas de cerveza. “Casi ni se ve”, dijo Analía, ventilando la neblina con su mano. “Es cosa de acostumbrarse”, comentó Fiorella. “Ya verán cómo nos va a oler el pelo a porro”. “Ya verán cómo nos van a querer emborrachar”. Ximena arrugó la nariz: “Yo no voy a probar nada de eso porque está mal”, pero en el edificio ella fue la primera en lamer un poco de la menstruación de Annelise. “¿A qué sabe?”, le preguntó Analía entonces. “Sabe a caracol oxidado”. “Sabe a algas y a hígado”. Hugo las llevó hacia una mesa redonda en donde lo esperaban tres amigos suyos de la carrera de medicina. “Gabriel, José y Gustavo”, dijo que se llamaban. A Natalia le fastidió que primero se fijaran en Annelise, así que mostró su escote echando los hombros hacia atrás. “¿Cuántos años tienen?”, preguntó el que se llamaba José y tenía la nariz demasiado pequeña. “¿Cuántos tienes tú?”, le devolvió Anne. “Más que ustedes”, y rio como si relinchara. “Pues nosotras, menos”, dijo pensando que había caballos que parecían menos caballos que José. Fernanda se sentó al lado izquierdo de Annelise. “¿Son del Delta?”. Hugo, al derecho. “Buen cole, mi prima estudió allí”. Les brindaron cerveza. Les brindaron maní. “Espero que ninguna de ustedes tenga novio”. Analía no entendía cómo podían hablar con tanto ruido, aunque en las fiestas nadie quería conversar, decía Mister Alan. “Chicas como ustedes tienen que cuidarse de las fiestas”, les dijo. “Chicas como ustedes tienen que aprender a moderarse”. En el edificio ellas exploraban sus cuerpos en el silencio y escuchaban cómo el viento sonaba igual que el llanto de una mujer. “¡Qué horrible!”, decía Fiorella. “Parece la Llorona”. La Llorona era una de las leyendas favoritas de Annelise. “Una vez, hace muchísimos siglos, una mujer enloqueció y ahogó a su bebé en un manglar repleto de cocodrilos, pero luego se arrepintió y logró sacar el cadáver casi intacto del agua verde, solo le faltaba una parte: el dedo meñique”, contaba en la habitación blanca, que era en donde más fuertemente se escuchaba al viento sollozar. “Desde entonces, la Llorona busca el meñique perdido de su hijo en los dedos de otras personas”. “Se los arranca con los dientes para probarlos en el cadáver chiquito”. “En el cadáver pequeñito”. Fiorella y Natalia se abrazaban. “Pero al ver que no le quedan bien, se los da de comer a los gallinazos”. A Fiorella le sorprendía que una madre pudiera dar tanto miedo. “¡Cuiden sus meñiques si escuchan el largo llanto de la Llorona!”, decía Annelise con voz grave de ultratumba. “¡Cierren puertas y ventanas!”. “¡Cierren los ojos y protéjense de sus mandíbulas!”. José se relamió los dientes. “¿Quieren bailar?”. La gente del campo creía que la Llorona se robaba a los niños y los ahogaba para que los cocodrilos le devolvieran el meñique de su bebé. “¡Una madre que ahoga a su hijo es un hombre!”, decía Ximena, tapándose las orejas. Pero una madre podía quitar la vida con la misma rabia con la que la hacía, pensaba Annelise. “La Llorona no

se lleva a las guaguas, niña Nandita”, le dijo la Charo a Fernanda una noche. “La gente viva se los lleva”. “La gente viva es más pior que la gente muerta”. Fiorella miró al jardín sin curiosidad: “No queremos bailar aún”, dijo, y Natalia le sacó la lengua. La Charo, a pesar de ser del campo, no creía en la Llorona ni en la Dama Tapada ni en el Tintín. “A veces son las mismas mamitas las que matan nomás a sus guaguas y las lanzan al río”, decía. “¿Por qué respondes por todas?”. Annelise estaba segura de que el cocodrilo que vieron desde el edificio era blanco y que en su estómago guardaba el meñique del bebé de la Llorona. “Una madre jamás mataría a sus hijos”, dijo Natalia después de escuchar una de las historias de Fernanda sobre madres e hijas que enloquecían. “*For real?* ¿En qué mundo vives?”, le respondió. “Las madres matan a sus hijos toodo el tiempo”. Fernanda y Annelise leían *creepypastas* para inspirarse a la hora de crear sus propios relatos de terror. “Y los hijos también matan a sus madres”. Sus favoritas, además de las clásicas *Jeff the Killer, 1999, Ben Drowned, Sonic.exe* y *Slenderman*, eran las que tenían como protagonistas a madres y a hijas en situaciones extrañas. “¿La de Mr. Dupin es buenísima!”, les dijo Annelise luego de enviarles el *link* de *creepypastas.org* al grupo que tenían en Whatsapp. “Si lo leo no me da miedo”, escribió Analía. *Clic. Send. Xime is writing:* “Vaga de mierda”. Gustavo, el universitario de los brazos musculosos, hundió los ojos en el escote de Natalia mientras Fiorella hizo como que no se hubiera dado cuenta. “¿Quieren jugar a ‘Yo nunca’?”. La historia de Mr. Dupin se llamaba *A Mother’s Love*, e iba sobre una hija que se despertaba al escuchar el sonido de su gato bebiendo agua en el pasillo. “Claro que luego se da cuenta de que el gato estaba con ella, durmiendo en su cama, entonces se levanta, camina hacia el pasillo, enciende la luz y... adivina qué ve”, le contó Annelise a Analía porque era la única que no había leído el cuento. “¿A su madre?”, preguntó ella en una voz baja y quebradiza. “¡Sí, a su madre!”, gritó Anne haciéndola temblar. “A cuatro patas, bebiendo como una bestia del cuenco del gato”. Ximena suspiró apoyando los codos sobre la mesa, triste porque los universitarios apenas notaban su maquillaje y lo bien que le quedaba el *jean* a la cadera. “Está bien, juguemos”, dijo. Analía también se sentía triste por lo mismo, pero no quería demostrarlo y le molestaba que Ximena fuera tan evidente. “¿Y qué pasó después?”, preguntó, intrigada por la *creepypasta* de Mr. Dupin. “La hija miró a su madre y la madre miró a su hija”, siguió relatando Annelise. “Le mostró los dientes y la lengua larguísima antes de correr como un animal hacia ella, pero la hija fue más rápida y cerró la puerta de la habitación que la madre aruñó y golpeó, rugiendo”. En las fiestas de universitarios Annelise jamás contaba historias de terror. “¿Y?”, insistió Analía. “¿Qué pasó después?”. El chico del pelo azul llamado Gabriel sacó de debajo de la mesa una botella de tequila. “Si después de eso escuchas la voz de tu madre, la que te cuida, la que te ama más que nadie, y te pregunta, preocupada, si estás bien, y te pide que le abras la puerta, ¿tú qué harías?”. Ximena, Analía y Fiorella miraron a Annelise como si solicitaran su permiso para jugar con un tipo de alcohol cuya gradación superaba el 30%. “¿Se ahuevan?”. Fernanda sonrió, irritada por la pregunta. “¿Nosotras?”. Tomó su vaso y lo deslizó hacia Gabriel. “¡Así me gusta!”. En el edificio ellas eran muy valientes: las chicas que saltaban por encima de los miedos. “Eres muy guapa”, le dijo Hugo a Annelise mientras le pasaba el dedo por uno de sus hombros y ella se ponía tensa. “¿Asaltacunas!”, les gritaron desde el jardín unas universitarias sudadas que tenían poca ropa. “¿Qué hago si las prefiero peladitas?”, dijo Gustavo sonriéndole a Natalia y a Fiorella. A Fernanda le gustaban mucho las *creepypastas* de gemelas: su preferida era la que describía el ritual del espejo, la vela y el armario. “Todos tenemos un doble”, le contó a sus amigas durante un recreo. “Para hallarlo, solo tenemos que encerrarnos en un armario con un espejo y una vela”. Desde que descubrieron lo especial que era la

habitación blanca no contaban las historias de terror en ningún otro sitio. “Adentro, debemos tocar al espejo dos veces, mirándonos sin respirar, y es entonces cuando se aparece”. El universitario de la nariz diminuta y el lunar en la frente llamado José le echó a su vaso un poco de tequila. “Yo nunca he tirado en la ducha”, dijo, pero solo Hugo bebió. “¡Sabía, jueputa!”. “¡Qué cabrón, loco!” *No es para tanto*, pensó Ximena, que tenía marcas de cuando su reto fue permitir que Annelise, Fernanda, Analía, Fiorella y Natalia escribieran sus nombres en su espalda con la punta afilada de un lápiz. “Me toca”, dijo el universitario del pelo azul y los labios delgados llamado Gabriel. “El ritual funciona, y es por eso que hay que tener mucho cuidado, pues nuestro doble tiene el verdadero aspecto de nuestra alma, así que si eres una mala persona, lo que verás será malvado”. Ximena tragó saliva: “¿Y si soy mala, pero no lo sé?”. Annelise puso su voz de catatumbas: “Entonces mejor será que ni lo intentes”. Gabriel levantó su vaso: “Yo nunca he besado a un hombre”. *Qué juego tan estúpido*, pensó Natalia viendo cómo Annelise y Fernanda arrugaban sus caras al beber. “Esto sabe a acetona”. “Esto sabe a mentol”. Hugo chocó su puño con el de su amigo. “¡Te lo dije, loco!” Y las miró: “¿Cuántas veces?”. “¿Con chicos de su edad o de la nuestra?”. Analía entornó los ojos. Soportaba bien las *creepypastas*, pero las historias de Annelise le provocaban pesadillas. “¿Nunca han besado a nadie?”, les preguntó a las gemelas el universitario de los músculos llamado Gustavo. “Si quieren, yo les enseño”. La música hizo temblar los cristales y, en el jardín, alguien empezó a mojar a la gente con una manguera. “¡Bacán! Pronto veremos tetas, *brothers*”. Una de las *creepypastas* preferidas de Annelise era la de una madre que le cocinaba a su hijo pedazos tiernos de sus senos. “La leyenda dice que todo empieza con la lectura de un poema inédito y de autor desconocido que circula en internet”. “Dicen que todas las madres que lo leen terminan haciendo lo mismo: amputándose los senos y dándoselos de comer a sus hijos”. Analía grabó un *boomerang* de la fiesta y lo subió a sus historias de Instagram. “¡Yo también!”, dijo Ximena, y se hizo además una *selfie*. José se acarició la barbilla. “Si quieren, podemos subir y les hacemos fotos”. Ximena puso una *duck face*. “Si quieren, podemos fotografiarnos todos”. Había mucho tráfico en las escaleras y cola para entrar al baño. “Ajá, muy gracioso”, dijo Fiorella, y su hermana se tocó la nariz con la lengua. Los foros de *creepypastas* estaban plagados de fotos trucadas en Photoshop, pero a Annelise le gustaban solo las que parecían reales. “Yo nunca me he tomado fotos desnudo”, dijo Gustavo retomando el juego. Fernanda odiaba que los chicos mayores se creyeran más listos que ellas. “¡Esto se está prendiendo!”, soltó Gabriel, entusiasmado por una posible confesión. *Que no lo haga*, rogó Fernanda en su cabeza. *Que no lo haga. Que no lo haga*. Pero Annelise bebió un trago gordo y los chicos abrieron los ojos igual que lechuzas cazando. “¡Wooo!”. En el suelo había alcohol, vasos de plástico y envoltorios de caramelos. “¡Esto sí que es una fiesta, bros!”. Fernanda quiso golpear al universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules llamado Hugo cuando le miró las piernas a su mejor amiga. “¿En serio tienes *nudes*?”, preguntó Fiorella, espantada, a pesar de que en el edificio ella se había quitado los calzones y los había lanzado al manglar por una apuesta. “¿Lo hiciste para algún *crush*?”. “¿O lo hiciste *just for fun*?”. Anne ni siquiera pestañeó: “Lo hice para mí, porque me gusta verme”. A su lado Hugo entreabrió los labios y Fernanda supo que tanto él como sus amigos estaban imaginando a Annelise desnuda. “Esto me aburre”, dijo de pronto, soltando la mano de Anne. “¿A dónde vas?”, le preguntó ella, pero Fernanda no le respondió. Algo extraño y caliente le apretó la garganta y sus pies la llevaron al jardín, donde casi todos bailaban empapados y a las chicas se les veían los pezones. *Ahora vendrá*, pensó, convencida. *Ahora vendrá por mí*. Desde hacía algún

tiempo que las fiestas de universitarios no la divertían. *Douchebags. Idiotas. Assholes*. Desde hacía algún tiempo que entendía las intenciones de los chicos que jamás habían hecho nada parecido a estrangular o ser estrangulados o acostarse en un piso repleto de serpientes. “¿Qué se sintió?”, le preguntó Annelise después de que en la última fiesta un universitario parecido al Johnny Depp de *A Nightmare on Elm Street* la tocara bajo los calzones. “*Wierd*”, le respondió. “Me dolió y me gustó”. Los chicos muy guapos le quitaban el aliento y, a veces, si la besaban bien, ella mojaba su ropa interior. “¡Quiero besar!”, gritaba Natalia en la habitación de los deseos. “¡Quiero besar!”. “¡Quiero besar!”. “¡Quiero besar!”. Analía le había dado la solución: “Bésame a mí”, pero Natalia la miró con asco. “¡No soy lesbiana!”. “¡Eso es pecado!”. “¡Me gustan los hombres!”. Fernanda se alegró de ver a Annelise saliendo al jardín, esquivando a la gente que bailaba y caminando en su dirección. “Era una broma, mensa”. “A mí también me gustan los hombres”. En el edificio, Fernanda había pintado la única habitación que no tenía ventanas de blanco sin saber que se convertiría en el centro de las ceremonias del grupo. “¿Por qué te fuiste?”. Sin saber que una tarde escucharía un grito y subiría las escaleras, aterrada, para ver a Annelise emergiendo semidesnuda de la habitación, temblando, bañada en sudor y con el rostro desencajado. “Los odio”, le explicó Fernanda. “No los soporto”. “Me caen mal”. Aquella tarde dijo que había visto algo en la blancura de la pared. Algo que se movía y que luego sintió en su piel, como un ratón vivo, y por eso tuvo que quitarse el uniforme. “Te entiendo”, comentó Annelise con el rojo un poco despintado y las pecas igual que polvo de chocolate. “¿Quieres que les demos una lección?”. Y luego, el Dios Blanco. Y el miedo que inspiraba la habitación a todas horas. “¿Quieres que les bajemos los humos?”. A Fernanda le encantaba que Annelise siempre supiera cómo levantarle el ánimo. “Quiero”, le dijo, y volvieron a agarrarse de las manos mientras caminaban de regreso. Cuando tenían once años vieron *The Exorcist* en un iPad, escondidas bajo la sábana de los ponis rojos, juntas en la oscuridad, custodiadas por decenas de peluches y muñecas de colección, y tuvieron tanto miedo que se abrazaron toda la noche. “¡Qué horrible tener que cuidar a una hija poseída por el demonio!”. Annelise escribió, dos años después, un ensayo sobre la película para la profesora de *Creative Writing*. “Yo la encerraría”. Y la profesora dijo que Annelise tenía “habilidades excepcionales” para contar historias. “Yo la mataría”. Fernanda obtuvo buenas notas en sus escritos para Lengua y Literatura, pero solo a Annelise la forzaron a participar en concursos intercolegiales de cuento y de poesía a pesar de que nunca los ganaba. “Lo hago mal a propósito”, decía, orgullosa. “Pierdo para que me dejen tranquila”. En el colegio, los profesores pensaban que Fernanda carecía de talentos especiales, pero en el edificio ella era la única que se había atrevido a disparar el revólver del padre de Annelise contra las piedras. “En serio, si vuelves a hacer eso me largo”, le dijo Fiorella. “Sonó muy fuerte”. “Sonó como la muerte”. El universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules llamado Hugo aplaudió cuando volvieron: “¡Las extrañé, chicas!”. Su pelo ondulado era idéntico al que le dibujaban a Jeff the Killer en los *fanarts* de creepypasta.org. “Al fin”, dijo Ximena con la cara larga porque Gustavo, Gabriel y José se habían sentado junto a Fiorella y a Natalia. En las historias de Annelise, el Dios Blanco se les presentaba solo a chicas de su edad y la visión era tan perturbadora que las transformaba para siempre. “¿Vamos a seguir jugando?”, preguntó Analía dejando de hacerse *selfies* con su teléfono. “Sí, pero a otra cosa”. Y Fernanda se apoyó en la mesa. “¿Quieren hacer algo realmente divertido?”. Hugo y los demás las miraron con curiosidad y con lascivia. “Esta casa tiene azotea, ¿no?”. La escalera para subir estaba cerca del garaje. Era metálica y tenía vómito en el primer escalón. “¡Asco,

asco, asco, asco, asco!”), repitió Analía cuando le tocó sortear el charco amarillo con pequeños trozos de zanahoria. Fiorella sabía que a Natalia no le atraía Gustavo, pero que deseaba gustarle porque adoraba sentirse el centro de atención. Tac, tac, tac, tac, sonaron sus tacones sobre la escalera que temblaba. “Xime, sonrío un poquito”, le pidió Analía aunque en el fondo quería pegarle por hacer de su tristeza algo tan evidente. ¡Ay, consuélennme!, pensó. ¡Ay, nadie me quiere! “¿Tú crees que algún día le gustaremos a un chico?”, le preguntó Ximena en voz baja. “¿No quisieras ser más como las gemelas, Fernanda o Annelise?”. Analía detestaba que Ximena se comparara con ella. *Yo no soy como tú*, pensó sin decirle. *Yo solo necesito bajar un poco de peso*. En la azotea estaba una pareja besándose y tocándose por debajo de la ropa, pero Fernanda los ahuyentó con sus gritos: “¡Váyanse a un motel!”. Risas esperpénticas. Analía los grabó corriendo y subió el video a sus historias en Instagram. 54 views. 123 views. 234 views. “Bien, ya estamos aquí”, dijo Hugo, pareciéndose aún más a Robert Pattinson bajo la luz de la luna. “¿Y ahora qué?”. Fernanda y Annelise intercambiaron miradas. Lo habían practicado tantas veces en el edificio que hacerlo allí les parecía un chiste. “Ahora sí vamos a jugar de verdad”. Tomaron aire. “Aquí voy”. Fernanda corrió hacia el borde de la azotea y se subió de un salto al muro que la protegía de la caída. “¡Cuidado!”. Los universitarios contuvieron la respiración. “¿Estás loca? ¡Bájate!”, gritó Hugo. “¡Se va a matar, locooo!”, gritó Gabriel, pálido. “¡Alguien agárrela!”. Antes de que pudieran detenerla, Annelise hizo lo mismo y saltó sobre el muro contrario, tambaleándose pero alcanzando la estabilidad al abrir los brazos como un avioncito de juguete. Gustavo cerró los ojos: “¡Qué hijueputa!”. Fiorella, Natalia, Analía y Ximena aplaudieron, excitadas, la hazaña de sus amigas. No todos los días podían presumir de sus habilidades grupales: del grupo tan perfecto e interesante que eran. “Vamos a jugar a que quien se cae, pierde”, dijo Fernanda, caminando como un gato por el muro. “Si no se caen, podrán pedir cualquier cosa a cualquiera de nosotras”, dijo Annelise, avanzando más rápido que Fernanda. “¿Qué?”. “¡Ya bájense, chucha!”. Al llegar a la esquina, las dos titubearon y Hugo se llevó las manos a la cabeza. “¡Ni siquiera se han quitado los tacones!”. Pero lograron superar la dificultad. “Nosotras hacemos esto tooodo el tiempo”, dijo Fernanda con pedantería. “A ver quién es más valiente”. Annelise bajó de un salto y los chicos botaron aire. “¡Verga!”. Fernanda la imitó soltando un quejido al aterrizar mal por culpa de sus tacones. “¡Eso es peligroso!”, dijo el universitario del pelo azul, los labios delgados y las cejas pobladas llamado Gabriel. “Por eso hacerlo es genial”, dijo Fernanda. “¿Nadie quiere intentarlo?”. Se cruzaron de brazos. Se guardaron las manos en los bolsillos. “No es tan difícil”, dijo Annelise. “Hasta dos chicas con tacones pueden hacerlo”. Hugo miró a sus amigos y rio. A ningún chico le gustaba que una chica le sugiriera que podía hacer algo mejor que él. “De acuerdo”. Tenía la risa muy sucia. “Pero si jugamos a su juego ¿podemos pedir cualquier cosa?”. Fernanda asintió. El contenido de los retos en el edificio no tenía limitantes. “Cualquier cosa”. Y pestañeó varias veces. “Siempre y cuando no se caigan”. Los universitarios que estudiaban medicina en la Universidad Católica se juntaron en un círculo y discutieron durante unos segundos. “Creí que se ahuevarían”, comentó Natalia imitando el habla de Gustavo. Fiorella la miró con horror: “¡No digas palabras vulgares!”. Las *creepypastas* que más miedo le daban eran aquellas en las que se desataba algo macabro tras pronunciarse una frase, un rezo o un conjuro ante un espejo. El universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente llamado José se sentó sobre el muro y, poco a poco, se fue incorporando. “¡Te tiembla hasta el páncreas, mamaverga!”, le gritó Gabriel, el del pelo azul. “¿Podemos pedirles que se quiten la ropa?”. José daba pasos inseguros y se mantenía encogido como un duende. “Sí”, dijo Annelise,

sonriendo. “Pueden pedirle a una de nosotras que se quite la blusa, por ejemplo”. A Analía le disgustó la posibilidad de tener que quitarse la blusa porque su talla era M y no XS. “Y luego nos tocará a nosotras”. Ni Fiorella, ni Natalia, ni Ximena, ni Analía caminaban por los bordes del tercer piso del edificio. “¿Tendremos que subirnos allí?”, le preguntó Ximena en voz baja a Annelise. “¡Shhh!”. “Claro que no”. Del grupo, solo Annelise y Fernanda corrían los riesgos, por eso eran las mejores y las que tomaban las decisiones importantes. “¿Podemos pedirles un beso?”. José estaba sudando y parecía a punto de mearse sobre el muro. “Pueden, si no se caen”. En el edificio, a Natalia le preocupaba que sus amigas resbalaran y estallaran contra la tierra. “Entonces, ya sé lo que voy a pedir”. Pero en ese momento le entusiasmaba ver al universitario de la nariz diminuta y el lunar en la frente con tanto miedo de caerse. “¡Lo hice, locoos! ¡Lo hice!”, gritó José golpeándose el pecho como un gorila luego de regresar al suelo. *Parece un niño y no un hombre*, pensó Natalia, y quiso que Gustavo se subiera para ver qué tan niño o qué tan hombre era. “¿Me vieron?”. Ella prefería los cortometrajes basados en *creepypastas* que se difundían en YouTube, como *The Smiling Man*, la historia de un chico que tenía la mala suerte de encontrarse con un hombre sonriente en medio de una calle vacía. “Me asustó más cuando lo leí”, dijo Annelise, pero a Natalia le había perturbado ver a ese hombre encarnado en un actor de sonrisa demencial que caminaba de la misma forma que lo hizo José sobre el muro. “Pido un beso, guapa”, le dijo a Fernanda apuntándola con su dedo índice. “¡Beeso, beeso, beeso!”, corearon las demás a pesar de que Annelise se puso muy seria. En realidad, ni a Natalia ni a Fiorella ni a Analía ni a Ximena les gustaba el terror por encima de las comedias románticas, los doramas o los *fanfictions* sobre Selena Gómez y Justin Bieber. “*Fine*”, dijo Fernanda, y caminó hacia José sin disimular su tedio. Pero esos eran *hobbies* que nada tenían que ver con el edificio o con lo que hacían Fernanda y Annelise. “¡Dale, loco, dale!”, gritó Gabriel. “¡Wooo!”. Ximena estaba segura de que el universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente llamado José no besaba bien porque movía la lengua como si tuviera epilepsia. “Pobre Fer”, comentó en voz alta y las gemelas se rieron. “La besa un caballo”. Mientras tanto, Annelise volvió a subirse al muro y esta vez avanzó con cautela, de espaldas. “¡Mírala, chucha!”. “¡Está loca esa *man!*”. Todas sabían que a Anne le fascinaba que le dijeran loca y que por eso en sus historias aparecían manicomios y hospitales. “¡Loooca!”, canturrearon para su amiga. “¡Loooca!”. “¡Loooca!”. Cuando José soltó a Fernanda, ella se limpió los labios con el antebrazo. “*We all go a little mad sometimes*”, dijo Annelise, desde el cielo. Y Fernanda lo repitió: “*We all go a little mad sometimes*”. Hugo les festejó la ocurrencia porque no entendió que habían citado a Norman Bates. “¿Una peli en blanco y negro?, ¡qué pereza!”, dijo Natalia el día que Fernanda le habló de *Psycho*. “Si la veo te juro que bostezo”. “Si me obligas a verla te juro que me duermo”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia admiraron la belleza de Annelise cuando bajó, incólume, del muro. “¿Qué les pedimos?”, preguntaron, ansiosas. “Pidámosles que se quiten la camiseta”. “No, el pantalón”. “Pidámosles besos”. “No, pidámosles que se dejen escupir”. “¿Y si nos orinamos encima de ellos, como en el edificio?”. “¡Se van a cabrear si les pedimos que se dejen hacer eso!”. Annelise le guiñó un ojo a Fernanda igual que cuando planeaba algo y no lo pensaba decir. “Ya sé qué”, y se volteó hacia los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica: “Uno de ustedes tendrá que lamer mis tacones”. Analía abrió la boca. Las gemelas sacudieron las manos. Los tacones de Annelise eran unos Jimmy Choo de mediana altura que dejaban a la vista los hermosos dedos de sus pies. “O terminamos el juego aquí y ganamos nosotras”. A los chicos les sorprendió tanto la propuesta que se quedaron mudos por unos instantes. “¡No

jodas!”. “Habla serio”. José se rascó la coronilla: “Aguanten, ¿se pueden pedir ese tipo de cosas?”. Gustavo bufó igual que un toro. “Ni verga voy a lamer los zapatos de una niña”. Analía los apuntó con el índice de forma burlona: “¿Se ahuevan? Buuu”. Labios tensos y ceños fruncidos. A Fiorella no le agradaba que sus amigas usaran la jerga de los universitarios con los que salían porque le hacía sentir que perdían clase. “El otro juego era alcohol y confesiones, ¡gran cosa!”, dijo Fernanda. “Este es un juego de verdad, solo apto para fuertes”. Las sonrisas se empezaron a borrar y el ambiente se tornó tenso, tal y como a Annelise le encantaba que se pusiera cuando quería intimidar a otros. “¿Por qué te gusta tanto asustar a los demás?”, le preguntó Fernanda antes de que entraran a la secundaria. “Porque me hace sentir grande como mi madre”. “Porque me hace ponerme a imaginar”. Hugo se espantó una mosca de la mejilla y Fiorella notó que tenía los pómulos de Ezra Miller. Los pómulos de Ed Westwick. “Se supone que aquí todos nos la queremos pasar bien”. A Fernanda le satisfacían siempre las respuestas de Annelise, incluso las que eran turbias. “Yo me la estoy pasando bien”, dijo permitiendo que el viento le levantara ligeramente la falda. “Y no me acobardé cuando me tocó besar a tu amigo”. Desde la azotea se veían tres estrellas, contó Ximena con la cabeza hacia atrás, hasta que de repente una se apagó. “Ok, ok”, dijo Gabriel caminando hacia Annelise y sorprendiendo al grupo: “No vamos a arrugar, pero tampoco ustedes, princesas, y ya verán cuando nos toque a nosotros”. Fiorella dudaba que Annelise y Fernanda hubieran medido las consecuencias de lo que podría pasar si las cosas no salían como ellas querían. “Quien ríe el último...”. Si los chicos les pedían algo peor: algo que las hiciera meterse en problemas. “A ver, levanta el pie”. En el colegio les advirtieron muchas veces que se cuidaran de los chicos. “¡Locooo! ¿En serio lo vas a hacer?”. Que demostraran ser señoritas respetables para que las respetaran. “No te preocupes, bro: será rápido”. Y ellas, en opinión de Fiorella, no se estaban dando a respetar. “Ya nos vengaremos luego”. Fernanda sonrió al ver que el universitario del pelo azul y los labios delgados llamado Gabriel pasaba su lengua rosada por el tacón derecho de Annelise conteniendo las arcadas. “Ojalá que Anne no haya pisado el vómito de la escalera”, le susurró Ximena a Analía. La lengua rosada limpió el tacón izquierdo dejándolo baboso y goteante. “Voy yo”, dijo Hugo subiéndose al muro mientras Gabriel escupía y murmuraba palabras que Fiorella jamás se atrevería a decir. “Tienes que hacerlo como Anne”, le recordó Fernanda sonriendo por primera vez en toda la noche. “Tienes que caminar de espaldas, muuuy despacio”. Gustavo se acarició la nuca sin percatarse de que le temblaba la rodilla y de que Natalia lo miraba con pena, igual que a un perro castrado. “Mejor bájate, loco”. Hugo empezó con seguridad, pero le costó mantener el equilibrio. “¡Vamos, loco, tú puedes!”. Parecía estar a punto de caer con cada paso que daba y, observándolo, Fernanda recordó aquellas veces en las que caminó por el borde del tercer piso del edificio murmurándose: “Si muero, será rápido”. “Si muero, no me daré cuenta”. Fiorella se pegó al hombro de su hermana. “Ahora nos van a pedir que hagamos algo horrible”. “Tranquilízate”, le ordenó Natalia. “Se lo van a pedir a Anne, no a nosotras”. En medio del ruido y de la acrobacia de Hugo, Fernanda pensó en lo increíble que era que hubiese ratos en los que la muerte no significara nada para ella. “¿Cómo sabes?”. Ratos en los que sentía que vivir y morir eran la misma cosa ocurriéndole a la vez, a cada segundo. “¡Fue Anne la que nos metió en esto!”. O en los que su más extrema felicidad convergía con instantes en donde todo podía, también, detenerse violentamente. “¡Es ella quien nos va a sacar!”. Y así, pensando, notó que Annelise se estaba poniendo nerviosa porque Hugo no se caía. “¿Estás bien?”, le preguntó. “Siempre podemos correr *if this get's ugly*”. Annelise le sonrió de forma forzada. “*If this get's wierd*, siempre podemos llamar a un taxi”. Le sudaron las manos cuando Hugo superó el desafío sin gracia,

temblando hasta el último paso, pero con la adrenalina pintándole el rostro de una emoción sin igual. “*Fuck*”. Sus amigos le aplaudieron y gritaron su nombre cuando regresó a la seguridad del suelo y de las hojas secas. “¡Huuugo!”. “Huuugo!”. Era la emoción de haberle rozado el sexo a la muerte lo que los hacía saltar. “¡Huuugo!”. Los universitarios que estudiaban medicina y pertenecían a la Federación Estudiantil de la Universidad Católica se reunieron en torno a él. “¡Huuugo!”. Le dieron golpes en la espalda. “¡Huuugo!”. Le dieron golpes en el hombro. “¡Huuugo!”. Ni a Fernanda ni a Annelise les gustó que ellos rozaran lo que era suyo. “Nos jodimos”, dijo Ximena levantando las cejas. El sexo de la muerte. “Fue divertido mientras duró”, agregó Analía. Más allá, los universitarios unieron sus cabezas en un conciliábulo improvisado. “Y bueno, ¿qué esperaban? Esto fue tonto desde un principio”, dijo Fiorella. “¿Y si se caía?”. Fernanda se sacó los zapatos y se trepó de nuevo al muro. “¿Qué habríamos hecho entonces?”. *El problema es que no se cayó*, pensó Fernanda sin remordimientos. *Hubiese sido mejor que se cayera*. Los chicos la vieron aumentar la dificultad del reto corriendo de una esquina a otra antes de caer de pie junto a Annelise, su doble. Su gemela de las ideas. “¡El próximo tendrá que hacer lo mismo!”, les dijo con la intención de escarmentarlos. “¡Eeepa! Primero Anne tendrá que hacer lo que yo le pida”, dijo Hugo con Gabriel a su siniestra. Meses atrás había leído una *creepypasta* sobre una chica que mató a su amigo disparándole con el dedo. “Y como soy un *gentleman*, no te haré lamerle los zapatos a mi bro ni nada por el estilo”, le dijo a Annelise. Fernanda habría dado cualquier cosa para que su dedo pudiera hacer lo mismo en ese momento. “Seré suave, un verdadero caballero”. *Yerks*, pensó Fernanda: estaban disfrutando de su minuto de gloria. “De hecho, voy a pedirte una tontería”. Lo saboreaban con las puntas de sus lenguas. “Casi nada en comparación con lo que le hiciste al Gabo”. Lo consumían poco a poco, igual que a un dulce. “Sólo tendrás que enseñarnos una de esas fotos que dijiste haberte hecho”. Fernanda rascó el piso con los dedos de sus pies. “Una de esas en las que apareces desnuda”. ¡Bang!, pensó Natalia. *Así que eso querían*. En su cabeza el castigo había sido mucho más fuerte y cruel. “Bueno, pudo ser peor ¿no?”. Todas se dieron cuenta de que Annelise se sintió aliviada, aunque intentó disimularlo para que los chicos no cambiaran de opinión. “Le gusta Anne”, dijo Fernanda en voz baja. “Por eso ha sido tan *nice*”. A Ximena la incomodaba que los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación Estudiantil de la Universidad Católica quisieran ver a una menor de edad desnuda. “Estos tienen poca imaginación”, comentó Analía. “O simplemente quieren pajearse”, agregó Natalia y Fiorella volvió golpearla con su codo. “¡Auch!”. “¡Deja de pegarme!”. La luna mostraba su redondez perfecta igual que ocurría en las películas de hombres lobo. “¡Qué estúpido!”, dijo Natalia cuando Anne le contó que había grupos en Facebook en donde chicos y chicas se asumían a sí mismos como licántropos e intercambiaban historias sobre sus transformaciones, fotos, videos, etc. “*Freaks*”, los insultó, pero ella se arrodillaba en la habitación blanca todos los miércoles por la tarde y le dedicaba al Dios Blanco sus cuentos de terror. “¿Lo vas a hacer?”, le preguntó Ximena a Anne. “¿Los vas a dejar ver?”. Fernanda vio una sonrisa gestándose en las comisuras de la boca de Annelise: una ligera tensión de los músculos. Un indicio. “Mira, no tienes que enviarnosla ni nada, sino mostrarla desde tu teléfono”, dijo Hugo, el universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules que se parecía a Robert Pattinson. “Lo que se vea aquí, se quedará aquí”. Fernanda les tuvo pena: ninguno de los cuatro sabía lo mucho que a Annelise le gustaba asustar a otras personas. “Está bien, les enseñaré mi *nude*”. Ninguno sabía lo mucho que quería asustar a Miss Clara igual que lo había hecho con Miss Marta, la exprofesora de Lengua y

Literatura. “Primero, cierren los ojos”. Solo Fernanda la conocía y veía en su sonrisa oculta el deseo de mostrarles la peor de las fotos. “Ábranlos”. Es decir, la que le hizo ella en la ducha. “¿Qué es eso?”. La que le permitiría poner en práctica su talento para el terror. “¿Qué chucha es eso?”. Su talento para el horror. “¿Qué clase de mierda enferma es esta!”. Annelise intentó mantenerse tranquila a pesar de que a los chicos se les deformaron los rostros. “Soy yo, desnuda”. Gabriel se alejó de la pantalla del teléfono y se apoyó en sus rodillas. “¿Qué hijueputa!”. “¿Qué hijueputa!”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia no entendieron la reacción de los universitarios que estudiaban medicina en la Universidad Católica porque desde donde estaban les era imposible ver la foto. “¿Esto es en serio?”, preguntó Hugo, pálido, señalando el teléfono. “¿Quién te hizo eso?”. Ximena dio dos saltos cortos. “¿Quiero ver!”. Analía la tomó por el brazo. “¿Quédate quieta, por Dios!”. Annelise abrazó por detrás a Fernanda y sus pupilas se dilataron. “Mi mejor amiga”. Un retroceso. Un gesto de profundo rechazo. “¿Quiero ver!”, repitió Ximena. Natalia se empezó a comer el pellejo de su pulgar. “¿Es o no es una foto de Anne desnuda?”. Fernanda se sintió sofocada con Annelise abrazándola; con los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación Estudiantil de la Universidad Católica viendo la foto que ella le hizo. “¿Quiero ver!”. Desde que eran unas niñas Anne ventilaba sus intimidades a conveniencia. “Ahora es nuestro turno, ¿no?”, dijo Analía. Pero en esa ocasión estaba llegando demasiado lejos para el gusto de Fernanda. “Uno de ustedes tiene que correr sobre el muro igual que Fer”. Demasiado lejos y directo hacia donde ella no la podía seguir. Gabriel se negó. “Yo me la saco, bro”, le dijo a Hugo. “Esa huevada no es normal”. Atrás, Gustavo se subió al muro y temblaba como un trozo de gelatina. “¡Bájate, loco!”, le gritó José. Analía, Ximena, Fiorella y Natalia veían al universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente observar las escaleras como si quisiera huir. “Esto es Photoshop, ¿cierto?”, preguntó Hugo a pesar de que Annelise ya había guardado su teléfono. “Quiero decir... no puede ser real”. Fernanda pensó que quizás esa era la situación que Annelise había querido desde el principio. “Tiene que ser una broma”. Quizás para eso había querido ir a la fiesta. “¿Cierto?”. Para mostrar lo privado de su amistad en una foto. “¡Mierda!”. Para deleitarse con las reacciones de los otros. “¡Nooo!” gritó Natalia, y cuando los demás voltearon vieron el muro sin Gustavo. “¡Se mató!”, soltó Gabriel llevándose las manos a la cara mientras todos corrían hacia el borde de la azotea. “¡Ya se mató ese conchesumadre!”. La vida y la muerte ocurrían al mismo tiempo, como la voz de J Balvin y los alaridos de Gustavo. “¡Verga!”. “¡Verga!”. “¡Verga!”. Como el amor y la vergüenza: la ternura y el horror. “*Oh my god!*”. Abajo, el universitario de los músculos gritaba con un hueso emergiendo de su pierna y Fernanda vio la piel rota, la sangre, el diente en el suelo igual que si fuera cualquier otro paisaje. “¡Está vivo, loco!”. Porque en lo único en lo que pensaba era en la foto. “¡Está vivo!”. En la repugnancia que causaba en otros la foto que le hizo a Annelise. “¡No se murió!”. Y en que, por primera vez, ella sentía asco también. “¡Está vivo!”.

XIV

Dr. Aguilar:

Fernanda: Me siento mal, aunque no podía reaccionar de otra manera, *you know?* Ya me sentía mal antes de sentirme peor. Y creo que soy una de esas personas que quieren escapar de las sensaciones feas. Como usted ya me lo ha hecho notar, no enfrento las cosas y huyo, *I guess*. Hay quienes lo habrían aguantado por la amistad. Hay quienes soportan y solucionan las cosas. En cambio yo prefiero cortar de raíz. ¡Chas! Y no es que no me importe, sino que me importa *too much* y me hiere. Y cuando eso pasa me hago a un lado y digo “*Ok, byeee*”.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Of course* que sabía que lo que hacía estaba mal, pero no sabía que estuviera taaan mal. Solo me di cuenta de que estaba taaan mal cuando lo hice y lo sentí y dije: “Mierda. *This is sooo fucked up*”. No, miento: fue cuando ella le enseñó la foto a esos tontos de la fiesta.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es como cuando empiezas un juego y de repente se convierte en algo que jamás esperaste. Como la historia de mi diente. ¿Se acuerda? Se lo conté hace muuucho tiempo. ¿No? Bueno, cuando se me cayó el primer diente de leche lo puse bajo la almohada para que mis padres me dieran dinero. Porque nunca creí en lo del ratón, *obviously*, y no sé por qué si creía en cosas más estúpidas que esa. Ni siquiera recuerdo para qué quería el dinero, pero *whatever*. Estaba muuuy emocionada. A mi mamá le molestaba que no creyera en el ratón y por eso se inventaba historias lindas como que mis dientes eran ángeles fosilizados que se caían de mis encías para volver a los brazos de Dios. Eso cuando todavía me quería. ¿Está seguro de que no se lo conté? Bueno, yo puse mi diente debajo de la almohada y tardé muchísimo en dormirme, pero me dormí. Cuando me desperté mi diente no estaba, no había dinero por ningún lado y me dolía el oído como si me hubiese hundido demasiado tiempo en la piscina. Sí, es eso que está pensando: ¡el diente se me metió en el oído mientras dormía! Papá intentó sacarlo, pero solo consiguió empujarlo más hacia adentro y yo gritaba y recuerdo que no me escuchaba bien, sino como de lejos, como si me hubiera encogido adentro de mí misma. *Wierd*, ¿no? Tuvieron que llevarme al hospital, claro, y los médicos querían fotografiarme y filmarme como si yo fuera parte de un *freak show*, pero mis padres no les dejaron hacer nada, *obviously*. *Anyway*: lo que me pasó con Anne fue algo parecido. Fue como si de repente me diera cuenta de que tenía un diente en mi oído y lo único que hice fue sacármelo para poder escuchar bien. Yo no quise dejar de ser su amiga, simplemente necesitaba alejar el diente de mi tímpano. *That's it*. Quería que mi oreja dejara de ser una boca. Pero ella no lo entendió así. O sí lo entendió y de todas formas decidió tomar esa actitud y vengarse porque es una inmadura y una egoísta y una hija de puta. ¡Ups, *sorry!*

Dr. Aguilar:

Fernanda: Bueno, sí. Ahora que lo dice, creo que es verdad, que ya me sentía incómoda desde antes. Pero nunca como después, cuando decidimos hacer eso-que-usted-ya-sabe. Anne era mi BF. Bueno, lo es todavía. *I guess*. Uno no puede dejar de querer a las personas así como así, *you know?*

Ya no sé. *I mean*, no sé lo que siento hacia ella ahora. Yo le contaba cosas que solo le cuento a usted, es decir, todo. Por eso lloro tanto a veces y me siento, no sé... sola. Me hace falta, *I guess*, pero creo que no está bien sentir eso. Con ella hablaba de todo, hasta de Martín, y a ella le gustaba escucharme. Le gustaba pensar que yo lo maté.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Entiendo que le parezca *creepy*, pero nosotras nos inventábamos *horror stories* muuuy interesantes porque, ya sabe, nos gustan esas cosas. Decíamos que Martín era albino: blanco como el vómito de un bebé o como el yogurt. Y aunque sabíamos que no era albino porque en las fotos de mamá aparece muy blanco pero no taaan blanco, nosotras lo creíamos así. También creíamos que tenía los pies volteados hacia atrás, como el Tin-Tín, y que caminaba al revés. Por eso en nuestras historias yo lo mataba: porque me estaba defendiendo. Porque Martín era un monstruo y yo tenía que defenderme.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Wrooong*. No me estoy echando la culpa de la muerte de Martín otra vez. Usted no sabe cómo era mi relación con Anne. Era una amistad muuuy divertida. No nos culpábamos de las cosas y no nos sentíamos culpables porque la culpa es aburrida, *you know?* Pero volviendo a lo de mi hermano: nadie sabe si maté o no a Martín. Usted dice que no. Mis padres dicen que no. Pero pudo haber pasado: pude haber lanzado a Martín a la piscina y haberlo visto morir sin decir ni hacer nada. No lo recuerdo, *true*, pero es algo que pudo haber pasado.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Wrooong*. Tampoco me siento culpable de haberme inventado historias divertidas con Anne sobre Martín. Martín era un niño muuuy feo y se parecía a un duende. Y las historias son solo historias. No es para tanto. Y la verdad es que nunca sentí que fuera mi hermano. Quiero decir, *of course* que es mi hermano, incluso ahora que está muerto lo sigue siendo, pero yo nunca lo conocí. O no recuerdo haberlo conocido. Mi única hermana siempre ha sido Anne. Ella fue la hermana que yo escogí.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Ya se lo dije: porque era divertido. Veíamos muuuchas películas y leíamos muuuchas novelas y cuentos de horror juntas. Y nunca cerrábamos los ojos cuando teníamos miedo. Nunca nos tapábamos la cara como lo hacían las demás. Jugábamos a cosas que sé que otras chicas no juegan, como lo de apretarnos el cuello y lo que ya le he dicho que hacíamos en el edificio, aunque nunca lo vi como otra cosa que un juego. *Maybe* un juego peligroso, sí, pero emocionante. Por eso pensé que no iba a sentirme rara con la nueva idea que se le ocurrió a Anne, pero me equivoqué. Y muy pronto todo empezó a volverse... no sé, *wierd*. Dejé de sentir ganas de ir al edificio y de estar con mis amigas, aunque iba y estaba con ellas de todos modos porque ¿qué otra cosa podía hacer? No sé, era como si me hubiese ido a dormir y hubiese despertado otra vez con un diente muy adentro de mi oído. Con una oreja en dentición: así de *weird* y de *incómodo* era. Además, *empecé a verlo tooodo diferente*. Por ejemplo, la habitación en la que contábamos nuestras historias de terror me pareció horrible de un día para otro. Quiero decir que nadie entraba allí a excepción de los días en los que contábamos nuestras *horror stories*. Y al principio ni siquiera lo noté, pero después me di cuenta de que era *weird* que no entráramos allí ningún otro día. Es decir, siempre estábamos corriendo y jugando por todo el edificio, menos en la habitación blanca. Era una cosa bastante obvia, pero nadie quería hablar de eso. Por ejemplo, una vez vi a Natalia a dos metros de la habitación,

mirando hacia adentro con la cara dura, sin moverse, como si hubiese visto algo horrible y no pudiera ni respirar del asco. Me dio miedo verla así, por eso le grité “¿Qué haces!”, y dio un brinco y se rio, pero de una forma muy fea, como cuando no te quieres reír e igual te ríes y te sale una cara que no es la tuya. Entonces me di cuenta de que en serio habíamos empezado a asustarnos. Quizás las demás no lo digan ni lo vayan a decir para no pelearse con Anne, pero yo sé que están un poco asustadas con la historia del Dios Blanco. Y es que hay momentos en los que Anne parece poseída por las cosas que se inventa. Su imaginación es muscular, está unida a su esqueleto y es, no sé, real. Es algo que se mueve.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Sí, real. Más real que esto, por ejemplo. La imaginación de Anne es más real que usted, o que mis padres, o que yo misma. A mí siempre me ha gustado eso de ella. Y a ella le gusta, o le gustaba, que a mí me gustara eso. Supongo que pensé que éramos iguales y que teníamos los mismos límites, pero ahora sé que Anne no tiene límites. Imagino que para ella fue decepcionante conocer los míos, *but that's ok*. Antes, las demás se asustaban de mí porque creían que yo era como Anne, pero supongo que solo estaba jugando a ser como ella y ahora que saben que no lo soy ni siquiera tienen ganas de hablarme. *Anyway*, estoy segura de que tuvieron miedo de la habitación blanca por lo menos una vez y que la evitaban para no tener que quedarse como Natalia, feas y petrificadas a la distancia. Yo le empecé a tener miedo después, cuando acepté la propuesta secreta de Anne y le hice eso-que-usted-ya-sabe. Ahí me di cuenta de que era un lugar que tenía algo que perturbaba a la gente. Bueno, a nosotras. Y es que cada vez que pasábamos frente a ese cuarto evitábamos mirarlo. O al menos yo lo hacía. Creo que todas lo hacían, menos Anne. Era simplemente un espacio raro: el único lugar del edificio en donde no habíamos encontrado jamás a ningún animal, a ningún insecto... nada de nada. Hasta las palomas parecían huirle porque, claro, era la única habitación que no tenía ventanas. Desencajaba respecto a todo lo demás. Era diferente en un mal sentido. No sé. Es cierto que yo ayudé a que así fuera porque pinté el cuarto de blanco, pero en ese tiempo era un cuarto más, no el sitio en donde Anne contaba sus *horror stories* sobre la edad blanca y el Dios Blanco y bla, bla, bla. Luego agarró un ambiente enfermo, como a deformidad, y a las paredes les comenzaron a salir humedades negras bajo la pintura que se inflaba y escurría agua. Voy a sonar demente, *I know*, pero las humedades de esa habitación parecen venas, se lo juro. Y la pintura blanca es como piel sudorosa cuando llueve. No tengo fotos porque Anne nunca nos dejó hacerlas. Me hubiera gustado tener al menos una, aunque no sé para qué. *Anyway*, lo peor era que Anne sonreía *too much* allí adentro, y no como normalmente sonreía, sino de una forma arrugada. ¡Ah! Y también había algo que me hacía sentir muuuy mal: desde que empezamos a jugar en secreto a lo-que-usted-ya-sabe, Anne me miraba muchísimo los dientes y eso, *honestly*, no me gustaba para nada y me hacía tener ganas de llorar *like a baby*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Wrooong*. ¡Yo jamás habría llorado delante de ella por eso! Lloraba sola, cuando Anne no se quedaba a dormir en mi casa ni yo en la suya. O en el baño del colegio. A veces lloraba en el baño del colegio. Ahora que estamos peleadas también lloro mucho en el baño del colegio, como antes. Pero igual no me arrepiento de haberle pegado.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Seh, seh. Ya sé que la violencia no soluciona los problemas y bla, bla, bla, pero puede llegar a hacernos sentir bien cuando lo necesitamos. Solo estoy siendo sincera.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Creo que es porque tenemos muchas cosas en común. Antes yo también actuaba como si estuviera poseída por lo que me inventaba con Anne. Y aunque ahora ella quiera negarlo y me odie, yo, su BF o ex BF, *whatever*, ayudé a crear cada una de sus historias. Hacemos, o hacíamos, toodo juntas. Y yo quería ser ella. A veces hasta soñaba con meterme adentro de Anne y llevarla encima como un disfraz. Porque es perfecta, *you know*? O casi: es guapa, divertida, inteligente... y tiene un hermano menor que está vivo, Pablo. Y no va al psicoanalista.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Era una broma. Me encanta venir aquí.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es que usted no sabe cómo fue. Desde que le dije que no quería seguir jugando porque le estaba haciendo daño y porque me estaba sintiendo muy, pero muuuy mal, ella empezó a comportarse diferente conmigo. No es que me sintiera culpable por jugar a eso-que-usted-ya-sabe, porque la culpa es aburrida y nuestra amistad nunca ha sido aburrida, sino que me sentía, no sé, asfíxiada, como si quisiera vomitar. Como si olierá mal y la peste no se me quitara ni duchándome. Así. Y empezó con lo de la foto. Cuando ella le enseñó la foto a esos chicos con los que nos fuimos de fiesta, la foto que yo le hice, algo pasó en mí que no puedo explicar. Me sentí expulsada del lado de Annelise. Por primera vez no quería dormir con ella, por ejemplo. Me angustiaba tanto pensar que pudiera dormir en mi cama, o yo en la suya, que me hacía la enferma y hasta faltaba al colegio. Sí, cuando le dije hace un mes que había estado enferma, le mentí: me estaba haciendo la enferma. A veces le miento, pero siempre termino contándole la verdad. *Really. Anyway*, en ese momento me sentía sin fuerzas de decirle a Anne que no quería seguir jugando a eso-que-usted-ya-sabe porque sabía que no se lo iba a tomar bien, pero nunca imaginé que fuera a tomárselo como se lo tomó. Me estresaba tanto tener que pasar tiempo a solas con Anne que me fingía enferma para faltar al colegio y no recibir visitas. Dormía con la pijama mojada y me provocaba vómitos. Así de mal me sentía con todo. Pero como no podía estar enferma por siempre y como Anne no es estúpida y ya se olía que algo *wierd* estaba pasando, le dije la verdad: que no quería seguir jugando. Intentó convencerme, pero yo le conté, o intenté contarle, lo que me estaba pasando. Le dije lo de la foto. Le dije que era privado y que no quería que otros lo supieran. Que odiaría que las demás se enteraran. Que me daba vergüenza aunque no lo supieran. Usé la palabra “repulsión”, porque había visto dos días antes la peli que se llamaba así, y la palabra “asco”. Quizás debí usar otras, pero usé esas. Y ella lo aceptó, o fingió aceptarlo, claro, porque en el colegio y en el edificio toodo cambió. De repente dejó de hablarme. No es que me sacara del grupo, sino que simplemente no me dirigía la palabra. A veces no le quedaba otra opción que hablarme, pero siempre era para decirme algo muy puntual. Y las demás lo notaron, *of course*. Y yo creo que se alegraron un poco. Quiero decir: ahora Anne hablaba y se reía más con ellas y todas tenían permiso para reírse de mí y excluirme. Siempre hay un extraño placer en apartar a alguien, ¿no? Te da como una especie de superioridad: la de estar por encima de otro al que puedes aislar si te da la gana. Entonces, digamos que de la noche a la mañana yo pasé a ser la peona del grupo. Antes la peona era Ximena, así que supongo que fue ella la que más se alegró de que Anne me echara miradas pesadas y se riera de mí. Así empezó el cambio, y luego se puso peor. Luego, cuando en clases había que hacer algún trabajo en parejas, Anne lo hacía con Analía; y cuando el trabajo era en tríos, con Analía y Ximena; y cuando era en cuartetos, con Analía, Ximena y Fiorella; y cuando era en quintetos, con Analía, Ximena, Fiorella y Natalia. ¿Lo entiende? Yo nunca

me había quedado fuera de los grupos. Sin importar el número límite, yo siempre estaba con Anne y Anne siempre estaba conmigo. Pero era evidente que algo había cambiado y que para ellas era divertido hacérmelo notar. La última vez que fui al edificio, por ejemplo, Anne lanzó una piedra desde el tercer piso que cayó a pocos centímetros de donde yo estaba. Era una piedra grande: más grande que mi puño. Así. ¿Lo ve? Pudo haberme roto la cabeza. Entonces dejé de ir, *obviously*, y ahí fue cuando quedó claro que yo era peor de lo que había sido Ximena, porque al menos ella nunca dejó de ser parte del grupo y yo sí. Nadie me dijo “Ya no perteneces a nuestro grupo”, pero estaba claro. Hay cosas que se entienden sin necesidad de explicaciones. Recuerdo que pensé: *prefiero salir del grupo antes que dejar que Anne me trate como una peona*. Así que les dije “Ok, byeeee”, y me fui.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Me dolió darme cuenta de que Anne era la líder del grupo porque pensé, como una tonta, que las dos lo éramos en partes iguales. Eso golpeó un poco mi ego, *but just a little bit*. Lo que en verdad me duele es que no pueda dejarme tranquila. Se burla de mí, me pone el pie para que me tropiece, empuja mis cosas al suelo... Y ayer ya no lo pude soportar más, por eso le pegué con todas mis fuerzas. Creo que no se lo esperaba. Creo que pensaba que era intocable o algo así.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé si quiero hablar con ella. No sé por qué caminábamos por los bordes del tercer piso. No sé por qué le apretaba el cuello. No sé por qué acabé haciéndole eso-que-usted-ya-sabe. Supongo que porque era divertido... hasta que dejó de serlo. Y también porque Anne tiene una imaginación muuuy real. Por ejemplo, una vez vimos un cocodrilo en la parte trasera del edificio y ella se obsesionó con él y se inventó que era una manifestación del Dios Blanco o algo así. Y cuando hablaba del animal decía que era blanco, pero yo vi su cola y era verde, no blanca. Todas sabíamos que su cola era verde. Fiorella lo había visto entero y mejor que ninguna de nosotras y sabía que era verde. Pero con el tiempo nosotras empezamos a hablar del cocodrilo como si siempre hubiese sido blanco y como si todas hubiésemos visto su blancura entrando en el manglar. Y nunca se nos habría ocurrido decir que era verde, porque era blanco. ¿Entiende? El cocodrilo era blanco y punto. Pero no era solo que hablábamos como si lo fuera, sino que lo creíamos: creíamos que habíamos visto sus escamas blancas. Nos olvidábamos de que conocíamos su verdadero color. Así de real es la imaginación de Anne. Ella es alguien que hace ese tipo de cosas.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Sí, extraño a Anne, y entiendo que sienta que la traicioné o que la desprecié, pero detesto cuando se porta así. A veces la odio. También la amo un poco. Y extraño su imaginación y tener miedo con ella. Estar asustada te hace sentir muy viva y muy frágil, como si fueras un trozo de cristal y pudieras romperte en cualquier momento. Puede ser feo, sí, pero también te despierta y te llena de una emoción enorme. Es como cuando era pequeña y tenía a mi amigo imaginario, ya sabe, el que se llamaba Martín y se parecía a Martín, y recuerdo que a veces me daba miedo verlo porque era igual a un duende, pero no por eso dejaba de imaginarlo o de hablarle. O como cuando Anne y yo jugábamos, después de la escuela, a que Pablo era un monstruo como Martín, y huíamos de él y él lloraba y le decíamos *poor baby* y le acariciábamos la cabeza y le decíamos *sweet child of mine*, pero luego Anne lo encerraba en la secadora y jugábamos a que la encendíamos y a que Pablo se achicharraba. En ese tiempo Pablo era enano y se movía como si no tuviera esqueleto, pero ahora es grande y todavía se acuerda de lo que le hacíamos y por eso nos odia un poco. Es así: Anne quería

que fuéramos iguales hasta en lo malo, y si una de las dos era una asesina la otra también tenía que serlo, y si yo estaba deshermanada, ella también quería deshermanarse, pero no de verdad, sino de mentira, de broma, porque nunca mataríamos a Pablo aunque de vez en cuando jugábamos a que lo matábamos. Creo que esto se lo conté una vez: que nos gustaba jugar a que vencíamos a nuestros feísimos hermanos menores. Decíamos que eran duendes, que eran el Tin-Tín, y a veces nos creíamos esas historias y les teníamos miedo. Especialmente yo, que de pequeña le tenía mucho miedo a mi amigo-imaginario-Martín. Supongo que siempre me ha gustado estar un poco asustada, pero no taaan asustada. A Anne y a mí nos encantaba tener miedo estando seguras y protegidas como las hermanas que habíamos escogido ser. A veces, en el edificio, poníamos esa seguridad al límite, pero era precisamente porque nos sentíamos... Se me fue la palabra.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Sí, eso. *Anyway*, no sé si me siento a salvo ahora. Creo que es porque la imaginación de Anne sigue ejercitándose en mi cabeza aunque yo no quiera. Es como un diente, pero no en mi oído, sino en mi cerebro. Tengo el cerebro en dentición y me duele. No puedo olvidar sus historias sobre el Dios Blanco y la edad blanca ni lo que sentí cada una de las veces en las que le hice eso-que-usted-ya-sabe. Las *horror stories* de Anne estaban hechas para asustarnos un poco y divertirnos, pero esta idea o teoría suya de la edad blanca y la adolescencia era algo más... *hardcore*. Era una forma de describirnos que tenía sentido. Era real. Parecía una religión o un culto o algo así. El blanco trae a la mente muchas imágenes horribles: vampiros, fantasmas, muertos, paisajes fríos, incluso Slenderman, que siempre ha sido dibujado con una blancura perfecta en su vacío de cara. Anne quería subir sus historias del Dios Blanco y la edad blanca a internet y crear un mito parecido al de Slenderman. ¿Conoce a Slenderman?

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es una criatura inventada por cientos y miles de personas que lo mantienen vivo generando *creepypastas*, que son *horror stories* que se esparcen y crecen en la web. Y, claro, Anne quería que su teoría del Dios Blanco y la edad blanca se extendiera por internet y se volviera un *meme*. Quería escribir *creepypastas* muy exitosos sobre eso. Bueno, la idea de hacerlo fue de las dos, pero supongo que ahora es solo de ella. *Whatever*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Ok*, intentaré explicarlo, pero es algo muuuy difícil de describir. Yo sé que lo de la edad blanca y el Dios Blanco es una historia de Anne y bla, bla, bla. Pero a veces pienso que una historia, aunque sea de mentira, puede decir cosas verdaderas. En mi opinión, eso es lo que diferencia a las mejores *horror stories* de las peores: que alcanzan una forma verdadera del miedo. Pero antes de seguir quiero que sepa que Anne y yo no somos *prudes*. No somos como otras chicas de familias Opus. No somos unas mojigatas que hablan de besos sin jamás haber besado. Pero yo tengo límites. Todos tenemos que tener límites. Solo que Anne no los tiene. O quizás tenemos límites distintos. No sé. Cuando le hice lo-que-usted-ya-sabe me sentí mal porque había algo... No sé. No sé si lo voy a decir bien. ¡Me da vergüenza! Había algo... sexual en el proceso. No es que hubiésemos tenido sexo ni nada. ¡No somos lesbianas! Y no es que tenga nada contra las lesbianas, sino que es difícil ignorar lo que has venido escuchando toda tu vida de la noche a la mañana, *you know?* La culpa es aburridísima y nosotras la evitamos, pero tal vez, a veces, yo me sentía un poco culpable. O rara, en todo caso. Me sentía *weird* y sucia, *I guess*. Lo del cuello era diferente, aunque creo que fue una especie de iniciación a lo que acabaríamos haciendo. Supongo que Anne me odia porque al

principio era yo la que le hablaba de temas... ya sabe, sexuales, mientras ella me escuchaba y no decía ni pío. No es que Anne fuera tímida, sino que en ese tiempo era más reservada, pero solo con estos temas. A mí me sorprendía que fuera así con esto y con otras cosas peores fuera tan suelta. *Anyway*, yo le contaba de mis... ya sabe, masturbaciones, y de lo mal que me sentía cuando, de pequeña, mis padres me decían que tenía que dejar de tocarme y me rehuían como si les diera vergüenza verme, y le contaba también que ellos hablaban con usted y usted les explicaba que tampoco era taaan malo que me tocara, pero que igual había que controlar la situación y bla, bla, bla. ¿Se acuerda? Bueno, usted sabe que no hablo de eso con nadie porque me da vergüenza, pero con Anne sí hablaba de este tipo de cosas. No sé cómo explicarle lo íntimas que éramos. Nos duchábamos juntas, pero como amigas, claro, y eso se sentía bien porque era como verse en un espejo. *Anyway*, yo siempre he sido menos *prude* que Anne, siempre le sacaba temas sobre sexo y masturbaciones y supongo que por eso me odia, porque es como si le hubiera dado la confianza suficiente de abrirse conmigo y mostrarme lo que en verdad quería y, después de verlo, yo la hubiera mirado con asco y me hubiera ido. Y quizás hice eso. Pero no tuve ninguna mala intención, *I swear*. Yo la quería. Bueno, la quiero, aunque a veces es una *bitch* muy grande. *Sorry*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé, supongo que antes no le hablaba de Anne porque no teníamos problemas y porque nuestra relación era perfecta y no sentía que tuviera algo que contar. Aunque por lo visto sí tenía mucho que contar. Pero yo creía que nuestra amistad era perfecta, *you know*? Y de verdad que no quiero que piense que hacíamos nada lésbico, porque no era con esa intención. Aunque luego yo sentí que se podía ver así y por eso me dio asco, era una cosa muuuy diferente.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé. Pero no era lésbico, *I swear*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Claro que me duele, *of course*, aunque no estoy así solo por eso. No es solamente eso lo que me molesta. Es algo más lo que no me deja dormir bien. Pero no entiendo qué es. Solo sé que quiero llorar y que a veces me siento, no sé, mal, como si alguien me estuviera persiguiendo, pero la que me persigue soy yo misma porque no dejo de pensar en Anne y en mis amigas y en el edificio y en el Dios Blanco y en la edad blanca y en eso-que-usted-ya-sabe que le hice a Anne. Tal vez en el fondo no quiera arreglar las cosas con ella porque eso implicaría hablar sobre lo que ella me hizo hacerle y que yo no quería hacerle de ninguna manera.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Tampoco quiero hablar de eso con usted ahora. Le conté lo que le hice a Anne porque tenía que hacerlo, pero no significa que quiera hablar de eso en este instante. Todavía no quiero. Tampoco quiero hablarlo con Anne, *obviously*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé por qué no quiero hablar de eso. Supongo que porque me da miedo. Lo único que tengo ganas de decir es que yo no quería hacerle eso. No quería. Y odié hacérselo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No quería. Yo no quería hacerle eso a Anne. Y no lo disfruté. Y aunque ella lo haya disfrutado un poco, aunque ella haya sentido un placer súper *creepy* cuando yo le hacía eso, eso no tiene nada que ver conmigo porque yo no lo disfruté.

Dr. Aguilar:

Fernanda: ¿Por qué me pregunta eso? ¿Qué es lo que quiere insinuar con una pregunta así?

Dr. Aguilar:

Fernanda: ¿Insinúa que le estoy mintiendo?

Reglas para entrar a la habitación blanca

por Annelise Van Isschot

1. Jamás entrarás de pie, sino en las cuatro patas de tu nombre.
2. Jamás tocarás o rozarás las paredes.
3. Durante la ceremonia, al menos una vez deberás barrer el suelo con tus cabellos.
4. Aceptarás que adentro cualquier cosa puede sucederle a tu cuerpo.
5. No abrirás los ojos en los momentos equivocados.
6. No llorarás aunque duela.
7. No gritarás aunque dé miedo.
8. No saldrás de la habitación hasta que la ceremonia haya terminado.
9. Rezarás siempre con las rodillas en el suelo.
10. Aceptarás a Dios en el fondo blanco de tu conciencia.
11. Menstruarás cada día sagrado de su nombre.

XVI

Lo peor de todo no era el dolor punzante en sus extremidades, ni el olor de su cuerpo –una masa hedionda a sudor y orina que se imponía con su suciedad al mundo pulcro de la cabaña–; ni el tiempo dilatándose como un agujero negro en donde entraban todos los objetos, el bosque, el volcán, sus recuerdos, la puta de Miss Clara y ella misma; ni siquiera el hecho de que todavía seguía allí, esposada a una mesa, sintiendo cómo el estómago se le pegaba a la espalda y esperando, en silencio, cómo su piel se volvía un pastizal ocre al que acudían unas pequeñas hormigas negras que corrían por el suelo. Eso era tolerable hasta cierto punto. Lo peor de todo era que hubiesen pasado dos días desde la última vez que tuvo dignidad. Lo peor era no saber nada –como Shelley Duvall en *The Shining* pero con el color de pelo de Julie Christie en *Demon Seed*– y haber empezado a tener miedo. ¿Miedo de qué?, se obstinaba en preguntarse mientras sentía cómo por dentro algo se le arrugaba, algo que tenía respiración propia y ajena a la suya; un animal baboso, de dientes largos y cola de sirena. Esa criatura había empezado a nadarle el pecho cuando Miss Clara trajo el conejo, lo despellejó sin decirle ni una sola palabra, lo cocinó al fuego y se lo comió frente a ella.

Nunca imaginó que el hambre fuera un peso perfecto trepando desde el estómago hasta la sien.

Miss Clara le permitía beber un vaso de agua diario, pero tenía que orinar allí mismo, sentada en una silla chirriante y astillada. La primera vez fue la más dura de todas: su vejiga se liberó y ella empezó a llorar, inundada de sí, de una suciedad insoportable que invadía su cuerpo desconocido y huraño. Fernanda no se había relacionado jamás con el organismo repulsivo que ahora habitaba. ¿Era ese olor tan fuerte su verdadera naturaleza? Su cuerpo parecía una explanada sobrevolada por gallinazos de latón cazando órganos. Hubiera querido romperse la piel con una piedra para sentir otra cosa diferente al asco y al hambre, pero ya ni siquiera su voluntad se parecía a lo que ella era.

Rumió la novedad: nunca antes había sentido asco de sí misma.

Miss Clara tampoco se había bañado, pero al menos no olía a cetrino, a uretra, a pañal, y eso le daba la categoría de único ser humano vivo de la cabaña. A Fernanda, en cambio, le había tomado poco descubrir lo verdadero en su naturaleza: su olor, tan fuerte como el hambre; su humanidad, tan frágil como su olor. Por eso, frente a su profesora, Fernanda se sentía igual que aquellos animales que obligaban a las personas a girar la cabeza y a encoger la nariz; porque sabía que Miss Clara podía respirar sus muslos y ver en el suelo la marca de un charco que la madera había absorbido. Una marca que no dejaba de renovarse y que las hormigas sabían sortear. Había orinado, hasta ese momento, seis veces –las iba contando porque no podía hacer otra cosa que estar pendiente de las necesidades y de las funciones de su cuerpo–, y sabía que con cada nuevo charco iba perdiendo partes importantes de ella misma, pero la humillación no le nublaba el pensamiento ni le impedía armar pequeñas estratagemas como levantarse, apartar unos centímetros la silla y acuclillarse para no mojarse las piernas.

Había visto muchas veces a las perras liberarse así: rozando su sexo contra el pasto.

Había visto, también, a Ximena y a Analía mear como las perras.

Aplicar esa táctica, sin embargo, tenía sus inconvenientes, como lo mucho que las esposas

raspaban sus muñecas por el movimiento, enrojeciéndole la piel, y lo difícil que era sacarse el calzón. A veces, cuando tenía suerte, podía bajarlo hasta las rodillas, aunque normalmente no alcanzaba a quitárselo y la sensación de la ropa interior mojada contra su sexo, caliente y elástica, era desagradable. Pero peor, pensaba, habría sido sacárselo delante de Miss Clara; peor habría sido quedarse desnuda al aire de las hormigas, dejar su calzón del lunes expuesto a la locura de su maestra, quitarse la prenda que prohibía la vulva cuando la falda era siempre tan fácil de levantar...

Desde hacía algunas horas que los labios vaginales habían empezado a escocerle como si una hiedra le creciera de adentro hacia fuera. La incertidumbre, sin embargo, la mantenía estreñida.

Lucky me, pensó. No quería imaginar la posibilidad de que fuera de otra manera.

En el fondo le sorprendía ser capaz de desechar más líquido del que consumía y que su cabeza se sintiera como un globo de sangre flotando sobre la punta de una aguja. Nunca antes se había sentido hambrienta, pero solo ahora lo sabía. Tener hambre era alojar la nada y escucharla regurgitar anfibios en su estómago. Una vez, en el patio del edificio, Natalia cumplió el reto de llevarse a la boca los renacuajos de la charca. Fiorella le hizo cosquillas y su hermana se los tragó. “Rana, ranita, rana; si no saltas hoy, saltarás mañana”, le cantaban porque se moría de miedo de que el estómago se le llenara de ranitas bebé. “¿Y si cambian adentro mío?”. “¿Y si les empiezan a salir las ancas en mis intestinos?”. Annelise le decía que cagaría ranas blancas de vientre transparente, de esas a las que se les veía el horror del corazón. “Qué pequeño es el corazón de una rana”, le dijo a ella hacía un año, cuando en el laboratorio Miss Carmen abrió una y expuso su músculo de tomate cherry aún latiendo. *Qué pequeño debe de ser mi corazón*, pensó Fernanda sintiéndolo vibrar como nunca en ese instante. Ahora podía decir que conocía el ritmo y las apetencias del suyo; todo lo que jamás se había atrevido a mirar y que en esa cabaña, de pronto, veía.

“Si me convierto en una rana tendrán que besarme para que me convierta en una princesa”, les dijo Natalia en ese entonces guiñándoles su ojo-colibrí.

Pensaba en sus amigas para huir del hambre y del escozor, pero junto a sus pensamientos no existía ninguna otra cosa que el hambre y su vulva creciendo como una fruta espumosa de encías sensibles bajo la tela. Su cabeza, además, se parecía a cuando su amigo-imaginario-Martín era su hermano muerto y la esperaba agazapado en el armario, detrás de las botitas azules, rascando la madera con los dientes. “No soporto que me veas los dientes”, le dijo una tarde a Annelise, a solas, en la última planta del edificio. “¿Por qué? ¿No te gustan?”, le preguntó mientras caminaba en línea recta por el borde del abismo. “A mí me gustan mucho tus dientes de ratita”. Su cabeza en la cabaña era como cuando su amigo-imaginario-Martín roía el armario con sus dientes de hurón blanco. “Tus dientes de Topo Gigio”. “Tus dientes de *Bugs Bunny*”. Adentro de sí su familia le revelaba el historial de su sangre: un hermano duende, un hermano con los pies vueltos al revés, un hermano albino como la muerte, un hermano que camina contra sus huellas, que avanza de frente hacia atrás porque la historia de la hermandad comienza con un asesinato, según Annelise: “Lo dice la Biblia, que es un libro en donde todos están asustados”. Pero los adultos no sabían que Annelise leía la Biblia como un libro de los miedos.

“¿Quieres ser mi hermana?”, le preguntó cuando tenían ocho años y dormían abrazadas debajo de la cama.

“Sí, quiero ser tu hermana”.

Los adultos tampoco sabían que, cuando iban a la iglesia, Annelise y ella jugaban al culto del Dios Blanco, Dios-madre-de-útero-deambulante, y se acariciaban con disimulo las rodillas.

“Eres mi hermanita, mi ñañita, mi igual”.

El Dios Blanco les hacía reírse de sus madres: de sus tetas caídas en sostenes Victoria's Secret, de sus cremas antiarrugas hechas para caras-ciruelas-pasas y de sus tintes de pelo fosforescentes porque la naturaleza de las hijas, decía el credo, era saltar en la lengua materna bien agarradas de las manos; sobrevivir a la mandíbula para convertirse en la mandíbula, tomar el lugar del monstruo, es decir, el de la madre-Dios que le daba inicio al mundo del deseo.

Eso era una hermana: una aliada contra el origen.

Fernanda intentaba no sentirse asustada porque Miss Clara tenía la mandíbula ancha, como un tiburón o como un lagarto, o como el cocodrilo que avanzaba en sus sueños hacia las piernas abiertas de Annelise.

“Te paro hacia adentro”, le decía su hermana en sus pesadillas. “Te voy a alumbrar hacia mis huesos”.

Sus pensamientos subían ciénagas al volcán donde Miss Clara tenía los ojos como los huevos de las iguanas y las salamanquesas que estrellaban contra las paredes del edificio. Allí Fernanda y sus amigas saqueaban la tierra con las manos, levantaban las raíces y encontraban los tesoros blancos que se parecían a la locura que ahora vivía en la mirada-gárgola de su maestra.

La locura era blanda y húmeda como los huevos, pero a veces ellas se metían la locura en la boca y en los calzones antes de estrellarla con fuerza contra las paredes.

Fernanda creyó, hasta los siete años, que un ovario era un rosario hecho de cascarones rotos. “Me gustan tanto tus dientes que quiero arrancártelos”, le dijo Annelise la noche en la que Fernanda se lo contó. “Me gusta tanto tu mandíbula que quiero hacerla un mandibulario”. Rezaban con cada una de sus muelas al Dios Blanco mientras se hacían cosquillas por debajo de la sábana. “Somos hermanas”, se decían y se lamían las encías cuando sangraban. “Somos la misma”, y se abrazaban los huesos cuando se hundía el sol. Recordaba a Annelise así, como antes de que se pelearan, para huir del hambre y de la vulva, pero no se podía huir de lo que era insomne y ovíparo, igual que no se podía huir de Miss Clara arrastrando sus pesados pies por la madera del cielo que crujía.

Sus pies descalzos y sangrantes dejaban manchas oscuras sobre el suelo.

Sus pelos negros caían vivos a la orilla de la escalera.

Pensó que tardarían menos tiempo en encontrarla, pero había empezado a entender que los motivos de su secuestro eran los de una mujer en delirio y que ya todo podía pasarle. Podía ser lastimada, entendió; no como cuando el reto era aguantar un puñetazo en el vientre y Annelise le pegaba con todas sus fuerzas, sino en serio.

Tal vez el revólver sobre la mesa tenía una bala para ella.

Tal vez debía comenzar a preguntarse si estaba lista para morir.

“¿Cómo se sentirá morir?”, le preguntó hace mucho a Annelise y luego a su madre: “Mami, ¿cómo se sentirá morir?”. Y su madre se lo contó al Dr. Aguilar, como todo lo que su hija le decía y que no le dejaba conciliar el sueño por las noches. Fernanda intentó varias veces pensar en sus padres, pero su papá era una tarde de pesca y su mamá una paloma enferma que no paraba de cagarse sobre el mundo. Su padre era la red y el pez; su madre convulsionaba con el pico abierto afuera del agua. Uno de los dos, al menos, podía volar: la más temerosa, pero le tenía pavor a su cría. Fernanda se lo había dicho al Dr. Aguilar: “Mi madre me tiene miedo”. Le había explicado que su madre guardaba la foto del hijo muerto y lo miraba como si viviera, mientras que a ella la miraba como si estuviera muerta.

“Me mira como si fuera un fantasma”, le contó. “Por eso le hago ¡bu! cuando no me ve”.

Hasta ese instante a Fernanda no se le había ocurrido que tal vez sus padres no estaban llorando su desaparición; que tal vez se alegraban de no tener que ser padres en una ciudad que se llenaba de serpientes cuando llovía. “Hoy mi papi atropelló a una serpiente en la carretera”, contó Fiorella dos meses atrás mientras pisaba con saña a una pequeña en el segundo piso del edificio. En la Biblia, recordó, Dios le pedía a los hombres que no le temieran a nada, ni siquiera a las serpientes, solo a él. “El temor a Dios es sabiduría”, decía Mister Alan. “El temor a Dios es como un amor filial”. Temer al padre o a la madre era el lado oculto del amor, decían, pero nadie hablaba del miedo de los padres a los hijos: nadie decía que el temor a la madre era sabiduría en la culebra y que la hija que comía culebras no sabía cómo temer. Fernanda jamás le había tenido miedo a su madre, por eso el vientre de su nacimiento le temía todos los días que el padre se iba de pesca y no traía más que la dulzura de las agallas muertas al hogar.

Tal vez su madre no la estaba buscando. Tal vez sus amigas –que habían dejado de ser sus amigas mucho antes de ser secuestrada– ya no la extrañaban.

Tal vez ella estaba en la niebla espesa y el Dios Blanco en el silencio.

Desconocía por qué su mente encerrada volvía siempre a las historias de horror de Annelise. Las creaciones de su hermana elegida, sin embargo, cobraban vida en su cabeza conforme las horas pasaban y su miedo iba mojándola de fluidos corporales. Recordaba momentos de miedo grupal ocasionados por inventos de Annelise como cuando, poco antes de que dejaran de hablarse, quiso hacerles creer que alguien estaba entrando en el edificio en su ausencia; alguien que se deslizaba por las noches o por las mañanas y merodeaba el espacio con la intención de adueñarse de él. “Al Dios Blanco no le va a gustar”, decía en un tono muy serio que hacía que Fiorella y Natalia se agarraran de las manos. Durante aquellos días Annelise se convirtió en una cazafantasmas: encontraba huellas, señales turbias de la presencia de un intruso en cada esquina, y aunque las huellas tenían el tamaño del pie de Analía y las señales eran tan confusas como el lugar en donde reposaba una piedra o el grosor de la rama que utilizaban para molestar a las serpientes, Fernanda y las demás comenzaron a creer que era cierto; que en verdad había alguien invadiendo su guarida. “Tenemos que hacer algo”. “Recémosle al Dios Blanco y él nos dirá qué hacer”. A veces, mientras corrían por los pasillos, se sentían observadas desde la habitación blanca, pero allí no había nada, solo el agua negra que descendía por las paredes cuando llovía. “Si lo vemos, lo empujamos del tercer piso”. “Si lo vemos, se lo ofrecemos al cocodrilo”.

En los relatos sobre la edad blanca, las jóvenes protagonistas tenían teofanías espantosas en donde el Dios Blanco se les aparecía igual que Yahvé a Moisés, y ese era el comienzo de un progresivo cambio que las arrastraba a hacer cosas horribles como comerse a sus madres, matar a sus hermanos o acercarse a cultos secretos poco antes de desaparecer. “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá”, leía Mister Alan en clases de Teología ante el creciente interés de Annelise. “Y Moisés metió la mano en su seno, y cuando la sacó, he aquí, su mano estaba leprosa, blanca como la nieve”. Fernanda escuchaba y veía a Annelise absorber las palabras bíblicas que utilizaba para perfeccionar su historia: “El Dios Blanco no tiene rostro ni forma, pero su símbolo es una mandíbula que mastica todos los miedos”, decía en la habitación blanca del edificio. “Quien lo ve y no está listo para verlo, morirá, pues su aparición es como la muerte: le quita el color a todas las cosas”.

A Fernanda le habría gustado protagonizar uno de aquellos relatos de revelaciones macabras: ser

desbordada con la teofanía del Dios Blanco de Annelise, que el cabello se le blanqueara por el horror de la aparición y que eso le diera la fuerza que necesitaba para sacarse las esposas y matar a Miss Clara. Después de todo, si la mataba, nadie la castigaría. La policía diría que fue en legítima defensa porque una secuestrada tenía derecho a asesinar a su secuestradora. Podía intentar hacerlo: matar a su maestra, descubrir cómo se sentía quitarle la vida a una persona y, de paso, salvar la suya propia. Podía intentar llegar al revólver que reposaba en el centro de la mesa, pero cuando se estiraba sus muñecas ladraban y sus dientes no alcanzaban a morder la empuñadura.

Mientras la sensación de desamparo crecía, el tiempo se camuflaba en las paredes, en la ventana y en la nieve del volcán. Existir en ese tiempo invisible era complicado para Fernanda, como enroscarse alrededor de la poca luz que entraba o respirar las oleadas del olor nauseabundo que goteaba de su piel-de-pelaje. Pero los momentos más duros, los que le crepitaban en la garganta, eran cuando su profesora descendía por la escalera de caracol con los pies rotos y se sentaba al otro extremo de la mesa. Entonces la luz que atravesaba los cristales le entenebrece la mitad del rostro y ella evitaba mirarla para no asustarse, pero siempre fracasaba.

Nadie le había explicado que la luz también podía oscurecer la carne.

A veces, sentada frente a ella, Miss Clara se quedaba quieta como un cadáver, sin mirarla, sin hablarle, con el pelo negro y grasoso pegándosele a los lados de la cara y la postura cambiada: el hombro derecho caído y la espalda inclinada hacia la izquierda, como si la hubiera dañado el frío de la montaña. Cuando eso sucedía, Fernanda se preguntaba una y otra vez por qué ella y no Annelise. Por qué ella y no Analía. Por qué ella y no Ximena. Por qué ella y no Fiorella ni Natalia. Se preguntaba por lo que había hecho de especial para merecer eso, lo que la hacía única, y nunca encontraba una respuesta satisfactoria.

Había ratos en que Miss Clara se llevaba el pelo sucio detrás de las orejas y se estiraba para acariciar el revólver como si fuera la cabeza de un gato. En esos minutos Fernanda aprovechaba para preguntarle por cosas sencillas que jamás tenían respuesta: “¿Qué hora es?”, “¿Este lugar es suyo?”, “¿Podría darme algo de comer?”. Ninguna de esas preguntas, sin embargo, era la importante: “¿Es ese el revólver del padre de Annelise?”, pero esa ya no la pronunciaba porque su respuesta se había convertido en una presencia borrosa, una amenaza que percibía cada vez con mayor nitidez flotando desde el bosque hasta el interior de la cabaña; creciendo desde la locura de Miss Clara hasta su propia sien. Las palabras de su maestra podrían ser un precipicio donde caerse, pero en toda película de horror los cambios significaban un nuevo peligro, y Fernanda intuía que el cambio final en la trama de su secuestro tenía la forma de una contestación a por qué, o para qué, estaba ahí.

Detuvo el ritmo de su mente, acelerado y vertiginoso, cuando Miss Clara se asomó por la escalera y bajó el primer escalón.

–*Please!* –soltó Fernanda sin reconocer su propia voz, quebrando a llorar como jamás pensó que podría hacerlo.

Ahora conocía el grosor de su fortaleza: ahora sabía qué persona era cuando se doblegaba frente a las mandíbulas grandes.

Miss Clara bajó con el rostro arañado, los labios azules y la columna torcida. Murmuraba cosas ininteligibles mientras Fernanda temblaba de frío, de hambre, de vulva. *Ahora hablará*, pensó recogiendo como un animal sin hocico. Podía ver la intención de la palabra en el rostro de su maestra, una lengua lamiendo sus pupilas cuando su boca se preparaba para decir:

–No tiene sentido que mientas, así que no mientas –le dijo Miss Clara despeinándose las cejas

con los dedos que parecían orugas de tan rojos.

Sería capaz de arrastrarse como un gusano ahí, pensó Fernanda, frente a su secuestradora, y le lamería los pies, las uñas, las venas, si con eso pudiera regresar al vientre temeroso de su madre.

Eso era lo único que quería: regresar.

–Sé muy bien lo que hiciste, muchacha enferma.

XVII

El día del inicio de clases Clara supo que algo en su cuerpo no andaba bien. “¡Te ves terrible!”, le dijo Amparo Gutiérrez como si se alegrara, porque para entonces ya había adquirido el grosero hábito de señalarle lo mal que se veía y de sugerirle, sin que nadie le pidiera su opinión, cómo alimentarse bien, qué infusiones tomar –le desaconsejaba enfáticamente beber café– y qué ejercicios practicar para corregir su postura “desgarbada” e “infantil”.

“Tengo insomnio”, se limitó a responderle. Pero lo que Clara sentía no era cansancio, sino pavor.

Había sido la primera en llegar al colegio esa mañana. El guardia la saludó bendiciéndola con su pulgar cayoso en el aire y, mientras parqueaba el coche de la madre muerta en el estacionamiento, notó que sus propias manos habían empezado a temblar. *Qué garras tan horrendas*, pensó mirándose los dedos recogidos igual que diez patas de araña sobre el volante –las uñas comidas; los nudillos demasiado arrugados–. Hacía días que no se le agarrotaban y que no sentía aquel viejo vértigo en el bajo vientre –“Tenemos un cuerpo que camina en contra de nosotras”, le decía su madre cuando estaba viva y enferma y observaba, con un placer inconfesable, el sufrimiento de la hija arañándose los brazos y mordiéndose la lengua por las noches–. No era buena señal que el útero le zumbara como un panal a punto de caer: que los órganos se le llenaran de insectos y la forzaran a quedarse quieta, muy quieta –igual que su madre sentada en el sillón de estampado de tigre esperando a la muerte–, pero aun así salió del coche, descompuesta, sudando gotas que le pegaban el pelo a ambos lados de la cara y con la visión borrosa, como cubierta por una espesa capa de agua sucia. Tuvo que respirar hondo para prevenir las palpitaciones, el hormigueo en los brazos y las náuseas; tranquilizarse a sí misma, recordarse que, aunque los muslos le picaran, no podía rascárselos porque hacerlo empeoraba siempre la comezón.

Jamás había entendido cómo era que a veces ciertas zonas de su cuerpo le pedían a gritos ser lastimadas.

“Vas en sentido contrario a ti misma, Becerra”.

Esperó algunos minutos de esa forma: apoyada en el capó, inhalando y exhalando profundamente y, cuando creyó haber retomado el control de su cuerpo –o por lo menos parte de él–, se dirigió a la sala de profesores cruzando la impoluta pista de patinaje, intentando no pensar en que pronto el silencio y la limpieza que la rodeaban se llenarían de voces agudas e incisivas, de risitas húmedas, de cientos de pisadas a ritmos disímiles pero frenéticos –porque las piernas de las adolescentes nunca estaban quietas, según la madre muerta que habitaba en su mente–, de polvo, de arena y de pelos.

Todo será distinto, pensó.

Al entrar a la sala se dio cuenta de que ningún otro profesor había llegado todavía. Miró el reloj de la pared con impaciencia, se sentó en su silla, ordenó algunos papeles sobre el escritorio, revisó su horario de clases y chequeó, una vez más –lo había hecho cuatro veces antes de salir de casa (tal y como la madre muerta que habitaba en su mente se lo exigía)– que tuviese los libros necesarios adentro del maletín.

Debía serenarse, se dijo. Hasta ese momento lo había hecho bien familiarizándose con la institución y sus compañeros de trabajo, recordando los nombres de cada uno de los conserjes y guardianes, regando dos veces por semana las plantas de la sala de profesores, colocando citas célebres sobre educación en la cartelera y eligiendo las palabras apropiadas para hablar poco en las reuniones. Había sido meticulosa –como su madre cuando todavía estaba viva y sana y dedicaba cuarenta y tres minutos diarios a asegurar las puertas y las ventanas de la casa por las noches–. Pero, sobre todo, había sido prudente. Tenía claro que si deseaba volver a la normalidad –es decir, retomar su vida de antes de lo ocurrido con las *M&M's*– debía enfrentarse a los síntomas, a los chicles y a los senos pequeños; salir de su escondite y ser una profesora, igual que su madre: una buena maestra. Después de todo, se había preparado para eso, y siempre supo que las alumnas regresarían y ocuparían hasta el último rincón con sus moños, sus pieles lustrosas y sus ojos como bichos fluorescentes. Su error, sin embargo, había sido creer que estaría completamente lista para cuando eso sucediera; que su cuerpo, mapa orgánico de terrores, habría dejado de encogerse igual que un párpado bajo la sábana el mismo día en que las chicas volvieran al colegio. En cambio, allí estaba: reducida otra vez a sus zumbidos interiores y al caos del sistema nervioso central; soportando una vibración que le endulzaba la boca de un modo repugnante; mirando al reloj de la pared igual que a una horca.

Son solo niñas, recordó: criaturas que nada podrían hacerle. Y, para evitar rascarse los muslos –que le picaban con inusitada vehemencia–, aruñó varias veces la superficie lisa del escritorio, pero se detuvo al ver que su talón derecho había comenzado a martillear el suelo repetidamente.

De inmediato, se puso de pie.

Sus nuevas alumnas serían, en palabras de Rodrigo Zúñiga, chicas de clase alta que acostumbraban a burlarse de sus maestros –pero que (en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente) no podían ser tan malas como Malena Goya y Michelle Gomezcoello–. “Son buenas chicas, solo que... ya sabes, están en esa edad en la que hay que marcarles los límites”, le dijo Amparo Gutiérrez cuando volvió a salir el tema de la broma que le hicieron a la exmaestra de Lengua y Literatura. Clara se dio cuenta muy pronto de que sus colegas preferían no hablar del comportamiento de las chicas. Evitaban profundizar sobre la disciplina del colegio a pesar de que ella, luego de enterarse de lo que le había pasado a su predecesora, quiso conocer más sobre el carácter general del alumnado e insistió con preguntas que eran mal recibidas. Ángela fue la única que se atrevió a asegurarle que la conducta de las estudiantes era excelente porque estaban vigiladas a tiempo completo –“¿Has visto a la inspectora? Se pasea por los pasillos durante las clases”, le dijo. “No tiene una porra, pero uno siente como si la tuviera”–. Y, sin embargo, había uno que otro grupo, comentaba casi en voz baja, que sabía la verdad: que, en el fondo, eran intocables para Patricia-la-inspectora y que los que tenían el verdadero poder, dentro y fuera del colegio, eran sus padres.

“Hay niñas a las que les gusta desafiarlo todo”, le dijo Ángela. “Cosas de la pubertad, no tienes que hacerles mucho caso”.

Clara escuchó las opiniones de sus colegas sobre las chicas sin afectarse. Durante años había sido profesora de adolescentes y jamás les tuvo miedo –ni siquiera cuando José Villanueva le rompió la cabeza contra los casilleros a Humberto Fernández o cuando Priscila Franco le cortó la trenza a Abigaíl Núñez para usarla como separador de páginas–. En su experiencia los chicos solían ser grotescos y físicamente violentos, pero las chicas, a pesar de su apariencia delicada y simple, ejercían una agresividad distinta, aunque igual de cruel que la de los varones. Eran más inteligentes –

como solían serlo quienes tenían que diseñar tácticas para sobrevivir en condiciones hostiles— y sabían disfrazar su hambre de violencia con ingenuidad fingida. Solo las chicas, pensaba Clara, entraban sin permiso a las casas de sus maestras. Por eso el miedo se le fue expandiendo como una mancha pocos días antes del inicio de clases, nutriéndose de sus pesadillas, de sus recuerdos y de la actitud de quienes se resistían a hablar de las alumnas en frente de ella.

Su madre se lo había advertido antes: “Las niñas son las peores”, le dijo. “Tienes que cuidarte de ellas, Becerra”.

Pero Clara no la escuchó.

—¡Te ves terrible! —le soltó Amparo Gutiérrez al entrar a la sala y verla de pie junto al escritorio—. No puedes empezar las clases así. ¡Las chicas te van a comer!

Todas las alumnas se comen las cabezas de sus maestras, pensó Clara comparándolas con mantis religiosas.

Ahora ella tenía que aprender a salvar su cráneo: de una u otra forma tenía que aprender a alimentar sin dejarse comer.

“Las hijas canibalizan a sus madres, Becerra, desde la leche al hueso”.

Tras el fallecimiento de Elena Valverde, Clara había visto nacer una nueva voz en su cerebro, un flujo de palabras que la ayudó a ocupar el espacio vacío y a recuperarse de la ausencia materna. Esa voz no era otra cosa que la madre muerta que habitaba en su mente: un lenguaje que la limpiaba de sí misma para volverla quien realmente quería ser —Elena, la carne blanca del origen—. El día de inicio de clases Clara se vistió al más puro estilo-materno-del-dos-mil-tres porque así se lo pidió esa voz que amaba, la conciencia de quien la había educado para ser fuerte y correcta, es decir, para hacer las cosas bien —una madre (solía decirle Elena mirando al fantasma de su columna vertebral en forma de S colgado en la pared) siempre era responsable de las acciones de su hija—. Clara quería estar a la altura de esa educación: arrojarse al lomo del mundo aunque este corriera desbocado por encima de la nada. De modo que, esquivando las observaciones y consejos no solicitados de Amparo Gutiérrez, salió de la sala de profesores y —mientras las alumnas llegaban en flamantes vehículos importados o en buses escolares, parloteando, con sus pestañas demasiado largas y sus rodillas oscurecidas— se encaminó hacia el baño para recomponerse. Solo podía hacer una cosa a esas alturas, se dijo: mirar hacia delante, directo a las baldosas —a su espalda no había más que un agujero pintado del color del esmalte de uñas de Malena Goya (un pozo tan hondo como los hoyuelos junto a los labios de Michelle Gomezcoello)—. Retroceder en esas circunstancias era una opción más terrorífica que continuar, así que dejó correr el agua del grifo, se levantó la falda, se humedeció los muslos y se los golpeó con fuerza, sorprendiéndose de que el sonido retumbara sobre los cristales igual que un beso. Varias gotas le mojaron la ropa dándole un aspecto descuidado —el espejo le devolvió una cara desteñida de calcetín roto: una expresión familiar de irremediable desgaste—. En algún momento le pareció que llamaban a la puerta, pero en el pasillo no había nadie esperándola, solo el sol y, al fondo, un número desconocido de faldas que se tragaban todo el aire.

En cuestión de minutos el Delta se convirtió en una jauría de medias blancas a la altura de las pantorrillas y de camisas con botones sueltos. Las chicas se arremolinaron por el patio con sus mochilas hinchadas a cuevas y los profesores las esquivaron como si evitaran mirarlas de frente. Ellas, en cambio, lo observaban todo. No hubo un solo lugar, ni persona, que les hiciera cerrar los párpados. Así la mirarían en el aula, pensó Clara con los nervios secándole el paladar: sin pudor. “La profesora nueva”, la llamarían hasta que se aprendieran su nombre y, en el proceso, la

examinarían igual que a un animal exótico para descubrir si serían buenas o malas con ella. Pero Clara no iba a permitirles decidir su comportamiento.

Podría vencerlas, se dijo. Podría controlar el sudor y la sensación de desvanecimiento.

Aunque tenía experiencia con adolescentes de todo tipo, el ruido de cientos de voces hablando en el patio, en los jardines, en los corredores y en el aparcamiento la estremeció como un dedo de gorila acariciándole las encías. Se mantuvo quieta, con los pies muy juntos, mirando a los profesores pasar –a Patricia-la-inspectora pasar– y a las chicas que se retorcían de risa y salpicaban gotas de baba espesa sobre los adoquines. *Parecen perras*, pensó, y tuvo miedo de que a sus recientes temblores les siguieran la taquicardia, el hormigueo y la asfíxia propias de sus cada vez menos frecuentes ataques de pánico, esos que la paralizaban y le hacían temer y desear la muerte al mismo tiempo.

Están soltando pelo, rumió en su cabeza, agobiada. *Pronto llenarán el suelo con sus cabellos*.

Entonces sonó el timbre –unas campanas artificiales que le hicieron apretar la mandíbula– y Clara supo que ya no había vuelta atrás. Atravesó el gentío –la luz; el negro lustroso de los zapatos nuevos– y se dirigió a la sala de profesores para revisar por quinta vez que los libros estuvieran adentro de su maletín, volver a ordenar los papeles de su escritorio, tomar su horario y acudir al aula pellizcándose la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda.

En los pasillos la confusión era visible: los profesores trotaban mientras Patricia-la-inspectora hacía sonar su pito, levantando los brazos y dejando que la grasa le colgara igual que dos alas pequeñas y lampiñas. Antes de distanciarse del tumulto, Clara vio a Ángela sonreírle a unas alumnas que cruzaban el umbral de una puerta y se preguntó, de repente, qué tan buena maestra sería –aunque en el fondo no le interesaba saberlo–.

“Tu cabeza es un nido de cucarachas, Becerra”.

La primera clase la dio en el 2°C, un aula que se encontraba al final de un pasillo extenso y curvo, en la primera planta del edificio Beato Álvaro del Portillo –su madre (que solía burlarse de la costumbre de nombrar infraestructuras en honor a personas muertas) habría reído hasta las lágrimas si hubiese sabido que el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, además ponía placas en los descansos de las escaleras con mensajes como “*Regnare Christum volumus*”, “*Deo omnis gloria*” o “*Serviam*”–. Ni un solo momento dejó de sudar ni de temblar, pero se sintió orgullosa de mantener cierta compostura a lo largo de la sesión. Por lo demás, las alumnas del 2°C fueron silenciosas y disciplinadas. Se pusieron de pie al unísono cuando ella entró al salón y no se sentaron hasta que les dio permiso para hacerlo. Tomaron apuntes con una diligencia y mansedumbre inusual, sin hablar entre ellas, mirando hacia delante con las piernas cruzadas, hasta que a Clara se le cayó el borrador y una chica de moño azul le sonrió a su compañera de al lado de un modo travieso.

Tranquila, pensó. *Mantén el control*.

A causa de los síntomas de su cada vez más acuciado trastorno de ansiedad –y de la amenaza de un posible ataque de pánico– olvidó tomar la asistencia al principio de la clase. Las alumnas, poco antes de que sonara el timbre, dijeron “¡presente!” al escuchar sus nombres y luego se instalaron en un silencio que a Clara le pareció incómodo y artificial. Así, conforme fue avanzando en la lista –marcando casilleros con una “P” o una “A” en la pantalla de la computadora–, entendió que las chicas que tenía enfrente no eran en realidad como se mostraban; que le estaban otorgando una especie de tregua y que cualquier desliz, por más mínimo que fuera, serviría para acabarla. Su estado intranquilo y temeroso también le hizo saltarse el protocolo de presentaciones en el que se le

preguntaba a las estudiantes por sus *hobbies* y proyectos, y la obligó a recurrir a la rigidez de una sesión introductoria en la que solo habló ella –algo prohibido en el modelo pedagógico del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*–. Sin embargo, lo que más la inquietó fue el escucharse a sí misma como si fuera otra persona; alguien a quien desconocía y que sonaba igual que un viejo documental a las doce de la noche.

“Eso que sientes se llama despersonalización”, le dijo el psiquiatra que la atendió cuando tenía dieciséis años. “Es una consecuencia más de tu trastorno de ansiedad y de pánico”.

Todas las sesiones del día transcurrieron de esa manera en la mente de Clara: oyéndose a sí misma como al fondo de un pozo e intentando alejar los pensamientos más oscuros que acudían a su cabeza cada vez que deslizaba los ojos por las piernas de sus estudiantes: ¿estarán burlándose de mí?, ¿les darán asco mis manos y mi pelo?, ¿pensarán que soy fea?, ¿que no tengo nada interesante que decir?

¿Sabrán que cuando crezcan serán como yo?

¿Sabrán que, quieran o no, se parecerán a sus maestras?

Esa mañana también le dio clases a 3ºA y 4ºB y, a pesar de que estas se desarrollaron con relativa normalidad –las alumnas fueron menos cautelosas y desagradables que las del 2ºC–, no pudo dejar de pensar en las chicas que le provocaron un preinfarto a su predecesora. A menudo se preguntaba cómo serían, cuántos años tendrían y si podría reconocerlas con el tiempo; identificarlas sin que otros se las señalaran –ver en ellas rastros de Malena Goya y Michelle Gomezcoello–. En el Delta había tres maestras más de Lengua y Literatura, pero ninguna –seguramente para evitar que se formara prejuicios injustos sobre las chicas– se mostró dispuesta a decirle quiénes fueron las que le jugaron aquella broma pesada a Marta Álvarez. Sin embargo, y por encima de sus ganas de atormentarse, Clara les agradecía su discreción porque conocer la identidad de las bromistas –las atacantes, las victimarias, las agresoras (en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente)– podría resultar nocivo para su carácter paranoico y ponerla en contra de las alumnas –o más a la defensiva de lo que ya estaba–, desatando en ella una nueva crisis que no creía ser capaz de soportar.

“A veces es mejor no saber, Becerra”, le decía su madre cuando todavía vivía y se fingía ciega y paseaba por la casa con un palo de escoba y creía soñar el futuro, es decir, su propia muerte.

Pero a Clara le costaba ver el lado benéfico de la ignorancia.

Por suerte, en el segundo recreo sus temblores disminuyeron de forma considerable. El sudor, en cambio, permaneció, al igual que el sentimiento de despersonalización que se afianzaba cada vez que entraba en un salón de clases. Descubrió que le era más fácil disimular sus síntomas si se mantenía a una distancia prudente de los pupitres, de manera que para sentirse completa –y contener los excesos del cuerpo– se propuso no acercarse más de un metro y medio a las chicas durante las sesiones. Mientras tanto, Patricia-la-inspectora –a quien en un principio creyó su aliada en asuntos de disciplina– se asomó a la ventana de todas las aulas en donde ella impartía clases para pasear los ojos como dos águilas torpes por los cabellos de las alumnas.

A Clara no le gustó que, a veces, era como si Patricia la vigilara a ella más que a las estudiantes.

Al final de la jornada tuvo una sesión en el 5ºB, un grupo que la recibió con aplausos y que se negó a explicarle el motivo hasta que –cuando sonó el timbre de salida y el curso volvió a estallar en vítores– se le acercó una chica muy blanca y pecosa para decirle que no se preocupara, que solo le estaban dando la bienvenida. Su primer impulso ante la proximidad de ese cuerpo transpirado y oloroso a manzana fue retroceder, pero la chica se detuvo de forma natural frente a su escritorio,

apoyando las manos sobre la madera con los labios empapados en saliva. “¿Va a tomar la asistencia, Miss Clara?”, le preguntó con una expresión que encontró turbia –había olvidado, una vez más, hacerlo al principio de la hora de clase–. Las alumnas del curso, frente a su silencio prolongado, empezaron a retirarse y ella se sintió sin la fuerza suficiente para detenerlas. Solo en ese momento –viendo a la chica pecosa irse también tras el rebaño de mochilas mal cerradas– Clara reparó en que llevaba minutos –horas, quizás– rechinando los dientes y que era bastante probable que sus estudiantes la hubiesen escuchado.

Algo en su cuerpo no andaba bien, volvió a concluir.

Completamente exhausta por el despliegue de esfuerzos que había realizado durante el día, Clara emergió del aula como de las profundidades de un pantano. No había nadie en el pasillo, pero pudo escuchar el ruido que hacían las chicas en la planta baja, corriendo hacia los buses y los automóviles de sus padres con sus piernitas de tijera recortando el poco oxígeno que le quedaba. A su alrededor el calor era rojo y le recordó a cuando Malena Goya y Michelle Gomezcoello le mecieron sus tampones muy cerca del rostro como dos péndulos de sangre.

El sabor metálico entre sus dientes le hizo escupir un hilo de baba espesa sobre una maceta.

Lloró, pero en silencio.

Minutos después bajó las escaleras con los músculos adoloridos y, mientras caminaba por los espacios libres de chiquillas que dejaron –tal y como había previsto– pelos de varios colores en el suelo, tuvo una revelación espantosa: así serían todos sus días de trabajo en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*.

Todos, hasta que lograra recuperarse.

Por eso el segundo día metió en su maletín una tableta de Alprazolam y empezó sus clases sin temblores ni sudoración, aunque sí con algo de somnolencia. El efecto le duró apenas unas horas –durante el primer recreo volvió a golpear su pie contra el piso, a rechinar los dientes, a transpirar y a pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda–. Ángela la sorprendió de ese modo, visiblemente intranquila en la sala de profesores, y le preguntó en voz alta si se encontraba bien, si le dolía algo, si necesitaba que la llevara a la enfermería. Pero su preocupación, lejos de conmovir a Clara, la decepcionó –creyó que al menos Ángela evitaría hacerle preguntas que no deseaba responder–. La semana estuvo llena de encuentros similares que esquivó con movimientos torpes de cabeza. Descubrió que si lo hacía de esa forma, si se resistía a hablar, los profesores que la interrogaban por su aspecto acababan dejándola tranquila. Se dedicó, entonces, a responderle a sus colegas sin palabras y a diseñar rituales de prevención para reducir los síntomas de su ansiedad en público.

Así, mientras intentaba adaptarse a sus alumnas –y dejar de compararlas con Malena Goya y Michelle Gomezcoello–, se dio cuenta de que las chicas del Delta eran distintas a las que había conocido antes –no por su clase social o su religión, sino por su forma de interactuar entre ellas–. En este sentido, el veto de inscripción a estudiantes varones representaba un factor fundamental, pues –según la madre muerta que habitaba en su mente– su ausencia modificaba las relaciones entre chicas y también la organización social de las aulas. En un grupo mixto, por ejemplo, el más inquieto –el que hacía bromas y al que expulsaban de clases– solía ser un chico. Existía también un eterno coqueteo entre chicos y chicas del mismo curso que funcionaba por contraste: mientras más desafiantes y violentos eran ellos, más obedientes y responsables eran ellas –o fingían serlo porque (en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente) aquello era solo una máscara para atraer a

sus presas—. Había, por supuesto, excepciones: jovencitas que rompían las normas, abusaban de la paciencia de sus maestros y golpeaban a sus compañeros, pero lo usual era que las chicas se construyeran en oposición a esos comportamientos que veían en otros y asociaban a una masculinidad que les estaba prohibida. Al interior del Delta, en cambio, las chicas habían formado un tejido social de mujeres que no operaba por contraste, sino por niveles de intensidad: la más inquieta del aula era, obviamente, una chica, pero eso no significaba que las demás obedecieran, sino todo lo contrario; la seguían, la alentaban y, si era necesario, otra estaba siempre dispuesta a tomar la batuta. La líder en cada aula —que por lo general era rebelde, aunque no en todos los casos— definía el carácter del grupo. Además, a pesar de la ausencia de chicos, el coqueteo no desaparecía, y quizás era eso lo que en verdad perturbaba a Clara. Tenía la impresión de que —en algunos grupos más que en otros— las chicas flirteaban entre ellas de maneras muy sutiles, pero sexuales. Se tocaban los senos y las nalgas cuando creían que nadie las veía. Se lanzaban besos volados. Se guiñaban los ojos. A veces, Clara pensaba que las alumnas se seducían ocultándose tras pequeños gestos que podrían ser interpretados como amistosos e inocentes —una tarde encontró a dos chicas agarrándose de las manos y mirándose de cerca hasta que, al ver a un maestro, se sonrieron con timidez e hicieron como si nada hubiera pasado—, pero ella sabía leer entre líneas. No se le escapaba la ambigüedad en los abrazos, las caricias y los labios mordidos. Intuía las zonas húmedas y se asqueaba por la precisión de su imaginación. Le sorprendía que en un colegio religioso se permitieran ese tipo de comportamientos a plena luz del día y que alguien como Alan Cabrera —protector de la moral institucional y estudiantil— caminara entre las alumnas sin sospechar que el deseo también podía ser feroz entre mujeres.

Una mañana, mientras hacía su turno de vigilancia en el recreo, Clara recordó aquella vez en la que amó tanto a su madre que la besó, no en las mejillas sino en los labios —con lengua, tal y como había visto en las telenovelas que se emitían en la televisión—. En ese tiempo Elena había vencido su insomnio y caído sobre la cama. Era de noche, pero Clara se quedó viendo durante horas cómo el pecho de su madre se inflaba y descendía igual que el magma de los volcanes. Tenía diez años y, con los zapatos puestos, observó a Elena desde el centro de la cama, admirando su cabello espeso y negro, con algunos mechones canosos —grises y no blancos—, y los labios entreabiertos como una puerta que da a una habitación oscura. Sus senos caían desprotegidos a ambos lados de su cuerpo y, a través de la blusa, Clara vio unos pezones morenos que quiso desarrollar cuanto antes. La miró mucho tiempo, conmovida más por su fealdad que por su belleza: por el bigote que le salía bajo la nariz, por las estrías que marcaban ríos en sus muslos gordos y flácidos, por las arrugas en su cara y por la papada con tres lunares que cubría gran parte de su cuello. “Te amo, mami”, le dijo, y sintió un deseo indescriptible que, con los años, se le haría todavía más misterioso. Nunca supo lo que desató en ella esa pasión indecorosa e infantil que la llevó a acercarse a la boca de su madre y besarla lamiéndole los dientes, pero se hundía en una vergüenza profunda cada vez que recordaba los detalles —las culebras rojas de los ojos de Elena, el golpe en la frente, la forma en la que la empujó, aterrada, como si la hubiese descubierto haciendo algo innombrable—. Todo eso recordó en el patio de recreo: que los dientes de su madre sabían a choclo y que no pudo contárselo porque Elena la sacó de la habitación, sin dejarle hablar, igual que a un monstruo al que había que enseñarle a ser una hija.

Esa tarde Clara supo que el miedo era algo bastante parecido a estar siempre afuera del cuarto de una madre.

“Eres una muchacha enferma y es mi deber corregirte”, le dijo Elena al día siguiente, pero no fue

eso lo que la angustió, sino el darse cuenta de que su amor tenía un lado físico que debía reprimir.

Una vertiente ominosa: un barranco repleto de colmillos y de cerrojos.

Para Clara, los recreos se empezaron a convertir en una caza de gestos cómplices y de frotamientos obscenos. Hallaba sentidos ocultos en cada interacción, en cada roce, y le costaba respirar sin temer que esos cuerpos lascivos e inexactos la contagiaran con su desmesura. Un día atrapó a dos chicas de sexto escondiéndose tras un árbol. Como prefería no acercarse a las alumnas –sobre todo fuera del horario de clases–, optó por llamarles la atención desde donde estaba. “¡Hey! ¡Salgan de allí!”, les ordenó casi gritando y, después de unos segundos en los que Clara se planteó la necesidad de aproximarse, ellas corrieron lejos de su escondite y de vuelta al patio. Solo estuvieron unos instantes fuera de su campo visual, pero hubo algo en su actitud –en la forma en la que se miraron y la miraron a ella– que hizo que Clara sospechara lo peor. Antes de que sonara el timbre le dio varias vueltas al árbol e identificó las huellas de las chicas muy juntas en la tierra. Imaginó sus posiciones y, por accidente, volvió a abrirse con la uña la delicada piel de entre los dedos de su mano izquierda. La sangre brotó, pero en lugar de limpiársela decidió reestablecer el orden: alertar a la institución, ponerla en conocimiento de que las chicas estaban burlando límites que –en la opinión de la madre muerta que habitaba en su mente– no debían ser cruzados; límites que Elena le enseñó muy bien a respetar y que ahora ella era responsable de proteger.

–Pero ¿qué fue lo que viste? –le preguntó Amparo Gutiérrez cuando le contó todo con la esperanza de sembrar en ella una duda razonable.

–Nada, no vi nada de lo que sucedió tras el árbol –explicó Clara–. Pero era el de las hojas amarillas, ese de tronco estrecho, y no se las veía en lo absoluto, ¿entiendes? Quiero decir que debieron estar muy juntas para que yo no las viera una vez que se ocultaron allí. Y se asustaron cuando les grité que salieran, como si estuvieran haciendo algo malo. No estoy diciendo que... se excedieran. Solo digo que se escondían y creo que es normal preguntarse por qué.

Amparo Gutiérrez bajó la mirada y suspiró.

–Sí, en efecto es un árbol estrecho –dijo, y se quedó pensando–. Creo que debemos conversarlo con Alan. Conozco a esas dos chicas y tengo mis propias experiencias con ellas. No es que haya visto algo, pero más vale prevenir que lamentar, digo yo siempre, ¡ja!

Dos días después, Alan Cabrera habló con Carmen Mendoza y Rodrigo Zúñiga sobre el caso de las chicas de sexto –según Carmen para pedirles que estuvieran pendientes de cualquier comportamiento inapropiado que pudieran notar entre las alumnas–. El porqué se les solicitó eso a ellos y no a otros escapaba de la comprensión de Clara, pero por lo menos, pensó, ya no era ella la única que veía el riesgo.

Una semana más tarde la rectora, que apenas salía de su oficina, cruzó el patio de recreo seguida por tres profesores de aspecto canino, altos y desgarbados, olisqueándole los hombros. Era una mujer pelirroja, de cincuenta y cinco años, que tenía el pelo flotando varios centímetros por encima de su cráneo. Lo llevaba corto y lo peinaba dándole la forma de un abanico, cosa que incitaba a las alumnas –y a algunos profesores– a burlarse de ella a sus espaldas. Solía estar de buen humor, pero esa mañana Clara la notó enfadada, como si la hubieran ofendido en lo más hondo y, a causa de ello, no pudiera dejar de contraer los músculos de la frente –cuatro gusanos gordos reposaban su peso sobre sus cejas mal pintadas– ni destensar los labios.

Hasta Patricia-la-inspectora desatendió sus rondas para ver a la rectora clavar sus tacones como puñales en los adoquines.

Del lado opuesto, Alan Cabrera apareció junto a una de las chicas que Clara había delatado. La estudiante, con el mentón adherido al pecho y el pelo cubriéndole ambos lados de la cara, arrastraba los pies y se sostenía los codos como abrazándose a sí misma en medio de la intemperie. Parecía asustada, igual que un animal al que acababan de golpear, y viéndola así Clara se preguntó si no se había equivocado al iniciar esa absurda batalla contra lo incierto; si había sido necesario y, más importante aún, si merecía la pena.

–Levanta la cabeza –escuchó que le ordenaban a la alumna sin que la chica se inmutara. Tenía los cordones de los zapatos sueltos y una pulsera de oro con una pequeña cruz colgando de su muñeca derecha.

A la distancia, Alan Cabrera se chocó con los ojos vacilantes de Clara y la llamó, impaciente, agitando la mano en el aire como si fuera un pañuelo. Era la primera vez que ella lo veía tan serio, rígido en las pupilas, y le desagradó que una vena gruesa y verdosa le recorriera el cuello dibujando una escalera torcida hasta su oreja.

Mientras se acercaba al grupo, la rectora se dirigió a la alumna a viva voz:

–¿Sabe usted por qué está aquí?

La chica continuó mirando al suelo en silencio.

–Porque las han visto –se respondió a sí misma la rectora–. ¡Las han visto!

Los tres maestros que permanecían detrás de ella asintieron a la vez.

–Profesora –le dijo Alan a Clara una vez que los alcanzó–, dígame a la profesora Ángela Caicedo que venga, por favor.

–¿A Ángela? ¿Por qué? ¿Qué ocurre? –preguntó, pero se arrepintió enseguida de su atrevimiento.

–Porque ella también las ha visto.

Clara no estaba segura de lo que significaban esas palabras: “Ella también las ha visto”, digirió lentamente en su cabeza, y se sintió asustada, desnuda frente a un árbol que escondía a sus dos últimas depredadoras –no a las chicas de sexto curso, sino a Malena Goya y Michelle Gomezcoello–. Aun así, obedeció. Avanzó hacia el 5ºB, donde Ángela se encontraba dando clases según Patricia-la-inspectora, y al abrir la puerta se dio cuenta de que había corrido hasta allí, que estaba sofocada y que las alumnas la miraban como si estuviera embarrada de algo maloliente.

Con los pies bañados en sudor adentro de sus zapatos modelo-materno-del-ochenta-y-uno, caminó hacia Ángela y le dijo al oído dos frases cortas que no reconoció como suyas.

Ella se tensó en su asiento, cerró el libro que tenía sobre sus piernas y le sonrió a sus estudiantes.

–Disculpenme, chicas, ya vengo.

Mientras salían del aula Clara intentó ignorar las miradas escrutadoras de las alumnas del 5ºB. Las imaginó, apenas cruzó el umbral, pegándose a los cristales de las ventanas para enterarse de lo que estaba sucediendo; empujándose unas a otras y uniendo sus cuerpos inmaduros en una masa homogénea de ojos espías.

“Las chicas son las peores, Becerra”, volvió a decirle la madre muerta que habitaba en su mente.

Afuera, la chica de sexto lloraba y Alan Cabrera –el único que podía explicarle el motivo de aquella reunión improvisada en el patio del colegio– había desaparecido.

–Esto es grave. ¡Es inadmisibile! –dijo la rectora–. Pero lo solucionaremos, no lo dejaremos así –Se pasó la mano por el cuello para limpiarse el sudor y miró a los otros profesores que la acompañaban–. Tenemos que llamar a los padres.

Entonces la alumna levantó la cabeza y Clara retrocedió ante los párpados inflamados y el moco

líquido que caía sobre una barbilla puntiaguda.

—¡Por favor, no los llame!

“Mi vocación es educarte”, le decía su madre cuando todavía estaba viva y la expulsaba de su habitación porque el miedo era, para ella, que su hija se le metiera en la cama.

—¡No los llame! ¡No lo volveré a hacer! ¡Por favor!

Sus dientes rechinaron.

—¡No lo haremos más! ¡Lo juro!

Solo una madre decía la verdad.

A los monstruos había que enseñarles a ser buenas hijas.

XVIII

–¡Tengo miedo! –dijo Ximena, comiéndose las uñas.

–Pero si ni siquiera he empezado –le dijo Annelise, sonriéndole.

–¡Igual tengo miedo!

Fernanda se sentó en el suelo con las piernas abiertas.

Fiorella y Natalia se agarraron de las manos.

Y Annelise empezó:

–Rachel, de 15 años, estaba acostada en su cama escuchando el *single* de un grupo de música *underground* que descargó de internet. Era un viernes por la noche. Ella hubiera querido salir con sus amigas, pero todas habían reprobado el último examen de matemáticas y sus madres las castigaron. Así que allí estaba Rachel, castigada de forma indirecta, escuchando sola, en su cuarto, una canción extraña que no tenía letra ni instrumentos reconocibles, solo un sonido desagradable, como de alguien masticando con la boca abierta. Su nombre era *Mother Eats Daughter*.

–¡Otra vez una historia de madres! –soltó Natalia.

–¡Cállate! –le dijo Analía–. Suena a *creepypasta*.

–Esas dan miedo –dijo Ximena, recogiendo–. Mucho miedo.

–¡Shhh! –les hizo Fernanda sin cerrar las piernas.

Todas pensaban que la madre de Annelise se parecía a las madres de sus historias de terror, pero no se lo decían.

Todas, menos Fernanda, preferían los ejercicios funambulistas antes que sus historias.

Preferían los golpes y los cortes.

Las humillaciones.

Los pequeños peligros que al menos las dejaban dormir.

–Como decía –dijo retomando su relato–, Rachel tenía quince años y estaba sola, por la noche, en su habitación, escuchando una canción muy rara que encontró en internet. Vivía solo con su madre porque su padre había muerto diez años atrás en un accidente. Por lo general, Rachel se llevaba bien con ella, aunque como toda chica de su edad, ya saben, prefería estar encerrada en su cuarto haciendo cualquier otra cosa antes que pasar tiempo con su familia. –Hizo una pausa para examinar a su público y Fernanda notó que se le enrojecieron los ojos–. Entonces, allí estaba, escuchando *Mother Eats Daughter*, un *single* que había encontrado por accidente en una extraña página web, www.whitegod.org, hasta que vio que el pomo de la puerta giró de un lado a otro, como si alguien quisiera entrar. Y bajó el volumen.

Cada vez que Fernanda escuchaba las historias de Annelise, llenas de pelos y encías y leche y madres e hijas y cultos adolescentes y rituales, se sentía aliviada de que su madre no fuera nada parecida a la de su mejor amiga.

De que no tuviera una dentadura tan blanca.

De que no tuviera una voz igual que uñas afilándose contra su frente.

“Pero todas las madres son la misma madre”, decía Annelise aunque a Fernanda no le gustara escucharlo. “El reverso de la madre de útero deambulante: lo opuesto al gran Dios Blanco”.

Detrás del edificio, a veces, el manglar bramaba mientras ellas contaban sus historias.

Les traía reptiles, anfibios e insectos.

Les traía el sonido aterrador del agua rompiendo su quietud.

Les recordaba que allí estaba el cocodrilo, nadando la profundidad desde hace mil años, custodiando el templo divino y terrible creado por la imaginación desbordada de Annelise.

Por eso Natalia, Fiorella, Analía y Ximena preferían lanzarse por las escaleras.

Bailar junto a las serpientes.

Besar cadáveres de iguanas.

Golpearse con fuerza allí en donde la ropa no le dejaba ver a nadie los hematomas.

Soportar el dolor.

Ganarle el juego al dolor.

Preferían superar los retos más duros antes que escuchar las historias del Dios Blanco de Annelise.

–Rachel preguntó: “¿Qué pasa, ma?”. Y la voz de su madre sonó a través de la puerta con dulzura: “Cariño, ¿me abres la puerta?”. –¡Ay! ¡Que no le abra! –dijo Ximena abrazándose las rodillas.

–¡Cállate! –le gritó Analía dándole una palmada en el brazo.

–Rachel entornó los ojos –continuó Annelise–. No tenía ganas de levantarse de la cama, así que volvió a preguntarle: “¿Qué quieres, ma?”. Pero hubo un silencio muy hondo del otro lado de la puerta.

Del grupo, solo Fernanda sabía que Annelise escribía *creepypastas* en inglés y que las subía a la web con el *nickname* de WhiteGod001.

Los lectores le daban altas puntuaciones a sus relatos.

Tres estrellas.

Cuatro estrellas.

Los publicaba en creepypasta.org con los hashtags: #Computers, #Internet, #Mindfuck, #Madness, #Rituals y #Cults.

–¡Qué miedo!

Todas sus historias tenían un mismo subtítulo: *The White God Cycle*. Y Fernanda siempre las leía antes de que fueran publicadas.

“¿Te imaginas que *The White God Cycle* se volviera viral como las *creepypastas* de *Jeff The Killer* o de *Slenderman*?”.

“¿Te imaginas que muchas personas alrededor del mundo escribieran sobre el Dios Blanco y la edad blanca?”.

Annelise puso una voz ronca mientras miraba hacia el centro del círculo que formaba junto a sus amigas.

–El silencio se prolongó, pero dos golpecillos en la puerta le hicieron saber que su madre seguía

allí. “Cariño, ¿me abres?”.

–Me meo –dijo Natalia, y recibió un codazo de Fiorella–. ¡Auch!

–Rachel resopló –continuó Annelise, ignorándolas–. *Mother Eats Daughter* seguía sonando con ese ruido de boca masticando carne, aunque a un volumen muy bajo. “¿Qué es lo que quieres, ma?”. Hubo un nuevo silencio, esta vez más corto que el anterior. “Cariño, necesito que me prestes los aretes que te regalé en tu cumpleaños”.

–Sí, claro –comentó Analía.

–Rachel empezó a escuchar unos chillidos estridentes que provenían de la canción y frunció el ceño, pero no detuvo el mp3.

–Para variar.

–“¿Mis aretes?”, le preguntó, desconcertada. “¿Vas a salir a algún sitio?”. Y hubo un nuevo silencio. El pomo volvió a girar. Rachel no supo por qué, pero se sintió incómoda. “Cariño, ¿me abres la puerta?”.

De las *creepypastas* más famosas –aquellas que eran consideradas clásicas del género–, a Fernanda le fascinaba la del hombre vestido de oso que secuestraba niños y que estaba contada en forma de entradas para un blog.

“¿Y si creamos una página en internet sobre el Dios Blanco?”.

Se llamaba *1999*. Quien escribía los *posts* era Elliot, un hombre que quería contar los perturbadores sucesos que le ocurrieron en 1999 y que giraron entorno a un canal de televisión: Caledon Local 21.

“¿Y si creamos un canal de YouTube?”.

Todo empezó, según Elliot, cuando él era un niño y veía Pokémon en un viejo televisor sin que nadie lo vigilara. Encontró, por accidente, el canal Caledon Local 21, en donde se transmitían programas aparentemente para niños, aunque de muy mala calidad.

“No podemos filmar nada en el edificio, porque es un secreto, ¡pero podríamos hacer *videoblogs*!”.

Elliot comenzó a ver Caledon Local 21 a pesar de que no entendía sus programas. Recordaba especialmente dos: “Bobby” y “La bodega del Señor Oso”. El primero era algo similar a un *show* de marionetas, pero sin marionetas: solo con las manos de un hombre adulto moviéndose frente a la cámara; el segundo, un encuentro de niños con un hombre vestido de oso. En ambos programas no ocurría mayor cosa, salvo en algunos episodios en los que, de repente, se desataba la violencia.

“¡Podríamos contar las historias del Dios Blanco en *videoblogs* y subirlos a Youtube!”.

Elliot recordaba un episodio de *Bobby* en el que una mano sostenía una tijera y cortaba los dedos de otra mucho más pequeña.

Se escuchaban quejidos ahogados.

Brotaba sangre.

También recordaba un episodio de “La bodega del Señor Oso” en el que uno de los niños intentaba escapar, asustado y llorando, y el Señor Oso lo perseguía.

“O podríamos editar videos con clips de películas o de dibujos animados viejos y cosas que den

–Rachel se levantó de la cama y buscó los aretes en uno de sus cajones –continuó Annelise–. *Mother Eats Daughter* seguía sonando desde su laptop, pero esta vez con alaridos y un ruido de líquido cayendo sobre alguna superficie.

–Yo me haría pis –dijo Ximena.

–Revisó el cajón y recordó, de pronto, que había guardado los aretes en el baño que compartía con su madre, uno que estaba en el pasillo, así que se puso las manos en las caderas y miró hacia la puerta: “Ma, los aretes están en el baño”.

–Ay, ya verás.

–Un nuevo silencio y, en seguida, tres golpes agresivos sobre la puerta la paralizaron. La voz de su madre sonó muy dulce y ronca, tanto que le dio escalofríos: “Cariño, ¿me abres?”.

En el blog de Elliot se contaba que un día, mientras veía Caledon Local 21, el Señor Oso entregó su dirección para que los niños que quisieran contactarse con él pudieran escribirle. Arrastrado por la curiosidad, Elliot decidió enviarle una carta que tuvo como respuesta la invitación del Señor Oso a su bodega. El padre de Elliot, suponiendo que se trataba de un programa infantil normal, llevó a su hijo a la dirección que se indicaba en la carta, pero cuando llegaron al lugar se encontraron con una cabaña al pie de un bosque que acababa de ser intervenida por la policía.

–Rachel se asustó. Se asustó mucho. Algo no iba bien y el pomo seguía girando.

–¡Ay!

–¡Shhh!

–Se acercó a la puerta y se agachó para intentar ver los pies de su madre, pero el pasillo estaba oscuro, sin ninguna luz encendida. Y esto la asustó aún más porque su madre siempre encendía las luces. “Cariño: ábreme”. “Ábreme, anda”.

Elliot supo, con el tiempo, que Caledon Local 21 había sido creado por un lunático que secuestraba niños en el sótano de su cabaña, desde donde filmaba todos los programas que se transmitieron durante meses y que solo las televisiones viejas, como la suya, lograron captar.

–Rachel se sintió insegura. *Mother Eats Daughter* seguía sonando espantosamente en su laptop, perturbándola, así que corrió a detener el mp3.

–¡Por fin!

–Entonces, el pomo dejó de girar –dijo Annelise en voz baja–. Y, llena de pavor, Rachel vio por la ventana las luces del coche de su madre. Y a su madre, sí: bajándose con las bolsas de la compra.

La *creepypasta* contaba que la policía nunca pudo encontrar al Señor Oso, y eso era lo que más le gustaba a Fernanda de 1999: que el final era abierto y que le permitía a los fans actualizar la historia con sus propios relatos sobre Caledon Local 21.

Incluso hubo quienes filmaron episodios de “Bobby” y “La bodega del Señor Oso” y los subieron a YouTube.

A Annelise le encantaban los videos falsos que parecían reales.

–Rachel estaba tan asustada que borró el mp3 de su laptop –dijo retomando su tono de voz normal–. Los días siguientes quiso entrar otra vez en la página www.whitegod.org para buscar respuestas a lo que le había pasado, pero estaba caída. Entonces encontró un foro en donde se hablaba de *Mother Eats Daughter* y en donde se la relacionaba con casos recientes de chicas desaparecidas alrededor del mundo.

–¡Ay!

A Annelise le gustaba ver videos de terror en YouTube a pesar de que su madre se lo tenía prohibido. “Casi todos son filmados y editados para asustar, pero algunos son reales”, le explicó a Fernanda cuando le envió los *links* de aquellos que le encantaba ver en *loop*.

El video *Obey the Walrus*.

El video *I feel fantastic*.

“Es muuuy *creepy*”, dijo Fernanda viendo a una *drag-queen* con polio caminar hacia la cámara de forma renqueante.

“*It’s so fucking creepy*”, dijo viendo a un robot-maniquí en una sala vacía cantando “*I feel fantaaastic*, ei, ei”, y luego un jardín oscuro.

–En el foro, algunas personas contaban cómo experimentaron momentos de absoluto horror, igual que Rachel, mientras escuchaban la canción. Incluso hubo quienes aseguraron que sus madres estaban muertas desde hacía mucho tiempo y que igualmente estas llamaron a sus puertas cuando le dieron *play* al mp3.

–¡Qué horrible!

–Todos en el foro tenían eso en común: habían estado en algún sitio de sus casas con las puertas cerradas. Nadie podía decir qué hubiese ocurrido de otra manera, si no hubieran estado encerrados, ni por qué algo tan sencillo como una puerta detuvo a quien sea que estuviera allí, tras los cerrojos, imitando las voces de sus madres.

Una vez, la señora Van Isschot descubrió a Annelise viendo videos de psicópatas en internet.

Los videos de Ricardo López, el acosador de Björk que se pegó un tiro en la cabeza.

El video *Three guys one hammer*.

Al día siguiente, en el colegio, Fernanda pasó sus dedos por las marcas que el rosario había dejado en las piernas de Annelise. “¿Te pegó con eso?”, le preguntó, asombrada.

“Era lo que tenía cerca”.

Cada vez que se quedaba a dormir en su casa, la señora Van Isschot las forzaba a rezar y, en algún momento, aprovechaba para criticar los modales de Annelise, el peinado de Annelise, la postura de Annelise.

“Al menos tu madre finge que te quiere”, le dijo Anne una noche, bajo las sábanas.

“En cambio la mía me humilla”.

“La mía me subestima”.

Por eso, cuando miraba directo a los ojos de la señora Van Isschot, Fernanda se alegraba de que su madre nunca estuviera en casa.

Si ellas supieran lo que hacemos creerían que somos más que amigas, pensó.

Si supieran lo que hacemos nos matarían.

–Rachel leyó muchas cosas en los foros en donde se hablaba de *Mother Eats Daughter*: cosas como que las frecuencias de la canción creaban alucinaciones, que los sonidos distorsionados habían sido sacados de videos reales en donde madres se comían a sus hijas, o que la canción invocaba de algún modo a una madre caníbal en las cabezas de los oyentes.

–¡Ay!

–Y sobre whitegod.org... decían que era una secta de chicas entre once y dieciocho años que operaba en internet, y nada más. Se rumoraba que un grupo de ellas había hecho la canción, y que estaba compuesto por adolescentes desaparecidas de varios países que, sin embargo, continuaban publicando en internet con sus nombres sin que la policía lograra dar con sus paraderos. Lo único que las relacionaba era esa página que la mayor parte del tiempo estaba caída o cambiaba de nombre: whitegod.org, whiteage.net, thewhitegodcult.info, etc.

Annelise había escrito oraciones al Dios Blanco que solo Fernanda escuchaba sin temblar.

Había escrito cuentos de adolescentes que tras experimentar teofanías mataban a sus madres y se internaban en los bosques llorando leche.

Creepypastas sobre la presencia del Dios Blanco en videojuegos, páginas web, cómics y películas caseras.

Pero también quería filmar videos.

Editar fotografías.

Redactar textos sagrados.

–A partir de lo que le pasó, Rachel se convirtió en una de las primeras investigadoras cibernéticas del culto al Dios Blanco y documentó sus descubrimientos durante dos o tres años, hasta que desapareció.

–¡Lo sabía!

–Se dice que las chicas del culto se contactaron con ella y la desaparecieron, pero también que la reclutaron. Nadie lo sabe. Hay quienes aseguran que las chicas a quienes se les revela el Dios Blanco no desaparecen, sino que se escapan de sus casas. Pero nadie lo sabe.

–Nadie lo sabe.

–El blog en donde Rachel iba colgando toda la información que recopilaba sobre el culto al Dios Blanco también desapareció, pero hubo quienes copiaron fragmentos antes de que lo eliminaran de la web. Y yo les traje uno.

–¡Ay, no!

A veces, a Fernanda no le daban miedo las *creepypastas* que Annelise escribía con el subtítulo *The White God Cycle*, pero cuando las contaba en la habitación blanca del edificio y las demás cerraban los ojos, asustadas, ella cerraba los ojos también.

Annelise sacó su iPhone del bolsillo de su falda.

–Esta es una de las primeras entradas de su blog, y comienza así: “¡Hola! Disculpen que haya tardado tanto en actualizar esto. He tenido muchísimas tareas en el cole y otros asuntos... No tengo mucho tiempo. Vengo solo a colgar lo que he copiado de www.whitegodcult.info. Aproveché la madrugada de ayer para hacerlo. Las páginas están casi siempre caídas, menos ayer. Ayer esta funcionó durante unos minutos. No pude navegarla entera, pero esto es lo que pude copiar. Aquí va”.

–¡Ay, no lo leas!

–Esto fue lo que Rachel copió de la página –continuó–: “Bienvenida al culto al Dios Blanco, un homenaje al dios-madre-de-útero-deambulante, la verdadera madre y origen de la leche. Objetivos: 1. Hacer una teología del Dios Blanco. 2. Castigar a las falsas madres. 3. Reclutar a todas las hijas. Nota: si estás leyendo esto, prepárate para una teofanía. Oración al Dios Blanco: Dios-madre-de-útero-deambulante/ Me abro a ti/ Te entrego mi cráneo de leche/ Mi pureza/ Mis dientes/ Mi hambre/

Me abro a ti/ Te entrego mis miedos/ Hago contigo y el horror un templo/ Me abro a ti/ Te entrego mi sangre y las de mis hermanas/ Juntas veneramos tu mandíbula encarnada/ Me abro a ti/ Goteando/ Salpicando/ Mis deseos/ Mis ansias/ Me abro a ti/ Dios Blanco/ A lo prohibido/ A tu mancha/ Me abro a ti.

–¿Vamos a rezar eso? –preguntó Fiorella.

–Ay, no. Me da miedo –dijo Ximena.

Annelise decía que las cosas malas que hacían en el edificio, aquellas prácticas secretas que no compartían con nadie y que sus madres censurarían, eran consecuencia de la edad blanca: manchas que el Dios Blanco despertaba en ellas.

–Claro que rezaremos eso –dijo.

Fernanda sabía que era mentira, pero las demás decidían creerle, aliviadas de que lo que hacían no procediera de sus cabezas ni de sus cuerpos, sino de algo que las rebasaba y que eran incapaces de controlar.

–A ver: recemos.

Todas le rezaban a la imaginación litúrgica de Annelise.

–Oremos.

Todas tenían pulseras hechas con sus cabellos.

XIX

A: Miss Clara, ¿usted cree que una maestra es como una madre?

C: ¿Disculpa?

A: Yo creo que sí, porque una alumna es como una hija que aprende.

C: Creo que ya hemos terminado por hoy.

A: Entonces, si yo soy como su hija y usted es como mi madre, debería protegerme, ¿verdad?

C: ¿Perdona?

A: Debería ayudarme a no tener miedo.

C: No te entiendo, Annelise. Estoy cansada de estas conversaciones.

A: ¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?

C: ...

A: Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?

Cuando Clara entró a la enfermería lo primero que vio fue la rodilla izquierda de Annelise Van Isschot, roja y abierta como la boca de un bebé que llora, y el blanco de la falda de la enfermera Patricia flotando mientras un líquido transparente caía sobre esas fauces de bebé enseguida espumadas, rabiosas de bacterias, gritando por encima de la rótula. Era una rodilla que chillaba colores en solitario. Magenta, rosa, arrebol. Granate, carmesí y escarlata. La rodilla de Annelise Van Isschot chillaba todos los tonos de la sangre, pero el resto de su cuerpo mantenía la compostura. Clara la vio cerrar los ojos cuando la enfermera Patricia le echó más líquido transparente sobre la piel en desgarró. Vio que tenía el labio superior partido como una fresa. Vio que las pecas le chillaban en bermellón. “¿Qué le pasó?”. “Se peleó con su mejor amiga”. Clara no sabía que pelearse con una mejor amiga podía ser así de rojo. El olor a alcohol le pareció repugnante y la hizo encogerse debajo de la ropa y retroceder sus tacones bajos arañando el suelo apenas dos centímetros. Vio, con algo de alivio, que Annelise no la miraba, sino a las baldosas, es decir, al vacío. Vio que tenía el pelo negro y liso pegado a los pómulos y al cuello. Vio que jadeaba. “No puede ser que dos mujercitas se peguen así”, dijo la enfermera. “Dos mujercitas no hacen estas animaladas de varones”. Annelise apretaba el borde de la camilla con sus manos de nudillos girasol. Su labio le goteaba coral sobre los dientes, pero ella solo miraba las baldosas. “La otra chica resultó menos dañada y se la llevaron a rectorado”. *Parece una vampira; una Carmilla del siglo XXI*, pensó Clara sin moverse del umbral de la puerta, viendo la pornografía del pequeño uniforme de Annelise Van Isschot todavía húmedo sobre los senos y sobre las ingles. “Están llamando a los padres ahora, pero parece que no contestan”. La mejor amiga de Annelise era Fernanda Montero, recordó con el cuerpo cada vez más tieso y frío ante la sangre. Estaban en 5°B. Tenía clases con ellas los lunes, los miércoles y los jueves, pero con Annelise Van Isschot, alias la Pecas, tenía, además, clases extra los viernes por la tarde, a solas, porque esa era la forma de castigar a una chica en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, cuando dibujaba a un Dios travestido. “Esta violencia no es normal en una mujercita”, dijo la enfermera ocupándose del rostro de Annelise. “¡Mira cómo le ha dejado la cara a la nena!”. Todos habrían querido que en el sorteo saliera Teología, pero salió Lengua y Literatura. “Una cosa es un empujón o una bofetada, y otra cosa es esto”. Todos se arrepintieron de haber sorteado la materia de castigo cuando salió Lengua y Literatura y no Teología. “Pobrecilla, a ver, levanta el mentón”. Clara sintió cómo sus huesos comenzaron a replegarse anticipando un posible ataque de pánico y, aunque quizás era solo un síntoma de ansiedad frente a una escena de violencia, decidió irse sin sus pastillas. “Levanta un poco más el mentón, nena, un poquito más, eso es”. Annelise la miró de reojo antes de que se marchara, o eso le pareció justo en el momento en el que se daba la vuelta y salía de nuevo al sol.

La pensó todo el día así: como una cría salvaje que había logrado escapar de la inesperada traición de una de sus hermanas.

Luego, en la sala de profesores, se enteró de lo que había sucedido: una le haló el cabello empujándola hacia atrás, arqueándole la espalda por la fuerza del tirón; la otra respondió con un

golpe a puño cerrado sobre los labios. Le dijeron que Annelise había agarrado a Fernanda primero, pero que Fernanda se había lanzado sobre Annelise con todos sus huesos y sus uñas como el esqueleto de sangre que era, como la potrilla sin riendas que era. Mister Alan y Miss Ángela las separaron mientras se pegaban en la cafetería durante el recreo más largo. “Se pegaban como dos boxeadoras fuera del *ring*”, decían. *Fuera del ring es donde en verdad se viven los golpes*, pensó Clara, pero no lo dijo. Esa misma semana, durante su clase personal con Annelise Van Isschot, le preguntó por el incidente tratando de no mirarle la costra oscura del labio superior. “Fernanda y yo ya no somos amigas”, le dijo con el mentón tan elevado como se lo pidió la enfermera Patricia días antes. “La odio y creo que quiero vomitar”.

De todos los cursos en los que Clara impartía clases, el más difícil era el de Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas: Natalia y Fiorella Barcos, Analía Raad y Ximena Sandoval. 5°B estaba dominado por ellas y sus desmanes, pero las otras, sus compañeras de salón, pugnaban por el poder territorial hasta cuando bajaban los hocicos al suelo y las seguían con los cordones desatados y las faldas siempre abiertas, siempre elevándose peligrosamente sobre el muslo. Era un aula en donde se condensaban personalidades intensas y provocativas que disfrutaban de rozar los límites de la convivencia. “El 5°B es especial”, le dijo Ángela la primera semana de clases. “Vas a tener que ganártelas poco a poco”. Pero con el tiempo solo consiguió sentirse aún más repelida por el carácter del grupo. Detestaba la música que hacían con sus voces y la expresión burlona de sus miradas, como si supieran algo que ella no y bajo ninguna circunstancia pensarán decírselo. La combinación de cuerpos largos, apretados, con cabellos revueltos y uniformes flotantes le resultaba excesivo; como una aparición demasiado luminosa o una imagen procaz borboteando en el vaho tropical. Otros cursos, en cambio, eran diferentes. En otros cursos las chicas obedecían, iban peinadas y los uniformes les quedaban mejor. Las voces de las chicas no se parecían en otros cursos y sus miradas eran más mansas y más finas. A veces quería llorar mientras escribía en la pizarra del 5°B. Entonces apretaba la mandíbula y las palabras de su madre muerta le peinaban la cabeza: “Hagas lo que hagas, jamás muestres debilidad delante de tus estudiantes, Becerra”. Pero ella siempre acababa enseñándoles sus descosidos porque había algo mínimo disfuncional en su relación con esas chicas. Todas eran inquietas y habladoras. Se movían de sus sillas, sacaban la lengua, pegaban mocos y chicles debajo de los pupitres y olían a sudor y a menstruación. Eran desaseadas y descaradas y se reían sin recato, a carcajadas siniestras, con las blusas desabotonadas y sin planchar. Pero Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas eran especialmente insoportables para Clara. Durante meses la estudiaron y probaron a conocerla, a alcanzar algún tipo de intimidad imposible dentro del aula, pero no con una intención amistosa, pues la amistad solo existía entre iguales, entre hermanas, y ellas sabían que entre una maestra y una estudiante no podía haber igualdad, así como tampoco la podía haber entre una madre y una hija. “¿Cuál es su novela favorita?”. “¿Usted escribe?”. “¿Cuántos años tiene?”. “¿En dónde vive?”. Le preguntaban cosas porque era la profesora nueva y la estudiaban como un juguete en la caja, empapelado, con un pompón en el centro de la frente. “¿Le gusta el maquillaje?”. “¿Por qué le tiembla la barbilla?”. “¿Cree usted en Dios?”. La interrogaban en medio de la clase, sin venir a cuento, para destrozarse su caja bella de regalo. “¿Tiene novio?”. “¿Está casada?”. “¿Qué opina del lesbianismo, el islam, el uso de condones y el kichwa?”. Clara había intentado ser igual a su madre a pesar de que Elena le había dicho, muchas veces antes de morir, que no existía igualdad posible entre una madre y una hija. “¿Cree usted en la virginidad de la Virgen María?”. Tampoco existía igualdad entre una maestra y

una estudiante a pesar de que las buenas maestras, decía, intentaban salvar las diferencias. Por eso las del 5°B la exploraban, para saber qué clase de ama era: de las que mordía o de las que se podía morder. Para saber qué tan madre y qué tan maestra era a la hora de amaestrar. Pero en relaciones jerárquicas como esas, de dominación especular y de bozales, el resultado se repetía hasta que algo interrumpía el ritornelo. Una levitación, un sucumbir: el de abajo descifraba el método y la interrupción reproducía la pieza a la inversa. Clara reconocía el movimiento de la historia porque había terminado comiéndose a su madre, pero no iba a dejarse comer por sus alumnas del 5°B. El problema real, sin embargo, no era el curso entero en temporada de caza, sino Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas. La incertidumbre se retorció en ese grupo de seis puntas. Seis filos aviesos de masticar.

Todavía recordaba el momento en el que supo que no tenía ninguna autoridad en el 5°B más que la que aquellas chicas le cedían en migajas de vez en cuando. No fue durante las mañanas de preguntas interrumpiendo la dirección de la clase, ni durante los paseos de Analía Raad por el aula, zigzagueando sin permiso entre las bancas de sus compañeras mientras Clara explicaba algo –“Es que necesito estirar las piernas”, decía, pero su única razón era desafiarla, testar los bordes de su paciencia con su sonrisa aguda de coyote flaco–: fue el instante en el que Annelise Van Isschot logró que todas hicieran silencio porque quería escuchar la clase sobre Edgar Allan Poe. Clara había intentado interesar al curso durante más de media hora sin conseguirlo, pero bastó un grito de Annelise para que sus compañeras se calmaran y acomodaran en sus asientos. Esa mañana no se sintió agradecida, sino humillada. Y desde entonces todo se puso peor. Las chicas empezaron a hacer ruidos estridentes cuando ella escribía en la pizarra o cuando les daba la espalda por algún motivo. “Perdón, Miss Clara”, decían tirando sus cosas al suelo. Lápices, bolígrafos y compases rebotaban frente a su nuca. Luego los recogían y, tras unos minutos de aparente serenidad, volvían a estrellarlos lejos de sus pupitres. Una mañana Fernanda Montero empezó a silbar mientras ella explicaba la diferencia entre oraciones coordinadas y subordinadas. Le pidió que dejara de hacerlo, pero Fernanda continuó silbando y mirándola directamente a los ojos; y cuando Clara le ordenó que abandonara el aula, Fernanda siguió silbando muy quieta en su silla, sin zapatos y acariciando el suelo con la punta de sus medias de algodón. Aquellas actitudes incrementaban su ansiedad cada vez más física y la hacían encerrarse en el baño de profesores a llorar y a limpiarse el sudor del cuello y del vientre –Clara sudaba mucho cuando se ponía nerviosa y sus pies goteaban tanto como los de su madre–. Las chicas del 5°B querían que transpirara anzuelos y que llorara leche para canibalizar su autoridad. Eran hijas destetadas y necesitaban carne. Por eso le ponían cáscaras de plátanos junto al escritorio y le regaban agua en la silla. Por eso colocaban el borrador y el marcador en el suelo: para ver a su maestra agacharse, inclinar su estatura y prestarle respeto a las bancas que eran tronos reflejados en el techo. Intentó no sentirse ridiculizada ni ver cómo las nalgas de sus alumnas le cortaban la cabeza, pero desde lo ocurrido con las *M&M's* tenía poco control sobre lo que sentía. Su cuerpo estaba trizado y cualquier aliento torcido la empujaba hacia la nada: un abismo de piernas hipersensibles al tacto de la atmósfera. Ellas escupían sobre los libros y cuando Clara escribía a lo ancho de la pizarra golpeaban rítmicamente sus pupitres con las palmas abiertas. *We will, we will, rock you*, escuchaba en su cabeza. Las faldas abriéndose como sombrillas durante los recreos la hacían temblar. Creyó que con el tiempo la sensación de peligro e indefensión frente a las nínfulas disminuiría, pero los meses consolidaron el galope de su miedo. Y no era solo algo que experimentaba con el grupo de Annelise Van Isschot. No era solo la culpa de sus alumnas pesadilla

del 5°B. Las córneas púberes de las chicas de 1°A, por ejemplo, le parecían terribles. Sus dedos premenstruales acabarían como los de Ximena Sandoval, pensaba, y quizás se los meterían a la boca y los chuparían igual que Fernanda Montero y Annelise Van Isschot en sus clases, o igual que Malena Goya y Michelle Gomezcoello comiéndose la nutella de su refrigerador. Sentía un asco profundo cuando a primera hora entraba en el aula y veía los ocho o diez o quince pares de ojos legañosos del 3°B, cosidos todavía con el hilo de las almohadas. Y la forma en la que las uñas de las chicas del 2°C estaban siempre llenas de porquería. Y la largura de las pestañas de Priscila Moscoso. Y los pezones marcados en la blusa de Marta Aguirre. Y los labios ensalivados de Daniela Correa. Todos los cuerpecitos de úteros calientes y clítoris inflables le producían una extraña irritación en los huesos, allí donde no podía rascarse. A veces quería lanzar su esqueleto por las escaleras para aliviar la picazón, romperse ante la mirada perezosa de la inspectora, tragarse agua hirviendo para lacerar la angustia del contacto físico inesperado. Annelise Van Isschot y Fernanda Montero habían descubierto el escozor que sentía cuando por accidente rozaba la piel de alguna falda, y desde entonces jugaban a acercársele demasiado, a arrastrarla hacia la parálisis del pecho, el calambre en los brazos, la langosta en la sien. Pero sus constantes ataques de niñas-torturadoras-ovulares cedieron después del día en que se pegaron durante el recreo más largo, rodeadas de ventiladores y de chicas mal uniformadas –porque ninguna alumna del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, se atrevía a usar bien el uniforme–. La olvidaron, y el fin de puños de esa amistad le hizo la vida más fácil a Clara durante algún tiempo. El tiempo exacto que le tomó a la costra negra, escarabajo lúbrico en la epidermis, desaparecer de los labios de Annelise.

“¿Por qué se viste igual a su madre, Miss Clara?”, le preguntó ella mucho antes de que se peleara con Fernanda Montero, su mejor amiga, su hermana cobra, su siamesa de cadera, cuando en una de las clases de castigo su bolso modelo-materno-del-año-noventa-y-ocho cayó al suelo y, del bolsillo interior más recóndito, salió volando la foto de su madre como un pez suicida al aire. ¿Y a ti qué mierda te importa?, pensó sin decir nada. Y como no respondió, como ignoró la pregunta mostrando su debilidad, fallándole a su madre muerta con su torpeza muda, Annelise sonrió de un lado de su cara e hincó el diente. “Hasta la forma en la que se peina es igual”. “¿No le da miedo mirarse al espejo?”. Pero lo que a Clara le daba miedo era estar a solas con su estudiante después de que, a la segunda semana de reunirse en el aula vacía del 5°B, Annelise la agarrara por el brazo y ella, horrorizada, la empujara haciéndola caer de culo contra el suelo. Todavía recordaba el espanto de saberse descubierta, el grito ahogado de criatura marina que le salió al ver a su alumna en las baldosas, agredida por ella, y la sorpresa en el rostro de Annelise. Y la alegría en el rostro de Annelise. Parecía una niña pirata mirando oro en el descalabro; oro en el descontrol y en el terremoto de las pupilas de su maestra. Clara creyó que se lo contaría a alguien, que iría al rectorado a decir que su profesora la había golpeado y que ella no podría decir que no era cierto, pero que igual lo diría. Lo negaría todo. La despedirían, pero ella nunca lo admitiría. Nunca diría que cuando una chica de colegio la tocaba era como si millones de agujas entraran en sus poros y hurgaran en su carne. Nunca diría que era como si cada uno de sus órganos empezara a descomponerse y un chirrido le naciera desde adentro de los tímpanos. Nunca diría que podría hasta mearse, orinarse encima como lo hizo frente a las atronadoras risas de las *M&M's*. Que podría hasta vomitar la sangre, el vientre, los pulmones y el corazón sobre la tierra. No lo diría porque la llamarían loca, frágil, menguante. Le acariciarían la cabeza e igual la despedirían, pero con lástima. Y entonces ya no habría posibilidad de que las cosas volvieran a ser como antes, como cuando cuidaba de la

radiografía de la columna vertebral de su madre y los ataques de pánico carecían de otro motivo que no fuera el miedo primordial al miedo. El horror más puro: transparente, horizontal y febril.

Annelise Van Isschot no le contó a nadie lo que sucedió ese viernes.

O quizás sí, pero a sus amigas. Lo único que Clara supo con certeza fue que, al mantenerlo en secreto, su estudiante le había demostrado una vez más quién tenía poder sobre quién. Y ahora estaba la alumna arriba de la maestra y la hija en el occipital-río de la madre. Clara, que también fue una hija, supo ahogar a su progenitora con su liviandad tibial de neonata. “Mientras más te pareces a mí, más me parezco yo a ti”, le decía Elena Valverde llorando porque Clara se le sentaba encima con todo el peso de su amor umbilical. “Parece que me hubieras recién nacido ayer”. “Parece que me recién nacieras cada mañana”. Clara compadecía a su madre muerta desde que sabía lo que era tener a una neonata sentándose encima de su cráneo. Una *baby born* de quince, casi dieciséis, que se alimentaba de ella como toda alumna se alimenta de su maestra. O como toda hija-drenadora-de-las-aguas-de-su-mami se alimenta de su origen. “Me enfermas”, le decía Elena. “No eres una muchacha normal”. Clara percibía que Annelise disfrutaba siendo el agente de su miedo igual que ella disfrutó, sin conciencia y sin piedad, siendo el agente del miedo de su madre. “Una muchacha normal no asfixia la mano que le da de comer”. Pero una muchacha normal y corriente comía solo lo que estaba vivo; lo que respiraba, temblaba y humedecía el mundo, pensaba Clara cuando veía a sus chicas corriendo durante los recreos. Una muchacha normal digería la vida de los otros, las tibiezas de los otros, para calentar su sangre helada de reptil plutoniano. Y Annelise era ordinaria y engullía manos largas después de acariciarlas. Clara pensó que abusaría del conocimiento que tenía de su maestra, pero fue, durante un tiempo, una ama indulgente. Fingió que no había sido empujada. Fingió y le pidió que le enseñara el correcto uso de las comas porque quería aprender a escribir bien. “Quiero escribir cosas que den miedo”, le dijo. Mantuvo la distancia, aunque a veces jugó a aproximarse demasiado, a arrimar el codo a su codo, a mirarla con una profundidad incómoda de shamana cimarrona. “Quiero escribir cosas que den mucho miedo”. En los mejores momentos de las clases de castigo –cuando la conversación fluía a más de tres metros de distancia–, Clara le hablaba de su libro de los volcanes y Annelise de las películas de horror que veía, de la literatura de horror que leía y de los cómics de horror que prestaba de la biblioteca. “La erupción del volcán Tambora en el siglo XIX dejó los cielos de Europa cubiertos por una capa de gases y de ceniza, y fue ese ambiente tenebroso el que inspiró a Lord Byron a retar a Percy Shelley, Mary Shelley y John Polidori a escribir una historia de horror”. En momentos así, Clara unía su libro de los volcanes a la literatura preferida por Annelise para mantenerla interesada y quieta. “De ese encierro volcánico en la casa de Lord Byron surgió el monstruo de Frankenstein y el primer vampiro novelado de la literatura”. A veces, si quedaba tiempo, le hablaba de algunas culturas que creían que los volcanes eran entradas a los infiernos. *The horror! The horror!* “Un volcán se parece a la mente de una persona: una montaña en donde la locura arde”, le dijo luego de explicarle la relación entre volcanes, terremotos y apocalipsis. A veces a Annelise le interesaba escucharla hablar sobre cómo el miedo se nutría del paisaje. “Ya lo decía Lovecraft: el horror está en la atmósfera”, le dijo durante un instante en el que olvidó que, si quería, Annelise podía estirar su brazo y tocarla. “Porque el miedo es una emoción”, le dijo evitando sus ojos. “Y es la prueba de que lo primitivo nos habita”.

Durante un tiempo sus sesiones fueron así. Y entonces la costra negra desapareció y Annelise le dejó un ensayo perverso sobre el escritorio.

Ese fue el comienzo del daño.

Nombre: Annelise Van Isschot

Asignatura: Lengua y Literatura

Profesora: Clara López Valverde

CONSIGNA: “Escriba un breve ensayo en el que comente alguno de los cuentos de Edgar Allan Poe revisados en clase”.

Querida Miss Clara:

No voy a escribir sobre Poe. Disculpe que sea tan directa y que lo diga así, sin chiste, pero eso de hacer piruetas antes de caer sobre el centro de lo que se quiere decir me aburre. Como decía, no voy a hablarle sobre los cuentos de Poe, sino sobre la experiencia del miedo y, especialmente, sobre el horror blanco. Usted lo mencionó alguna vez, ¿recuerda? (aunque le parezca increíble, yo la escucho con atención). Hablamos de él cuando nos hizo leer en clases un capítulo de *Moby Dick*, “*The whiteness of the whale*”. Pues bien, en mi ensayo hablaré de eso: del horror blanco. Pero no a partir de Melville, sino de lo que yo siento y de lo que creo que usted siente. Así que, en realidad, este no será un ensayo, sino una confesión o un intento de compartir algo muy íntimo con usted. Decidí hacerlo de esta manera, como si fuera un *mail* o una carta, porque es más fácil dirigirme a una persona en concreto mientras escribo. Después de todo mi destinatario es usted, no un ser abstracto ni toda la humanidad. Escribir para toda la humanidad, como hacen los ensayistas, es escribir para nadie (ellos escriben para sí mismos o para hacer que otros piensen que son muy inteligentes). Por eso nunca me han gustado ni los diarios ni los ensayos. Prefiero comunicarme con alguien real, alguien a quien tenga algo importante que decirle, y no con lectores imaginarios. Lo encuentro más honesto que fingir o algo así. Además, me ayuda a estar segura de lo que quiero contar, porque si la gente fuera sincera admitiría que nadie le cuenta lo mismo a su mamá que a su amiga o a su profesora: todos decimos cosas distintas según a quien le hablamos, y no estamos mintiendo, sino que cada persona nos hace decir una verdad única y ajena a las otras muchas que llevamos dentro. Por ejemplo, esto está pensado solo para usted. Cada una de estas líneas son como son porque están escritas para mi profesora de literatura, quien me las arranca del cuerpo desde el centro de mi mente. A nadie más podría decirle lo que ahora voy a decir.

Esta escritura es una de las cientos de verdades que existen en mi cabeza.

Es cierto que a Fernanda y a mí nos gustan las películas de terror. De hecho, eso fue lo que nos llevó a la literatura. Cuando vimos *El inquilino* de Polanski nos lanzamos a leer la novela francesa que la inspiró. Hemos leído todo Stephen King y también los filmes basados en sus libros. Tal vez esto la decepcione, Miss Clara, pero lo único que quiero es ser honesta: fuimos a la literatura porque queríamos asustarnos de verdad, no por amor al arte o todas aquellas cosas que usted nos dice en clases. Y los libros (bueno, algunos) dan mucho miedo. Creo que es porque nada de lo que se cuenta en ellos puede ser visto, sino apenas imaginado. Cuando leí a Lovecraft, por ejemplo, lo primero que pensé fue que sus mejores cuentos no podrían ser llevados al cine sin ser transformados en otra cosa. No había visto películas basadas en lo que escribió, pero las busqué para confirmar mi teoría (mi

teoría era que una adaptación al cine de un relato de Lovecraft jamás podría asustar a nadie porque el horror cósmico no tiene imagen). Ese es su problema y principal virtud: no puede verse, por eso genera tanto espanto. Y no me refiero a un espanto que te haga temblar y tener pesadillas, porque el horror cósmico no hace eso, sino a una inquietud, algo así como una presencia sentada al fondo de ti. Esa presencia no es una persona, ni una cosa, ni un animal. Carece de forma, pero se compone por todo lo que no puede ni siquiera pensarse. Por eso el horror cósmico (que se parece un poco al horror blanco, aunque esto lo explicaré luego) no tiene nada que ver con fantasmas, demonios, zombies, vampiros u otras criaturas peligrosas que pueden ser destruidas (sí tiene que ver con lo extraterrestre, pero no al modo de *The X-Files* sino a lo Pennywise en *It*), porque en Lovecraft lo extraterrestre y lo monstruoso es, como usted sabe, lo indescriptible; una metáfora de lo desconocido e inmensamente superior (es casi místico y supera a su referente). De todos modos, lo extraterrestre no importa porque, en el fondo, todo esto se trata de una cosa más grande y abstracta. Pero volvamos a la presencia a la que me refería: es algo informe y monstruoso que pareciera siempre haber estado allí. El verdadero horror cósmico es eso, y una vez que se ha revelado (porque sí: es una revelación), permanece al fondo de nuestra mente hasta que nos destruye. ¿Cómo podría llevarse eso al cine, Miss Clara, sin volverlo ridículo? (y, como usted sabe, uno no puede temerle a aquello de lo que se ríe). Incluso si se hiciera una buena película sobre el horror cósmico esta tendría que sacrificar el horror (parte esencial de sí) y transformarse en un *thriller*. Sería una película “sobre” y no “de” (como esta carta/ensayo en la que hablaré del horror blanco, pero que de ninguna manera es horror blanco). Además, el horror cósmico tampoco puede ser descrito como se describiría el ataque de, digamos, un hombre lobo, porque aquellos que lo experimentan son incapaces de comprenderlo y, cuando por fin se acercan a su significado, se dan cuenta de que no tienen palabras suficientes para hablar de ello; que está más allá del lenguaje y que, desde ese momento hasta el final de sus días, deberán cargar en soledad con esa revelación incompleta e incommunicable. “Tekeli-li”, por ejemplo, es el sonido sin significado que inventó Poe para el horror blanco. Y no es casual que Lovecraft, quien tenía clara la relación entre el horror blanco y el horror cósmico, haya terminado usando ese mismo sonido para su única novela, *At the Mountains of Madness* (que al igual que *The Narrative of Arthur Gordon Pym* se desarrolla en la blanquísima Antártida). “Tekeli-li” es lo que el horror blanco y el horror cósmico tienen en común, ¿no lo cree?: su capacidad para implosionar el lenguaje. Esto solo puede funcionar en la literatura porque allí las palabras son como matrioskas o, como usted dijo en clase, una “puesta en abismo” dentro de nuestra imaginación. Creo que ahora entiendo lo que quiso decir: las palabras abren puertas inhóspitas e invisibles en nuestras cabezas y cuando estas puertas se abren ya no hay vuelta atrás. Pero en el fondo quiero hablarle de otra cosa: de cómo todo esto se relaciona con el horror blanco, con lo desconocido y con lo que no se puede entender y, también, de cómo se relaciona con usted y conmigo y con lo que creo que nos une de una forma especial (llegaré a este punto dentro de un rato, Miss Clara, así que le ruego que no deje de leerme).

Lo desconocido, decía, obviamente es siempre terrorífico, pero lo horrible, lo que en verdad nos petrifica los órganos, es lo que conocemos a medias; lo que tenemos cerca y, a pesar de ello, somos incapaces de entender. Voy a explicarlo: cuando uno desconoce alguna cosa siempre puede tener la esperanza de llegar a conocerla en el futuro, pero ¿qué haces con algo que siempre has tenido enfrente y que de repente se muestra irreconocible e impenetrable? Lo horrendo, quiero decir, no es lo desconocido, sino lo que simplemente no se puede conocer. En Lovecraft esto está relacionado con seres atávicos y extraterrestres, con mitologías y orígenes, pero en el fondo se trata de una

presencia informe que nos sobrepasa, que va más allá de nuestras pequeñas existencias y que responde a fuerzas inexplicables de nuestras y otras naturalezas. Esta presencia puede ser cualquier cosa, incluso una idea o una percepción del mundo o de las personas que nos rodean. Pero no es algo que solo surja del interior de alguien, sino también de su relación con el exterior. Por ejemplo, cuando comentamos el cuento sobre el gato negro usted dijo que Poe nos daba pistas de que el narrador estaba loco (su alcoholismo, su mal carácter, sus ideas extrañas sobre su mascota...). Si solo leyéramos el cuento de esa manera se trataría de la historia de un demente que acaba matando a su esposa y, como es un narrador en el que no se puede confiar, sería tonto que le creyéramos su versión de los hechos. Pero (y esto es algo que quería decirle en la última clase, aunque no me atreví) lo que realmente nos da miedo como lectores es ese pequeño agujero en donde cabe la posibilidad de que el narrador estuviera diciendo la verdad. Si su historia fuera cierta entonces no habría explicación posible, lógica o racional que nos ayudara a entender lo que pasó. Tendría que tratarse de algo espantoso y oscuro encarnado en el gato, es decir, en lo familiar, que solo el narrador fuera capaz de percibir; algo que estuviera más allá de nuestro entendimiento. ¿No es esta una lectura que se acerca un poco al horror cósmico de Lovecraft? Sé que Poe escribió otra clase de horror, pero ¿no es el horror cósmico, a fin de cuentas, esa tensión entre la revelación que ocurre en la mente de alguien y el agente externo que la desata? Es decir, no se trata de la locura de una persona ni de una horrible realidad sobrenatural de la que hay que intentar escapar (aunque no sirva de nada), sino de ambas situaciones y, a la vez, de ninguna. Es una sensación: la de que existen cosas, asuntos materiales, que habría sido mejor no haber intuido nunca.

Y aquí viene lo interesante, Miss Clara: el horror blanco se parece al horror cósmico en esa sensación mística. El blanco, como usted dijo en clases, representa la pureza y la luz, pero también la ausencia de color, la muerte y la indefinición. Representa lo que con solo mostrarse anticipa cosas terribles que no pueden ser conocidas. Es un color tan luminoso y tan limpio que pareciera estar a punto de enturbiarse, a punto de alcanzar su palidez perfecta. En otras palabras, el blanco es como el silencio en una película de terror: cuando aparece, sabes que algo horrible está próximo a suceder. Esto se debe a que se pervierte y contamina con facilidad. De hecho, uno de los aspectos que inquieta de la blancura es que es pura potencia y siempre está demasiado cerca de convertirse en cualquier otra cosa. ¿Lo ve? El contraste entre lo mejor y lo peor que el blanco trae a la imaginación es tan grande que me provoca escalofríos. Por eso la experiencia del horror blanco es la del deslumbramiento; no la del miedo que proviene de lo que se esconde dentro de la sombra, sino la de lo que se revela en la luz brillante y desaturada y nos deja sin palabras. Por ejemplo, sé que el horror que usted siente hacia nosotras surge de la revelación de algo imposible de conocer y no de lo que está oculto. La he observado y no se trata del miedo que nos tienen los profesores nuevos porque sienten que no pueden controlarnos y ven su autoestima en peligro (“¡ay, no les interesa lo que digo!”, “¡ay, no soy bueno en mi trabajo!”, “¡ay, soy un inútil y un fracasado!”). No, el de usted es un horror real que es físico y metafísico a la vez. En cualquier caso, siento que usted y yo tenemos en común un acercamiento real a un miedo diferente que no todos comprenderían aunque intentáramos explicarlo. He visto cómo tiemblan sus manos cuando está cerca de nosotras. Hace dos semanas, por ejemplo, Fernanda le tocó el hombro y usted se recogió como un ciempiés. La piel de su cara se volvió húmeda y a todas nos pareció una criatura sin párpados extraída a la fuerza del agua. Recuerdo que me pregunté en ese momento si sería posible, para cualquier otra persona que no fuera usted, mantener los ojos abiertos durante tanto tiempo. Admito que me pareció inhumano y asqueroso (hay

gestos que nos separan de los monstruos y parpadear es uno de ellos). En fin, después de que me empujara yo la he tocado también por accidente, ¿recuerda? La semana pasada rocé su brazo cuando sonó el timbre del recreo y usted soltó un pequeño grito. No fue un quejido: fue un grito diminuto, como una aguja atravesando una uña, igual que aquella vez en la que me empujó. Si hubiera podido verse entendería por qué conozco su secreto. En ese instante corroboré que usted no tolera que la toquemos o que estemos cerca de su cuerpo. Es como si sintiera una especie de repulsión hacia nosotras, algo que la hace dejar de parpadear. Esto no le ocurre con los adultos porque la he visto besar las mejillas de otros profesores y apretar las manos de los directivos con normalidad. Antes creía que su seriedad dentro del aula respondía a su estilo de dar clases, pero ahora sé lo difícil que es para usted compartir un salón con más de veinte adolescentes que, en cualquier momento, podrían aproximarse. ¿Le teme a nuestra juventud, Miss Clara? No, eso no tendría sentido porque usted es joven. Además, todos aman la juventud. Entonces ¿qué es lo que la espanta tanto de nosotras? Y aquí es donde empieza mi teoría: tal vez sea nuestro estado intermedio. Somos, después de todo, personas que no están ni en la infancia, ni en la adultez, sino en una especie de limbo vital, en la “etapa de formación definitiva del carácter”, según lo que dice la rectora y Mister Alan. Hay una especie indefinición peligrosa en la adolescencia, un vacío, una potencia que puede dispararse hacia cualquier lugar y que la hace muy distinta, incluso opuesta, a todas las demás edades. He pensado mucho en esto. Hay preguntas en torno a su condición que no puedo responder, lo admito, pero otras las resolví pronto. Por ejemplo, concluí que su miedo es reciente, porque si lo hubiera sentido antes no se habría convertido en una profesora de BGU, ¿verdad? Nadie en sus cinco sentidos habría escogido una profesión en la que debe estar junto a aquello que más teme. De hecho, es bastante probable que su miedo tenga origen en lo que le pasó en ese colegio. Tuvo que ser una experiencia difícil, pero mi papá me dijo que esas chicas fueron castigadas, aunque eso no es lo importante, ¿cierto? Usted no les tiene miedo a ellas, sino a su edad, es decir, a un determinado tiempo de los cuerpos. Una vez Mister Hugo nos dijo que el tiempo era una ilusión con la que medíamos los cambios y que, incluso, hay científicos que afirman que no existe. Sea como sea, temer a una edad que representa el vacío y la indefinición, pero también la posibilidad de muchas cosas, la potencia de ser, es una experiencia similar a la del horror blanco. Para usted, nosotras, que somos la pubertad, la nada y el todo, también somos una forma especial de la materia orgánica que nos hace vulnerables a un tipo de posesión. Pero no me refiero a una posesión demoníaca, porque entonces estaríamos hablando de lo maligno según criterios judeocristianos y el horror blanco supera esa idea de que nosotros, los hijos de Dios, somos el centro de una batalla universal entre el bien y mal. En este caso hablo de una posesión diferente. Es como si usted creyera que tras la muerte de la infancia algo amenazante abriera los ojos al interior de nuestros estómagos, respirando, comunicándose, algo que está desde la creación o incluso antes. Este despertar conecta nuestra edad, cúmulo de todas las adolescencias, a una naturaleza que no es benigna ni maligna: simplemente es. Y su color es blanco como Moby Dick, el Ártico y la Vía Láctea, porque revela algo incomunicable y lo expone. Incluso he pensado en escribir una teoría sobre esto. Si lo hiciera, ¿la leería, Miss Clara?

Le voy a contar la primera vez que me di cuenta de su horror a la adolescencia. Creo que fue hace un mes, o quizás un poco más, durante una de sus clases. Fernanda y yo hablábamos en voz muy baja mientras usted describía las características de la literatura gótica. No es que no nos importara lo que estuviera diciendo, sino que discutíamos por una tontería y estábamos a punto de enojarnos, como ahora. Quizás sepa lo que es estar en un momento así, a punto de decirle una cosa equivocada a

alguien solo porque esa persona ha dicho algo equivocado. Bueno, en esa situación estábamos Fernanda y yo. De cualquier modo, usted se cansó de esperar a que hiciéramos silencio y nos llamó por nuestros apellidos o, mejor dicho, los gritó como en el servicio militar de las películas. Creo que fue en ese instante, o poco después, cuando Ximena se desmayó. Su cuerpo, a dos sillas frente a mí, se desinfló y su cabeza rebotó contra el suelo como si su cráneo fuera una caja hecha de carne, pero sin nada en su interior. Todas nos pusimos de pie y usted se quedó paralizada, con los pies muy juntos encima de una baldosa rota. Tiene que entender que nosotras esperábamos algo de su parte, una reacción cualquiera: tal vez una orden, no lo sé. Entonces, Fiorella dijo que había que llevar a Ximena a la enfermería e intentó levantarla con la ayuda de Natalia. Ellas fueron las primeras en reaccionar, pero no pudieron cargarla porque pesaba mucho y los brazos y las piernas de Ximena se les resbalaban y la caja de carne volvió a rebotar, esta vez, contra la pata de una silla. Usted habría podido cargar a Ximena, Miss Clara, o al menos intentarlo, que es lo que se supone que debe hacer una maestra: intentar. Sin embargo, ni siquiera se movió de su sitio. Todas pensaron que entró en *shock* por la situación, pero yo no. Una profesora suele estar lista para fingir que está lista. Así que mientras las demás permanecieron pendientes de Ximena, yo permanecí pendiente de usted. Algo en la postura de su cuerpo, inmóvil en el centro de una baldosa quebrada, me impactó más que ninguna otra cosa. Supongo que fue el miedo que leí en su parálisis lo que me hizo olvidarme de Ximena. Le aseguro que no parpadeó ni un instante y que sus ojos se convirtieron en la parte más lejana del aula. Recuerdo que Raquel se le acercó y usted se echó para atrás mirándola como si la hubiese insultado, como si todas la hubiésemos insultado, antes de salir corriendo a pedir ayuda. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que había algo extraño en su relación con nosotras; en la forma en la que nos miraba y nos hablaba, a veces como si no existiéramos o como si estuviéramos a punto de arrancarle una oreja. Me quedé pensando en la baldosa, en su cuerpo, en sus párpados y en la forma que tuvo de negarse a socorrer a Ximena porque eso habría implicado tocarla. Así fue como empecé a entender lo que necesitaba para armar mi teoría. Seguro que antes no era un problema para usted tocar o rozar a sus estudiantes, pero tuvo una revelación, intuyó algo que no puede entenderse del todo: la edad blanca adentro de su mandíbula, y ya nada fue igual.

Mientras me lee usted debe de sentirse desnuda, como si yo le estuviese arrancando la ropa en público o algo así. Tal vez estoy haciendo eso, pero no en un escenario. Aquí solo estamos las dos: es algo íntimo, aunque forzado, ya que probablemente usted no querría que yo le escribiera todo esto. Aun así le pido que continúe leyendo. Admito que hubo días en los que la observé durante los recreos abrazándose a un libro, expuesta fuera de la sala de profesores, obligada a vigilarnos bajo un sauce a metros de la cancha de básquet y de la terraza de la cafetería, y me sentí culpable, como si estuviera haciendo algo muy malo. Esa sensación tonta me duraba poco porque, cuando lo pensaba bien, entendía que no estaba invadiendo su privacidad; yo no la espiaba a través de una ranura, sino que la observaba en espacios abiertos y compartidos. Sería estúpido sentirme mal por notar algo que otros no, ¿verdad? Entonces la culpa se me iba y podía continuar estudiándola sin remordimientos. Gracias a eso he notado detalles curiosos. Por ejemplo, la forma en la que usted finge leer cada vez que un grupo se le aproxima durante el recreo, no para hablarle, sino para cruzar al otro lado de la cancha o sentarse junto a los geranios, pero usted, ante la duda, abre el libro en cualquier página y simula una concentración que yo sé que no existe porque su atención está, en realidad, en las decenas de cuerpos en edad blanca que andan a su alrededor. Todos los profesores hacen sus guardias con aburrimiento (Miss Ángela pasa el rato conversando con sus alumnas de primer año al pie de la

cafetería; Mister Rodrigo se saca la mugre de las uñas con un clip, ¡qué asco!). No creo que nadie más que yo haya notado que usted es la única que lo hace con inquietud. Sus movimientos la delatarían ante cualquiera que se tomara la molestia de fijarse: cada pocos minutos busca las manecillas del reloj y evita hacer contacto visual con alguna de nosotras como si nuestros ojos fueran avispas o arañas. Me encantaría estar adentro de su cabeza para comprobar que lo que digo es cierto; que nos teme por nuestra edad. Tal vez usted vea el pálido cadáver de la niñez atado a nuestros talones; tal vez vea, en la adolescencia, una blancura espectral y perfecta, parecida al paisaje de *At the Mountains of Madness*, a la última visión de Arthur Gordon Pym y a los dientes del monstruo de Frankenstein. Es decir, un blanco que despierta lo más sórdido en la imaginación. Y no es que esté idealizando la infancia, pero todo lo que viene después de ella es siempre peor, ¿no lo cree? Si fuimos niñas malas, cuando crecemos somos aún más viles. En la adolescencia puede aflorar lo más bello o lo más horrible, como en lo blanco puede existir tanto la pureza como la podredumbre. Hay algo en estos años que permanece reticente a la norma y que no es igual a la rebelión de la infancia. Voy a explicarlo: cuando somos pequeños estamos demasiado ocupados descubriendo el mundo a través de juegos y relatos. La ficción nos sirve para experimentar todo lo que nos está prohibido todavía. El ansia de realidad viene después, con la pubertad. Nuestro cuerpo cambia. Nuestra mente cambia. Y es como si, de repente, estuviéramos poseídas por una blancura (es decir, por esa potencia de mancharnos) y esa blancura fuera una presencia ubicua en el tiempo de los hombres. Algo parecido al caos reptante de Lovecraft, ese monstruo primigenio que puede tomar la forma de cualquier cosa, o a Pennywise. La edad blanca, en mi teoría, sería el tiempo de los cuerpos en donde es posible la manifestación de esa blancura, de esa potencia primordial a la que llamaré Dios Blanco (y que es mucho más que solo otra versión de mi Dios *drag-queen*, se lo aseguro). Intente imaginarlo, Miss Clara: yo no puedo describir su forma original, porque no tiene una, pero podría adquirir la apariencia de todo lo que existe en el universo. Lo único que sabemos es que los cuerpos púberes son, y han sido siempre, marionetas sensibles a su presencia. Quizás usted vea el peligro de ese Dios en nuestra metamorfosis corporal: pezones que se levantan, vello que se abre camino en zonas inesperadas y que enrarece la piel, manchas, acné y sangre. Son transformaciones que nos van vaciando de todo lo que fuimos y en cada una de ellas está él: avivando una conmoción mórbida y anticipando lo terrible. He decidido llamarlo Dios Blanco porque desde el principio los seres humanos nos dimos cuenta de que había seres antiguos, enormes e incomprensibles que podían destruirnos, y nos dimos cuenta de esto a través de la brutalidad de la naturaleza. Mucho después vinieron personas como Mister Alan a hablarnos de un Dios benevolente y amoroso para calmar ese miedo originario a los dioses despóticos, pero primero estuvieron ellos: los dioses sanguinarios y crueles que lanzaban sobre nosotros hambrunas, plagas y caos, sobre todo caos. Las primeras divinidades eran aterradoras. Nunca le he dicho esto a nadie, y le ruego que no se lo comente a Mister Alan, pero creo que los dioses originarios son los dioses reales. Creo que, si hay alguien o algo mirándonos, alguien o algo que podría acabarnos con un estornudo, no es nada que podamos entender ni descifrar; no es nada que conozca conceptos humanos como el amor, ni nada a lo que le importemos en lo más mínimo. Los primeros hombres veneraban a estos seres eternos porque les temían. Todas las religiones fueron construidas sobre ese miedo y al miedo lo llamaron “Dios” para nombrarlo y suplicarle clemencia. Por eso (porque Dios es miedo) llamo Dios Blanco a la blancura que se manifiesta en los cuerpos en edad blanca. ¿Qué opina? Mi teoría podría convertirse en un relato lovecraftiano que no tuviera nada que envidiarle a los mejores imitadores del género. Desde el

principio han existido cientos de rituales y cultos a la sexualidad, grupos humanos que han adorado a dioses masturbadores o con miembros gigantescos como San Biritute. El Dios Blanco es la manifestación aglutinadora de todos esos dioses: el despertar de la sexualidad en la adolescencia y sus cambios incómodos sobre el cuerpo son solo una puerta abierta a su presencia. Porque, si se detiene a pensarlo, no hay nadie más pervertible y contaminable que un adolescente. Lo siento en este mismo instante: mientras le escribo, siento ganas de convertirme en algo peor de lo que soy. Pienso y siento cosas que no pensaba ni sentía cuando era una niña. Cosas malas y sucias. Cosas que podrían lastimar a otros. Cosas que salen de mí misma y que me asustan y que jamás se las contaría al numerario Tito. En esto se origina mi teoría: en el horror a un tiempo de los cuerpos que los convierte en posibles detonadores de los impulsos más desenfrenados y violentos. Pero hay más, mucho más. Porque para hablar de horror blanco necesitamos una revelación de lo que no puede conocerse: una claridad enmudecedora.

De todos modos, no quiero que se sienta avergonzada por tener miedo de algo diferente a lo que temen los demás; al menos no conmigo. Yo también estoy asustada de mi edad de leche. No sabría decirle cuándo empezó (quizás hace tres o cuatro años), porque se trata de un descubrimiento que fue creciendo poco a poco en mi cuerpo y en mi mente. De niña nunca fui asustadiza: jamás me oriné encima ni desperté a mis padres por un ruido inexplicable debajo de la cama. Esto no significa que no hubiera conocido el miedo antes de la pubertad, sino que lo había vivido siempre como un juego (sentir miedo es muy distinto a sentir horror, pero eso usted ya lo sabe). Cuando empecé a leer a Lovecraft en la biblioteca del colegio entendí que mi horror era muy similar al que sentían los personajes de sus historias. Después de tanto tiempo leyéndolo a él, a Poe, a Chambers, a Machen, a Shelley, y de diseñar, junto a Fernanda, cómics con vampiros, súcubos y otras criaturas, creo que solo hay alguien en el colegio que conoce mejor que yo la literatura de horror: usted. Tanto para Fernanda como para mí fue muy importante que nos hiciera leer ese capítulo de *Moby Dick* dedicado a la blancura de la ballena. Todas las señales que pasamos por alto en los cuentos y novelas que habíamos leído, de repente, adquirieron un nuevo sentido: desde la enorme ballena de Melville hasta la exploración de la Antártida de Poe y Lovecraft, el Ártico donde escapa la criatura de Shelley, el hombre con apariencia de “gusano blancuzco de tumba” de Chambers, el Gusano Blanco de Bram Stoker, el pueblo blanco de Machen, la blancura de los fantasmas y de los cadáveres... La totalidad y la inmensidad de la nada se condensan en esa claridad máxima que no se desprende de ningún color. La mística de Lovecraft es una mística sobre el vacío, es por eso que el horror blanco se relaciona con el horror cósmico. Lo que más me gusta de sus relatos es que sus dioses, sus seres antiguos y primordiales, sus criaturas enormes y poderosas a un nivel inimaginable para la raza humana, no son nada parecidos a los dioses de las religiones que conocemos. No tienen ninguna característica humana, por lo tanto, son terribles, pero no porque representen el mal. No son Belcebú o Lucifer. No son malignos. No existen para tentarnos o arrastrarnos hacia la oscuridad, como en la mitología cristiana en donde nosotros somos el centro de la creación. Lo interesante de los Antiguos de Lovecraft es que no pueden ser comprendidos desde esa forma de pensar. Cuando la idea del bien y el mal desaparece, lo único que queda es la naturaleza y su violencia. Pienso que si existe un solo Dios, es decir, un Antiguo, una criatura eterna, todopoderosa, que podría desaparecernos con un pestañeo, este tendría que ser alguien a quien no le importáramos en lo absoluto y que jugara con nosotros como si fuéramos un entretenimiento más dentro del vasto universo. Piénselo, Miss Clara: con todas las cosas que pasan día a día en este mundo, ¿tiene sentido que exista algo parecido al

Dios cristiano? Cada mañana, cuando voy al colegio, veo a través de la ventana a decenas de niños pidiendo limosna junto a los semáforos. He leído que cada minuto mueren cientos de personas por hambruna en distintas partes de la Tierra y que, para que yo use la computadora con la que ahora escribo esto, hay otras tantas que mueren en minas de coltán. En este mismo momento, en alguna parte del globo terráqueo, hay mujeres a las que se les está cortando el clítoris, niños vendidos, personas estallando en pedazos o ahogándose en el océano, y nada de esto tiene que ver con el mal, sino con la naturaleza humana fracasando en su autodomesticación. Sé que es reconfortante creer que hay alguien o algo superior que nos cuida y que tiene un maravilloso plan para nuestras vidas, pero si lo pensamos seriamente ni los discursos más profundos de Mister Alan podrían hacer que ese Dios fuera creíble. Esta es la conclusión a la que llegué de la mano de Fernanda y que ninguna de las dos hemos compartido con nuestros padres. Las dos entendimos que para el único Dios que existe, el Dios Blanco, no somos más que hormigas. ¿Ha esquivado usted a una hormiga para no pisarla, Miss Clara? ¿Ha saltado o se ha detenido para salvarle la vida? Nadie movería un solo músculo, o dejaría de moverlo, por la vida de una hormiga. Quizás lo haríamos por la vida de un conejo, o de un pollo, o de un cerdo. A veces las personas frenan a raya cuando un perro cruza la carretera, pero ¿lo harían por una hormiga? La razón de esta discriminación es que son tan pequeñas que pareciera que el mundo no cambiaría con su ausencia. Además, su muerte es limpia y casi invisible: sin sangre, sin ruidos molestos y sin el espectáculo a gran escala de la descomposición. Pero también hay otra razón, y es que si tuviéramos que preocuparnos por la vida de cada hormiga en el mundo nos volveríamos locos. Jamás podríamos movernos sin temer asesinar brutalmente a una de ellas. Pues bien, esto es lo que somos para los Antiguos de Lovecraft y para el Dios Blanco: hormigas que corren por el inmenso espacio en donde lo inexplicable se mueve. Y una vez que esta verdad se nos revela, un nuevo vértigo (el horror que nos provoca ser conscientes de nuestra fragilidad) se abre. Al menos las hormigas no pueden conocer su propia pequeñez cósmica, pero nosotros, aunque vivimos ignorándola, tenemos la capacidad de descubrirla. Podemos darnos cuenta de nuestro verdadero tamaño, de nuestra insignificancia respecto a la naturaleza y al universo. Y después de eso lo único que nos queda es la locura: el horror mayúsculo que destruye todo sentido.

Supongo que lo que quiero decir es que saberse hormiga, a punto de morir a cada segundo como la cría de un cocodrilo en la mandíbula de su madre, es vivir dentro del horror blanco. Lo que la blancura revela, esa cosa que no se puede conocer pero que de repente ocupa nuestra mente, nos hace caer en cuenta de lo débiles que somos. Imagino que usted se siente así de minúscula desde que sus exestudiantes le hicieron lo que le hicieron (quizás en ese momento tuvo lugar su revelación). Yo, sin embargo, lo descubrí en mi propio cuerpo. Después de todo, si mi horror no fuera parecido al suyo, si el blanco no fuera la metáfora ideal, si no hubiese leído ese capítulo de *Moby Dick*, jamás habría podido entenderla como ahora porque jamás habría podido entenderme a mí misma. Intentaré explicarlo mejor: para mí, el miedo a la edad blanca empezó mientras mi cuerpo cambiaba. Primero, un olor rancio. Después, unos pezones como hematomas levantándose y doliendo al roce. Luego, los fluidos vaginales iguales a mocos frescos y blancuzcos. El pelo retorcido. Las estrías. La sangre. Eso incompleto e indefinido que le repugna de nosotras es igual de repulsivo para mí. La infancia termina con la creación de un monstruo que se arrastra por las noches: un cuerpo desagradable que no puede ser educado. La pubertad nos hace hombres y mujeres lobo, o hiena, o reptil y, cuando hay luna llena, vemos cómo nos perdemos a nosotros mismos (sea lo que sea que seamos).

Hace poco escribí un poema sobre esto:

Al fondo de mí hay una madre sin cara:

un Dios

de tentáculos aéreos

atravesando la estación más blanca de la naturaleza.

Su pecho es un patio de hortalizas mordidas;

un estanque madre de las anacondas

un útero deambulante

una mandíbula

que moja mi corazón

con su perfecta leche.

Escribir, como ya se habrá dado cuenta, se me da bien. Fernanda dice que prefiere mi prosa, pero a veces escribo poemas porque los poemas dan mucho miedo. Por ejemplo, ahora se me acaba de ocurrir un verso para hablar de la menstruación: “Mi útero carnívoro: una planta que deglute insectos de sangre”. No sé cómo habrán sido sus cólicos durante la adolescencia (dicen que el dolor se reduce con la edad), pero los míos son tan fuertes que me hacen sudar y vomitar un líquido denso y transparente parecido a la baba del monstruo de *Alien*. A veces, cuando el dolor es así de intenso y se extiende durante horas, me desmayo. En realidad, solo me he desmayado dos veces, aunque me gustaría que hubiesen sido más porque entonces el dolor se esfuma igual que el tiempo cuando dormimos. De todas formas, en esos instantes es como si mi útero se masticara y no hubiera ninguna otra cosa en el mundo aparte de ese canibalismo interno. En la edad blanca el cuerpo nos somete, pero también nos someten los cuerpos de los otros. Cuando cumplí once años empecé a notar, por ejemplo, que los hombres me miraban de una forma extraña. Ellos, y algunas mujeres, me miran diferente desde entonces, como si tuvieran un caracol en las pupilas. Seguro sabe a lo que me refiero, Miss Clara. Esos ojos me recorren en la calle y en el colegio. Jóvenes y ancianos tienen las mismas lenguas babosas asomándose fuera de sus bocas, y todo esto ocurre mientras mis caderas se abren y mi voz se parece cada vez más a la de una sirena de Disney. Es como si tuvieran manos en los ojos y mis senos se hincharan al mismo tiempo que sus dedos. Hace cinco meses, en una fiesta familiar, atrapé a mi tío mirándome las piernas (Fernanda dice que eso es normal y que todos los tíos, especialmente los políticos, son unos cerdos). De cualquier manera, estos cambios me han afectado más de lo que afectan a otras personas. Mis amigas, por ejemplo, no lo entenderían. Ni siquiera Fernanda lo entendería, aunque ahora da igual porque ya no nos hablamos. A veces tengo pesadillas en las que soy violada por mis profesores, por el jardinero, por mis tíos, por mi hermano, por mi padre... ¿Lo ha pensado alguna vez, Miss Clara? ¿Ha pensado lo fácil que es para cualquier hombre violarnos? Es como si estuviéramos hechas para ello, para ser embestidas por la fuerza, no solo por hombres, sino por nuestras madres. De pequeña, mi mamá solía bañarme. Lo hizo hasta que cumplí los diez años porque, según ella, yo sola no me limpiaba bien. A decir verdad siempre se quejó de mi higiene, pero le aseguro, Miss Clara, que yo fui una niña muy limpia. En cualquier caso, mi madre solía hablar de todo tipo de cosas mientras me bañaba (del colegio, de la iglesia, de mis tías, del fin de semana, de las empleadas domésticas, del numerario Tito, de la prelatura) y siempre, de una u otra manera, acababa por contarme horribles casos de niñas secuestradas, violadas y asesinadas que veía, con cierta fascinación, en un canal de televisión que solo emitía ese tipo de crímenes. Empezaba a contarme sus historias con un “no sabes lo que le pasó a una niña por hablar con un extraño” o “por desobedecer a su mamá y salir de casa sola” o “por no saber decir que no” (en sus

relatos lo que pasaba siempre era culpa de la niña). Y después de narrarme los detalles más escabrosos me repetía, una vez más, cuáles eran las zonas de mi cuerpo que nadie, a parte de ella, podía tocar. Me decía: “Si un día estás perdida y alguien te dice que te va a llevar a casa con nosotros, no le creas, porque puede ser un hombre malo. Tampoco puedes confiar en las mujeres, porque existen mujeres malas que se llevan a las niñas para luego entregarlas a hombres malos y Anne, cariño, solo puedes confiar en tu familia; el mundo está lleno de personas malas que quieren hacerle cosas terribles a niñas guapas como tú. Hay hombres enfermos que quieren meter sus dedos y otras cosas en ese lugar secreto y delicado por el que haces pipí. Si eso pasara te dolería mucho y quizás hasta te morirías como esas otras niñas que salen en la televisión. Por eso debes ser obediente, no alejarte de mí cuando salimos y sentarte bien. Es muy importante que te sientes bien. Si no te sientas bien, hombres malos podrían ver tu lugar secreto y tener ganas de raptarte para hacerte cosas malas. Tampoco debes mostrarle la lengua a nadie porque podrías darle ideas extrañas a hombres malos, muy malos. Así que, Anne, cariño, debes sentarte bien y cerrar bien la boca, ¿entiendes?”. Pero sus palabras eran fastidiosas y no significaban nada para mí. En realidad, detestaba que me bañara porque su anillo de matrimonio se metía entre mis nalgas y en mi vulva y la sensación era fría y desagradable, justo como imaginaba que se sentiría si un hombre malo me metía sus dedos más gordos y toscos que los de mi madre. Fue mucho después, cuando mamá decidió que ya era lo suficientemente grande para bañarme sola, que empecé a preocuparme por la forma en la que me sentaba delante de mis profesores, tíos, primos o amigos. Incluso tenía cuidado de sentarme correctamente, con las piernas cerradas, delante de mi padre y de mi hermano. También desarrollé un asco especial hacia cualquier hombre que llevara anillos, sobre todo si eran grandes y brillantes como los de mi madre. Quizás esta preocupación empezó al mismo tiempo que noté que los hombres habían dejado de mirarme como a una niña. O no. Da igual. Lo importante es que pronto se convirtió en una obsesión para mí sentarme siempre con las rodillas muy juntas y alejarme de la gente que usaba anillos. Ni siquiera cruzaba las piernas porque eso hacía que la falda del colegio, o de los vestidos que mamá me obligaba a usar, se elevara unos centímetros y, si en algún momento alguien se daba cuenta y me miraba (y ese alguien era un hombre y, además, usaba anillos), me sentía culpable y enferma. Con el tiempo he logrado sacar de mi armario las faldas y los vestidos, pero al colegio tengo que llevar puesto el uniforme. ¿Por qué son tan distintos los uniformes escolares para chicos y chicas, Miss Clara? ¿Por qué nosotras tenemos que usar falda? Me ha costado mucho reconciliarme con eso y con los anillos. A veces, durante las clases, me olvidaba de mi cuerpo y, sin querer, abría tanto las piernas que cualquiera que hubiese estado en frente habría podido ver mi calzón. Cuando eso pasaba me daban temblores y arcadas, sobre todo si tenía a un profesor, y no a una profesora, delante. Lo más terrible que podía imaginar era que Mister Alan o Mister Hugo o Mister Mario o Mister Rodrigo vieran mi calzón. Me producía tanto asco pensarlo que inventé un castigo que me ayudara a recordar la correcta postura de mis piernas. En mi silla, bajo mis muslos, colocaba un compás de tal modo que la aguja estuviera casi presionándome la carne. Si me movía, la aguja me pinchaba, así que tenía que mantenerme alerta y consciente de mi cuerpo si no quería lastimarme. Esa era mi forma de tener el control (y de ganar la batalla aunque la guerra estuviera perdida). Lo peor era la incomodidad de sostener una misma postura durante horas. Mis piernas se dormían, pero tenía que hacerlo si no quería sentirme culpable. Porque si algún profesor me veía el calzón habría sido mi culpa por no sentarme bien, ¿comprende? Esto se repitió en cada una de mis clases de primero, segundo y tercer año, menos en las que eran dictadas por profesoras. Las profesoras no me

preocupaban, aunque no podría explicarle por qué. Todavía odio el deseo en la cara de los hombres, incluso antes de que aparezca, y todavía me preocupa sentarme bien, con las piernas muy unidas. No puedo decir que he superado esta etapa del todo, pero ya no me impongo castigos y eso es bueno. De todas formas creo que no he sido lo suficientemente explícita acerca de la angustia que esta etapa inicial representó para mí. Quizás otra anécdota sirva para retratarlo mejor: hace un año, o quizás dos, mientras me cambiaba de ropa, mi mamá entró a mi habitación para sermonearme por mis calificaciones. Dejó la puerta abierta y, a los pocos segundos, entraron mi papá y mi hermano quejándose porque tenían hambre y la comida se estaba enfriando sobre la mesa (mi familia tiene una regla de oro: no empezar a comer hasta que todos estemos sentados y hayamos rezado por los desamparados que son, siempre, cualquiera menos nosotros). Me cubrí los senos con las manos por instinto y mi mamá me miró como si hubiese hecho algo imperdonable. “¿Por qué haces eso? ¿Por qué te cubres? ¡Son tu padre y tu hermano! ¿Qué cosa enferma pasa por tu cabeza retorcida? ¡Son tu familia!”, me dijo haciéndome sentir mal por ocultar mis senos, pero aun así no moví mis manos y no dejé que ellos los vieran. No pude. Entonces mamá me tomó por las muñecas y me forzó a soltar mis senos. “Tonta, ¡somos tu familia!”, gritó sacudiéndome. ¿Puede imaginar lo humillante que fue eso para mí, Miss Clara? Mis senos parecían dos trozos de gelatina, dos estúpidos y desiguales pedazos de grasa. Ni siquiera me atreví a mirar a papá o a Pablo a los ojos, pero sabía que me estaban mirando porque sentí la fuerza de sus pupilas encima de mi desnudez. Así que, una tarde, entré al baño de mi hermano mientras orinaba, eché la fuerza de mis pupilas sobre su pene flaco y rosáceo y le dije que yo era su familia. Luego entré al baño de mis padres mientras mi papá se duchaba, miré su pene torcido a la izquierda y le dije: “yo soy tu familia”. Mamá me golpeó en la cabeza con un cepillo cuando lo supo, pero la perdoné porque ocho años atrás, mientras ella estaba embarazada de Pablo, yo la golpeé en el vientre con ese mismo cepillo. Recuerdo que me dijo “malvada” entonces, pero “malvada” fue Fernanda, que siempre estuvo en la edad blanca y que mató a su hermano pequeño. ¿Lo sabía? Yo solo le di un golpe antes de nacer al mío y quise que muriera, como toda hermana mayor. Apuesto lo que sea a que no sabía eso de Fernanda, Miss Clara. Algunos profesores lo saben. El psicólogo del colegio lo sabe. Todos dicen que fue un accidente, aunque Fernanda no se acuerda de lo que pasó y por eso sus padres la llevan al psicoanalista, para que la convenza de que fue un accidente, pero es absurdo porque nadie sabe lo que realmente sucedió.

En fin.

Hace dos años, durante una de las tantas noches que me he quedado a dormir en la casa de Fernanda, hubo un cambio importante. Hasta entonces, y por obvias razones, jamás me había sentido sexualmente excitada. El sexo y todo lo que tuviera que ver con él era, para mí, una experiencia del asco y del miedo (si lo piensa, hay algo primitivo y oscuro en la sexualidad: algo que duerme pero que es peligroso e incontrolable, algo que estalla, como los volcanes de su libro). Fernanda, por el contrario, me había contado que se masturbaba desde que tenía cinco años, pero yo no la había visto hacerlo y creo que asumí que era una mentira (es normal que nos mintamos entre amigas solo para impresionar; tal vez usted también lo haga con las suyas y sepa de lo que hablo). Esa noche ella creyó que me había quedado dormida: lo sé porque me llamó por mi nombre y yo no le respondí. Algo me hizo quedarme inmóvil y fingir que no la había escuchado, tal vez la curiosidad. Tal vez, en el fondo, quería atraparla en medio de un acto privado, pero le aseguro que no tenía idea de lo que pasaría. En realidad, no pude ver nada porque tenía los ojos cerrados. Sin embargo, hay cosas que no necesitan ser vistas. La cama tembló y yo no pude respirar. Fernanda emitió unos sonidos similares a

los que haría alguien que se queja de dolor y, a la vez, diferentes por un ligero matiz que no puedo describir. Por supuesto, yo nunca me había masturbado antes, pero sentí ganas de hacerlo en ese momento. Fue algo sorprendente y desconcertante. Mi familia y mi educación han sido, como usted sabe, devotas a la Obra. Desde siempre he escuchado cosas terribles respecto a la masturbación. De alguna forma había llegado a pensar que hacerlo me convertiría en un animal o en una criatura despreciable. Tenía la intuición de que, si lo hacía, los cambios en mi cuerpo se cerrarían como en un círculo macabro de forma irreversible. No hice nada esa noche, pero el deseo de tocarme nació allí, junto a Fernanda apretando sus músculos bajo su sábana de ponis rojos. La sensación que tuve durante los días siguientes fue extraña porque, cuando me miraba al espejo, desnuda, primero sentía un rechazo parecido al odio hacia cada una de las esquinas de mi cara, hacia el tamaño de mis pezones, hacia mi estatura, mi piel, mis pecas y, luego, un horror asfixiante hacia ese cuerpo que, a veces, parecía el de otra criatura que quería sacarme de mí misma. Por un tiempo puse en práctica una técnica que me permitió evadir la masturbación y que consistía en lo siguiente: cuando las ganas de tocarme se volvían fuertes, y estaba sola, repasaba las pesadillas de violaciones más siniestras que había tenido en los últimos días. Normalmente eso bastaba para calmarme. En una de ellas, por ejemplo, Pablo, con la piel convertida en leche cortada, me metía sus dedos en la vagina, así que ya podrá imaginar, Miss Clara, que recordar escenas parecidas era más que suficiente para terminar con mi excitación. De todos modos, y a pesar de que esto funcionó bastante bien durante algunas semanas, acabé cediendo a mis impulsos porque pensé: “Si Fernanda puede hacerlo sin que nada malo le pase, entonces yo también”. Además, repasar mis pesadillas me producía un hipo nervioso y unas náuseas que tardaban horas en desaparecer. Así que me masturbé. Las primeras veces lo hice cuando todos dormían, protegida por la noche, con timidez y una culpa que no podría describirle. Al principio solo usaba mis manos, pero después empecé a usar objetos. En una ocasión, luego de que mi madre me dijera, delante de sus amigas del club de bádminton, que me lavara los dientes porque tenía mal aliento, me metí en el baño y me masturbé con su cepillo de dientes. Fue una niñería, lo sé, pero no me arrepiento porque mi mamá nunca se arrepiente. Le encanta quejarse de mí en público y decir, delante del dentista, por ejemplo, que no me cepillo bien los dientes, que soy desaseada y que soy una “niña tonta y torpe” que no escucha. Así es como comienza a insultarme, diciéndome “niña tonta y torpe”, y luego continúa con mis calificaciones y con lo difícil que es hacerme entender la lógica de las matemáticas y del lenguaje (es cierto que soy muy mala en matemáticas, Miss Clara, pero soy buena con las palabras, aunque ella no lo sepa). En fin, pocos días después algo extraño ocurrió mientras me masturbaba. O quizás ocurrió desde siempre, desde la primera vez, pero no tuve cómo saberlo porque lo hacía con los ojos cerrados, ocultándome de mí misma y de la culpa que me hacía llorar y sentir náuseas. Una madrugada abrí los ojos mientras me tocaba, mientras imaginaba mi pezón izquierdo entre los dientes de Fernanda, y vi, junto a la silla de mi habitación, una figura densa, larga y blanquecina que se distinguía de la oscuridad como si la hubiese roto para entrar en ella. La vi de golpe y pensé que no podía ser real, que tenía que ser una ilusión óptica provocada por mis ganas, pero se mantuvo allí, latiendo como un corazón de rinoceronte, ensanchándose y cubriendo la esquina entera; tragándose la silla, la ventana y el espejo de la pared. No puedo explicar cuánto horror me produjo su nitidez, su ausencia de forma animal o humana, su textura mucosa, blanquísima, y su altura creciente. Sin embargo, y a pesar de mi miedo y del insoportable olor a colmena, no pude gritar ni detener mis manos sobre mi sexo. Necesito que me crea, Miss Clara: yo estaba aterrada como nunca antes lo había estado, y no por una cosa de mi imaginación,

sino por algo real, grotesco, agigantándose ante mis ojos. Quería saltar fuera de la cama y huir hacia el cuarto de mis padres, pero una fuerza tomó control de mi cuerpo que, además de asustado, también estaba enormemente excitado. No es algo que pueda explicar, solo ocurrió así. Estaba paralizada porque, aunque me movía, esos movimientos sobre mi clítoris ya no eran míos, ¿comprende? Yo quería detener mis manos, pero era como si mi cabeza y mi cuerpo fueran dos cosas distintas. Lo que sentí fue muy complejo: un caos de repulsión, horror y deseo. Y, así, mientras me acercaba al clímax, el enorme blanco avanzó hacia mí como succionando la distancia y, en cuestión de segundos, perdí el conocimiento.

Hay algo que une al placer con el dolor y el miedo, ¿no lo cree? No sé exactamente de qué se trata, pero tiene que ver con el agujero que se hincha en nuestro estómago cuando estamos a punto de caer. Lo que sentí esa noche era similar a eso: al vértigo de las alturas que te hace perder el equilibrio y, a la vez, ser más consciente que nunca de que eres un cuerpo y de que algún día morirás. Es gracioso, pero la mayor parte del tiempo olvidamos que somos animales que están compuestos por órganos que parecen sacados de una pesadilla. El corazón, por ejemplo, es un órgano horripilante. Siempre está ahí, latiendo, pero nunca pensamos en él porque, si lo hiciéramos, quizás aprenderíamos a temerle. Todavía recuerdo la primera vez que vi uno, no en una fotografía, video o ilustración, sino frente a mí. Fue en el laboratorio, hace tres años, durante una clase de biología. Miss Carmen nos pidió que nos sentáramos en parejas y nos puso sobre la mesa un corazón de vaca. Su color (un rojo coronado por un blanco grasiento) y su forma me paralizaron. Le tuve miedo, lo admito: pensé (porque nadie me había explicado todavía que los corazones de las vacas y de las personas tenían tamaños distintos) que así era mi corazón, de ese tamaño titánico, y lo imaginé empujando mis costillas hacia fuera y bombeando mi sangre en el centro de mi pecho a través de sus desagradables venas. Lo vi sin poder quitarle los ojos de encima (igual que usted hace con nosotras cuando nos acercamos demasiado) y lo encontré monstruoso, nada parecido a los corazones de las tarjetas o de los emoticones, sino feo: un trozo de músculo asimétrico que parecía haber sido mordido por un tiburón. En cualquier caso, asqueada y aterrada como estaba, empecé a escuchar y a sentir mis propios latidos acelerándose, volviéndose cada vez más hondos, y me di cuenta de algo terrible: yo también tenía un corazón. Esto puede sonar como una estupidez, lo sé, pero no es lo mismo saber algo que sentirlo y experimentarlo, y en ese momento yo tuve la experiencia de tener un corazón. Y fue placentero, a la vez que abominable. Y mientras Fernanda abría con el bisturí el corazón de vaca para revelar el ventrículo izquierdo y derecho, yo pensé: “Estoy viva. La vaca a quien pertenecía este corazón está muerta, pero yo estoy viva”. Eso, aunque con mayor intensidad, fue lo que sentí después de ver esa extraña manifestación del Dios Blanco mientras me masturbaba, solo que además de tener la experiencia de ser un corazón, tuve la experiencia de ser unos pulmones, una piel, un cerebro, una nariz, una lengua, un ombligo, un clítoris, unos dedos... Todo mi cuerpo fue parte de esa masturbación en la que no tuve ningún control.

En fin, quiero que esté segura de que no lo estoy inventando: cualquiera es capaz de diferenciar la realidad de una pesadilla, o lo real de la imaginación. Solo los locos olvidan la diferencia, pero yo no estoy loca. Sé lo que vi. Además, aunque lo hubiera imaginado, aunque esa aparición blanca hubiese estado solo en mi mente, ¿por qué habría de ser menos real? Mi mente existe y todo lo que proyecta sobre el mundo también. Lo que le estoy contando ahora sucede porque mi mente es mi realidad. Y con esto no estoy diciendo que lo haya inventado: estoy diciendo que aunque la presencia blanca de aquella noche fuera solo visible para mí, ¿qué importa? ¿Acaso dejaría de ser verdadera?

Porque a fin de cuentas lo que importa no es lo real, sino lo verdadero. Supongo que eso diferencia al horror blanco del horror cósmico porque, aunque ambos nos sobrepasan y nos hacen sentir minúsculos y aplastables, como hormigas frente a algo enorme, poderoso e inaprehensible, en los mejores cuentos de Lovecraft la atmósfera de realidad es fundamental y, en cambio, el horror blanco puede prescindir de la verosimilitud para su atmósfera porque es una experiencia de la mente y de los sentidos. Pero regresemos a lo que me pasó esa noche: perdí el conocimiento (algo que jamás me había ocurrido salvo en mis peores cólicos menstruales) y, cuando desperté, ya era de día. A pesar de eso noté, a los pocos segundos, que un pedazo dentro de mí había cambiado para siempre: esa mancha densa, mucosa y blanca, parecida a mis flujos vaginales, era una aparición de mi Dios Blanco. Un anhelo y un horror infinito colgando del mismo hilo y que yo necesitaba volver a ver. Me da vergüenza escribirlo, pero nunca había sentido tanto placer como el que sentí esa noche en la que no tuve el control. Por primera vez experimenté un horror verdadero. Y ese horror era, también, un orgasmo.

Mi edad blanca se volvió tangible desde aquella vez, pero esa es otra historia que ahora no podría contarle. Lo que importa es que usted y yo conocemos lo que este tiempo de los cuerpos es capaz de hacer. Usted teme contaminarse o salir herida por lo que yo encarno, pero yo ya estoy contaminada y ya estoy herida. Usted nos teme porque nos ha visto y no puede conocer lo que ve: por eso huye, pero yo no puedo huir de mí misma. Usted teme que le hagamos lo que le hicieron sus exestudiantes, pero a mí me está pasando lo que a ellas y, a veces, quiero hacerle eso a mis padres, a la rectora y a todos los profesores del colegio. Le escribo esto porque usted es la única que entiende: porque, a veces, es necesario hablar con alguien que comprenda lo que es el miedo.

He terminado.

XXII

A: ¿Sabes qué es lo peor que alguien puede hacerle a su mejor amiga?

F: Sí, sé qué es lo peor que alguien puede hacerle a su mejor amiga.

A: A su ñaña gemela.

F: A su siamesa perfecta.

A: Lo peor que alguien puede hacerle es traicionarla.

F: Lo peor que alguien puede hacer es darle la espalda a su igual.

A: A su hermana.

F: A su doble.

A: Eso es lo único que no se puede hacer.

F: Eso es lo único que yo jamás voy a hacer.

Sus zapatillas estaban desgastadas y eso era lo siniestro. Clara las inspeccionó muy de cerca: la suela tenía depresiones que ella no podría haberle hecho, ni aunque las usara frecuentemente, porque sus zapatos solían abrirse en los costados y jamás en los talones –desde pequeña caminaba casi de puntillas, y aunque esto le generaba dolores en los pies y en la espalda, y aunque había intentado corregirlo durante años (sobre todo cuando empezó a aprender a caminar igual que su madre), a veces seguía levantando, involuntariamente, los talones del suelo–. Una persona como ella –que había heredado (o adoptado) los rituales inamovibles del comportamiento materno– se daba cuenta cuando algo dentro de su espacio cambiaba, y Clara llevaba percibiendo intrusiones mínimas en el suyo desde hacía varios días; intrusiones como el lado equivocado en el que reposaba su cepillo de pelo sobre la mesa de noche, o el enchufe equivocado en el que hallaba conectado su cargador al regresar del trabajo, o la esquina equivocada del aparador en donde encontraba el portarretrato de plata con la foto de su madre. Todas las mañanas antes de irse al Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, colocaba el cepillo, el cargador, el portarretrato, en los sitios correctos, y todas las tardes, cuando regresaba, los encontraba en los lugares erróneos. Por las noches las cucharas cambiaban de cajón y los cajones cerrados aparecían abiertos, pero Clara sabía que lo que le pasaba a las zapatillas no era un invento suyo. El área de los talones estaba especialmente afectada, aunque también el resto de la suela mostraba un notorio desgaste, como si alguien se las hubiese puesto para correr una maratón –alguien que no era ella, por supuesto, porque Clara no solía hacer deporte, mucho menos en la calle, en donde había tanta gente dispuesta a mirarla o a decirle cosas que ella no quería oír–. En el interior del calzado habían quedado las huellas de los dedos de los pies de la intrusa: unos deditos gordos, oscuros y redondos que no le pertenecían. Las zapatillas –repentino objeto de su miedo– olían a chicle y a caca de perro, y si las ponía bajo la luz –cosa que hizo– la suela brillaba un poco, como si tuviera restos de arena o de escarcha, o quizás destellos de la suciedad del asfalto del patio del colegio. Pero Clara jamás las había usado, mucho menos sacado de su casa; de eso estaba segura. Su madre se las regaló en su cumpleaños número veinte, justo después de que el doctor le dijera que la salud de su hija estaba mejorando –es decir, que su cada vez más acuciado trastorno de ansiedad disminuía–, y desde entonces habían quedado sin estrenar en el armario, olvidadas pero resguardadas de todo mal por ser uno de los pocos regalos que su madre se había atrevido a hacerle, hasta que esa tarde –con el pánico apretándole los nudillos– Clara se dio cuenta de que estaban desgastadas y de que lo siniestro podía caber en el paisaje irregular de una suela.

También su párpado –temblando como una mariposa en agonía que ella golpeaba incesantemente con la palma abierta– podía contener lo siniestro, pero prefería no pensarlo demasiado.

Tras varios minutos observándolas, oliéndolas, rascándolas, Clara dejó caer las zapatillas y corrió al baño a vomitar. En las noches más duras de la semana abría y cerraba las puertas de los dormitorios, deambulaba descalza por los corredores, aseguraba las ventanas, cerraduras y cajones una y otra vez; entraba y salía de su habitación, suspiraba, cambiaba de posición sobre la cama

ciento una veces, ciento quince veces –los resortes del colchón y el peso de su cuerpo componían un reclamo o una súplica–, encendía una vela aromática y el humo ascendía en una llamada de auxilio hasta que, sin respuesta, sin nadie que leyera el mensaje, acababa tarareando canciones de Antonio Machín –porque era el cantante favorito de su abuela muerta y lo único que la hacía sudar menos– como si fuera un pájaro con el horario trastocado que insistía en cantar cuando no había luz, un pájaro de caricatura que picoteaba su propio cráneo todas las madrugadas, rompiendo el cascarón del descanso de la madre muerta de su mente. Esas noches largas y amarillas en las que aseguraba la puerta de su habitación dos, tres, cuatro veces en menos de una hora, estaban pobladas de los sonidos que Clara veía con los ojos cerrados. Veía uñas pequeñas rasguñando el sillón de estampado de tigre, risas en la cocina, pasos rápidos como torpes palmadas en el piso de la sala y el pestañear de un ojo que la miraba dormir a través del hueco de la cerradura –si el silencio era perfecto, decía la madre muerta que habitaba en su mente, una persona sería capaz de oír hasta el aleteo de unas pestañas a lo lejos–. Y aunque estos sucesos habían empezado después de lo que las *M&M's* le hicieron, y aunque por un tiempo pensó que estaba todo en su cabeza, y aunque algunas noches nada pasaba y el lenguaje de los ruidos desaparecía, las zapatillas le habían despertado un nuevo ataque de pánico, unas palpitaciones subiendo por su garganta como una erupción de sangre, y le habían hecho recordar –con la cabeza apoyada en el váter– lo que su estudiante le había confesado: “¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le dijo. “Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”.

Los sucesos habían iniciado antes de la confesión de Annelise Van Isschot y antes del retorcido ensayo que le dejó sobre el escritorio, pero solo después de esas palabras Clara empezó a entender que su miedo –esa sensación de asfixia que le llenaba el pecho de calores y de tentáculos– no distorsionaba la realidad, sino que la ensanchaba. A las malas –es decir, a través de la lengua larga de Annelise– había descubierto que su pánico era una verdad expandida en los movimientos de las cosas. Si lo hubiese sabido desde el principio –como decía su madre muerta para darle mayor dramatismo a sus discursos de arrepentimiento–, habría tenido más cuidado, pero cuando le ordenó a su alumna escribir un ensayo de castigo por haber conversado con Analía Raad durante la clase, Clara jamás se imaginó que acabaría llevándose a su casa un texto delirante y obsceno. Lo leyó en su cama, a la luz de una lámpara vieja, y al terminar no supo si sentirse enojada o simplemente perturbada. Releyó varias de sus partes con la intención de comprender, de dilucidar, el porqué de su ansiedad disparada como un cohete, y entendió que, además de la morbosidad del relato íntimo, le angustiaba la madurez de la escritura, como proveniente de una cabeza mayor, y el comprobado conocimiento que su estudiante tenía sobre su miedo –“Tienes que protegerte de tus alumnas, Becerra”, le decía su madre poniendo cara de pitonisa mientras aspiraba el humo de su porro. “Aprenden más rápido que sus maestras”–. Si bien la relación con Annelise había mejorado gracias a las sesiones extra de literatura de los viernes, a Clara le desconcertaba que su alumna le revelara detalles tan privados en un trabajo de colegio; detalles que ni siquiera sabía si eran ciertos, pero que por alguna razón le causaban una enorme repugnancia. “¿Por qué escribiste esto?”, le preguntó durante una de sus sesiones personales. “Porque quise”, le respondió ya sin ningún rastro de los golpes de su mejor amiga. Los adolescentes eran naturalmente insolentes, pero Annelise lo era de un modo hierático que despertaba los peores impulsos en Clara. Cuando hablaban de volcanes nevados y literatura de horror todo iba bien, pero en ocasiones descubría una sonrisa oculta, esquinera, retenida en las comisuras de Annelise mientras aparentaba escucharla. “Lo que escribiste sobre mí

no es cierto. Yo no le tengo miedo a mis estudiantes”, le dijo Clara la tarde en la que le devolvió el ensayo. “Sí nos tiene miedo”, le dijo Annelise. “Por eso debo decirle la verdad”. En su casa, Clara cerraba las ventanas y corría las cortinas todos los días aunque sabía que por la tarde, al regresar del trabajo, las encontraría abiertas. “La verdad es que Fernanda y yo hicimos un plan para asustarla, pero ahora ya no somos amigas”. A veces, en la madrugada, escuchaba un montón de piedrecitas chocándose contra alguna superficie irregular. “Averiguamos su dirección porque queríamos asustarla para divertirnos”. No podía ni imaginarse el tamaño de los dedos que empujaban esas piedrecitas alojadas en su estómago cada noche de insomnio. “Yo sé que está mal que una vez fuéramos a su casa y la miráramos desde la acera de enfrente, pero lo hicimos”. Estaba segura de oír por las noches ese ronroneo de piedras, una respiración agitada detrás de la cerradura y el crepitar continuo e inexplicable de las pestañas. “Ella quería entrar a su casa”, le dijo. “Todo fue idea de Fernanda”.

Los últimos días habían sido terribles. Las marcas de los dedos rechonchos y pequeños, que bien podrían pertenecer a cualquiera de sus alumnas, le producían arcadas cada vez que miraba las zapatillas. Según Annelise Van Isschot, Fernanda quería entrar a la casa de su maestra porque asustarla le parecía igual de emocionante que escalar una montaña y gritar por encima de las nubes. “Ella quería que nos metiéramos y cambiáramos las cosas de lugar”. “Quería que nos metiéramos muchas veces sin que usted se diera cuenta”. Las *M&M's* habían entrado a su casa por el patio y luego por la ventana de la cocina que ahora tenía rejas –y aunque Clara no estuvo en ese momento, y aunque durante el juicio se dijo otra cosa, ella era capaz de reconstruir la escena verdadera gracias a las cucarachas que desovaban en su mente–. Quebraron tres platos de su madre que estaban junto al fregadero y, con la excusa de buscar los exámenes, merodearon por la casa durante unos pocos minutos –ella calculaba que apenas unos cinco–. Solo les dio tiempo de revisar el salón antes de que Clara llegara y viera la extrañeza de dos estudiantes perfectamente uniformadas en el interior de su casa. Al principio no notó nada raro –y así se lo explicó a las autoridades–, salvo por una naranja rodando a varios metros de la puerta de la cocina, pero después –cuando recogió la naranja del suelo– vio a Malena Goya y a Michelle Gomezcoello al otro lado, muy cerca de la radiografía de la columna vertebral de su madre, y fue como si se hubiese ido la luz durante el día. Clara recordaba que no había gritado hacia fuera, sino hacia adentro, y que su grito fue creciendo en ella como una ola que lo sumergió todo de pieles, y que cuando por fin pudo decir algo lo único que le salió fue una voz que no se parecía a la suya –que no podía ser la suya porque la de ella estaba muy hundida bajo el pellejo– diciéndoles que se quedaran en donde estaban, que no se atrevieran a moverse, que iba a llamar a la policía. Entonces caminó hacia el teléfono con la naranja sucia aún en la mano derecha y cometió su primer error: darles la espalda. “Las dos chicas estaban a punto de perder el año en su materia”, dijo la defensa durante el juicio. “Las dos chicas vienen de hogares conflictivos”. Clara creía que sabía qué tipo de chicas eran porque tenían un comportamiento apacible y porque solían pasar desapercibidas entre sus 45 compañeros de aula. “Las dos aseguran haber sufrido *bullying* durante las clases de Lengua y Literatura”. Faltaban a menudo, no entregaban las tareas y copiaban durante las lecciones. “La pregunta es, su señoría, si estas dos chicas habrían hecho lo que hicieron si el colegio las hubiese hecho sentirse incluidas, es decir, si se hubiese preocupado por ellas en lugar de ignorarlas”. Pero nunca se podía saber qué tipo de chica era una chica, pensaba Clara. “Mira esto”, le dijo Ángela una mañana en la sala de profesores a tiempo completo. “Una de mis alumnas estuvo hurgando en mi bolso, tomó mi cuaderno y dibujó esta cosa”. Cuando Clara les dio la

espalda para llamar a la policía, todavía con la naranja sucia entre la mano tensa, Malena Goya se le echó encima y le mordió la oreja mientras Michelle Gomezcoello fue directa a la cocina por un cuchillo largo para cortar carne. “Es una mandíbula, ¿verdad? Es una mandíbula de animal”. Clara intentó quitarse a Malena Goya del cuello, pero la chiquilla era muy fuerte. “¿Crees que quien sea que dibujó esto se estaba burlando de mi mandíbula?”. En el forcejeo, Clara cayó y se golpeó la cabeza contra la mesa del comedor. “¿Te parece que este dibujo es racista?”. No sintió dolor en el suelo, pero cuando intentó levantarse se mareó y vio en el borde de la mesa una mancha de sangre. “¿Crees que deba llevar el caso a rectorado?”. Michelle Gomezcoello hablaba a gritos con Malena Goya apuntando a Clara con el cuchillo largo para cortar carne. “Ya sé que es solo un dibujo, pero no está bien que nuestras alumnas invadan la privacidad de sus maestras”. Clara no recordaba lo que dijeron, solo sus voces tan agudas como un alfiler. “No está bien que metan las manos en nuestros bolsos como si fueran unas vulgares ladronas”. Y luego el cuchillo en su cuello.

Para Clara era difícil manejarse por la casa cuando tenía la certeza de que alguien –que no era ella ni su madre muerta– usaba sus cosas, gateaba por sus corredores y orinaba en su váter sin bajar la válvula. “La pregunta es, su señoría, si no hubo nada que pudiera haberse hecho para evitar que estas dos niñas se sintieran tan desesperadas, tan absolutamente amenazadas por unas calificaciones, que creyeran que agredir a su maestra era la única salida”. Quizás para los juzgados ser una maestra era igual a ser una madre, pero para Clara madre e hija eran una antinomia. “¿Cuál es la responsabilidad de los adultos en esta historia?”. A veces sentía que el desequilibrio le pasaba por al lado como una ráfaga y ella estiraba los brazos para aferrarse a algo firme, pero solo encontraba el calor de esa sensación evanescente y, luego, la nada: un hueco por donde el aire no se atrevía a cruzar. “La verdad es que, aunque ya no somos amigas, yo sé que Fernanda entrará a su casa para asustarla”, le dijo Annelise, y esa noche Clara creyó encontrar pelos castaños en su cepillo; sacó de las cerdas una pelota de cabellos sedosos y ajenos y los lanzó por la ventana. “Se lo digo para que no se asuste si eso pasa”. En la penumbra de la calle, donde volaban los pelos extraños como una bola de paja en miniatura, le pareció ver la sombra de una niña corriendo y desapareciendo en la esquina. “Para que sepa que, cuando pase, fue Fernanda”. Ningún perro del barrio ladró, pero los perros eran siempre malos guardianes. “Hablaré con ella”, dijo Clara disimulando su angustia frente a Annelise. “¡No! Por favor, no diga nada”, le pidió. “Fernanda me lastimará si se entera de que yo se lo conté”. Las *M&M's* la ataron al sillón de estampado de tigre con la cuerda que ella usaba para tender la ropa y también con algunos cables que arrancaron de la televisión. “La verdad es que no es la primera vez que Fernanda me golpea”. Malena Goya se sacó uno de sus calcetines, lo olió, puso cara de asco y lo metió en la boca de Clara antes de cerrársela con la cinta aislante que encontró en la caja de herramientas. “¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó Annelise. A veces Clara pensaba que ella había sido la Malena Goya y la Michelle Gomezcoello de la vida de su madre. “Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”. Porque madre e hija eran una antinomia, pero las *M&M's* habían sido sus hijas durante las trece horas con cincuenta y siete minutos que estuvo atada al sillón de estampado de tigre y, con ellas, Clara había experimentado ser una madre sobre la mesa de las crías hambrientas.

“¿Te ató yo con mi amor umbilical?”, le preguntaba a veces a la radiografía de la columna vertebral de su madre. “¿Te corté la circulación con la cuerda de mi ombligo?”.

En el colegio había cientos de pestañas que Clara no sabía escuchar. El ruido incesante de las voces le hacía pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de las manos en los recreos y en las

aulas, pero cuando llegaba a su casa el silencio le revelaba los cambios: el teléfono descolgado, los libros sobre la mesa, una naranja a pocos metros de la puerta de la cocina. Se servía ron en un vaso, se sentaba en el sillón de estampado de tigre y miraba durante horas la única cosa que jamás cambiaba de sitio: la radiografía de la columna vertebral de su madre colgada en el centro de la pared. En el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, las estudiantes salían una hora y media antes que los maestros –Fernanda tenía (según sus cálculos) casi dos horas para entrar por alguna ventana, revolverlo todo, y regresar por la noche a reproducir los sonidos de su memoria–. Malena Goya y Michelle Gomezcoello se turnaron para revisar su casa sin quitarle ni un solo ojo de encima; se pusieron su ropa, se pintaron con su maquillaje, le regaron la botella de ron encima, le cortaron con unas tijeras todos los sostenes y encontraron los exámenes, pero cuando ya no los querían para nada. “Le rompimos el coco, mira cómo sangra la pendeja, ¿qué hacemos ahora?”, dijo Michelle. “Revisemos la casa mientras pensamos”, dijo Malena. Y cuando se aburrieron de saltar en las camas, comerse la nutella, tirar los zapatos al váter, regar el esmalte por la cocina y dibujarle penes en la cara a su profesora, decidieron pellizcarle el vientre. “¡Ay, cómo chillar! Le duele mucho. Qué divertido. Hazlo tú”. La abofetearon, le cortaron el pelo, le clavaron las agujas de coser en los muslos. “Mira nomás cómo le dejamos la cabeza. Le va a decir a la policía y mi madre me va a matar. Tenemos que matarla”. Le pasaron la llama del mechero de la cocina por las rodillas. “Ya, pero ¿cómo la matamos?”. Quebraron todos los espejos mientras ella pensaba que de verdad se iba a morir. “No sé, pues. Si yo nunca he matado a nadie”. Clara miraba la radiografía de la columna vertebral de su madre cada vez que el miedo le hacía sentir que sudaba leche. “Yo hace tiempo maté a un gato que me sacó la puta”. Su madre no permitía que nadie entrara a la casa porque decía que ningún caracol vivo invitaba a otros animales al interior de su concha. “Podemos clavarle el cuchillo así, ¡zas!, pero verás harta sangre y tocará limpiar”. A veces a Clara le costaba encontrar los cambios en medio del estricto orden de las habitaciones. “Podemos ahogarla con una almohada y así no le vemos la cara fea esa que tiene”. A veces lo único que variaba era una puerta mal cerrada o un vaso colocado boca arriba. “¿Y después qué hacemos? Porque yo he visto que cuando encuentran el cadáver en las telenovelas las asesinas se van a la mierda”. Todas las noches, sin embargo, eran iguales –los resortes, la vela, las uñas, las risas, el aleteo de las pestañas–. “Podríamos colgarla para que parezca un suicidio”. Pero de vez en cuando los pasos que se acercaban en un andar arrítmico hacia la puerta cerrada de su habitación se oían más fuerte. “No hay cómo hacer eso bien... Yo creo que mejor confesamos todo nomás”. Y Clara, sintiendo la llegada de un nuevo ataque de pánico, tenía ganas de abrir la puerta para matar su miedo pero no se atrevía. “Mi mamá me va a matar”. No se atrevía a salir porque la oscuridad no le dejaría ver a Fernanda. “Si la matamos será mucho peor”. No le dejaría saber si en verdad era ella la que pestañeaba. “Si la matamos será muchísimo peor”.

Todas las voces eran norias de calaveras en su cabeza.

“¿Cómo se sentirá matar a alguien?”, preguntó Malena Goya casi llorando de temor a la madre. “¿Cómo se sentirá morir?”, preguntó Michelle Gomezcoello quemándole las rodillas a Clara. La locura era el grado cero del miedo a la muerte: una escalera rota que llevaba hacia ninguna parte. En eso pensó el viernes en que Annelise cerró la puerta del aula y se quitó la blusa como un pedazo de piel que no voló por el peso de los botones. “¿Ahora ve lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó mientras los ojos de su maestra se nublaban de sal frente al campo abierto de los hematomas y de las costras. “¿Ahora entiende lo que Fernanda me hará si se entera de lo que le he dicho?”.

El silencio era el sonido abyecto de las pestañas.
Las zapatillas olían a patios con trapecios.

“Quiero que me muerdas”, le susurra Annelise. “Quiero que me muerdas muy fuerte”. Su voz suena lenta, como una iguana pelando el sol. Fernanda se magulla en el cuello de su hermana y escucha sus deseos: “Muérdeme, cocodrilo”, y en su boca el cuerpo gemelo se rotura. “Muérdeme, caimán”. Salta del colmillo una flor de carne. Salta una flor de huesos a los hocicos infinitesimales. Los órganos en piel polucionan por la noche. Las sábanas sudan. Su instinto mandibular corre hacia los esteros, pero a Fernanda le gusta morder clavículas y pelvis encima de los volcanes. “Muérdeme tan fuerte como puedas”, le pide su hermana de renacimiento. Annelise le entrega sus huesos limpios para matar su hambre sobre los manteles de algodón. Le entrega su cuello para que lo estruje: sus músculos para que los mastique. “No quiero hacerte daño, pero voy a hacerte daño”, le dice Fernanda. “Márcame”, le pide Annelise en la ducha. “Sángrame con tus 32 dientes”. Y 32 veces la muerde. 32 veces la lengua baja por las piernas ensalivando de rojo las estrellas. En el agua miran los colores de las mordidas: negro, verde, azul, lila. Cosmos abiertos en la piel. Rosetones en la vía láctea de su carne. Annelise abre la boca cuando Fernanda le muerde la entrepierna. Tiembla. Gime. Se limpia la sangre con papel higiénico y lo lanza al váter como una paloma muerta. “No quiero hacerte daño”, le dice Fernanda. “No sé por qué me obligas a hacértelo”. Pero luego le aprieta las mandíbulas sobre las costillas para saborear la piel de peluche de Annelise y mirarla morderse los labios, y abofetearla para que no se muerda, y morderle los pezones para escucharla llorar de dolor y de placer; para ver su naricita encendida y sus ojitos volteándose hacia el interior de su cráneo. Pero luego Fernanda le hala el pelo en la ducha para que sonría. Le gusta mucho cuando Annelise sonrío de dolor. “Yo le rezo al Dios Blanco con cada uno de tus dientes”, le dice Annelise acariciándole las encías. “Pero esto nadie lo puede saber”. Así ocultan que en la cama y en la ducha Fernanda se mancha los caninos. “Tu sangre sabe a metralla”. “Tu sangre sabe a alambre”. Mientras tanto los molares siempre se mueren de sed. “¿Sabías que la mordida de un cocodrilo es más poderosa que la de una ballena?”. Annelise clava los dedos en la almohada cuando Fernanda explora su esqueleto. La perfección es su mandíbula-trampa-para-osos cazando más que los glúteos y los músculos lumbares. “¿Sabías que los cocodrilos guardan a sus crías muy adentro de sus mandíbulas?”. La perfección se abre camino hacia la médula: centro del deseo equinoccial. Sus dientes zumbando como abejorros pican el coxis y las vértebras encapulladas. Sus dientes son caracolas óseas que guardan toda la sal del vientre de Annelise. Con ellos Fernanda no talla los muslos, sino la parte interior del fémur. Y cuando las clavículas flotan como un horizonte que marca el comienzo del cuerpo, ella las humedece y las roe. “De niñas no hacíamos estas cosas”, le dice cada vez que siente que la quiere demasiado mal. También cada vez que siente miedo de lo mucho que le gusta el placer de Annelise cuando se le trepa encima y le aprieta el cuello, o cuando le estira con los incisivos la piel de los omóplatos. “Nada hacia abajo como un cocodrilo”, le pide Annelise en la piscina. “Muerde hacia arriba como un caimán”. Y su mandíbula atrapa una pelvis celeste como un cráneo de zorro perdido entre los mangles. Fernanda no le explica al Dr. Aguilar que las manchas del test de Rorschach son los huesos de Annelise con los colores del jardín. No le explica que su mandíbula es blanca y está hecha para

devorar. Hecha para triturar. “¿Sabías que las iguanas muerden a sus parejas en el cuello durante la cópula?”, le dice Annelise con los pies desnudos sobre la cama. “¿Sabías que durante la cópula la salamanquesa macho muerde a la salamanquesa hembra en el vientre?”. A Fernanda no le gusta que Annelise le hable de cópulas con los pies desnudos sobre la cama. No le gusta que le rece al Dios Blanco con sus dientes ni que diga que lo ha visto y que por eso sabe que va a morir. Tampoco le gusta que le gusten los pezones de Annelise, rojos como dos picaduras de mosquito. Ni las cientos de palomas muertas que desechan en el váter. “Yo no sé de dónde me salen estas ganas tan horrendas”, le dice Fernanda cuando empieza a sentirse culpable. A veces quiere empujar a Annelise del tercer piso del edificio, o que se caiga, pero la mayor parte del tiempo solo quiere abrazarla y morderle la lengua para siempre. “De niñas no éramos así”. Annelise gime igual que grita cuando se echa agua oxigenada sobre las mordidas-pequeñas-trampas-para-osos. Clic. *Flash*. Suben las fotos a sus cuentas privadas en Instagram. “El amor empieza con una mordida y un dejarse morder”. Mientras duermen, la mandíbula de Fernanda le pega mordiscos al aire. Annelise se arrulla con ese sonido sagrado que vibra igual que las campanas del colegio. Algunas noches ven películas de horror como *Ginger Snaps* o *Sisters*. Algunas noches Fernanda le muerde las axilas. “Si tu madre te viera las mordidas, ¿qué le dirías?”, le pregunta Fernanda arrancándole una costra con la uña. En las madrugadas Annelise se finge sonámbula y entra en la habitación de sus padres. Abre todas las puertas de la casa. Deja huir a las mascotas de la familia. “Le diría que las madres también muerden”, responde arrugando la nariz como un gusano que se contrae. Fernanda no entiende por qué Annelise quiere que sus madres les tengan miedo. “Somos las gemelas de *The Shining*”. La madre de Fernanda le tiene miedo a Fernanda y eso a Fernanda no le gusta. “Somos las hermanas Gibbons”. Les duele no ser iguales y que los huesos y la textura de la piel sean un asunto tan personal, tan individual. “Quisiera que tuviéramos el mismo nombre”, le dice Annelise en medio de la clase. La misma estatura, el mismo tamaño de la escápula. A Fernanda le espanta que su húmero sea más pequeño que el de Annelise y que sus costillas sean más anchas. “De niñas nos parecíamos”, le dice cuando descubre que Annelise es bella y que la belleza también produce miedo. Annelise dice en voz alta que ver al Dios Blanco es como ver a la muerte y Fernanda se asusta porque empieza a creerlo, sobre todo cuando están en la habitación blanca y todas se arrodillan en un círculo y se toman de las manos y cierran los ojos y el silencio se parece a una presencia inmensa que Annelise quiere que escuchen y escuchan mientras aprietan las mandíbulas para no gritar. “Tal vez debamos parar con lo del Dios Blanco”, le sugiere Fernanda cuando tiene miedo de lo que quiere. “No te entiendo”, le responde su siamesa de cadera. Nadie abre los párpados en el círculo, pero Fernanda los abre y ve a Annelise con la boca muy abierta y los ojos blancos como la luna. “No es algo que podamos detener”. Fernanda quiere llorar cuando disfruta mordiéndole el calcáneo derecho a Annelise y ella arquea la espalda como Linda Blair en *The Exorcist*. Su espalda parece el lomo de una yegua y también un erial por donde cruzan los alacranes de su imaginación. Todos los meses, Fernanda y Annelise sangran a la vez. Se duchan juntas y ven correr la sangre de entre sus piernas como si fuera la misma. “De niñas no nos pasaban estas cosas”, dice Annelise atraída y repelida por el color del agua. Evitan las inundaciones recogiendo sus pelos de la rejilla desagüe. “Mamá dice que no deberíamos bañarnos juntas porque ya estamos grandes”. Los pegan mojados en las paredes que la Charo limpia durante el día. “Siempre nos hemos bañado juntas”. Siempre han laceado, trepado, saltado juntas. Siempre se han acariciado los nudillos y besado bajo las costillas. “Estamos cambiando mucho”, dice Fernanda dándole la espalda a los cánticos mientras el monte de venus de

Annelise se llena de paladares. “Estamos cambiando demasiado”. Annelise le acaricia la mandíbula a Fernanda poco antes de dormir. Su mandíbula hecha para devorar. Su mandíbula hecha para triturar. “Todo cambio es siempre demasiado”.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Creo que fue la mandíbula del cocodrilo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No, *I mean*, creo que Anne se obsesionó con la mandíbula del cocodrilo y con sus dientes y con su mordida súper hiper fuerte, y eso la hizo tener la idea que tuvo y preguntarme si yo podría morderla.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Sí, Doc. Creo ahora estoy lista para hablar de eso.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es que nosotras jugábamos y nos poníamos retos así. Era divertido. Nuestra amistad era muuuy divertida.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Bueno, al principio no lo vi como algo taaan malo. No me pareció taaan diferente a lo que ya habíamos hecho en el edificio, *you know*? En realidad, los huesos siempre nos parecieron cosas muy bonitas. Como esculturas. Una vez la profe de Ciencias Naturales nos hizo hacer un esqueleto con plastilina y ponerle a cada hueso su nombre y Anne y yo nos la pasamos genial. En la biblioteca del cole, justo sobre las estanterías, hay mandíbulas y animales en formol, y a Anne le gustaba mucho la mandíbula de tiburón blanco que estaba encima de la sección de poesía, así que se la robó y, cuando estábamos en la habitación blanca, la usaba de corona. Bueno, la sigue usando de corona, *I guess*. Aunque ella en realidad quiere la de un cocodrilo. Está obsesionada con el poder de la mandíbula de un cocodrilo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Es que... no sé. *Of course* que me daría miedo ser mordida. Y *of course* que me da miedo morder. Pero pensé en lo que me dijo la otra tarde y *maybe* es verdad que hubo ratos en los que quise hacerlo.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Sí, es cierto que le mentí un poquito, Doc, pero ahora le estoy diciendo la verdad. Siempre termino diciéndole la verdad. Le diré lo que pienso: pienso que todos han querido morder a alguien en algún momento de sus vidas. *No big deal*. A veces las señoras, cuando ven a un bebé, le dicen “Te como, te como”, y también las parejas se dicen “¡Te quiero comer!”. ¿Sí o no? Usted sabe que sí. Todos jugamos a morder porque es muuuy instintivo. ¿Y nosotros qué somos? ¡Animales! Así que lo de morder o sentir que te quieres comer a personas que quieres es más normal de lo que parece. Todos sentimos ese deseo. Así que no tiene que ser algo lésbico ni sexual, sino un instinto de otro tipo, *right*? Lo que pasa es que la mayoría de las personas no llegan a morder de verdad porque no quieren lastimar a nadie y porque tienen miedo de verse como animales. *Anyway*, mi caso es especial porque, *I mean*, yo no quería lastimar a Anne: ella era la que quería que yo la lastimara. Pero eso para ella estaba bien. Quiero decir que a Anne le gustaba que yo le hiciera daño. Lo que

hacíamos juntas, cuando nadie nos miraba, era más *hardcore* que lo que hacíamos en el edificio. Si las demás lo hubiesen sabido, habrían pensado lo peor de nosotras... Parece que no fuera importante decir que Anne me lo pedía, pero lo es, porque me pedía que la mordiera fuerte, muuuy fuerte. Todavía recuerdo la primera vez que sentí su sangre en mis dientes... No puedo ni siquiera explicarlo. *Anyway*, durante un tiempo me lo tomé como un juego, igual que las otras cosas que hacíamos en el edificio, pero luego me di cuenta de que esto era diferente. Me di cuenta de que era algo, no sé... íntimo. No era un entretenimiento como los retos que superábamos con las demás. No era para sentirnos valientes. Ser mordida no era divertido para Anne, sino... placentero. Y eso me hizo sentir mal. También sus heridas me hicieron sentir mal, pero lo que era insoportable para mí era su placer. No empezó siendo insoportable, pero pronto se volvió insoportable. Después de lo de la foto.

Dr. Aguilar:

Es que en la foto ella estaba desnuda en la ducha y se veían sus heridas. Algunas sangraban un poco. No sé... Cuando ellos vieron la foto pusieron cara de asco y de horror y me lo hicieron sentir. Y entonces ya no quise continuar. Tal vez porque pensé que nuestra relación estaba cambiando demasiado y yo no quería que nada cambiara. Estaba muuuy angustiada. No sé cómo explicarme. Es difícil cuando intentas contar algo importante por primera vez. *Let me think...* A mí jamás se me habría ocurrido morder a alguien. Sí, decir esto es importante: fue idea suya. Y si me gustó morderla, aunque sea un poco, fue su culpa y no la mía, porque a mí jamás se me habría ocurrido hacerlo, ¿entiende, Doc? Si Anne no me hubiese pedido, casi rogado, que jugáramos a eso, yo jamás habría descubierto que tal vez me gusta un poco morderla. Y yo sé que no puede estar bien que me guste un poco una cosa así, ¿verdad? No puede estar bien que me guste hacerle daño a mi *BF*. Aunque a ella le guste y a mí me guste un poco que a ella le guste, no me siento bien con eso. De niñas no éramos así, *you know?* Creo que le empecé a tener miedo porque me estaba cambiando. Me estaba haciendo pensar que yo quería cosas que muy en el fondo de mí no quería. Cosas que no puedo querer.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Supongo que creí que podría hacer cualquier cosa que ella hiciera, pero empecé a asustarme de lo que hacíamos y también a pensar que me estaba probando y que estaba viendo qué tan lejos podía llegar. Y entonces quise que paráramos porque yo no quería llegar taaan lejos. No sé si me explico. Una cosa eran los juegos que nos inventábamos en el edificio, y otra muy distinta lo que pasaba en nuestras habitaciones cada vez que dormíamos juntas.

Dr. Aguilar:

Fernanda: *Of course. I mean*, ya sé que lo que hacíamos en el edificio también era peligroso. Bueno, es peligroso. *I know*. Pero al menos no era íntimo. Y yo creo que lo íntimo es siempre mucho más amenazante. *Anyway*, quiero que quede claro que yo no era la única que estaba asustada de Anne. Como le conté el otro día, las demás también le tenían miedo aunque no lo dijeran, sobre todo desde que se inventó lo de la edad blanca y lo del Dios Blanco. *I mean*, la última vez que fui al edificio y llegué tarde casi me da un *heart attack* porque todas empezaron a gritar y sus gritos allí adentro fueron lo peor que he escuchado en toda mi vida. Era una de esas tardes en las que contábamos nuestras *horror stories*, pero que últimamente Anne dirigía porque así es ella. *Whatever*. Escuché los gritos que no se detenían y me quedé muy quieta en la entrada del edificio, aterrada por el eco y por las palomas que huían, y luego Fiorella, Natalia y Ximena bajaron las escaleras rapidísimo y me empujaron muy fuerte al salir. Tenían las caras feas, deformes por los berridos.

Usted ni se imagina, Doc, cómo chillaban de espantoso. Sentí muchísimo miedo y grité “*Fuck!*”, pero subí de todas maneras, como en las películas. Supongo que porque no quería ser una cobarde, sino demostrarme a mí misma que aunque estaba asustada podía enfrentarme a lo que fuera. ¡Ah! Y también porque uno siempre quiere saber de qué se está asustando, *you know?* Según yo, no saber es *always* peor, Doc. *Anyway*, cuando subí las escaleras fui directo a la habitación blanca y la vi, esa escena, la que que estará siempre en mi cabeza. Yo estaba asustada, *of course*, y todo se me puso en cámara lenta, como en las películas. No sé si sea cierto, pero una vez escuché que nuestra percepción del tiempo depende de la velocidad de los latidos de nuestro corazón y que por eso un colibrí nos ve como nosotros vemos a las tortugas, ¿es cierto eso, Doc? *Anyway*, fue muuuy raro porque, en lugar de acelerarse, mi corazón se hizo una tortuga cuando vi a Analía llorando y temblando en medio de un charco de pis con sangre. Sí, ¡pis con sangre! Anne estaba en la esquina, coronada con la mandíbula de tiburón que se robó de la biblioteca, y no hacía nada, solo mirar a Analía con un poco de miedo. Y no sé por qué en ese momento sentí mucha rabia. Tal vez fue porque ya me veía fuera del grupo y porque en el fondo había ido para despedirme, no sé. Lo que sí sé es que corrí hacia Anne y la empujé. Le grité muchísimo, *like crazy*. Le grité que qué le había hecho a Analía, aunque yo sabía que no le había hecho nada. Yo sabía que seguramente a Analía le había bajado la regla como a Carrie White y ya está, porque era la única de nosotras que todavía no había menstruado, y que quizás había ocurrido durante una de las historias del Dios Blanco o en el círculo que a veces hacíamos agarrándonos de las manos y quedándonos en silencio. La menstruación puede ser muuuy *creepy* según la atmósfera, *you know?*, como cuando Anne y yo jugábamos a que teníamos un monstruo devorador en nuestros úteros, aunque no es un buen ejemplo porque eso nunca nos dio miedo. Nosotras sabíamos bien lo que era la menstruación, pero lo *creepy* no se trata de saber o no saber, sino del ambiente en donde suceden las cosas que son, no sé, naturales. Hay ambientes que hacen que lo natural parezca antinatural y también sobrenatural. Así que yo pienso que fue eso lo que pasó. Aunque nadie me lo haya contado, yo creo que así fue: una cosa de la atmósfera. Pero en ese momento nadie me dijo nada y Anne me miró como si me odiara más que a ninguna otra persona en el mundo. Entonces volví a sentir miedo porque Analía dejó de llorar y hubo un silencio gigantesco y yo simplemente no lo soporté. Decidí irme, igual que hicieron las demás. Y cuando estuve en la planta baja, Anne me tiró esa piedra grande de la que le hablé el otro día, esa que casi me rompe la cabeza, pero no alcanzó a darme. La muy zo... *bitch*. *Sorry*.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Supongo que me asusté porque sentí algo que no podía ver, pero que estaba allí. Igual que en el cuento que me recomendó, *El Horla*, de Maupassant, cuando se habla de cómo el viento es algo que está entre nosotros, silbando, derrumbando cosas, a pesar de que no lo vemos. Eso fue lo que sentí. Y creo que es lo que solía percibir cada vez que estábamos en la habitación blanca. Ahora que lo pienso, puede ser que las demás lo sintieran también y por eso no nos atrevíamos a entrar ni a mirar la habitación excepto las tardes que teníamos que hacerlo. No es que piense que el Dios Blanco sea real ni mucho menos, Doc, pero uno también puede asustarse de las cosas que no existen.

Dr. Aguilar:

Fernanda: No sé, se me ocurrió. ¿Por qué? ¿No le gusta que le diga Doc?

Dr. Aguilar:

Fernanda: No me estoy burlando, Doc.

Dr. Aguilar:

Fernanda: Hola, Doc.

A: Juliet Hulme y Pauline Parker eran mejores amigas y se amaban tanto que a sus quince y dieciséis años mataron a la madre de Pauline para que no las separara.

C: Basta.

A: Le dieron cuarenta y cinco golpes con un ladrillo escondido en el interior de una media. ¿Se imagina eso, Miss Clara? ¡En una media!

C: No quiero escuchar estas cosas. No tengo por qué...

A: Luego Caril Ann Fugate, a sus catorce años, mató a su madre, a su padrastro y a su media hermana con ayuda de su novio.

C: Detente, Annelise.

A: Vivieron seis días con los cadáveres en casa y luego se fueron de *roadtrip* y mataron a otros dos adolescentes. ¿Puede creerlo?

C: ...

A: Luego Mary Flora Bell y Norma Bell, que no eran hermanas ni mucho menos, sino solo amigas, mataron a un niño de cuatro años y a uno de tres. A este último, Mary le escribió sus iniciales con una navaja y le cortó los genitales. Tenía once años cuando lo hizo. ¡Once!

C: ¡Basta!

A: Brenda Ann Spencer, de dieciséis años, disparó a niños y profesores de su colegio con un fusil semiautomático con mira telescópica. En el juicio dijo que lo había hecho porque no le gustaban los lunes.

C: Annelise, por favor...

A: *I don't like Mondays*, dijo. Qué simple y complejo a la vez, ¿no?

C: ...

A: Natasha Cornett escapó con un grupo de amigos porque estaba muy aburrida, igual que todos, ¿verdad? Y mató a una familia entera disparándoles. Cuando lo hizo, tenía diecisiete años.

C: ¡Por favor! ¿Me estás escuchando?

A: Las hermanas Caroline y Catherine Karubin asesinaron a su madre alcohólica ahogándola en la bañera. Antes de cometer el crimen se lo contaron a sus amigos y a todos les pareció que la idea era genial. GE-NI-AL. Tenían dieciséis y quince años.

C: ¡Por favor!

A: Si se va la perseguiré, Miss Clara.

C: Por favor...

A: Necesito que me escuche. Necesito que me ayude. ¿Ve lo que tienen en común?

C: No.

A: Ana Carolina, de diecisiete años, estranguló y le inyectó cloro con insecticida en la yugular a sus padres adoptivos. Luego de hacerlo se fue con su novio a comer *hot dogs* y a tomar cerveza.

C: No más.

A: Espere, este es mi caso favorito: Morgan Geyser y Anissa Weier intentaron matar a su mejor

amiga acuchillándola diecinueve veces. Ambas dijeron que lo habían hecho porque Slenderman se lo había pedido. ¿Conoce a Slenderman?

C: ...

A: ¿No? Es un monstruo inventado en internet que crece a través de los relatos de mucha gente a la que le gustan las historias de terror. Supuestamente se les presenta a los niños y a los jóvenes, y cuando eso ocurre, nada bueno pasa. Créame.

C: ...

A: Morgan Geysler y Anissa Weier tenían doce años cuando acuchillaron a su amiga diecinueve veces. ¡Diecinueve veces!

C: ...

A: ¿Ve lo que tienen en común? Quiero decir... No es normal.

C: ...

A: Y hay muchas más... Cientos y miles de chicas a las que algo se les torció por dentro. Chicas peligrosas, como Fernanda. Chicas que traicionan a sus mejores amigas y que se meten en las casas de sus maestras para asustarlas.

C: ...

A: Dios es joven. ¿No lo cree usted, Miss Clara?

“¡No quiero entrar!”, grita Fiorella. Su voz se cansa y se agrieta. Arrastra legañas. Arrastra malas noches. No quiere tener tanto miedo, pero teme porque la habitación blanca se hincha como un pulmón enfermo y Annelise se pone la corona: la mandíbula de tiburón que pesa. Los dientes le brillan en el pelo igual que puñales. Y al sur, Fernanda depreda. Se pone en cuatro. Las demás la imitan: entran a la blancura de la habitación como la manada del Dios Blanco. “¿Rezaremos o cazaremos?”, pregunta Anne lamiéndose los nudillos. Se arrodilla. Levanta la mano derecha a la altura de la corona. La mandíbula divina. La reliquia del Dios-madre-de-útero-deambulante. Fiorella se mantiene en el exterior y tiembla. Sabe que si no entra enfadará a Fernanda: enfadará a Annelise. Su hermana y las demás forman el círculo para la ceremonia. Están poseídas por la fiebre. A veces ella lo está también, pero no esa tarde porque ha tenido pesadillas. Ha visto caras empujando la pintura blanca de las paredes. Ha visto caimanes. Ha visto leche. Natalia, Ximena, Analía y Fernanda bajan las cabezas y el pelo les cubre las caras bañadas en sudor y frenesí. No quiere irse a la cama con miedo. No quiere soñar con lo que van a hacer. Lo han hecho tantas otras veces. Quince veces. Veinte veces. Sabe que dolerá porque siempre duele. Sabe que imaginará cosas porque Anne se las hará imaginar. Fiorella quiere que el juego le parezca estúpido e infantil, como cuando lo hicieron por primera vez. “¿Rezarás o cazarás?”. Ahora, en cambio, el juego le parece demasiado adulto. “¿Cazarás?”. Ahora Anne tiene dientes de tiburón sobre su cráneo. “¿O rezarás?”. Se lame los nudillos de la mano izquierda y eleva en el aire la derecha. “Una de dos, Fiorella”. Y ella, aunque no quiere, entra. “Una de dos”.

Se toman de las manos. Ximena sabe que las suyas sudan. Sabe que a Analía y a Fiorella les da asco, pero así son sus manos. No tiene otras. Annelise dice las palabras: las que suenan bien y significan mal. Y Ximena sonrío, orgullosa de estar allí, de haber superado todos los retos hasta el momento, de haber sobrellevado los castigos, de haber entregado sus historias al Dios Blanco. Se siente afortunada de estar en el círculo, incluso si le toca golpear a sus amigas o que ellas la golpeen. Porque la aventura lo vale, piensa. Porque quién no quisiera vivir una trama de película unas cuantas horas al día.

Cierran los ojos.

Y entonces comienza.

“El Dios Blanco está en la habitación”, dice Anne. Natalia no cree en cosas estúpidas, pero cuando está en el círculo con sus amigas y se toman de las manos y cierran los ojos, ella siempre sigue las reglas. “Está en la habitación”, repite Anne, agitada. Todas la escuchan. A todas les cuesta mucho respirar. Natalia siente una vibración. Un frío. Una presencia. Jamás se atrevería a mirar a pesar de que no cree en cosas estúpidas. Aprieta los párpados. La voz de Anne se torna otra voz.

Una voz amputada.

Un muñón.

Analía se aburre mucho cuando está fuera del edificio. Por eso, aunque le da asco sentir la saliva de Fernanda sobre su rostro, y miedo lo que dice Annelise coronada de dientes, no rompe el círculo. No

abre los ojos si el Dios Blanco le acaricia la oreja. Si le hace pensar en patadas y en sangre. En empujones y en lo fácil que es romper la piel de sus amigas. Está segura con los párpados cerrados: mientras no lo vea, nada malo le puede pasar. Unas uñas le recorren la espalda y le halan el pelo. Su cuello es frágil, pero no su mente. “El Dios Blanco está aquí”, canta la mandíbula. Le dan bofetadas en la cara y ella sonríe. “Dale un poco de beber”. Es ver lo que hace daño, ha aprendido. “Dale un sorbo de tu sangre, Analía”. Es ver lo que está mal. “Tu sangre, que sabe a lenguaje”. Es ver lo que es contrario a Dios.

Fernanda abre los ojos y ve a Annelise que ya no tiene una cabeza, sino una mandíbula que piensa. “Saborearás a Dios en la carroña”, dice y le pone un pájaro muerto sobre las manos. Las demás levantan las suyas en el aire. Saben que se acerca el momento. “Saborearás a Dios en la carroña”, corean. Y las paredes gotean. El viento llora como una madre. Todas tendrán que hacerlo, incluso Annelise, pero a Fernanda le toca primero. “Saborearás a Dios en la carroña”. Ella prefiere los retos, los golpes, los peligros. Las historias de terror que no la dejan dormir. “Come de él porque este es su cuerpo”. En cambio el culto al Dios Blanco es un juego verdadero. “Y esta es su sangre”. Pero Annelise es bella. “Muérdelo”. Y Fernanda llora de belleza.

“Muérdelo”.

XXVIII

Fernanda cerró los ojos e imaginó que corría fuera de la cabaña, dentro del bosque que suponía verde y brillante como los árboles de navidad en las casas de sus amigas.

Como las lentejuelas en las escenografías del teatro del colegio.

Como el uniforme de la inspectora.

Como los zapatos favoritos de Annelise.

Nunca había estado en un bosque, pero lo había visto varias veces en la televisión y en el cine.

Mujeres corriendo. Niñas corriendo.

Pensó que corría. Inventó que era posible correr en un bosque estando físicamente esposada a una mesa, sentada en una silla, escuchando la voz de gruta, la voz de hendidura de su maestra:

“¿Cómo puedes estar tan enferma, muchacha enferma?”.

“¿Cómo puedes abusar de tu mejor amiga, forzarla al dolor, entrar a mi casa como si fuera tu casa?”.

Fernanda corría saltando piedras, raíces y ojos de alces para huir de esa voz en temporada de caza mientras pensaba: ¡No lo hice!

¿Qué fue lo que hice?, se preguntó a veces.

En su mente las palabras de su maestra eran lince, canes, ratas que perseguían su inocencia de pensamiento, obra u omisión.

“Sé bien lo que hiciste”.

“Sé muy bien lo que haces con tus dientes y tus manos debajo de las camas”.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, se dijo como cuando la obligaban a rezar de rodillas a pesar de que no era culpable de nada.

No era culpable, decían todos, del color de la piscina.

No era culpable de la frente rota y azul de su hermano menor.

Cuando el bosque de su imaginación desaparecía a causa de la voz cenicienta de Miss Clara, Fernanda apretaba aún más los párpados y entonces los árboles con sus criaturas regresaban aplacando esa voz de cueva, esa voz de calavera:

“Tu amiga Anne me lo dijo”.

“Tu amiga Anne me contó todo lo que le hiciste; lo que me hiciste”.

Pero ella no había entrado a ninguna casa ajena ni forzado a Annelise a aguantar su forma primitiva de morder, de eso estaba segura. Aunque desconocía muchas cosas —como lo que sucedió en la piscina con su hermano muerto Martín—, sabía lo demás, lo importante: que lo que le decía su maestra, escupiendo saliva espumosa y golpeando la mesa con los puños, era mentira.

Que su profesora estaba loca de manicomio.

Que hablaba confusamente. Delirantemente.

Que no la oía ni la veía intentar detener el llanto, aguantar con los párpados cerrados, eludir la

visión de unos ojos que parecían haberse hundido en el cráneo perfecto de Miss Clara.

Un cráneo divino y sucio. Tan brillante por la grasa del pelo que daba miedo.

Cabeza podrida.

Cabeza en descomposición.

No podía escapar. No podía huir de ese cabello negro y seboso que le decía mal las palabras.

Ella también se decía mal las palabras muy adentro suyo a causa del miedo. El miedo que la forzaba a atropellarse, a correr la mente en el paisaje alto de su imaginación para que no le atraparan las ideas por el cuello.

Siempre había creído que las personas eran incapaces de pensar cuando estaban aterradas, pero ella pensaba. Pensaba muy bien: en desorden, en catarata, en carrusel.

Pensaba más rápido de lo que corría. Más rápido de lo que podía entender.

No quería volverse loca de terror al cabello.

No quería mearse encima otra vez aunque ya lo estaba haciendo.

“¡Yo nunca he entrado a su casa!”.

“¡Anne le mintió!”.

“¡Anne la engañó!”.

Tomó aliento. Su maestra no la escuchaba porque estaba loca de atar, loca de matar. Sus palabras adultas eran cocodrilas que cabalgaban el bosque verde-sandía, verde-vómito, para señalarla con el filo de sus colas torcidas en el aire.

La acusaban de escamas y ella no entendía por qué se cortaba.

Le contaban historias de cepillos, colmillos y cerrojos.

Le contaban algo sobre su supuesto abuso a Annelise.

Ella me lo pidió, le habría dicho si su lengua hubiera podido hacer otra cosa que temblar.

A ella le gustaba que yo la masticara como a un chicle.

A ella le encantaba que yo le apretara la tráquea como a un trapo viejo.

Su profesora estaba adelante, al otro lado de la mesa, pero en su imaginación estaba atrás y lejos y los árboles la escondían.

Las películas de miedo no sabían cuál era la dinámica real de los secuestros.

Fernanda inventaba que era rápida en el bosque para sobrevivir a esa voz de pizarra, a esa voz de montaña que la desnudaba mostrándole los caninos, rugiéndole de cerca como una sombra indócil, olisqueándole las lágrimas que no dejaban de caer.

La ola de entre las piernas.

Los pedos que ya no podía guardarse y que sonaban demasiado y que olían muy mal.

Y en el bosque de su invención, en la silla que chorreaba pis, sintió que extrañaba a Anne más de lo que la había extrañado nunca.

A ella: su doble-muñeca, su doble-bayoneta.

Hubiera querido seguir mordiéndola a pesar de todo, no como la voz de Miss Clara le mordía los talones, sino como las mantis les mordían las cabezas a sus amantes.

Pero ahora era tarde para sus dientes.

Ahora sentía el peligro y quería volver al útero de su madre, ver nacer a Martín igual que un pequeño pez en la inmensidad de las camillas.

Huir en el bosque. Que al menos hubiera una oportunidad de salvarse del pelo negro que caía de

los árboles.

“Tienes que entender que yo no puedo tenerte adentro de mi casa”.

Estar asustada era desear lo que jamás antes había deseado: retornar a la humedad elástica de la placenta, despertar con el primer grito del hermano muerto.

“Voy a tener que sacarte”.

“Voy a tener que expulsarte”.

Estar asustada era sentir la verdad como una pestaña flotando encima del ojo: que ya no volvería, que ya era imposible retroceder. Lo intuía en el sonido cavernoso de la voz de Miss Clara, en el revólver moviéndose sobre la mesa como un animal con caparazón, en las aves que chillaban afuera de la cabaña coreando la escena inconclusa de adentro.

Los pájaros eran seres espantosos cuando hacían cualquier otra cosa menos volar.

Fernanda jamás había sentido empatía por ninguna de las palomas que mató en el edificio. Las vio morir, indiferente, y ahora ella era uno de esos animales temblorosos y repulsivos que alojaban el peligro hasta en el esqueleto.

La naturaleza era así: justa y atroz.

Quiso recordar la risa de Anne, embellecer la violencia con la que corría por el bosque elevado de su propia negación, pero no pudo evocarla. En su memoria solo había un ruido bestial, una carcajada de hierro llena de chapuletes que la perseguían.

“Las muchachas enfermas como tú necesitan una lección”.

La cabeza de Fernanda zigzagueaba entre árboles con copas de nubes que eran como la inacabable piel de su madre.

“Yo voy a darte una lección”.

Y mientras sentía el frío entrando en su estómago igual que una lombriz de hielo pensó en Anne y en que por más hiena, por más reptil que realmente fuera, no pudo haber previsto lo que sus mentiras provocarían. Lo que su intento de asustar a Miss Clara desataría en el mundo real.

“Yo voy a enseñarte algo allí en tu nido de cucarachas”.

Annelise debía de sentirse culpable, pensó, por lo que había hecho sin saber.

Pobre, pensó. La perdonaba con todo su corazón.

“Estás enferma”.

Te perdono, se dijo sin dejar de correr, *pero deseo que sufras*.

“Estás muy enferma”.

Te amo, se dijo rompiendo ramas y raíces, *pero ojalá cargues con la culpa de esto hasta el final*.

“Necesito que aprendas y alguien tiene que enseñarte”.

Fernanda sabía que había traicionado a Annelise primero, por eso la perdonaba; porque la primera en hundir la daga era siempre la que debía callar.

“Alguien tiene que ensuciarse”.

Y mientras la voz de Miss Clara decía cosas sin pies ni cabeza como las lombrices de hielo que se deslizaban por su garganta, Fernanda veía la verdad: que los animales sabían cuándo iban a morir porque la muerte era un sentimiento.

Una emoción futurista del cuerpo.

Y mientras escuchaba esa voz helada de maestra ensanchando la madera, abriendo con su fuerza hasta el interior de las piedras, pensó en lo mucho que se arrepentía de no haberse muerto con Annelise cuando tuvo la oportunidad. Cuando la tierra tembló en la capilla del colegio.

Un terremoto de 4,5 en la escala Richter, dijeron en las noticias.

Un temblor más en la tierra de los temblores, pensaron, pero el movimiento no se acababa nunca y todas las niñas y los maestros empezaron a mirarse y, en el altar, también Dios tembló.

“¡El apocalipsis!”, gritó Anne.

Berridos.

Las niñas se abrazaron a sus mejores amigas y Fernanda a Annelise.

Su alma-gemela. Su gemela-de-las-entrepiernas.

Entonces, la magia: sus mejillas se juntaron, se respiraron las patillas, se abrazaron las cinturas casi clavándose los dedos en la carne, unieron las puntas de sus narices y, mientras los maestros les pedían seguir el protocolo de evacuación que jamás habían practicado, se miraron con tanta intensidad que se rieron a carcajadas en medio del terror.

Debía haber muerto así, pensó: sepultada por el techo dorado de la capilla.

Un amor enterrado.

Una amistad como un templo creciendo por debajo de la tierra.

Su muerte habría sido alegre si se hubiera atrevido a morir ese día; habría sido bella y perfecta con Annelise apretándola y carcajeándose sin miedo mientras las otras gritaban con los ojos cerrados.

Debió haber muerto antes de que terminara el terremoto.

Debió haberse caído Dios.

Cuando salió viva de la capilla no supo que cualquier muerte después de aquella que se le escapó sería siempre peor.

“Conmigo vas a tener que aprender, ¿oíste?”.

Tropezó en su cabeza, pero había perdido la oportunidad de morir bien, así que ya no importaba.

La voz de sables y hachas la alcanzaba golpeando el viento.

“¿Me oíste?”.

La muerte era un sentimiento.

Al frente había una blancura insoportable que imaginó densa y latente: el Dios Blanco imponiéndose en el horizonte de su caída.

“¡Abre los ojos!”.

No: un volcán nevado. Pero no era eso lo que quería inventar.

“¡Ábrelos!”.

Apretó los párpados con todas sus fuerzas y escuchó el sonido de la silla arañando el suelo junto a las pisadas de su maestra aproximándose.

“Te va a costar, pero lo vas a hacer”.

Un volcán helado a punto de erupcionar y el Dios Blanco de Annelise emergiendo del cráter para salvarla de la cocodrila.

“Ya verás”.

Qué estúpida, pensó. El Dios Blanco no salvaba a nadie.

“Te va a costar mucho, pero yo te voy a enseñar”.

Su caída habitaba en el bosque frente a un volcán erupcionando igual que su vientre.

“Sólo tienes que escucharme”.

Pero cuando abrió los ojos y lo buscó en la ventana no vio a ningún Dios, ningún volcán dormido de tierra.

Dormido de cielo.

“Sólo tienes que entrar en el miedo”.

A: Ella entrará en su casa.

C: Basta.

A: Sé que lo hará.

C: ...

A: Un día entrará en su casa igual que esas otras chicas, todas en edad blanca, todas rezándole al Dios Blanco, y así le hará daño a usted también, como me lo hizo a mí.

C: Cállate.

A: Porque está aburrida.

C: ...

A: Porque mató a su hermano cuando todavía era una niña.

C: ...

A: Porque yo soy su mejor amiga y me traicionó.

C: ...

A: Porque todas odiamos los lunes.

Fernanda y Annelise corrieron sobre el césped sin esquivar las margaritas. Los dedos de sus pies penetraron la tierra mojada por los aspersores que quebraban el agua en millones de microcristales líquidos. “Es como si todas las copas se hubieran roto en el aire”, dijo Annelise matando el agua con las palmas abiertas. Tenían ocho años y el sol que despeinaba sus cabezas parecía la yema de un huevo podrido. Era un día amarillo pálido, pero el club estaba lleno de gente embutida en sus trajes-de-baño-tonalidades-vómito, no como los de ellas que tenían colores eléctricos y estampados de dinosaurios. Fernanda se puso una boya de *donut* de vainilla con chispas y Annelise se le adelantó lanzándose a la piscina como una pelota. *Splash*. Unos niños en las esquinas tragaron olas de cloro y trozos de fruta. Dos nanas con uniforme rosa los sacaron y miraron a Annelise todavía hundida con enorme fastidio. En los alrededores había carritos, robots, flotadores de Popeye, Hello Kitty, Dora-la-exploradora, zapatillas, bolsos inflables, cremas para el sol, gafas, revistas y biberones. Fernanda miró los objetos con aburrimento y, ardiendo en rojo, entró lentamente en el agua con sus deditos clavados en su boya-*donut*-regalo-de-papá. El club tenía una piscina más grande, pero era solo para adultos y ella no entendía por qué le tocaba la más pequeña y fea del lugar. Ser una niña, entendió a los ocho, significaba tener siempre lo peor, como aquella ridícula boya que no podía compararse a la enorme ballena flotante en la piscina de los adultos. Una vez Annelise quiso robarse la ballena, pero su madre la descubrió y le dio una nalgada sonora frente a los mayores que la hizo lagrimear. A Fernanda no le gustaba cómo la madre de Annelise trataba a Annelise. Tampoco le gustaba cómo la suya la trataba a ella, pero no podía hacer nada al respecto. Sus madres eran amigas y socias del club. Les gustaba jugar bádminton, conversar con el instructor —un hombre gigante al que a veces la madre de Fernanda le limpiaba el sudor de la frente—, y beber brebajes junto a la piscina. Cuando se juntaban para entrenar con el instructor gigante, las dos madres las enviaban a jugar lejos de la zona de adultos, a nadar en el agua llena de mocos y de trozos de sandía y a comer del bufet infantil que siempre tenía a un payaso o a un Mickey Mouse animando la sala. “Nunca nos dejan hacer cosas divertidas”, decía Annelise, y Fernanda creía que tenía razón, pero también le gustaba estar a solas con su mejor amiga, correr por el césped, comer las gelatinas con forma de osos y arcoíris, beber coca colas y jugos adornados con sombrillas de papel, acariciarse los dedos arrugados de las manos, mearse en la piscina sin que nadie se diera cuenta porque era delicioso el contraste de la frescura del agua con la tibieza de su interior. “Es nuestro secreto”, le decía Annelise cuando la imitaba con un poco de vergüenza. Ahora Fernanda la veía bucear igual que una sirena mientras en los altoparlantes ponían el *soundtrack* de *Toy Story*. “¡Yo soy tu amigo fiel!”, cantaba una niña que se columpiaba a unos metros de la piscina. “¡Yo soy tu amiiiigo fiel!”. A lo lejos, tras una cerca, podía ver a su madre y a la de Annelise junto a otras señoras con raquetas y faldas cortas que mostraban su celulitis al pasear. “¡Y si un día, tú te encueentras leeejos, muy leeejos, de tu lindo hogar...!”. Hacía mucho tiempo que a Annelise no le gustaba cuando su madre se reunía con otras y bebían brebajes que estaban prohibidos y se reían a carcajadas como Úrsula en *La sirenita*. “¡...Cierra los ojos y recuerda queee yo sooooy tu amiiiigo fiel!”. Pensaba que se comportaba diferente, y era cierto: cuando

las madres se juntaban, Fernanda sentía que la suya la quería menos. “¡Sí, yo sooooy tu amiigo fiel!”. Cuando las madres se juntaban, la suya dejaba de ser madre para ser otra persona distinta que no le gustaba. “Juguemos a la misión secreta”, dijo Annelise subiéndose al borde de la piscina. “Tenemos que entrar a la zona de los adultos sin que nos vean las mamás y salvar al instructor gigante”. “¿De qué?”. “¡Ay, pues! ¡De que lo hechicen!”. “¡Qué malas!”. “Son muy malas”. Annelise le contó que un sábado, cuando su madre invitó a otras madres a jugar póker y a beber brebajes y a reírse como Úrsula, ella no se fue a la cama sino que gateó hacia el salón para ver lo que hacían. Durante el camino, dijo, sintió miedo por los ruidos que escuchaba: risas tentaculares, choques de copas, música con trompetas. “¡Pooobres almas en desgracia, tan tristes, tan solas!”, cantaba Úrsula en la cabeza de Fernanda mientras seguía el relato de su amiga. Annelise se escondió detrás de un mueble y vio a las madres con abanicos de cartas y fichas sobre la mesa. Pensó en saltar y gritar “¡Bu!”, pero tuvo miedo de que su madre la golpeará en las nalgas o la insultara como acostumbraba a hacer delante de sus amigas. “¡Vienen llorando a mi caldera, implorando mis hechizos! ¿Quién los ayudó? ¡Lo hice yo!”. Annelise hubiera querido que Fernanda estuviera a su lado para que lo viera, le dijo aquella vez, porque de repente las risas fueron estruendosas y, lanzando las cartas sobre un mantel manchado, una de las madres se quitó el vestido y la ropa interior mientras las demás lloraban con carcajadas maléficas. “¡Un par de veces me ha pasado, que el precio no han pagado...!”. Tenían las narices arrugadas, con los agujeros nasales como cráteres, y poco a poco fueron creciéndoles extrañas raíces en la frente. “¡Y tuve que sus cuerpos disolveer!”. Según Annelise, las mejillas se les hincharon, temblorosas, mientras la madre desnuda daba la vuelta alrededor de la mesa aupada por una manada de aplausos rítmicos. “¡Pooobres almas en desgracia, que sufreen necesidad!”. Tanto ejercicio facial vino acompañado por enormes gotas de sudor que las madres se secaron con servilletas o con sus mismas manos pero, segundos después, Annelise vio a la suya levantarse y caminar, entre risas de pulpo negro, hacia las tetas con venas azules y el pubis de gato de la calle. “¡Por fortuna conozco algo de magia, un talento que yo siempre poseí!”. Se tambaleó un poco y bebió un sorbo del brebaje-verde-iguana antes de inclinarse hacia la madre desnuda y besarla en los labios. “¡Allá arriba es preferido que las damas no conversen, a no ser que no te quieras divertir!”. Fernanda recordaba el miedo y el asco con el que Annelise le contó cómo vio la lengua larga y viscosa de su mamá entrando en la boca de la madre desnuda. “¡Admirada tú serás si callada siempre estás, sujeta bien tu lengua y triunfarás!”. Y entonces, sin poder contenerse, Annelise gritó para que su madre siguiera el timbre de escuela con los ojos vidriosos. “¡Arieeel!”. Enfurecida, tomó por la nuca a su cachorra mientras sus amigas reían y bebían del brebaje prohibido para las niñas. “¡Pooobre alma en desgracia! ¿Qué harás? ¡Piensa ya!”. Fernanda imaginó la escena descrita por Annelise como si la hubiera visto en televisión: la señora Van Isschot condujo a su hija por el pasillo dándole golpes en las nalgas mientras subían las escaleras y luego la empujó adentro de la habitación, pero eso no fue lo más duro, sino lo que vino después. “¡No me queda mucho tiempo, ocupada voy a estar, y solamente... es tu voz!”. La hija, todavía inquieta, se agarró del brazo de la madre que estaba apunto de salir y, sin querer, la rasguñó desde el codo hasta la muñeca. “¡Pooobre alma en desgracia!”. Alguna *barbie* debía de haber estado en el suelo, porque las dos tropezaron y la hija terminó golpeando sus cuernos de cabrito contra el vientre materno. “¿Qué harééé por tiii?”. La reacción fue inmediata y aterradora: Annelise le había jurado que, en medio de la noche del cuarto, los ojos de su madre perdieron el color; que la tomó por el pelo, que le echó encima su aliento a sopa de murciélagos y que le clavó los dientes en el hombro porque fue lo primero que alcanzó a morder. La

mordió con rabia, con una ira que Annelise solo había visto en los perros. Le explicó a Fernanda que los dientes de la madre le dolieron como debía de doler la muerte. Le explicó que no sabía por qué no se había muerto. “¡Magia de bruja yo comienzo a convocaaar!” Annelise apenas pudo dormir del terror que le engendró su propia madre mirándola muy cerca antes de advertirle, con una voz barbuda, que si le decía algo de lo ocurrido a su padre la mataría. “Así me dijo: te mato si le cuentas a papá”, le confesó a Fernanda. Al día siguiente, sin embargo, los ojos de la señora Van Isschot eran los de siempre, y a Annelise le sorprendió que actuara como si nada hubiera pasado. “¡Hechizos marinos que laringitis den, acudan a míí!” Mientras se secaba con su toalla de cohetes, Fernanda pensó en lo extrañas que se volvían las madres cuando estaban juntas. “¡Canta ya!”. Las hijas, pensó, también deberían volverse extrañas al reunirse, al juntar sus manos y sus narices bajo el agua, al hermanarse. “Oye, ¿quieres ser mi hermana?”, le preguntó de repente mientras se exprimía el cabello y el cloro rebotaba en el suelo. Annelise le sonrió con emoción: “Sí, quiero ser tu hermana”. La zona de adultos no estaba protegida, pero cada vez que un niño entraba sus padres lo devolvían al mundo más pequeño y sucio de afuera. “¿Y cómo se supone que deshechizaremos al gigante?”, preguntó Fernanda luego de esconderse tras una columna para evitar ser vistas. “Besando el cuello de nuestras mamis, pues”, le dijo Annelise como si fuese una obviedad, retomando el camino con sus pasitos firmes y goteantes. Cruzaron la enorme piscina para adultos y vieron a un hombre gordo saltar de un trampolín que tocaba el cielo. ¡SPLASH! Annelise se llevó la mano a la boca y rio cuando dos meseros que llevaban charolas con brebajes multicolores se mojaron. La ballena flotante de la piscina naufragó a los pies de una señora que tenía manchas rojas con forma de pimientos en las piernas, y aunque Fernanda tuvo la tentación de llevársela o de pincharla para que ni siquiera los adultos pudieran usarla, siguió caminando con Annelise hacia las canchas de bádminton, esquivando cuerpos olorosos a guayaba y a crema de protección solar. “¡Allí están!”, dijo Annelise agachándose. Fernanda la imitó y vio a sus madres con otras madres, riendo ursuleanamente, y al instructor gigante atándose los cordones junto a unas gradas vacías. “El 90% de la misión ha sido completada”, le dijo Annelise a un *walkie-talkie* imaginario que en realidad era su puño. “Nos falta desactivar el hechizo de las madres, cambio y fuera”. Fernanda levantó un poco la cabeza y vio a lo lejos un campo de fútbol en donde solo corrían los padres. “¿Y si le dices a tu papá lo que viste?”. Annelise la miró como si le hubiese dicho algo horrible. “¿Tú quieres que mi mamá me coma como la bruja de Hansel y Grettel o qué?”. A Fernanda no le gustó escuchar eso y salió de su escondite limpiándose las rodillas con las manos. “¿Qué haces! ¡Vas a arruinar la misión!”. *Las madres no se comen a las hijas*, pensó sin decir. Unos metros más allá, su mamá conversaba con el instructor apoyando la raqueta en una silla y haciendo una media luna con la punta de su pie derecho. A Fernanda le dio escalofríos verla así, pero no entendió por qué. “¡Regresa!”, gritó Annelise mientras su ñañita-nueva-de-las-aventuras emprendía el camino hacia la cancha de bádminton. El suelo temblaba de sol pálido a lo lejos y Fernanda iba hacia adelante dejando rastros de agua y contoneándose como en una pasarela. No intentó esconderse, pero su madre no se dio cuenta de que ella estaba allí hasta que le abrazó la cadera por detrás con sus bracitos húmedos de piscina. Entonces Fernanda sintió los músculos del cuerpo materno contrayéndose, recogándose hacia adentro como el mar, y vio la sonrisa chueca del instructor salivando en las nubes. “¿Es tu hija?”. “Sí... es mi nena”, respondió la madre como si recién despertara. “A ver, cariño, ¿qué haces aquí?”, le dijo mientras se la quitaba de encima disfrazando su incomodidad con palabras dulces. A Fernanda no le gustaba que delante de extraños su madre le dijera “cariño”, “mi cielo”, “mi amor”, “nenita”, “mi vida” y, en cambio,

cuando estaban a solas o con el padre, la llamara solo por su nombre. “Regresa a la zona de niños, mi amor, que mami está ocupada entrenando”. Mami tenía una voz más aguda cuando hablaba delante del instructor-gigante-dientes-de-castor. Mami se ponía perfume y se maquillaba para jugar bádminton. Mami le pedía que se comportara tan bien como su hermano muerto Martín cuando estaba vivo. “Quiero quedarme”. Fernanda creía que era injusto que su hermano no hubiera tenido tiempo suficiente para portarse mal. “Tienes que regresar a la zona de niños, corazón”. Así que se volvió a abrazar a la cadera que coronó su nacimiento, pero esta vez de frente para que su madre la viera, y apoyó la oreja contra el monte de venus. En las nubes, el instructor se dio la vuelta y caminó hacia donde estaban otras madres jugando con una pelota alada. “No me hagas poner de malhumor y haz lo que te digo”, le murmuró mami en un tono más grave y amenazador cuando se encontraron solas. Intentó sacársela de encima, soltarse del abrazo mojado y flaco, pero Fernanda se apretó con fuerza como una sanguijuela a la sangre. “¡Fernanda!”. Otras madres le secaban la frente al instructor y se reían mirando el color que caía del cielo. “¿Es que no tengo derecho a relajarme?”, dijo la madre como si estuviera a punto de echarse a llorar. Annelise solía decirle a Fernanda que la envidiaba porque ella también quería tener el poder de darle miedo a su propia madre. “¡Mami quiere que la dejes jugar en paz!”. Pero el superpoder de asustar a su mamá no era algo que Fernanda hubiese pedido. “¡Me agotas! ¡No puedo contigo!”. Liberó a la madre cuando sintió unas uñas afiladas clavándosele en los brazos. “¡Voy a quedarme!”, le gritó para no perder terreno, pero mami tembló de alivio al verse fuera del abrazo de la hija y la miró con el rostro envejecido. Una señora con cara de cuervo aprovechó el momento para acercarse y, con la intención de sosegar el ambiente, empezó a elogiar el pelo de Fernanda, los ojos de Fernanda. “¡Pero qué princesa! ¡Parece de Nápoles!”. Mami guardó silencio frente a los elogios de la extraña y regresó a la silla en donde tenía su bolso deportivo y su botella de agua mineral. Al otro lado de la red, el instructor se ocupaba del juego de dos madres que tenían cintas Nike alrededor de la cabeza y que lanzaron una pelota con plumas a los pies rabiosos de Fernanda. “¿Estás enojada, princesa?”, le preguntó la señora-cara-de-cuervo. “Te vas a poner fea si te enojas”. Sentía ganas de golpear a la madre, de empujarla al suelo, de saltarle encima, pero no lo haría jamás, así que caminó hacia la espalda de su mami que bebía agua junto a la silla. *Romperé el hechizo para Anne*, pensó, y saltó hasta enlazar el cuello materno con sus brazos calientes. Mami hizo un sonido ronco mientras se doblaba hacia atrás por el peso y dejaba caer la botella, pero Fernanda continuó impulsándose hacia arriba con los labios en pico para besar esa nuca sudorosa que solo podía ver durante las clases de bádminton. “¡Mijita, la estás ahorcando!”, gritó una señora con verdadera desesperación, y fue entonces cuando Fernanda se dio cuenta de que su madre la estaba halando del cabello con fuerza, casi levantándola en el aire, mientras emitía sonidos entrecortados y secos. Sintió dolor, pero todo lo demás ocurrió muy rápido: alguien, tal vez el instructor gigante, tal vez una madre o la señora-cara-de-cuervo, la tomó por la cintura y la separó de su madre, quien cayó al suelo encharcado por el agua de la botella. Fernanda no supo quién la puso de nuevo en el suelo porque sus ojos se mantuvieron fijos en las otras madres que corrieron a ayudar a la suya; la suya que tenía la cara roja y llena de venas agusanadas, la suya que tosía peceras, la suya que tenía los ojos hinchados de lagunas, la suya que respiraba como si fuera a hundirse en la piscina de los adultos para siempre. *Yo solo quería besarte*, pensó Fernanda, asustada porque su madre lloraba con otras madres que la ayudaban a ponerse de pie. *Yo solo quería romper el hechizo*. “¡Mamiiiiiii!”, gritó llorando de pronto, y la señora-cara-de-cuervo la miró con espanto. “Ven acá, que la mami necesita su espacio”, dijo la madre de Annelise, apareciendo de entre el grupo de

madres, tomándola con delicadeza de la nuca y conduciéndola hacia fuera de la cancha. “Lastimaste a tu mami”, le dijo mientras atravesaban la zona de adultos. “Tienes que tener cuidado y obedecer más”. Fernanda buscó con la mirada a Annelise, pero era como si nunca hubiese sido su hermana. “Si yo fuera tu madre no te aguantaría ni la mitad”. Cuando llegaron al área infantil del club, Fernanda vio a Annelise sentada en el borde de la piscina golpeando el agua con sus pies arrugados. “¿Ves cómo Anne sí hace caso?”, le dijo la mamá de su ñaña postiza. En los altoparlantes sonaba otra vez la canción de *Toy Story*, pero la niña que la cantaba ya no estaba en los columpios. “Compórtense o no las traeremos más”. Fernanda se sentó al lado de Annelise y vio cómo la madre-de-la-mordida se iba meneando la cabeza de un lado a otro hacia la zona de los adultos. “¡Y estando juntos todo marchaaa bieeen, pues yo sooooy tu amiiiigo fiel!”. No había ningún niño en la piscina, pero se los podía escuchar al otro lado de los arbustos. “¡Sí, yooo soy tu amiiiigo fiel!”. Fernanda se dio cuenta de que seguía llorando cuando Annelise le secó las lágrimas con un beso en cada mejilla. “Tal vez hay seres más iinteligeeentes, más fuertes y grandes también”. No sabía por qué, pero sentía una vergüenza rastrera encaramada a su frente que no quería que nadie viera, ni siquiera su mejor amiga, su ñañita-nueva-de-las-misiones-secretas. “Ninguno de ellos tee queerrá cooomo yooo a ti, mi fiel amiiiigo”. Annelise resopló: “¿Ves? Te dije que regresarás”. Un niño empezó a gritar al otro lado de los arbustos. “Te dije que las madres cuando se reúnen son muy malas”. Fernanda sonrió un poco porque Annelise imitó sus pucheros y por un instante se imaginó idéntica a ella, con ese rostro lleno de estrellas y esos labios de algodón de azúcar, mirando su reflejo en el agua sucia de la piscina. “Nuestra gran aaamistad, el tiempo no booorrá”. *Las hermanas gemelas no necesitan mamis*, pensó. “Ya lo verás no termiinaaarááá”. *Las hermanas gemelas se cuidan entre ellas*. “Yo soy tu amigo fiel”. Annelise se dejó caer en la piscina y la urgió a hundirse también. “Sí, yooo soy tu amiiiigo fiel”.

Esta vez, Fernanda se metió sin boya.

A: ¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?

F: La mujer.

A: ¿Nosotras somos mujeres?

F: ¡No! Puaj. Nosotras somos siamesas.

A: Siamesas de cadera.

F: Siamesas de lóbulo frontal.

A: Pero, ¿sabes? algún día seremos mujeres.

F: ¿No te da miedo?

A: Algún día seremos como mamá.

F: ¿No te da mucho miedo?

—Escucha, sí, escucha. Todavía tienes algo importante que aprender y yo voy a enseñártelo. No te preocupes. Afuera las nubes caben en un zapato. Si supieras el verdadero tamaño de las cosas, pero eres muy chica para saber. Eres solo una muchachita enferma. ¿Qué puedes saber? Yo sé de cosas como el nivel del viento en los glóbulos oculares, en cambio tú no sabes ni cepillarle los dientes a tu mejor amiga. Pero no te preocupes: yo te voy a enseñar lo que duele un zapato, una cama, una puerta. Yo voy a enseñarte porque a las muchachas enfermas como tú hay que enseñarles. ¿Qué dices? No te entiendo nada si chillas así. En el fondo se trata de entrar en el miedo, no de vencerlo. De que me espantes tanto como me espantas y que, sin embargo, seas como mi hija. No llores con la boca abierta que da asco. Sí, te va a doler. Sí, vas a sentirte asustada. Ya lo estás. ¿A que ahorca? ¿A que hiede? ¿A que congela? Mi vocación es educarte. Soy tu madre porque soy tu maestra y estoy lista para darte una lección. Voy a enseñarte que cuando se muerde la casa de alguien las esquinas desaparecen. Las sombras se alargan, no te imaginas. Yo voy a mostrarte cómo es dormirte muy adentro de tu sombra, ovillada en tus padres, en tus espejos. En mi casa casi no tengo espejos, pero eso ya lo sabes. Me dan miedo. Por eso mi único espejo es la columna torcida de mi madre: su columna de roble chueco que ahora es la mía. Deja de chillar. Lo que sientes es solo un cañón de plata. Es frío. Vamos, abre bien las piernas. Lo que hiciste no tiene nombre, ¿entiendes? No puede nombrarse. ¡Ábrelas! Y cuando uno le hace algo innombrable a otros tiene que atenerse a lo que puede ocurrir después. No soy tu mejor amiga para perdonarte o para creerte. Soy tu maestra, tu madre tierna de las ideas. ¿Tú acaso sabes cuánta ternura cabe en un golpe? Claro que sí. Claro que sabes. Pero un golpe nunca deja de ser un golpe y lo que hiciste no puedo perdonártelo. Es solo un cañón de plata. Una no puede embarazarse de pólvora, pero si fuera posible te nacería una bala. ¡Deja de chillar! Una bala que sale y luego regresa para darte en el corazón: eso es una hija. En cambio dicen que una madre es una mandíbula apresando a sus crías para protegerlas. Podría morderlas, podría comérselas. Quiere hacerlo. Pero una cría también puede dañar la boca de la madre y eso nadie lo dice. Una cría puede morder desde adentro, resbalar por la garganta hasta el estómago: desnacerse. Y yo lo único que quiero es hacerte entender que una casa es como una mandíbula que se cierra. Se trata de entrar en el miedo, y eso es lo difícil. ¡Cierra la boca! Es tan duro enseñar lo inexacto, pero la educación es un asunto de forma. Esto que ves es la única forma. He llegado al límite de tu nido de cucarachas, de tu imaginación terrible de los daños. Pero todo acabará: nos desnaceremos. Abrirás las piernas adentro de mi sombra. Conozco a las muchachas como tú, muchachitas enfermas que entran a cazar, que van chorreando su menstruación por los tejados y rascan las cortinas. ¿Ves lo que me haces hacerte? Y esto no es nada: esto es el terror, pero yo quisiera enseñarte el pánico. Yo quisiera enseñarte el horror: un criovolcán paralizando cada una de las vértebras de mi madre, una casa por donde camina lo que no se puede ver. Pero yo apenas puedo enseñarte el terror para que te acerques a las contracciones de los músculos; para que entiendas que una casa es como una mandíbula que se cierra y que protege, pero que podría morderte, podría comerte. Yo quisiera perdonarte aunque no se trate de eso, ¿entiendes? Se trata de entrar en el

miedo como en la altura de una ola. Se trata de que me espantes tanto como me espantas y que sin embargo te haya traído conmigo para enseñarte algo. Porque este metal, este gatillo anestesiado, no es un castigo aunque lo parezca. No es un castigo, aunque podría vengarme de todas las veces que no me dejaste dormir con tus pestañas en el cerrojo. Esto es otra cosa más limpia y superior. Lo que yo quiero es corregirte, enderezarte, crecerte bien. Es mi responsabilidad que no te rompas, que avances en línea recta, que no le hagas daño a los demás. Qué asfixiante responsabilidad es no hacer de ti un monstruo cuando naciste ya caníbal. Pero toda maestra y toda madre tiene que escapar de los dientes de su cría. Tiene que enseñarle a no resbalar por la garganta, a no morder, y enseñarse a sí misma a no tragarse a la guaguita que reposa en su mandíbula. Dicen que es sabrosa la vida de la hija, pero nadie dice lo exquisita que es la vida de la madre. Cuesta lo mismo aguantar las ganas de destruir lo que se crea que las ganas de destruir a quien te hace, ¿no, ratona? Es una cosa femenina. Es una cosa de la sangre. Pero alguien tiene que hacerse cargo de semejante violencia. Y si nadie puede hacerse cargo entonces lo único que queda es entrar en el miedo. Desnacerte, como el Dr. Frankenstein con su criatura. Porque lo que no puedes hacer es dejar sola a la guagua en el mundo, arrojarla al cráter mayor, verla cocerse en el magma familiar sin esperar que ella regrese como una bala a violarte el pecho. Hay que hacerse responsable. Y mírame bien: yo me hago responsable. Yo sé lo que hiciste, muchacha enferma. A tu mejor amiga, a tu madre, a tu maestra. Te voy a educar. A veces sufrimos demasiado y no queda más que arrastrarse hacia el lugar de las explosiones y explotar: ¡BUM!, y se acabó todo el mal, se acabó esperar a que las cosas terminen, se acabó garabatear en las cenizas como si nunca hubiéramos crecido. Soy honesta: ya no puedo tolerar la vida del cuerpo. No puedo arrugarme más la frente o peinarme el cabello cuando la raya en el medio no me sale. No sé hacer una línea recta. Qué ridículo querer enderezarte. Fueron horas pasándome la peinilla por la mitad del cráneo sin que saliera un horizonte limpio en mi cabeza. Horas usando la peinilla con los dientes quebrados de mi madre. Pero alguien tiene que hacerse responsable. Cierra la boca: me das asco toda hecha saliva y mocos. Toda hecha lágrimas y orina. Uno entra en el miedo porque ya no puede vivir en el umbral, latiendo de piedra y picaduras, entonces entra en el horror para no tener que seguir esperando a que pase algo. Para hacerlo pasar. Porque es preferible ahogarse en pocos minutos que irse ahogando toda la vida, ¿entiendes? Es mejor morir que sentir que te mueres cada mañana de alarma y no poder desenredarte el cabello ni limpiarte bien la piel bajo los senos. No poder cortarte las uñas. No poder abrir los armarios. Ver nacer a tu madre muerta en los vestíbulos. Alguien tiene que hacerse responsable de lo que significa peinarte con los dientes de tu madre. Mírate el pelo. Me dejaste trenzas en las almohadas y dedos en la tina. ¿Y qué podía hacer yo si ya no podía salir ni estar dentro? Lo que necesito hacer es enseñarte algo importante, pero hay cosas que cuando se aprenden son un castigo. Como el frío de un cañón de plata. Como la delicadeza de un gatillo. Yo solo quiero que entiendas lo que nos va a pasar ahora: el pánico que se acabará como cualquier cosa en un cuerpo vivo. Nos desnaceremos. Tú pariéndome y yo entrando al interior de tu mandíbula. Ábrete bien. No se puede ser tan sucia, tan bestia. Ella me dijo que no dijera nada y yo no dije nada, aunque algo tenía que decir y aquí estamos. Porque la mordiste y te gustó. Porque eres perversa. Porque te metiste a mi casa. Y ahora yo voy a sacarte de mi casa. Voy a enseñarte lo que se siente. Voy a hacerte entender. ¿Qué dices? No te comprendo. No te creo. Sé muy bien lo que hiciste. Hueles a mierda porque llevas un volcán en mi cerebro despierto a reventar. Mira lo que pasa: ¿ves cómo sudo leche? Bebe. Lacta. Aprende. ¡Abre bien las piernas! Se trata de entrar en el miedo, no de vencerlo. No se puede vencer el miedo que alimenta al pánico con leche fresca de mamá. No se

puede huir, solo entrar hacia fuera. Desnacerse. Algo hay que hacer. Algo tiene que hacerse con las muchachas enfermas como tú. Porque cuando uno le hace algo innombrable a otro tiene que encarar lo que vendrá después. Esa es la forma. ¡Ábrete! Me das asco. Me horrorizas. Tu cerebro es un nido de cucarachas, pero no quiero que llores de terror, quiero que llores de empatía. Quiero que sientas lo que hiciste y entiendas lo que es anular al otro. ¿Qué dices? ¿Que ella quería, dices? ¿Que no entraste a mi casa, dices? Uno sabe hasta cuándo puede aguantar tanto ruido, tantas manos. Solo sabes horrorizar a los demás, muchacha enferma, ratona, nido de agua de las cucarachas. Se trata de entrar en el miedo. Apagar las luces. Anular a tu madre para existir por encima de ella. Amar su sacrificio. Cerrar las puertas de la casa. Abrir las piernas muy adentro de tu sombra. Recibir el abrazo. ¿Ves cómo te abrazo a pesar de lo que hiciste? No pasa nada. Esto tiene que ser así, como un relámpago. Como una cascada de cielo. Mi madre no dejaba que nadie entrara en su mandíbula, solo yo entraba, su becerra de lodo. Y resbalé por su garganta. Y rasqué su estómago. Una hija nunca se da cuenta de que algún día le tocará ser la madre de la mandíbula. Pero tú eres como mi hija porque eres mi alumna. Me hago responsable de todo el daño que causas. Ábrete bien. Vamos juntas a apagar las luces para que aparezca el Dios Blanco de tu mente. La inmensa verdad de la nada. Lo sabes ¿no? Claro que sí. Claro que lo sabes. Sabes que las niñas que imaginan demasiado terminan enfermas, pero ahora vas a aprender algo importante. Ponte contenta. Este es el color del miedo. Blanco de la leche. Blanco de la muerte. Cráneo nevado de Dios. Bienvenida a la mandíbula volcánica de mi casa. Entremos.



Mónica Ojeda

NEFANDO

CANDAYA

Nefando

Ojeda, Mónica
9788415934363
208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

'Nefando, Viaje a las entrañas de una habitación' fue un videojuego en línea poco conocido y pronto eliminado de la red a causa de su polémico contenido sensible. Las experiencias de sus jugadores son, ahora, el centro de los debates gamers en los foros más profundos de la deep web, pero sus usuarios no parecen ponerse de acuerdo: ¿era un juego de

horror para frikis, una puesta en escena inmoral o un ejercicio poético? ¿Son tan hondas y retorcidas como parecen las entrañas de esa habitación?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Leonardo Cano
La edad media

CANDAYA

La edad media

Cano, Leonardo
9788415934257
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En 'La edad media' se suceden tres historias cruzadas en el tiempo, atravesadas por la ansiedad, el humor y la tragedia de las aspiraciones desbaratadas. Furiosa y lírica a la vez, la original primera novela de Leonardo Cano indaga sobre la profundidad del deseo a un ritmo enérgico que concatena el salvaje ambiente escolar del Mario Vargas Llosa de 'La

ciudad y los perros', la ligereza de la mejor comedia romántica a través de la Red y la pasividad burocrática de un sistema judicial en el que reconocemos la aspereza de los personajes de Houellebecq o la impiedad de los de Bret Easton Ellis. En sus páginas, y mediante tres sorprendentes puntos de vista que entrelazan otras tantas historias del pasado y del presente, se nos muestra la peripecia vital, profesional y sentimental de unos jóvenes que, al contacto con la madurez, ven quebrados sus proyectos y sueños, y a través de ellos, los de toda una generación y una época que sentimos muy cercanas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Tomás Sánchez Bellocchio
FAMILIAS DE CEREAL

CANDAYA

Familias de cereal

Sánchez Bellocchio, Tomás

9788415934240

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un adolescente consigue alterar el probable final de su familia con ayuda de una cámara. Un matrimonio se sirve de los cartoneros de las calles de Buenos Aires para curar los terrores irracionales de su hijo. Un joven técnico se adentra en una tragedia familiar al recuperar el disco duro de un adolescente muerto. Un homenaje a los animales imaginarios

de Borges y Kafka a través de un padre loco. Cinco ancianas descubren en Internet el oscuro secreto de la inmortalidad. Familias salvajes, en proceso de disolución. Infancias rotas y el tránsito feroz a la adolescencia. Adultos con crisis existenciales y ancianos combatiendo en la recta final. En este libro pareciera haber un cuento para cada etapa de la vida. Son los temas de siempre (la identidad, el amor, los otros, la muerte...) revirados a la luz de fenómenos contemporáneos. ¿Cómo se narra la irrupción de Internet o la publicidad en nuestra historia? ¿Cómo se le da voz a los conflictos de género? ¿Con qué metáforas se puede aludir a la crisis argentina de 2001?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La librería quemada

Galarza, Sergio
9788415934264
208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Querido lector, si alguna vez ha envidiado trabajar en una librería, si piensa que un librero posee una cultura que abarca desde los presocráticos hasta la nanotecnología y se pasa todo el día leyendo detrás de un mostrador, si es de los que huele los libros al pasar las páginas, si ha sentido la tentación de robar porque el dinero no le alcanzaba para llevarse

todas las novedades, si cree que uno de los mejores sitios para ligar son las estanterías de narrativa extranjera, si lo han maltratado en una de esas grandes superficies donde cada día hay menos libros y más artículos de merchandising, si sospecha que una librería es un espejo de la sociedad y que la autoayuda es una de las mayores amenazas contemporáneas, usted tiene la obligación de leer esta novela. Sergio Galarza cierra su trilogía sobre Madrid con este ácido y entrañable retrato de un grupo de libreros que mientras se esfuerzan por recomponer sus propias vidas rotas por el tedio, las claudicaciones y la desesperanza, se enfrentan diariamente a situaciones tan absurdas como tener que explicar a los clientes que los libros no se catalogan por colores y que los ascensores de la librería además de bajar, suben. Ahora deberán tratar de sobrevivir también a los despidos cada vez que bajen las ventas o a las nuevas y disparatadas políticas de mercadotecnia en un sector que vive una gran transformación y que no es ajeno a la crisis del país. En La librería quemada todo arde. Dicen que los libros arden a 451 grados Fahrenheit, ¿pero alguien sabe a qué temperatura arde un librero?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ángel Gracia

CAMPO ROJO

CANDAYA

Campo rojo

Gracia, Ángel
9788415934271
256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Campo Rojo es un descampado parecido a Marte, asfixiado por la contaminación de las fábricas. Ahí acuden los chavales de la banda del Farute a jugar a los fusilamientos, a esnifar pegamento y a meter mano a las chicas. El poder de los matones se extiende por las aulas frías y hostiles del colegio. Los alumnos viven aterrados: tienen once o doce años

y no hay nadie que los proteja. Todo lo observamos a través de los cristales hiperbólicos del Gafarras, el cuatroojos empollón de la clase, que sobrevive callando, repitiendo a diario los mismos gestos rituales y gracias a la fuerza secreta que lo sostiene: su odio infinito.

[Cómpralo y empieza a leer](#)